

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

LA DAMA DEL POZO

*1854: Barcelona sigue prisionera de sus murallas.
El hallazgo de un cadáver incorrupto puede
ser la señal del fin de los tiempos*

minotauro

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

DAMA POZO

1854: Barcelona sigue prisionera de sus murallas.
El hallazgo de un cadáver incorrupto puede
ser la señal del fin de los tiempos

minotauro

Índice

[PORTADA](#)

SINOPSIS

MAPA

CITA

PRIMERA PARTE. EL POZO DE LA AHOGADA

1

2

3

SEGUNDA PARTE. TIEMPO SAGRADO

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

TERCERA PARTE. SIGNOS Y SEÑALES

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

CUARTA PARTE. NEOTHERMAS

25

26

27

28

29

30

31

32

33

QUINTA PARTE. UN VIAJERO EN EL TIEMPO

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

EPÍLOGO. LA CIUDAD INTERIOR

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

PlanetadeLibros





Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Adéntrate en un thriller gótico ambientado en un momento clave de la historia de Barcelona.

1854. Barcelona. Una ciudad asfixiada por sus viejas murallas medievales, infestada de epidemias y

supersticiones, en la que la muerte y el prodigio acechan bajo el arco de cualquier callejón.

Cuando el cadáver incorrupto de una doncella romana aparece al pie de un pozo cargado de

leyendas, el miedo se apodera de la imaginación popular. Octavio Reigosa, descreído inspector del Cuerpo

de Vigilancia, será el encargado de investigar la serie de crímenes sangrientos y milagros imposibles que

se suceden tras la aparición de la Dama del Pozo. Y para ello contará con la ayuda de Andreu Palafox, un

joven cirujano de autómatas que esconde también su propio secreto imposible: el don involuntario (o tal vez

la maldición) de ver el pasado.

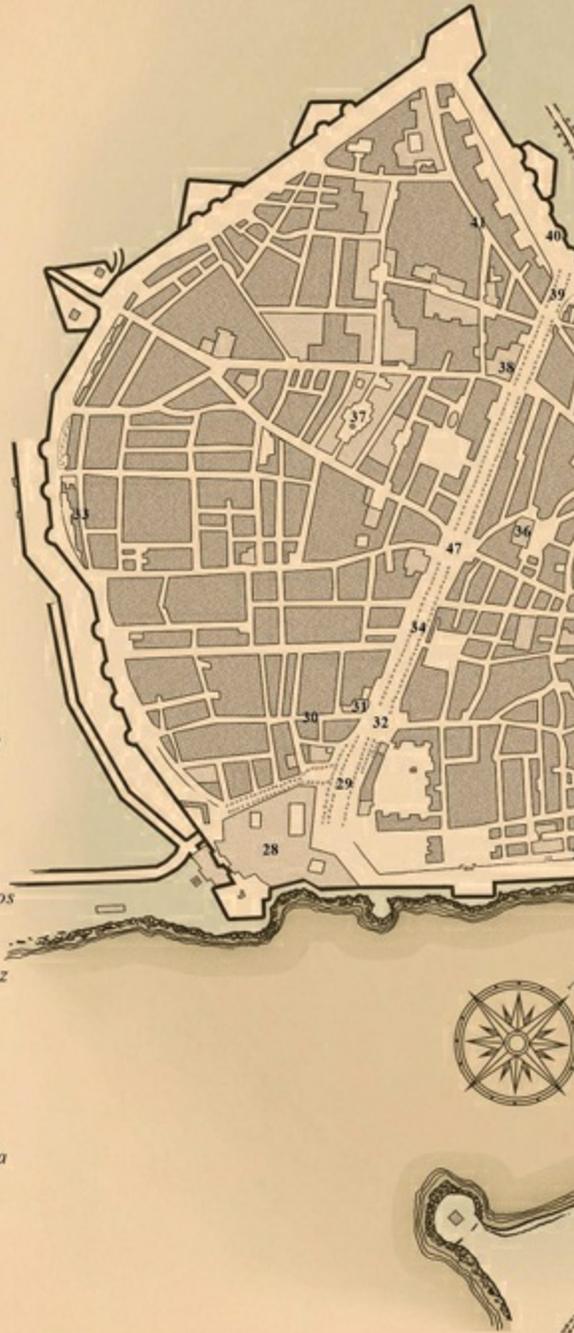
1. Plaza del Rey
2. Convento de Santa Clara
3. Catedral
4. Plaza Nueva
5. Calle del Obispo
6. Capilla de Santa Lucía
7. Plaza de San Jaime
8. Bajada de la Prisión
9. Plaza del Ángel
10. Riera de San Juan

11. San Pedro de las Puellas
12. Calle de la Ciudad
13. San Justo y San Pastor
14. Castillo del Regomir
15. Calle del Regomir
16. Calle del Correo Viejo
17. Calle de la Argentería
18. Santa María del Mar
19. Plaza del Borne
20. Calle de Montcada

21. Plaza de San Sebastián
22. Plaza del Palacio
23. Paseo de la Muralla
24. Paseo de la Aduana
25. Bajada de los Leones
26. Palacio de la Condesa
27. Iglesia de San Miguel
28. Atarazanas
29. Rambla de Santa Mónica
30. Calle de Trentaclaus

31. Teatro de la Santa Cruz
32. Llano de las Comedias
33. Prisión de Amalía
34. Rambla de los Capuchinos
35. Palacio Episcopal
36. Santa María del Pino
37. Hospital de la Santa Cruz
38. Iglesia de Belén
39. Rambla de Canaletas
40. Torres de Canaletas

41. Calle de los Talleres
42. Calle de la Canuda
43. Convento de Santa Teresa
44. Plaza de Santa Ana
45. Calle de Santa Ana
46. Iglesia de Santa Ana
47. Llano de la Boquería
48. Cuartel de Junqueras
49. Jardín del General
50. Paseo de San Juan





Todos los pasos tienen la forma del pasado.

EDUARDO CIRLOT, *ELEGÍA SUMERIA*

primera parte

EL POZO DE LA AHOGADA

1

Iluminada por los resplandores del último incendio activo en los muelles, la gran mole

de la catedral se antojaba aquella noche, más que nunca, una imagen llegada de otro

tiempo. Una espesa capa de humo y niebla capturaba la luz rojiza del fuego y la

esparcía sobre el corazón de la ciudad antigua, revelando gárgolas y torreones y

mudando de color las ropas que colgaban ante las ventanas de los edificios más

humildes. No eran todavía las diez, pero no se veía un alma en las calles.

—Una noche tranquila —comentó el joven de los anteojos, mirando el paisaje que

discurría al otro lado de su ventanilla.

—Una noche tranquila —coincidió el hombre que lo acompañaba en el carruaje

—. Salvo por el fuego en los muelles y por el cadáver que nos disponemos a inspeccionar.

El joven sonrió imperceptiblemente.

—Cierto. —Y tras un breve silencio, añadió—: Este rodeo se debe también al

toque de queda, imagino.

Su acompañante asintió con un gruñido inarticulado.

—Han cerrado los accesos a San Jaime. Las autoridades prefieren tener el camino

despejado a su alrededor, por si las moscas.

—No parece una mala idea.

—Tampoco las patrullas en el puerto parecían una mala idea. —El hombre agitó

la cabeza sin dejar de mirar por su propia ventanilla—. Nada parece nunca una mala

idea, hasta que interviene la realidad.

El carruaje dejó a su derecha las torres de la plaza Nueva y se internó en la trama

de callejuelas que ocultaban la fachada inconclusa de la catedral. Remontó luego la

calle de los Condes, torció por la bajada de Santa Clara y se detuvo ante la embocadura

de la plaza del Rey, donde una carreta militar estaba cruzada en mitad de la calzada.

También los severos volúmenes del palacio del Lugarteniente refulgían aquella noche

con un brillo particularmente irreal. El brillo del fuego reflejado en la niebla. El brillo

de un drama lejano iluminando una escena en la que todo era silencio y aparente

placidez.

El joven de los anteojos aguardó a que su acompañante descendiera del carruaje

en primer lugar. Acto seguido, puso él mismo un pie en la película de paja que cubría el

suelo empedrado y experimentó la sensación familiar de que todo cuanto estaba a punto

de suceder había sucedido ya infinidad de veces en el pasado, y habría de suceder

también infinidad de veces en el futuro, porque todo cuanto alguna vez había sucedido

en aquella ciudad suya de fantasmas y de simulacros estaba condenado a no dejar de

suceder infinitamente, una y otra vez, sin pausa ni modificación, hasta el final de los

tiempos.

—Si la madre superiora trata de acogerse a sus leyes divinas, no dude en repetir el

nombre de su amigo —estaba diciéndole el hombre cuando volvió a atender a la

realidad—. Repítalo todo lo alto que haga falta y tantas veces como considere

necesario. El obispo Riera le ha concedido el privilegio de inspeccionar ese cadáver

milagroso en beneficio de nuestra humilde justicia terrenal, y no piensa usted marcharse

sin haber cumplido con su obligación. Y si aun así nos niega la entrada al convento, no

me tenga en cuenta lo que pueda hacer.

El hombre se encasquetó su sombrero de inspector del Cuerpo de Vigilancia y le

dio algunas instrucciones al cochero. Luego echó a andar hacia el interior de la plaza

con aire marcial.

—¿Está usted pensando en pegarle a una monja, inspector? —preguntó el joven,

apresurándose a alcanzar a su colega—. ¿O solo tiene intención de detenerla?

El hombre amagó algo parecido a una sonrisa.

—Confiemos en que nos baste con el poder de la palabra —replicó, ya en la escalinata de acceso al portalón del convento de Santa Clara—. Aunque puede que las

palabras a las que debemos recurrir no sean las más apropiadas para los oídos de una

sierva del Señor. Y ahora, déjeme hablar a mí.

Mientras aguardaban a que alguien atendiera a los aldabonazos que el inspector

acababa de dar en la puerta, el joven de los anteojos se volvió hacia la plaza y

contempló la variada muestra de reliquias de otro tiempo que tenía delante. La escalera

del antiguo palacio real, en cuyos peldaños los Reyes Católicos habían

recibido a

Colón a su regreso del Nuevo Mundo. La capilla medieval de Santa Águeda, con sus

muros afirmados sobre las murallas de la vieja Barcino. La solitaria columna del

templo de Hércules, y tras ella, en un rincón de la plaza, devorada por un feo edificio

del siglo XVIII, la casa en ruinas del verdugo de la ciudad. El arco completo de la

historia de Barcelona, resumido en el breve espacio que ahora la vista del joven

abarcaba con dificultad.

—No recuerdo una niebla como esta en pleno mes de agosto —dijo, volviéndose

hacia su acompañante y observando su rostro también difuminado por las partículas

brillantes que flotaban en el aire—. De no ser por la niebla, ni siquiera advertiríamos

aquí el olor del fuego. Uno esperaría que el aire ya estuviera más limpio a estas alturas,

con las fábricas sin funcionar desde hace más de una semana. Y sin embargo...

—Y sin embargo, aquí estamos, respirando salpicones de agua caliente con sal y

ceniza —completó el inspector—. Usted es el anatomista, Palafox. ¿Qué nos matará

antes, la ceniza o la sal?

El joven de los anteojos no tuvo ocasión de responder. El portalón del convento se

entreabrió en ese instante y una cabeza blanca se asomó con precaución por la

minúscula rendija.

—¿Los envía el señor obispo?

La novicia era muy joven, casi una niña, y tenía unos grandes ojos negros que miraban con desconfianza a los dos visitantes.

—Inspector Octavio Reigosa, del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad — anunció

el hombre, rozándose el ala del sombrero con la punta de dos dedos enguantados—. Y

este caballero es Andreu Palafox, anatomista y colaborador del Cuerpo. El señor

obispo le ha concedido al señor Palafox el privilegio de...

La novicia abrió el portalón del convento sin molestarse en escuchar el final de la

frase que el inspector llevaba ensayando en su imaginación desde que había abandonado el palacio episcopal a última hora de aquella tarde.

—Los acompañaré hasta la bodega —murmuró—. La madre superiora los está

esperando allí abajo. Síganme, por favor.

Echaron a caminar los tres por el interior de la oscura capilla que ocupaba el cuerpo principal del antiguo palacio. Dos únicas lámparas de aceite iluminaban la sala,

que estaba presidida por un enorme altar barroco. El olor a incienso lo impregnaba

todo. Una puerta lateral los condujo hasta la primera de una larga serie de habitaciones

interconectadas, todas grandes y vacías. El refectorio de techo abovedado dio paso a

una sala de trabajo comunal que en seguida se convirtió, por mediación de una puerta

flanqueada de columnas, en una triste biblioteca de anaqueles despoblados. Una

empinada escalera los llevó a un pasillo subterráneo lleno de puertas cerradas, y al

final de este, la luz del candil que la novicia portaba en su mano alumbró un portalón de

madera abierto en el suelo.

Los peldaños que de allí descendían tenían el color de la piedra desgastada por

muchos siglos de pisadas y de humedades sin controlar.

—La bodega —anunció la joven, alzando el candil e iluminando su propio rostro

—. Ahí es donde la han encontrado. La madre superiora los espera a su lado.

El inspector Reigosa suavizó al instante los músculos de su rostro.

—¿No bajará con nosotros, hermana...?

La novicia negó firmemente con la cabeza, pero no se atrevió a rechazar los puntos

suspensivos que el hombre había dejado a su disposición.

—Martina —murmuró—. La madre superiora los espera.

—¿Puedo preguntarle si conocía usted a la infortunada, hermana Martina?

La joven agitó de nuevo la cabeza.

—Nadie la conocía, señor. Nadie sabe quién es. Nadie sabe desde cuándo está

ahí. —Un escalofrío agitó visiblemente el hábito de la novicia al pronunciar estas

palabras—. Que Dios la tenga en Su gloria —añadió, ejecutando con su mano libre una

rápida señal de la cruz.

El inspector asintió con gravedad.

—Muchas gracias por su ayuda.

—Ha sido usted muy amable, hermana Martina —intervino entonces Palafox, con

tono amable—. Pero creo que hay algo más que desea compartir con nosotros, ¿no es

así?

La novicia repartió una mirada asustada entre los dos hombres y abrió la boca para decir algo. Luego la cerró de nuevo, y solo al cabo de un visible forcejeo

interior

la volvió a abrir para decir:

—Nadie conocía a la muerta, señor. Pero todas la habíamos oído llorar
cientos de

veces.

Reigosa y Palafox intercambiaron miradas. Los músculos del rostro del
inspector

se endurecieron ligeramente, mientras que el anatomista se llevó un dedo al
puente de

los anteojos y observó con renovado interés la pálida estampa de la muchacha
que

tenían delante.

La hermana Martina no contaría más de dieciséis años. Era pequeña y
delgada,

tenía las cejas morenas y la piel muy pálida, y algo en su porte revelaba un
origen poco

distinguido, acaso rural, que su acento y su entonación lograban disfrazar casi
a la

perfección. Una delgada cicatriz recorría toda su mejilla izquierda, desde el
párpado

hasta debajo de la boca, y los cortes visibles en sus labios sugerían la falta de
salubridad recurrente en todos los conventos de la ciudad. Sus ojos tenían una
tonalidad

extraordinaria de negro que a Palafox, por un segundo, le hizo pensar en los
ojos de

otra mujer.

—¿Puede explicarme qué quiere decir con eso de que la han oído llorar
ustedes

cientos de veces, hermana Martina?

La novicia sostuvo la mirada del inspector Reigosa. Sus labios temblaron
antes de

responder.

—En el pozo, señor. En el fondo del pozo del patio. Lo llaman el pozo de la

Ahogada. Dicen que lleva siglos llorando allí abajo. Todas las hermanas la
han oído

llorar desde que tienen memoria, incluso las más ancianas. No hay mes que
no llore

alguna noche.

La hermana Martina se santiguó de nuevo. Reigosa miró a Palafox y aguardó
a que

fuera este quien hablara.

—¿Han tratado alguna vez de ver qué hay en el fondo de ese pozo?

Los ojos de la novicia se posaron en los cristales de los anteojos del
anatomista y

cambiaron levemente de expresión.

—El pozo está seco —respondió de inmediato—. Siempre lo ha estado. No
hay

nada en su fondo. Lo han excavado varias veces, y no hay nada en él. Ahora
sabemos

por qué.

Palafox asintió con la cabeza.

—Porque la Ahogada no estaba en el fondo del pozo. Estaba en la bodega.

La novicia se santiguó una vez más.

—Que Dios la tenga en Su gloria.

—Pero lo que ustedes han encontrado no es... —comenzó a protestar el inspector

Reigosa, pero la mirada de su colega lo obligó a interrumpirse—. En cualquier caso,

vamos a ver lo que tenemos ahí abajo —murmuró—. Gracias de nuevo por su ayuda,

hermana Martina.

El hombre se llevó la mano al borde de su sombrero, rodeó la trampilla abierta y

comenzó a descender los peldaños de la escalinata que se hundía en las profundidades

del antiguo palacio real. Palafox le dio también las gracias a la novicia e intercambió

con ella un doble amago de sonrisas nerviosas que al anatomista se le antojó, de alguna

manera, el único preámbulo adecuado para un espectáculo como aquel que el inspector

Reigosa y él estaban a punto de contemplar. Luego se aferró a su maletín, plantó el pie

derecho en el primer peldaño de la escalinata y aguardó a que la realidad se disolviera

y volviera a recomponerse a su alrededor de la manera acostumbrada — millones de

pisadas resonando a lo largo de los siglos sobre la piedra húmeda que sus pies ahora

pisaban; millares de rostros muertos iluminándose solo un instante en la linterna mágica

de su cerebro— antes de iniciar por fin el descenso hacia lo desconocido.

2

La muchacha estaba tendida en el interior de un gran sarcófago de piedra de aspecto tan

antiguo como el de la propia galería en la que se encontraban. Su menudo cuerpo

parecía doblemente desamparado en aquel féretro imponente: el desamparo de la

muerte y el desamparo de la soledad. Con su túnica blanca casi deshecha, sus trenzas

recogidas a la altura de las sienes y sus manos enlazadas sobre el vientre, la estampa

que el cadáver ofrecía hacía pensar en la doncella encantada de algún cuento de hadas.

La bella durmiente de una conseja medieval. Una pobre muchacha hechizada y

abandonada a su suerte en el fondo de un sueño del que ya nadie iba a despertarla.

—Fascinante —murmuró Palafox, palpando a ciegas las correas de su maletín—.

Realmente fascinante.

La muchacha tenía el pelo rubio y la piel azulada. Dos monedas de oro cerraban

sus ojos con delicadeza, y una tercera moneda reposaba encima de sus labios. El

esqueleto de una guirnalda de flores ceñía su frente, y en sus muñecas, dos cintas de

cuero ensayaban una cierta simetría con el colgante que adornaba su cuello desnudo. La

tela blanca de la túnica que vestía parecía tan desgastada como la piedra del sarcófago;

su tejido se hallaba en un estado tan precario que parecía a punto de convertirse en

polvo al más mínimo roce, y en varios puntos ya se había abierto para revelar bajo ella

una carne también firme y azulada. Dos sencillas sandalias calzaban sus pies, pequeños

y bien formados, con diez uñas oscuras y un único lunar situado en el empeine derecho.

—Las obras comenzaron hace dos semanas —estaba explicando ahora la madre

superiora del convento—. Órdenes del obispado. Los subterráneos de este edificio son

un laberinto de galerías que llevan sin explorarse desde que la orden se

trasladó aquí a

principios del siglo pasado. Una pura ruina, en su mayoría, y sin otro uso posible que el

de servir de depósitos de escombros. En el obispado pensaron que convendría recuperar algunos de estos espacios y acondicionarlos para uso del convento.

—Y las obras en esta sala comenzaron... ¿cuándo exactamente?

La madre superiora no se molestó en volver la vista hacia el inspector Reigosa.

—Los obreros llegaron a esta galería hace tres días —respondió, sin dejar de mirar a la monja que la acompañaba; una mujer de mediana edad que se había presentado como la hermana Olivia, responsable de intendencia de la orden —. Esta

mañana encontraron el sarcófago y nos mandaron llamar. Como saben, el edificio en el

que hoy se aloja nuestra orden fue en su día el palacio de los reyes de Aragón. Antes

había albergado a los condes catalanes, y hace muchos siglos tuvieron aquí también su

residencia los gobernadores de la ciudad romana. —La madre superiora apartó la

mirada de la segunda clarisa y se volvió por fin hacia el sarcófago que contenía el

cuerpo de la muchacha a la que Palafox, en su imaginación, acababa de bautizar como

la Dama del Pozo—. El edificio que hoy conocemos se alza sobre las ruinas de otros

muchos edificios desaparecidos. Edificios que perviven enterrados bajo los cimientos

de nuestro convento. Aquí ha habido depósitos de agua y salones del reino, jardines,

caballerizas y refectorios... y también cementerios. Ahí tienen la prueba.

El inspector Reigosa siguió la dirección de la mirada de la monja y arrugó instintivamente los bigotes.

—No dudo, madre Piedad, que este sarcófago pueda llevar aquí abajo siglos enteros —afirmó—. Pero me temo que el cadáver que hay en su interior no hace tanto

tiempo que aguarda a ser descubierto.

La madre superiora miró, esta vez sí, al hombre que tenía delante.

—Yo estaba presente cuando los obreros levantaron la tapa del sarcófago, caballero —afirmó, señalando con su diestra la lápida de piedra que reposaba junto a

un lateral del sarcófago—. Yo he visto cómo las flores de su guirnalda se marchitaban y

cómo sus uñas se volvían negras en un instante. Y he visto también las ropas y las

monedas que ustedes están viendo ahora.

—Puedo dar fe de ello —intervino la segunda monja con un hilo de voz—. Yo

también he sido testigo del milagro.

El inspector asintió gravemente. «El milagro.» Luego se volvió hacia Palafox y

buscó en su rostro, inútilmente, un gesto de complicidad.

La cara del joven estaba tan pálida como la de la novicia que les había abierto la

puerta del convento.

—¿Palafox?

En lugar de responderle, el anatomista se dirigió a la madre superiora con su mejor tono de obsequiosidad en la voz.

—¿Me permite que le haga una pregunta, madre Piedad?

La monja inclinó ligeramente la cabeza hacia su interlocutor.

—La hermana Olivia y yo estamos aquí para atender a lo que usted requiera de

nosotras, señor Palafox —respondió—. Su Excelencia ha sido muy explícito al

respecto.

El inspector Reigosa emitió un gruñido apenas perceptible y se volvió hacia el

sarcófago. Palafox esbozó una sonrisa amable.

—Su Excelencia es un hombre muy considerado —aseguró—. Lo que me pregunto,

madre Piedad, es si esta galería en la que nos encontramos se halla por

casualidad

cerca de ese famoso pozo que tienen ustedes en el patio.

El rostro arrugado de la madre superiora no mostró reacción alguna ante aquella

pregunta.

—Ha oído usted hablar del pozo de la Ahogada —se limitó a observar.

—¿La historia es cierta? ¿Han oído ustedes llorar a esa pobre alma en el fondo del

pozo?

Tampoco esta vez vaciló la mujer.

—Por supuesto que la hemos oído —dijo—. Y la respuesta a su primera pregunta

es sí. Los obreros lo han comprobado esta misma tarde. El pozo baja justo por detrás

de este muro. —La monja alzó su mano y rozó la piedra de la pared con las puntas de

dos dedos curvos y huesudos como los de un cadáver—. Siglos atrás corría un río

subterráneo por debajo de esta parte de la ciudad. El río de Santa Eulalia. Un día el río

se secó, y con él, el pozo. Ahora está cegado y nadie se acerca a él. Pero todas hemos

oído llorar a la pobre criatura que habitaba en su interior.

Palafox advirtió con interés el uso del tiempo pasado que acababa de hacer la

madre superiora.

—Tal vez ya no vuelvan a oírla —aventuró—. Piensan darle sepultura de inmediato, entiendo.

—Por supuesto —respondió la mujer—. Aunque esta criatura no fuera cristiana,

merece reposar en tierra consagrada.

El inspector Reigosa se volvió en este punto hacia la madre superiora y ensayó

una expresión conciliadora poco convincente.

—Entenderá, madre Piedad, que este cadáver no puede recibir sepultura hasta que

el señor Palafox haya descartado satisfactoriamente la posibilidad de que nos hallemos

en presencia de algo menos... milagroso que el cuerpo incorrupto de una doncella

romana que llora pidiendo reposo desde el fondo de un pozo. —Reigosa ignoró el peso

de la mano que el joven anatomista acababa de posar sobre su antebrazo y prosiguió—:

Y en el caso más que probable de que así sea, mi deber como inspector del Cuerpo de

Vigilancia de Su Majestad es reclamar este cadáver y proceder a la investigación de lo

que a primera vista, señoras, parece un crimen particularmente original e inexplicable.

El silencio que siguió a las palabras del inspector Reigosa le permitió a Palafox

escuchar con total claridad el sonido del río subterráneo que corría por debajo de sus

pies. El río de Santa Eulalia. Un río fantasmagórico, inexistente, tan antiguo y secreto

como la propia ciudad de Barcelona.

—Lo que el inspector quiere decir... —comenzó a matizar, pero la madre superiora lo interrumpió con un leve movimiento de su mano derecha.

—Su Excelencia ha sido totalmente claro al respecto —afirmó sin alzar la voz—.

Lo ha sido al hablar con usted esta tarde, señor inspector del Cuerpo de Vigilancia de

Su Majestad, y lo ha sido también al hablar con nosotras. Si está usted aquí es como una

deferencia por su parte; una deferencia, entiendo, que responde únicamente a la

relación personal que Su Excelencia mantiene con el señor Palafox. La ley de Su

Majestad, señor inspector, no se aplica en el interior de estos muros, y si se le ha

franqueado la entrada a nuestro convento ha sido exclusivamente en consideración a

quien le acompaña. Esta desventurada podría haber recibido sepultura hoy mismo sin

que nadie de su Cuerpo lo supiera, y nadie lo habría lamentado. Cuando irrumpe el

prodigio, sus armas y su palabrería no tienen más valor que el juguete de un niño.

Una sonrisa completa afloró, ahora sí, a los labios del inspector.

—Cuando irrumpe el prodigio —repitió.

—Mañana a primera hora, esta criatura reposará para siempre en tierra

consagrada. —La monja señaló con la punta de su barbilla el maletín ya abierto que

Palafox sostenía en su mano—. Si quieren profanar ahora su descanso con sus cuchillos

y su falta de fe, háganlo con respeto. Tienen diez minutos. Luego tendré que rogarles

que abandonen el convento.

La madre Piedad echó a caminar hacia la entrada de la galería con paso de anciana

feroz, y la hermana Olivia la imitó después de recoger del suelo uno de los candiles que

iluminaban el lugar.

Cuando por fin se quedaron a solas, Palafox dirigió una mirada de reproche a su

colega.

—No seré yo quien juzgue sus métodos, inspector. Pero creo que no ha estado

usted muy afortunado tratando así a esa pobre mujer.

El hombre emitió un nuevo gruñido, este más audible.

—Esa pobre mujer...

—En cualquier caso, ella tiene razón. ¿No le parece interesante? Si hubieran

enterrado el cadáver sin dar cuenta de su hallazgo, nadie lo hubiera sabido fuera de la

autoridad episcopal. ¿Por qué los han llamado a ustedes, inspector?

Reigosa agitó la cabeza con impaciencia.

—Con estos beatos, quién sabe. Quizá solo buscan proteger su pequeña parcela de

poder, ahora que parece que todo se derrumba a nuestro alrededor. A fin de cuentas, un

milagro sin testigos no es un milagro, ¿no le parece?

El anatomista observó a su colega con la cabeza ligeramente inclinada.

—Una observación interesante —dijo—. Un milagro sin testigos no es un milagro.

Y un asesinato sin cadáver tampoco es un asesinato.

—Porque esto es un asesinato.

—¿Qué otra cosa podría ser? —Palafox hundió la mano izquierda en el maletín

entreabierto y extrajo de él un escalpelo brillante como una moneda de plata

—. Mire

esto, inspector.

Los dos hombres se inclinaron sobre el cadáver. Palafox acercó la punta de su escalpelo a la tira izquierda de la túnica que lo cubría y rozó apenas la tela. Al instante,

el tejido se desintegró en una miríada de partículas polvorientas y bajo ella apareció la

carne azulada de un hombro bien formado. El joven hundió entonces la punta del

escalpelo en la carne y trazó sobre ella una fina línea de color oscuro. Por último, dejó

el escalpelo sobre el borde del sarcófago y retiró cuidadosamente una de las monedas

que cubrían los ojos de la muchacha. Acercó entonces las yemas de dos dedos a sus

párpados y los separó con delicadeza.

Un ojo de pupila azul observó a los dos hombres con el estupor de la muerte.

—¿Y bien? —preguntó por fin el inspector Reigosa, sustrayendo su mirada a la

del cadáver y concentrándose en el rostro intensamente pálido del hombre que lo

acompañaba.

—¿No lo ve, inspector? —preguntó a su vez Palafox—. Estas monjas llaman

milagro a un hecho que ha sido ampliamente documentado a lo largo de los siglos, y que

no encierra en realidad mayor misterio: la existencia de ciertos cadáveres que parecen

inmunes a la corrupción que sobreviene a todo cuerpo después de la muerte.
Se trata, en

todos los casos, de una ilusión producida por las condiciones del
enterramiento:

temperatura adecuada, falta de humedad, ausencia de insectos necrófagos...
Nada que

la ciencia anatómica no pueda explicar, pese a lo llamativo de sus efectos.
Pero nada

que se parezca tampoco a lo que tenemos aquí. —Palafox resiguió la curva de
la nariz

de la muchacha con la yema del índice—. No hay proceso natural que
explique que un

cadáver incorrupto conserve frescos los globos oculares ni acepte sin
descomponerse

la intrusión de un escalpelo. Por no hablar de la tersura que su piel conserva
todavía.

Por muy propicias que fueran las condiciones térmicas que lo rodearan, y
aquí abajo

desde luego no lo son en absoluto, los tejidos internos del cuerpo se habrían

convertido, en el mejor de los casos, en una especie de jabón seboso más o
menos

consistente, y su piel se habría curtido a la manera del cuero. Un cadáver
incorrupto es

una apariencia, nada más. La fachada engañosa de un edificio carcomido por
completo.

El inspector Reigosa asintió con un cierto alivio.

—Este cadáver es reciente —concluyó.

—Este cadáver comenzó a serlo hace menos de setenta y dos horas. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo?

Palafox cerró el ojo de la muchacha y colocó sobre sus párpados la moneda de

oro.

—¿Qué sabe usted de numismática, inspector?

—Lo mismo que usted de caza mayor, imagino. —El hombre se inclinó de nuevo

sobre el rostro del cadáver—. ¿Las monedas son romanas?

—Las monedas son romanas. Pero yo nunca antes había visto una moneda romana

tan bien conservada. Mire este brillo, inspector. Se diría que son monedas recién

acuñadas.

—Un coleccionista cuidadoso. Ya tenemos algo por lo que empezar. —El

inspector recogió las tres monedas y se las guardó en el bolsillo de la levita. Luego

sostuvo la mirada de sorpresa de su colega—. ¿Algún problema?

Palafox vaciló visiblemente.

—No sé si...

—Esta muchacha no las va a necesitar —le interrumpió su colega—. Y su amigo

el obispo puede negarse a entregarme el cadáver, pero no me va a impedir que

investigue un asesinato. ¿Algo más?

El joven carraspeó un par de veces.

—La túnica —respondió por fin.

—Una túnica antigua —asintió el inspector—. A nuestra víctima la han disfrazado

concienzudamente de romana.

Palafox agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—La tela de esta túnica no solo es antigua, sino que también se deshace al tacto

como si de verdad llevara dos milenios metida dentro de un sarcófago.

—Una túnica romana auténtica. Además de cuidadoso, nuestro coleccionista está

bien surtido.

—Y posee una habilidad manual digna de mejor empeño. Francamente, inspector,

no se me ocurre cómo nadie pudo vestir a nuestro cadáver con esta túnica sin que la tela

se le convirtiera en polvo entre las manos.

—¿Qué intenta decirme, Palafox? —preguntó el inspector Reigosa, frunciendo el

ceño peligrosamente.

Sin perder del todo la leve sonrisa intrigada que había asomado a su rostro al ver

por primera vez el cadáver, el anatomista recogió su escalpelo del borde del sarcófago

y lo dejó caer en el interior de su maletín.

—Intento decirle, inspector, que un milagro verdadero le hubiera causado a usted

menos problemas que un asesinato como este —dijo entonces—. Un asesinato que

incluye un sarcófago de piedra recién exhumado, tres monedas romanas relucientes y

una túnica que se deshace al menor contacto. Por no mencionar, desde luego, esa

guirnalda de flores que nuestras amigas vieron convertirse en polvo ante sus ojos al

abrir el sarcófago. —Palafox se agachó junto al lateral derecho del sarcófago y palpó

la lápida que había apoyada junto a él—. ¿Cuánto diría usted que pesa esta losa?

Reigosa rozó apenas la piedra con sus dedos enguantados.

—No sabemos si esta lápida cubría realmente el sarcófago cuando lo encontraron

—dijo—. No sabemos si esta muchacha se hallaba realmente dentro del sarcófago, o si

su cadáver fue descubierto en otro lugar y depositado aquí por alguna razón.
No

sabemos cuándo se ha descubierto el cuerpo, ni quién lo ha descubierto, ni
cuál es su

identidad. No sabemos nada.

—Sabemos lo que la madre superiora y la hermana Olivia nos han explicado
—

replicó Palafox—. Yo no creo que ellas estén mintiendo. ¿Y usted? —
Reigosa no

respondió; se limitó a rozar de nuevo la basta superficie de la losa que
descansaba

junto al sarcófago y a apretar los dientes. Así que el anatomista añadió—: Yo
creo que

estas monjas han presenciado realmente un milagro, inspector. Aunque ese
milagro no

se sostenga bajo el escrutinio de un simple escalpelo.

Los dos hombres se quedaron mirando en silencio.

El rumor del inexistente río subterráneo volvió a resonar en los oídos de
Palafox,

y le hizo pensar fugazmente en el rumor del Támesis circulando de noche por
el corazón

de otra ciudad milenaria y rebosante de fantasmas.

Al otro lado de las sombras que circundaban la galería, el sonido de unas
pisadas

que se acercaban obligó al inspector Reigosa a recomponer su actitud

profesional.

—La causa de la muerte, Palafox —ordenó en voz baja.

—Imposible decirlo sin practicar una exploración completa del cuerpo. Y esto no

es algo que pueda hacer en cinco minutos... ni en los sótanos de un convento de monjas.

—No hay heridas visibles, en todo caso.

—La cabeza y el cuello están intactos. —Palafox se inclinó sobre el cadáver y

posó dos dedos en su mandíbula—. No hay rastro de contusiones ni de violencia

ejercida sobre ellos. Las zonas que la túnica deja al descubierto no muestran tampoco

huellas de agresión. Por lo que tenemos a la vista, esta muchacha pudo haber muerto

por causas naturales. Lo cual no tendría ningún sentido.

El inspector asintió con gravedad.

—¿Envenenamiento?

—Podría ser. Tal vez ello explicara el tono azulado de su piel. —El joven separó

con cuidado los labios del cadáver y dejó al descubierto una dentadura perfecta que

reveló a su vez, tras una breve presión, una lengua de color azul oscuro—. Aunque no

conozco ningún veneno que produzca un efecto como este. De hecho, si a esta

desventurada la hubiéramos encontrado en una cama, yo habría apostado por una muerte

por causas naturales. —Palafox cerró la boca del cadáver—. Pero si tal fuera el caso,

ese coleccionista que tiene usted en mente posee un sentido del humor realmente

extraño.

Reigosa asintió de nuevo.

—¿Para qué convertir una muerte natural en un falso milagro absurdo como este?

—Exacto. Aunque, bien pensado, ¿para qué hacer lo propio con un asesinato?

El sonido de las pisadas que se aproximaban a la galería creció hasta invocar con

claridad la imagen de tres pares de sandalias deslizándose sobre la piedra húmeda.

Un mínimo silencio precedió a la pregunta que ambos hombres estaban aguardando.

—¿Qué ve, Palafox?

El anatomista cerró los ojos y dejó que los dos mil años de historia de aquella galería subterránea se desplegaran a su alrededor. La luz cegadora del tiempo, su

sonido atronador, la confusión ingobernable de todas las voces y de todos los

rostros y

de todas las vidas vividas en aquel preciso lugar. Un tapiz de formas y colores

infinitos, de sonidos y sensaciones, extendido sobre la realidad a la manera de una

niebla traslúcida, abrumadora. Posó la mano en la piedra del sarcófago y sintió la

misma vibración que ya le había recorrido todo el cuerpo en el instante de su llegada.

La vibración del tiempo sagrado. La vibración de la materia impregnada de memoria y

cargada de mensajes cifrados.

Rozó luego la carne sin vida de la Dama del Pozo, y todo se convirtió en oscuridad.

—Nada que pueda ayudarle, inspector —dijo, abriendo los ojos y mirando a

Reigosa con expresión turbia—. Esta muchacha es para mí un misterio tan perfecto

como para usted mismo.

El inspector palmeó levemente el brazo de su amigo.

—Un misterio, pero no un milagro. Por ahora me basta con eso.

No tuvieron ocasión de decir más. Justo en ese instante, las dos monjas aparecieron de entre las sombras y llegaron hasta su posición con los rostros convertidos en sendas máscaras de cera.

Tras ellas, un hombre completamente enlutado, alto y muy delgado, con la cabeza

cubierta por un enorme sombrero circular y las manos enfundadas en sendos guantes de

seda, se materializó en el límite exacto en el que la luz de los candiles se fundía con la

penumbra de la galería subterránea.

—Inspector... —murmuró Palafox.

—Yo también lo veo —replicó el hombre con tranquilidad. Y alzando la voz, se

dirigió a la madre superiora—: No hay protesta que pueda permitirnos salir de aquí

esta noche con este cadáver, ¿verdad, madre Piedad?

La monja no se molestó en negar con la cabeza.

—Dejen reposar a los muertos, inspector. Y agradezcan en su justa medida la buena voluntad de Su Excelencia.

El inspector Reigosa esbozó una sonrisa torcida y volvió la vista hacia el hombre

enlutado.

En el lugar que este había ocupado hasta hacía apenas un segundo había ahora un

vacío perfecto.

—Lo hacemos, madre Piedad. No dude que lo hacemos.

Eso fue todo. Las dos monjas los acompañaron en silencio hasta lo alto de la escalera que daba acceso a aquel extraño mundo sumergido bajo los cimientos del

viejo palacio real, y allí la hermana Martina los recogió también en silencio y los

acompañó hasta la salida del convento con la misma expresión de asombro infantil

congelada en sus grandes ojos negros.

Tres minutos más tarde, Andreu Palafox y Octavio Reigosa estaban de nuevo en la

plaza del Rey, contemplando los resplandores del lejano incendio reflejados en la

niebla y preguntándose, cada uno a su manera, qué demonios significaba aquel absurdo

espectáculo que acababan de presenciar.

3

Las campanas de la catedral acababan de tocar las once cuando los dos hombres

separaron sus caminos en la plaza de San Jaime. Reigosa enfiló la bajada de la Prisión

con el paso resignado de quien tiene todavía varias horas de trabajo por delante,

coronado por su sombrero de inspector del Cuerpo de Vigilancia y enfundado en una

levita negra cuyo paño, grueso y ya fatigado, resultaba a todas luces excesivo

para una

noche de principios de agosto como aquella.

Palafox, por su parte, atravesó la plaza desierta y tomó la calle de la Ciudad sumido en sus propios pensamientos. No reparó en los dos niños que dormían abrazados debajo de una carreta en la plaza del Regomir, a la sombra de la torre del

viejo castillo, ni vio tampoco las luces encendidas en el último piso de un edificio cuya

puerta lucía una cruz negra pintada con tinta fresca. Una anciana vestida con decoro

acariciaba el lomo de un perro negro bajo el arco de un callejón cubierto, pero ni su

mirada perdida ni la botella que tenía entre las piernas atrajeron la atención de Palafox.

Cuando su mano derecha introdujo la llave en la cerradura de la casa en la que llevaba

viviendo toda su vida, en el número trece de la calle del Regomir, la imaginación del

anatomista seguía vagando sin rumbo por los pasadizos subterráneos del convento de

Santa Clara.

Como siempre que salía de noche, Adela, su criada, lo aguardaba con cara de pocos amigos en lo alto de la escalinata que daba acceso a la planta noble del edificio.

Las cenizas que flotaban en el aire habían cubierto el suelo del patio como una fina

capa de nieve gris, y su rastro se advertía incluso sobre la humilde tela del vestido de

la muchacha.

—Te había dicho que no me esperaras despierta —dijo Palafox—. Has visto que

me he ido con el inspector Reigosa.

—Pero no ha vuelto con él.

—Me ha acompañado hasta la plaza. Tenía que ir al puerto.

Los ojos de la criada se iluminaron al instante.

—Dicen que ya han ardido cinco barcos extranjeros —anunció, pronunciando aquella última palabra con una cierta reverencia—. Y que han prendido fuego a varios

almacenes.

Palafox subió los últimos peldaños de la escalinata y comprobó que las cenizas

habían alfombrado también el suelo de la galería cubierta. La niebla comenzaba a

levantarse, pero los contornos de la realidad seguían emborronados por una especie de

lente distorsionadora que aplicaba un filtro de distancia y de misterio incluso al rostro

familiar de Adela.

—Y eso te lo ha dicho...

—Han venido dos repartidores mientras usted estaba fuera. Y los dos habían estado husmeando por el puerto. —La muchacha se adelantó para abrirle a Palafox la

puerta del piso—. Dicen que aquello era como una fiesta con fuegos artificiales.

Palafox dejó el maletín en el suelo y aguardó a que su criada le retirara la levita.

Él mismo se aflojó el corbatón y los puños de la camisa.

—Extraños repartidores eran esos, trabajando de noche y con toque de queda —

observó.

En el rostro de la muchacha aleteó la sombra de una sonrisa traviesa.

—A mí también me ha parecido raro —murmuró—. ¿Qué quería el inspector?

Palafox agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Un asunto oficial. Nada que pueda contarte.

—Ya. —Adela colgó la levita en una percha y fue a encender los tres brazos de la

lámpara de aceite que presidía la mesa del salón. Al pasar junto al único sillón que

había en el mismo, lanzó al aire una patada que apenas mereció un cortés ronroneo por

parte del gato que dormía arrellanado sobre él—. ¿Interesante?

—No puedo hablar de ello.

—Entonces no ha sido interesante.

Palafox tomó asiento en una de las cuatro sillas que había dispuestas en torno a la

mesa. Observó cómo la muchacha terminaba de encender la lámpara, y aguardó a que le

acercara acto seguido el servicio de licores y le ofreciera una copa de anís.

—Ha sido muy interesante —dijo por fin, tras humedecerse los labios en el licor

—. El inspector Reigosa no se molesta en llamarme si no tiene algo original entre

manos.

—Yo pensaba que ya solo le llamaba si había sotanas de por medio...

Palafox ignoró parejamente el tono de voz de la criada y la expresión burlona de

su rostro.

—Mis buenas relaciones con el obispo han resultado de utilidad para el inspector

en más de una ocasión —concedió—. Como lo han sido también mis conocimientos de

anatomía.

La muchacha desapareció en las profundidades de la casa y reapareció al cabo de

un par de minutos cargada con una bandeja llena de platos de porcelana y

cubiertos de

plata. Para entonces, Palafox había apurado ya su copa de anís y se había servido otra

de un vino recién llegado aquella misma mañana de Burdeos. Un regalo inesperado de

su último cliente satisfecho: un criador de caballos francés aficionado a los relojes de

factura oriental y a los autómatas prusianos, y rendido ya también, para fortuna suya, a

los ecos de una fama que no dejaba de extenderse por los ambientes adecuados del

continente.

—¿Un muerto o una muerta? —preguntó Adela, mientras disponía ante su amo una

colorida selección de fiambres y varias rebanadas de pan untado con tomate y aceite.

—¿Piensas que voy a hablarte de esto mientras ceno?

Adela frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—Una muerta, ¿verdad? Una mujer asesinada. —La muchacha lo afirmó con admirable seguridad—. ¿Era muy joven?

No por primera vez desde que la tenía a su servicio, Palafox miró a su criada con

una mezcla de respeto e inquietud involuntarios. A sus trece años, aquella muchacha

criada en las peores calles de Barcelona y desprovista de cualquier clase de educación

digna de tal nombre poseía, sin embargo, ciertas facultades de observación y razonamiento que él mismo, cumplidos ya los veinticinco, con sus antecedentes

familiares impecables y sus estudios de primer orden, era incapaz de advertir sin

asombro.

—Era muy joven —confirmó, recogiendo el tenedor que la muchacha le ofrecía y

pescando con él una loncha de chorizo rojo como el solideo de un cardenal —. Pero no

sabemos si la han asesinado.

Adela retrocedió algunos pasos hacia la chimenea apagada y miró a Palafox con

los ojos brillantes de expectación.

—Cuéntemelo, jefe —ordenó.

El anatomista masticó el chorizo junto con un bocado de pan y miró al gato que

dormía en su sillón. Una gorda bola de pelo amarillento que la criada había recogido de

a saber qué alcantarilla hacía algunos meses, y que había tomado posesión del piso

noble de la casa familiar de los Palafox con la misma naturalidad con que la propia

Adela se había adueñado de la planta inferior.

—Te lo cuento si retiras ese gato de mi sillón.

Adela cogió al gato en brazos y lo depositó cuidadosamente junto a la chimenea.

Luego tomó asiento ella misma en el sillón y miró a su amo con expectación.

—Cuéntemelo —repitió.

Así que Palafox vació de un trago su copa de vino, se reacomodó los anteojos sobre el puente de la nariz y procedió a relatarle a la criada su primer encuentro con la

Dama del Pozo.

Tras despedirse de su colega en la bajada de la Prisión, el inspector Reigosa emprendió el camino hacia el puerto meditando la mejor manera de afrontar aquel

absurdo misterio que acababa de ofrecérsele en Santa Clara. Una joven enterrada

dentro de un sarcófago de piedra, ataviada con una túnica de factura antigua, con los

ojos y los labios sellados por relucientes monedas romanas y la frente ceñida por una

guirnalda de flores muertas. Una elaborada pantomima dispuesta para sugerir la

presencia de un milagro cuyos ecos, en cualquier caso, no habrían de traspasar siquiera

los muros del convento que acababan de abandonar. Dentro de unas horas,

aquella

muchacha sin nombre recibiría sepultura en suelo consagrado y nadie sabría que había

existido, más allá de un puñado de humildes clarisas educadas en la credulidad y la

superstición y de unos cuantos altos cargos de la Iglesia católica cuya fe, cabía esperar,

no requería de falsos milagros como aquel para fortalecerse.

—Buenas noches, inspector. Parece que haya visto usted un fantasma.

Reigosa respondió con un gruñido al saludo del militar que custodiaba la entrada a

la plaza del Ángel.

—No se creería usted lo que he visto esta noche.

—Esta noche podría creerme cualquier cosa. —El militar alzó la punta de su sable

hacia el cielo rojizo que los cubría—. ¿Va a ver el incendio?

—Eso me temo. ¿La noche está tranquila?

La cabeza del militar se agitó con firmeza.

—El toque de queda se está respetando debidamente —informó—. Parece que por

fin la gente se ha cansado de esos obreros revoltosos.

—Eso es bueno. —El inspector alzó la vista hacia la hornacina del viejo ángel que

presidía la plaza y comprobó que la estatua relucía con intensidad bajo la luz reflejada

del incendio—. Ojalá sea cierto.

Reigosa cruzó la plaza en diagonal y embocó la calle de la Argentería. Los arcos

de acceso a los callejones que se abrían sobre la estrecha avenida parecían aquella

noche, en efecto, extrañamente desiertos. Algunas ventanas encendidas, varios perros

callejeros, la carreta de una burra de la leche aguardando el amanecer en la plaza de

Basea y bajo ella, entre las ruedas de madera, un niño abrazado a un muñeco de trapo:

eso era todo. Las formas imponentes de Santa María del Mar brillaban también con un

extraño fulgor rojizo, pero Reigosa apenas reparó en ello. La imagen de aquella

muchacha tendida en el sarcófago de piedra había vuelto a ocupar por completo la

mente del inspector, y su figura rubia y azulada no se desvaneció de su imaginación

hasta que un nuevo militar se cuadró a su paso ante el Portal del Mar.

Como todas las noches, la muralla que fortificaba la ciudad permanecía abierta en

aquel punto, pero el retén habitual de soldados que vigilaban el paso a los muelles se

había multiplicado hasta alcanzar las proporciones de un pequeño batallón de combate.

También la expresión de los rostros de los soldados se antojaba menos relajada que de

costumbre. En aquel punto, el olor del incendio resultaba tan intenso que dificultaba

incluso el respirar con normalidad.

—Inspector Octavio Reigosa —anunció cuando el primer sable se alzó a su paso

—. Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad.

Al otro lado de la muralla, la Barceloneta parecía una pequeña ciudad extranjera

colgada al borde del mar. Las calles bullían de animación, las luces de las casas

estaban encendidas y por todas partes se oían risas, gritos y canciones, como si el toque

de queda que regía en toda la ciudad no fuera de aplicación en aquel territorio

extramuros. Decenas de hombres y mujeres no uniformados hormigueaban por los

muelles, ajenos a las columnas de humo que se alzaban de los barcos incendiados y a

todos los bomberos, militares y policías que trataban de hacer su trabajo a la sombra de

los almacenes portuarios, mientras grupos de mocosos con las caras ennegrecidas

corrían sin rumbo entre gritos de entusiasmo, como pequeños animales entregados a un

festín inesperado.

—Bienvenido al paraíso, inspector —lo saludó uno de sus hombres, el agente

Lafita, emergiendo de uno de los almacenes que se habían librado de las iras de los

obreros en huelga—. Una noche preciosa para ver el mar, ¿verdad?

Reigosa no se molestó en responder. Aquella noche, su sentido del humor había

quedado enterrado a unas cuantas varas de profundidad bajo la plaza del Rey.

—Quiero un informe completo de lo sucedido, agente.

El policía borró al instante la sonrisa de su cara y se cuadró a la manera de los

auténticos militares. Era un hombre pequeño y muy delgado, de unos treinta años, que

tenía el rostro picado de viruela y cultivaba con admirable tenacidad un bigotillo

apenas perceptible en la distancia. Llevaba algo más de un año trabajando a las órdenes

de Reigosa, y en ese tiempo el inspector había sido incapaz de decidir qué opinaba de

él. Algunos días, Lafita le parecía el único hombre útil en un cuerpo integrado en su

totalidad por idiotas y por incompetentes. Otros días, en cambio, le parecía un aldeano

barbilampiño indigno de andar armado por una ciudad como Barcelona.

—Han ardido seis barcos, tres almacenes y parte del embarcadero de la Aduana,

inspector —comenzó a recitar—. No ha habido ningún herido, y todos los incendios

están ya apagados. Tenemos a siete detenidos, todos obreros sin cualificar, y

conocemos varios nombres más que están a punto de caer también. Tres de los barcos

quemados eran ingleses, otros dos eran franceses y el sexto había llegado de Cuba esta

misma mañana. Todos traían suministros para las fábricas atacadas esta semana, salvo

el barco cubano, que parece que ha ardido por error. Los militares están decididos a

quedarse con el asunto —añadió el policía en tono molesto—. Hemos tratado de

defender la posición del Cuerpo, pero donde hay patrón no manda marinero. El capitán

Alcaraz ya le ha hecho saber al inspector Ollero que ni el Cuerpo de Vigilancia ni el de

Seguridad tienen jurisdicción sobre los asuntos portuarios.

El sonido de los dos apellidos que el agente Lafita acababa de pronunciar chirrió

en los oídos de Reigosa como las púas de un tenedor arañando un plato de cobre. El

capitán Alcaraz y el inspector Ollero.

Sobre estos dos caballeros Reigosa sí tenía una opinión formada.

—Eso es cierto —concedió—. Los cuerpos civiles no tenemos jurisdicción sobre

los asuntos portuarios. Pero sí la tenemos sobre los asuntos de desorden ciudadano. Y

esto —añadió Reigosa, abarcando con un movimiento de su mano enguantada el

humeante paisaje que los rodeaba— es un desorden ciudadano de primera magnitud, le

guste o no al capitán Alcaraz. ¿Dónde está?

El agente Lafita frunció los labios en un gesto de abierto desprecio.

—Durmiendo en Capitanía, imagino —respondió—. Los mandos se han marchado

de aquí antes de que anoheciera. En cuanto han visto que la Ciudadela no peligraba,

han decidido que su presencia no era necesaria. No creo que encuentre ya despierto a

nadie con un rango superior al de sargento.

Reigosa volvió la vista hacia el norte y trató de distinguir, entre el humo y la niebla, las formas de la torre de San Juan de la Ciudadela. No lo consiguió. Todo lo

que vio fueron los techos bajos de las casas de la Barceloneta, y tras ellas, como un

amago de metáfora imperfecta, el gran muro de sombra de la muralla penetrando en el

baluarte del Mediodía.

—¿La Ciudadela no peligra? —preguntó.

—No lo parece. No esta noche, al menos. —El agente Lafita siguió la dirección de

la mirada de su superior y reprimió una sonrisa—. Pero cualquiera sabe. Esta ciudad se

ha vuelto loca, inspector. Y los locos son impredecibles.

El inspector Reigosa se sopló un rastro de ceniza de la manga izquierda de su levita y asintió pensativo.

—Empiezan quemando un par de telares, y al cabo de una semana ya están quemando barcos enteros. Si las cosas no van más allá, podemos darnos por satisfechos.

—Aún hay muchas cosas que quemar en Barcelona, inspector. Empezando por las

iglesias y los conventos. —El agente se santiguó después de pronunciar estas palabras

—. Por suerte, esta vez los vándalos parecen temerosos de Dios.

Reigosa agitó de nuevo la cabeza y recordó por un momento los viejos días de

1835, el año de la quema de conventos, cuando él mismo era un joven obrero empleado

en una fábrica textil y no podía imaginar que un día habría de vestir las ropas de la

misma autoridad que por aquel entonces despreciaba. La imagen de una lengua de fuego

avanzando por la Rambla como un río desbordado, desde las torres de Canaletas hasta

el cuartel de las Atarazanas, devorando iglesias y conventos y consumiendo en un

suspiro siglos de historia a su paso, le provocó un pequeño escalofrío y le hizo pensar

también, inevitablemente, en su amigo Andreu Palafox.

No debía de ser fácil vivir dentro de la cabeza de aquel muchacho, se dijo una vez

más.

No debía de ser fácil sentirse asediado continuamente por los rostros y las voces

del pasado.

—El puerto no está bajo nuestra jurisdicción —dijo por fin—. Pero lo que sucede

en el interior de las murallas sí lo está. Quiero saber a quién se detiene por estos

incendios, bajo qué cargos concretos y con qué fin. Quiero saber qué tienen en mente

esos obreros y cuál va a ser su próximo objetivo. Si el capitán Alcaraz no nos considera dignos de colaborar con su cuerpo, tendremos que trabajar por

nuestra cuenta

y riesgo.

El agente Lafita se estiró un poco más todavía.

—Como usted diga, inspector.

—Le hago a usted responsable, agente Lafita, de mantener a nuestra comandancia

informada de todo aquello que pueda resultar relevante para el control de esta rebelión

obrera. Considérenos al inspector Ollero y a mí sus únicos superiores a este respecto.

¿Dónde está, por cierto?

El agente señaló con una mano dubitativa el almacén de carga del que él mismo

había salido cinco minutos antes.

—¿Quiere que vaya a...?

Reigosa lo interrumpió con una simple mirada.

—Mañana nos reuniremos en mi despacho para ponernos al día y organizar la estrategia a seguir —dijo—. El inspector Ollero, usted y yo. Y ahora, si me disculpa...

El inspector Reigosa se llevó dos dedos al ala del sombrero, giró sobre sí mismo

y emprendió con decisión el camino de regreso al Portal del Mar, dejando al agente

Lafita aún cuadrado como un soldadito de plomo y con los ojos brillantes de asombro

ante aquella promoción inesperada.

El mismo coche oficial que los había llevado a Palafox y a él hasta el convento de

Santa Clara aguardaba ahora estacionado en la plaza del Palacio. Antes de montar en

él, Reigosa procedió al pequeño gesto inútil de convocar una flema a su garganta y

escupirla con fuerza en el suelo, en un intento de librarse del mal sabor de boca que le

había quedado al pronunciar el apellido de su colega, el inspector Ollero. Luego se

acomodó en el interior de la cabina, cerró los ojos y dejó que el carruaje lo llevara por

fin de vuelta a casa.

segunda parte

TIEMPO SAGRADO

4

El segundo día de agosto de 1854 amaneció inesperadamente limpio y soleado. Las

nieblas de la noche anterior se habían levantado por fin, y un cielo de un azul

desgastado cubría ahora la ciudad. Del humo de los incendios del puerto solo quedaba

una capa de suciedad suspendida que el viento de tierra había ido arrastrando
mar

adentro durante la noche, así como un leve olor a madera quemada apenas
perceptible

entre los olores habituales del recinto amurallado. El calor, como siempre, era
húmedo

e intenso. Un calor que oscurecía las axilas de los hombres y dibujaba bigotes
de sudor

en los rostros de las mujeres. Las campanas de la catedral acababan de tocar
las siete

de la mañana, y las frentes de los carreteros brillaban ya con una humedad
pastosa que

no habría de desaparecer durante toda la jornada.

El inspector Reigosa observó durante un par de minutos el paisaje que se
ofrecía

al otro lado de la ventana de su piso, y luego retomó sus rutinas de cada
mañana. Se

lavó la cara y el torso con ayuda de un barreño de porcelana, estudió en el
espejo la

nueva red de arrugas que comenzaba a expandirse alrededor de sus ojos, se
peinó

rápidamente el cabello cada vez más escaso y deslustrado y se enjuagó la
boca con una

solución de menta y tomillo que tuvo la virtud, como cada mañana, de
revitalizar sus

nervios al instante. Luego se puso la misma ropa que había dejado sobre la

silla del

dormitorio la noche anterior y se guardó en el bolsillo de la levita el pistolón descargado que llevaba siempre consigo.

Con el sombrero en la mano, abrió la puerta del piso y murmuró entre dientes las

mismas palabras que llevaba pronunciando al inicio de cada nueva jornada desde que

tenía uso de razón.

—Buenos días, inspector. Está usted hoy especialmente atractivo.

La sonrisa de la mujerona que regentaba la lechería situada en los bajos de su edificio le resultó aquella mañana a Reigosa especialmente reconfortante.

—No tanto como usted, señora Gibernau. ¿Se ha hecho algo en pelo?

—Me lo lavé anoche, inspector. Sabía que se daría usted cuenta. —La mujer puso

encima de su mostrador un platillo con varias rebanadas de pan con aceite y un hermoso

pedazo de longaniza—. ¿Vino dulce?

—Por favor.

La dueña de la lechería llenó un vaso de vino y lo deslizó sobre el mármol del mostrador con ademán coqueto. Luego inclinó su generoso pecho hacia Reigosa y

anunció, bajando la voz:

—Dicen que anoche estuvo usted en los muelles.

—¿Dicen?

—Clientes. Ya sabe. —La mujer paseó brevemente la mirada por las mesas que

había dispuestas en el local, en las que diez o doce hombres de rostro curtido y con

ropas de obrero desayunaban sin atender, al menos en apariencia, al policía sentado

ante el mostrador—. Poca gente quiso perderse el espectáculo de ayer.

—¿Se dice algo por el barrio?

—¿Me toma usted por una correveidile, inspector?

Reigosa sonrió ante la expresión ofendida de la mujer.

—Sabe usted que no, señora Gibernau. Pero apuesto a que nadie lamentó que ayer

ardieran esos barcos. Como nadie lamentó tampoco que ardieran las máquinas

tejedoras en las fábricas del Raval.

La dueña de la lechería se encogió de hombros y forzó una mueca de desprecio.

—¿Por qué tendríamos que lamentar que ardan esas máquinas del diablo que nos

están robando el trabajo? —preguntó—. No seré yo quien lo haga. Si me pregunta a mí,

esos muchachos que destrozan máquinas y queman barcos extranjeros son

héroes, no

delincuentes, y no merecen otra cosa que gratitud. —Y acto seguido se volvió hacia la

puerta del local, que acababa de abrirse, y recuperó su sonrisa servicial—. Cuando

termine con eso, le sirvo su café con leche, inspector —dijo, y acto seguido fue a

atender a los recién llegados.

Reigosa se reacomodó en su taburete y empezó a dar cuenta de su desayuno. Como

cada mañana, podía sentir clavadas en su nuca las miradas del resto de clientes y

captaba, de vez en cuando, palabras apenas susurradas que sugerían que su entrada en

la lechería había interrumpido algo más interesante que las habituales conversaciones

de primera hora. No era algo que le molestara. Había aprendido a convivir con las

cargas derivadas de su condición de policía, del mismo modo que antes no había tenido

más remedio que aceptar los peajes de la vida de un obrero industrial. Todo oficio

imponía su propia cuota de servidumbres, miserias y malentendidos, y eso era algo que

Reigosa no se permitía olvidar cada vez que se ponía el sombrero de inspector del

Cuerpo de Vigilancia.

Estaba revolviendo ya una cucharada de azúcar en la taza de café con leche que la

señora Gibernau acababa de servirle cuando la puerta del local se abrió de nuevo y

dejó a la vista la estampa de un muchacho extraordinariamente alto, delgado como un

junco y tan pelirrojo que sus cejas parecían dos pinceladas de color bermellón aplicadas sobre un fino papel blanco.

—Buenos días, inspector. Disculpe que le interrumpa el desayuno.

El muchacho se acercó hasta el taburete que Reigosa ocupaba y le tendió una tarjeta. Las dos únicas frases que había escritas en ella no le dijeron nada al policía.

—Paseo de la Aduana, diecisiete. Hostal del Nuevo Mundo —leyó en voz baja—.

¿Y bien?

—Un asesinato, inspector —respondió el agente también en un susurro, lo cual no

impidió que todas las cabezas presentes en la lechería se volvieran definitivamente

hacia él—. Un inglés degollado en una pensión del puerto. El inspector Ollero dice que

querrá usted verlo antes de que los militares traten de hacer de las suyas.

Reigosaapuró de un trago su café con leche y rebuscó unas monedas en el

interior

de su levita.

—El paseo de la Aduana está dentro de las murallas —espetó con sequedad—.

Nuestro territorio, nuestro asesinato. —Y poniéndose en pie, dijo—: Nos vemos

mañana a la misma hora, señora Gibernau.

La mujerona le dedicó al inspector una amplia sonrisa y un guiño de ojos algo más

exagerado de lo habitual, al tiempo que se acercaba a recoger el dinero y los restos de

su desayuno.

—A la misma hora y en el mismo lugar, inspector.

Cuando abandonaron el local y salieron al aire caliente de la plaza de San Pedro,

en pleno corazón del barrio de los tejedores, el muchacho pelirrojo, que se apellidaba

Antúnez y era natural de Zaragoza, señaló el carruaje que aguardaba detenido junto al

muro sur del antiguo monasterio que daba su nombre al lugar.

—Ahí lo tiene —dijo—. Pero hay algo más.

Algo en el tono de voz del agente no le gustó al inspector Reigosa.

—¿Y bien?

—El inspector Ollero ha dicho que querría traerse usted consigo a su amigo.

Reigosa miró a su subordinado con el ceño fruncido.

—¿A Palafox? —preguntó—. ¿Y eso por qué?

—No lo sé, inspector —respondió el muchacho, encogiendo sus hombros huesudos y adquiriendo por un segundo el aspecto de un insecto gigantesco—. El

inspector Ollero solo ha dicho que querría traérselo con usted. No ha mencionado

nombres.

—En ese caso, yo mismo decidiré si la presencia del señor Palafox es necesaria o

no —gruñó Reigosa.

Los dos hombres cruzaron la plaza y montaron en el coche oficial. Los caballos se

pusieron en marcha con una salva de relinchos que apenas despejó su camino de críos

que jugaban a la sombra del monasterio, ahora convertido en prisión. Reigosa describió

las cortinas de su ventanilla y ordenó al agente Antúnez que hiciera lo propio con las de

su lado.

Sólo cuando hubieron alcanzado la Riera de San Juan se permitió decir:

—Un inglés muerto al lado del puerto unas pocas horas después de los incendios

de anoche. Parece interesante.

A lo que el agente Antúnez, por toda respuesta, agitó de arriba abajo su
alargada

cabeza pelirroja y emitió una especie de silbido que sonó también,
absurdamente, como

el crujido de un insecto que un niño acabara de partir por la mitad.

Como cada mañana desde el inicio de aquella segunda vida que el destino le
había

concedido inesperadamente hacía tres años, Andreu Palafox se encerró en su
taller

mecánico de la calle del Regomir al despuntar el alba y aprovechó las
primeras luces

del día para revisar su trabajo de la tarde anterior.

El taller ocupaba una gran sala situada en la planta superior de la casa
familiar, y

sus ventanales se abrían hacia el sur ofreciéndole una interesante perspectiva
de las

torres del castillo del Regomir y del palacio de la Condesa, cuyos muros
asomaban a lo

lejos por entre los tejados del barrio. Tres mesas de trabajo atestadas de
instrumental

mecánico recorrían otras tantas paredes de la sala, en cuyo centro había una
cuarta

mesa en forma de «U» y un sillón cubierto de libros y papeles. Dos librerías

flanqueaban la única puerta del taller, y varios diagramas enmarcados

colgaban a

distintas alturas en los espacios de pared desnuda que separaban los ventanales.

Con su guardapolvo azul, sus anteojos bien calados y sus herramientas en ristre,

Palafox se inclinaba sobre las piezas mecánicas confiadas a su cuidado con la misma

dedicación con la que solo tres años antes, cuando él contaba apenas veintidós, se

había inclinado sobre los cuerpos de los primeros pacientes vivos ofrecidos a su

escalpelo. La naturaleza del trabajo no era, a fin de cuentas, tan distinta en ambas

profesiones. La mecánica del cuerpo humano, con sus motores y sus engranajes y el

precario equilibrio de los fluidos vitales que alimentaban aquella prodigiosa

maquinaria natural, apenas difería de la mecánica de esos otros ingenios que ahora

Palafox estudiaba, desmontaba y recomponía en la intimidad de su taller: cajas de

música exquisitas, relojes centenarios, autómatas con piel de oro y entrañas de metal

que reproducían de mil maneras distintas los movimientos del cuerpo animal. Ingenios

artificiales llegados de toda Europa que el antiguo anatomista descomponía, estudiaba y

devolvía a la vida por virtud de la misma habilidad manual que en su día, antes del

desastre de 1851, había proyectado sobre su futuro la promesa de una carrera médica

ejemplar.

Ese era el futuro que una vez le había pertenecido. La vida plácida y plena de un

respetado anatomista. Y sin embargo, en un giro propio de una novela de Teresa

Urbach, la carrera de Andreu Palafox había alcanzado su final antes incluso de haber

empezado. Lo había hecho, además, de una manera dolorosamente pública y

espectacular, hasta el punto de que los ecos exagerados de su caída en desgracia

circulaban todavía por las calles de Barcelona en forma de historias con las que asustar

a los niños. La debacle le había costado al joven anatomista el descrédito absoluto

dentro de su profesión y el exilio de los círculos sociales a los que su apellido y su

ascendencia le daban derecho —Martín Palafox, su padre, había sido el cuarto eslabón

de la cadena de anatomistas más respetada de la ciudad, y su madre descendía de una

saga de banqueros y comerciantes cuyo origen se remontaba a tiempos de Felipe II—;

por no mencionar un encierro de tres meses en un sanatorio para alienados de la calle

de la Canuda. Y también le había acarreado, a modo de castigo añadido, la vergüenza

de ver expuesto finalmente ante el mundo el más íntimo de sus secretos.

El mismo secreto que a la vuelta de unos pocos meses lo había llevado, un tanto

misteriosamente, a verse convertido en aquello que hoy era: un prestigioso cirujano de

autómatas. Un anatomista de ingenios mecánicos cuyos pacientes arribaban a su taller

en el interior de grandes cajas de madera desembarcadas en el puerto de la Barceloneta

y marchaban unos días más tarde, ya recompuestos y nuevamente operativos, de vuelta a

sus hogares en algunas de las residencias más ilustres del viejo continente.

—Jefe, con permiso.

Palafox alzó la vista del pequeño cisne de metal que tenía sobre la mesa y se volvió hacia la puerta del taller.

Enmarcada por las dos altas librerías cargadas de volúmenes en cuarto mayor,

Adela se le apareció por un segundo como aquello que realmente era: una niña de la

calle extirpada de su ambiente natural, disfrazada torpemente de criada e investida, a

todos los efectos, con la responsabilidad desmesurada de gestionar a su antojo uno de

los hogares menos convencionales de toda Barcelona.

—Estoy trabajando, Adela.

—Ya lo veo. —La muchacha dio varios pasitos saltarines y se plantó en el interior

de la mesa en forma de «U»—. ¿Es un cisne?

Palafox asintió con un gruñido.

—Pertenece a la colección particular de un príncipe de Bohemia —afirmó,

sosteniendo con la punta de unas tenazas diminutas una pieza dentada del tamaño de la

pupila de un recién nacido—. Cada una de las piezas que lo componen es más valiosa

que la suma de toda la ropa que tú has vestido durante toda tu vida. Así que procura que

ni tu gato ni tú le pongáis las zarpas encima.

La boca de la criada dibujó una bonita sonrisa.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo—. No podemos seguir llamándolo

«gato».

—También podemos devolverlo a la alcantarilla de la que lo recogiste.

—No lo recogí de ninguna alcantarilla. —La muchacha inclinó su cuerpo hacia el

autómata desmontado y rozó con la punta de su nariz el largo cuello de plata,

formado

por una infinidad de escamas móviles que relucían espléndidamente al reflejo de la luz

que entraba por los ventanales—. Él vino a buscarnos a casa la noche que usted casi se

vuelve loco en aquella iglesia. La noche que creyó que un toro los perseguía a su amigo

y a usted. ¿Se acuerda? —La pregunta, por supuesto, era retórica—. Fue usted el que

dijo que a los dos nos vendría bien un poco de compañía. Y a la señorita Urbach le

pareció una buena idea.

Palafox pasó por alto el acento ligeramente burlón que Adela le había impreso al

tratamiento de Teresa Urbach, y logró bloquear también la imagen perturbadora del toro

en llamas que aquella noche, en el cementerio de la iglesia de San Justo y San Pastor,

había emergido de las brumas del tiempo a través del cuerpo de Octavio Reigosa y se

había abalanzado ferozmente contra él.

Su visión más violenta de los últimos seis meses. Y también la más aterradora.

Cuando el toro había atravesado su propio cuerpo paralizado y había embestido

silenciosamente a una niña que estaba acurrucada junto al muro de la iglesia,
Palafox

había hecho algo que no se permitía desde las primeras manifestaciones de su
condición: había olvidado que el toro y la niña ya no estaban allí. Lo había
olvidado

por completo. Y se había puesto a gritar como un alma entregada al diablo.

—Te agradecería que apartaras la nariz de mi cisne —dijo ahora,
ahuyentando con

una sacudida de cabeza aquel recuerdo.

—No es su cisne. Es el cisne de un príncipe de Bohemia. —Adela se
incorporó de

nuevo y miró a su amo con expresión curiosa—. ¿Bohemia está muy lejos?

—Lo sabrías si te molestaras en estudiarte los libros que te doy.

—Me los estudiaría si usted se tomara la molestia de enseñarme a leer —
repuso

la criada—. O si dejara que la señorita Urbach viniera por aquí más a
menudo.

El anatomista terminó de ajustar la pieza dentada en su debida posición y
depuso

las tenazas.

—La señorita Urbach es una mujer ocupada —dijo, volviéndose hacia Adela
y

reparando por primera vez en el nuevo mechón de pelo ceniciento que partía
aquella

mañana en dos la frente de la criada—. Y mis últimas noticias eran que ya habías

aprendido a leer.

—He aprendido a leer sus instrucciones y sus listas de la compra, jefe. Y las letras de los paquetes que le traen esos tipos tan maleducados. Pero la señorita Urbach

podría enseñarme a leer cosas más interesantes.

Palafox sostuvo la mirada de Adela y reprimió con alguna dificultad la tentación

de reubicar adecuadamente aquel mechón de pelo rebelde.

—La señorita Urbach es una mujer ocupada —repitió.

—Y usted es un hombre tonto. Con el debido respeto. —Los labios de la muchacha se distendieron en una nueva sonrisa—. Unas cuantas tardes a solas usted y

ella en la biblioteca, conmigo de carabina, y...

Palafox interrumpió a su criada dando una fuerte palmada sobre la mesa. Varias

piezas de metal tintinearón en el interior del autómata abierto.

—Suficiente, Adela. Vuelve a tu trabajo, por favor.

Adela compuso una mueca de contrición poco convincente.

—Estoy trabajando, jefe.

—¿De verdad?

—He subido a decirle que tiene usted visita.

El anatomista miró a la muchacha a través de sus anteojos con el ceño fruncido.

—Tengo visita.

—Un policía —asintió Adela—. Su amigo no, el otro. El de las cicatrices en la

cara y el bigotito idiota.

—El agente Lafita —tradujo Palafox—. ¿Está abajo?

—Dice que tiene que acompañarle. Algo oficial.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Yo no tengo la culpa, ha sido usted el que ha empezado a hablar de *Bigotes*. —

La muchacha redobló su sonrisa de felicidad infantil—. ¿Le gusta, jefe? *Bigotes* es un

buen nombre para un gato, ¿verdad?

Palafox se desembarazó velozmente de su guardapolvo de trabajo y aprovechó el

mismo movimiento para recolocar, ahora sí, el mechón de pelo que partía la frente de

Adela.

—¿El agente Lafita ha dicho algo más? —preguntó mientras empujaba a la muchacha hacia la puerta del taller.

—Nada. —Adela arrugó la nariz—. A ese tipo no le gusto. Pero él tampoco

me

gusta a mí. —Y luego, mientras aguardaba a que su amo cerrara con doble llave la

puerta, preguntó—: ¿Vendrá a buscarle por algo relacionado con la Dama del Pozo,

jefe?

A Palafox le estremeció absurdamente escuchar aquel nombre en boca de su criada.

La Dama del Pozo.

—No soy adivino, Adela.

—Ya lo sé, jefe. Usted solo ve visiones. —Antes de que Palafox pudiera

protestar, la criada compuso una mueca divertida y preguntó—: ¿Le traigo la levita y el

maletín?

—Voy a buscarlos yo mismo —respondió el joven—. Tú ve a decirle al agente

Lafita que la culpa de mi retraso la tiene la incompetencia de mi criada.

Adela desapareció escaleras abajo envuelta en el agradable sonido de su risa de

hija del arroyo, y Palafox, por su parte, corrió a adecuar su aspecto a las circunstancias

que pudieran justificar aquella visita del subordinado más señalado de Octavio

Reigosa.

Cuando llegó por fin a la puerta del patio con su maletín, su levita y su corbatón

bien ajustado, Adela lo aguardaba con un pie plantado a cada lado del umbral y con una

sonrisa particularmente malévola en la boca.

—Ahí lo tiene, jefe —anunció, señalando con la barbilla hacia el extremo oriental

de la calle—. Haciendo amigos. Me ha dicho que si tardaba usted dos minutos más,

subiría a arrestarle por desacato a la autoridad.

Palafox traspasó el umbral del portalón y buscó con la mirada al agente Lafita. Lo

localizó finalmente a unos treinta pasos de distancia, al pie de la curva que la calle

dibujaba en su lento descenso hacia el mar. Estaba hablando con un grupito de pilluelos

de los que habitualmente vagaban por aquella parte de la ciudad: críos de apenas doce

o trece años que se ganaban la vida rapiñando despojos en los muelles del puerto y

vendiéndolos luego por las calles o cambiándolos por algo de comida en los mercados

vecinos. El rostro del policía mientras hablaba con ellos sugería que no le gustaba nada

lo que estaba escuchando.

—Entra en casa —ordenó Palafox—. Espero no volver tarde.

Adela no hizo ademán alguno de abandonar su posición en el umbral de la puerta.

—¿Quiere que investigue un poco por mi cuenta, jefe?

—¿Que investigues?

—La Dama del Pozo. Dijo usted que era muy joven. Si en el convento nadie sabe

quién era y nadie ha denunciado su desaparición, puede que fuera una de las nuestras.

No debería ser difícil descubrirlo, en la calle no hay muchas niñas con el pelo rubio y

los ojos azules. Y las que hay, ya sabe usted dónde acaban.

La naturalidad con la que Adela pronunció esta última frase le provocó un ligero

escalofrío a Palafox.

«Ya sabe usted dónde acaban.»

«Una de las nuestras.»

Calándose los anteojos mecánicamente, el joven miró a su criada con seriedad.

—Hazme caso por una vez en la vida, Adela —dijo—. Entra en casa y ocúpate de

tu trabajo. El inspector Reigosa y yo sabemos lo que tenemos que hacer.

La muchacha no protestó.

—Como usted diga, jefe.

Y antes de que Andreu Palafox pudiera mostrarse sorprendido ante aquella repentina muestra de sumisión por parte de su criada, el portalón de la casa familiar se

cerró con un crujido general de goznes y maderas y dejó al anatomista enfrentado a

solas con los peligros del mundo exterior.

5

El agente Lafita apenas abrió la boca durante los diez minutos escasos que Palafox y él

tardaron en llegar al paseo de la Aduana. Solo murmuró un par de malas palabras al

atravesar los encantos de la plaza de San Sebastián, con sus tenderetes de quincalla y

sus pórticos abarrotados de chamarileros estridentes, y cuando se toparon con un carro

de hortalizas volcado en pleno paseo de Isabel II, frente por frente al edificio de la

Lonja de Mar. En ambos casos, Palafox se limitó a acompañar con un gruñido los

juramentos del policía y a seguir dándole vueltas en su cerebro a la escena que pudiera

estar a punto de contemplar.

El agente Lafita no había soltado prenda sobre las razones por las que Octavio

Reigosa requería su presencia, pero Palafox conocía demasiado a su amigo como para

imaginar un escenario posible que no implicara un cadáver hallado en un estado o bajo

unas circunstancias lo bastantes originales como para justificar que el inspector, tan

cauto últimamente con aquellas cosas, se saltara todos los procedimientos regulares y

buscara la opinión de un elemento externo al Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad. Lo

cual, apenas doce horas después de su visita al convento de Santa Clara, resultaba a la

vez interesante y perturbador.

El viaje de los dos hombres concluyó por fin junto a la estación del ferrocarril de

Granollers, ante una casa de huéspedes llamada Hostal del Nuevo Mundo.

—Vaya por Dios —los saludó el muchacho de uniforme que custodiaba la puerta

del edificio—. ¿A quién tenemos aquí?

El agente Lafita soltó un resoplido nasal y murmuró, a modo de respuesta, algo que

Palafox interpretó como «nuestro vidente favorito». No protestó: ya estaba más que

habituado a la hostilidad de los miembros del Cuerpo de Vigilancia, y conocía también

de sobras las habladurías que le perseguían desde los sucesos de 1851. A veces le

parecía que no había en Barcelona nadie que no hubiera oído las historias más absurdas

acerca de su persona, de su condición y de las circunstancias que habían terminado con

su carrera médica tres años atrás. A menudo iba caminando por la calle y una anciana

se le acercaba para pedirle que le leyera la buena ventura, como si de una gitana se

tratara, o unos niños se apiñaban en torno a él y le imploraban que les describiera los

fantasmas que estaba viendo en ese instante a su alrededor. Aquella era su vida ahora.

Los dos hombres subieron en silencio cuatro tramos de escaleras y atravesaron un

pasillo flanqueado por puertas cerradas. Al final del mismo, otro joven de uniforme

hacía guardia ante una puerta igualmente cerrada. Palafox lo conocía de vista: uno de

tantos jóvenes de provincias que en los últimos meses habían abandonado con más pena

que gloria la carrera militar y habían ido a refugiarse al Cuerpo de Vigilancia de Su

Majestad. Un aragonés muy alto y muy pelirrojo con el que Palafox no recordaba haber

intercambiado una sola palabra en las dos o tres ocasiones en las que sus caminos se

habían cruzado hasta la fecha.

—Llegáis tarde —fue su saludo, al tiempo que miraba al agente Lafita con cara de

pocos amigos.

—Culpa aquí al caballero. —Lafita orientó un pulgar despectivo hacia Palafox—.

¿Se lo han llevado ya?

El aragonés negó con la cabeza.

—El inspector ya ha mandado a tomar viento fresco a dos cabos y a un sargento de

marina. Pero los oficiales tienen que estar al llegar. —Acto seguido, abriendo la puerta

que tenía a su cargo, añadió de forma apenas audible—: De todos modos, no es más

que un inglés.

Palafox no tuvo ocasión de reparar en el sentido de aquella última frase. Cuando

siguió al agente Lafita al interior del cuarto, el espectáculo que allí le aguardaba pasó a

ocupar por completo su atención.

El cuerpo estaba tendido boca arriba en un camastro bajo y estrecho. Un charco de

sangre lo rodeaba, empapando el colchón y las sábanas y vertiéndose también sobre el

suelo alfombrado de la habitación. Estaba desnudo, salvo por unos calzones blancos

que apenas le cubrían las partes íntimas y un par de calcetines enrollados a la altura de

los tobillos. Las heridas que cubrían el pecho, los muslos y el cuello del cadáver eran

tan numerosas y presentaban tal variedad de formas que Palafox, por el momento, se

limitó a observar con cierta atención las dos más llamativas: el tajo que seccionaba por

completo su cuello y dejaba a la vista la laringe, y la profunda incisión que había

abierto su bajo vientre, por la cual asomaban unas tripas azuladas que solo gracias a la

posición supina del cuerpo no habían llegado a verterse fuera del mismo.

—Bonita carnicería, ¿verdad?

La voz del inspector Reigosa le llegó a Palafox amortiguada por varias capas de

irrealidad. El anatomista se cambió de mano el maletín, lo abrió a tientas y hurgó en su

interior sin dejar de observar el cuerpo que tenía delante.

Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, muy rubio, con la piel blanca y

llena de pecas rojizas y el rostro cubierto por una cantidad asombrosa de vello facial.

La barba le cubría las mejillas hasta encima de los pómulos, rodeaba su boca hasta el

límite exacto de los labios y se extendía bajo las mandíbulas hasta unirse con el vello

que le cubría la nuca. Los cargados bigotes parecían a punto de absorber por completo

su chata nariz, y dos patillas expansivas enmarcaban un rostro rubicundo que en vida,

reflexionó Palafox, debía de haber resultado a la vez sumamente original y francamente

intimidador.

—¿Puedo? —preguntó, extrayendo por fin un escalpelo de su maletín.

Reigosa se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero no le he pedido que venga para inspeccionar este cadáver.

Palafox apartó la vista del cuerpo sobre el que ya estaba inclinándose y miró a su

amigo con el ceño fruncido.

—¿Cómo dice?

Reigosa dio un paso al frente y se situó al pie del camastro. La punta de cuero de

sus botas quedó a un par de pulgadas del charco de sangre que se extendía también por

aquella parte del suelo.

—Dudo que pueda usted sorprenderme con la causa de la muerte de este hombre

—dijo—. Esas diecinueve puñaladas parecen una pista bastante sólida. Por no hablar

del cuello rajado y los intestinos reventados. Incluso el anatomista del Cuerpo ha sido

capaz de dictaminar la causa de la muerte sin mayor vacilación.

Palafox depuso su escalpelo y asintió con precaución.

—¿Y bien?

En lugar de responderle, Reigosa se llevó la mano al bolsillo de su levita y miró

al agente Lafita, que observaba a los dos hombres desde el umbral de la puerta.

—Agente, baje a la calle y asegúrese de que el señor Palafox y yo disponemos de

cinco minutos de tranquilidad —ordenó—. Y llévese consigo al agente Antúnez. Si

llegan los militares o vuelve el inspector Ollero, suba a avisarme.

El policía frunció los labios instintivamente, pero no protestó.

—Como quiera, inspector —dijo, y salió del cuarto arrastrando su cuerpecillo con

esforzada dignidad.

Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, Reigosa se volvió hacia Andreu

Palafox con el rostro muy serio.

—Esto es lo que ha sucedido —comenzó a explicarle de inmediato—. Este lugar

es una de las muchas pensiones de la zona que acomodan a los viajeros y a los

trabajadores que rondan por el puerto y por la estación de trenes. No es de las peores

de su clase, y su historial de incidentes es bastante modesto para lo que acostumbran a

ser estos sitios. El caballero que tenemos aquí —prosiguió el inspector, volviendo la

vista hacia el camastro— se registró en la pensión hace cuatro noches, y pagó por

adelantado toda una semana. Algo nada frecuente en las pensiones de la zona. Los

ingleses suelen ser huéspedes bien valorados en la ciudad, y este caballero, por lo que

sabemos, no era ni un marinero ni un aspirante a obrero en las fábricas del Raval. Esta

clase de viajeros suelen alojarse en los hostales de la Rambla. Aquí tiene usted un

primer misterio.

Palafox asintió con aire pensativo.

—¿Por qué un caballero inglés habría de alojarse durante toda una semana en una

pensión de calidad discutible?

Reigosa se sacó por fin la mano del bolsillo y le mostró a su amigo un pequeño

cuaderno.

—Según los datos que ofreció al registrarse, este caballero se llamaba Oliver

Manning y venía de Londres. La fecha de su llegada coincide con el ataque en el puerto

de dos barcos ingleses; el inspector Ollero se está ocupando ahora mismo de revisar el

registro de la aduana. —Como de costumbre, el rostro del inspector Reigosa se

endureció al pronunciar el nombre de su colega—. El señor Manning llegó con una

única valija y reservó una semana de alojamiento a pensión completa, abonó el importe

íntegro con moneda inglesa y solicitó, en un español que el recepcionista ha definido

como precario, una habitación con vistas a la plaza del Palacio. No volvió a hacer más

peticiones ni expresó queja alguna en recepción. Según el encargado, salía cada

mañana antes de las nueve con su valija en la mano y regresaba al atardecer.

Nadie

sabe adónde iba ni qué hacía con su tiempo. Vestía siempre el mismo traje de buen

corte, limpio y cuidado, y se tocaba con el mismo sombrero hongo.

Desayunaba y

cenaba en la pensión, siempre a solas, pero no venía a comer a mediodía, pese a tener

el almuerzo incluido en el precio del alojamiento. Anoche, como de costumbre, se

retiró a su habitación después de cenar. Esta mañana, el inquilino de la habitación de

enfrente ha visto su puerta entreabierta a eso de las siete, ha asomado la cabeza y se ha

encontrado con esto.

Reigosa cerró su cuaderno de notas y guardó un silencio que Palafox aprovechó

para mirar a su alrededor con nuevos ojos.

—Nadie oyó nada anoche —aventuró.

—En una pensión del puerto, por muy honrada que sea, nadie ve ni oye nada que

pueda causarle problemas.

—Y esa valija...

—No está aquí —completó el inspector—. Ni la valija, ni el traje, ni el sombrero.

Lo único que le han dejado al cadáver son los calzones y los calcetines. Por lo demás,

todo ha desaparecido: documentación, dinero, ropa... No hay nada que pudiera

pertenecer al fallecido. Ni un libro, ni una botella, ni un mal almanaque de la ciudad.

Nada. En toda la habitación, aparte del cadáver, solo hemos hallado una cosa que no

formara parte del mobiliario.

Palafox interrumpió su inspección del cuarto desnudo y miró a Octavio Reigosa

con rostro expectante.

—¿Y bien?

El inspector se llevó de nuevo la mano al bolsillo de la levita y extrajo ahora una

tarjeta de color crema y de forma casi cuadrada.

—Estaba encima de la mesita de noche —dijo, tendiéndosela a Palafox.

El joven tomó con cuidado la tarjeta y advirtió, en primer lugar, que su papel era

de excelente calidad. Pese a su forma, parecía una tarjeta de visita corriente; pero lo

único que había escrito en su anverso era una dirección: «18 Berkeley Square, Mayfair,

London». Ningún nombre, ninguna razón social: tan solo aquella dirección exclusiva de

Londres que a Palafox, inevitablemente, le trajo el recuerdo inmediato de ciertas tardes

memorables del verano de 1851.

—Yo conozco esta plaza —murmuró—. Los Urbach se alojaron en ella durante la

Exposición Universal de hace tres años. No recuerdo el número de la casa. Mis propias

habitaciones estaban a solo un par de calles de distancia.

Reigosa no pareció sorprendido.

—Dele la vuelta a la tarjeta.

Palafox obedeció.

—Neothermas —leyó en primer lugar, descifrando con algún trabajo la amplia

caligrafía que ocupaba el reverso de la tarjeta—. *Mrs.* Felicia Dedéu —leyó también.

Y por fin, tras mirar a su amigo con expresión desorientada, pronunció las tres últimas

palabras que allí había escritas—: *Mr.* Andreu Palafox.

Justo en ese instante, la puerta del cuarto se abrió bruscamente y bajo su dintel

apareció la figura larguirucha y pelirroja del agente Antúnez.

—Disculpe, inspector —dijo, mirando de reojo el rostro intensamente pálido de

Palafox—. El capitán Alcaraz está abajo. El inspector Ollero está con él, pero

no creo

que vaya a poder mantenerlo mucho más tiempo alejado de esta habitación.

Reigosa recogió con brusquedad la tarjeta que Palafox sostenía aún en su mano y

se la guardó en el bolsillo.

—Que suba —dijo—. Y acompañe a la salida al señor Palafox. Creo que esta tarde iré a verle a su taller —añadió, mirando al anatomista con expresión inescrutable

—. Tengo un reloj en casa que no acaba de funcionar, tal vez pueda usted echarle un

vistazo.

Palafox asintió con gravedad.

—Cuando quiera, inspector.

—Digamos a las cuatro, entonces. Espero que pueda usted ayudarme. —
Reigosa

se llevó dos dedos rutinarios a su sien descubierta—. Y salude de mi parte a la señorita

Urbach, por favor. Estoy seguro de que mantendrán ustedes una agradable conversación

esta mañana.

Palafox asintió de nuevo.

—Hasta la tarde, inspector.

Un minuto después, ya en la puerta del Hostal del Nuevo Mundo, ni el

capitán

Alcaraz ni el inspector Ollero repararon en la presencia del anatomista cuando este se

deslizó entre la confusión de rostros curiosos que bloqueaban la acera del paseo de la

Aduana.

Esta vez, ni siquiera la espectral procesión de monjes encapuchados que se cruzó

en su camino al atravesar la plaza del Palacio logró causarle mayor inquietud que lo

que acababa de suceder en el mundo real.

6

El imponente caserón que la familia Urbach habitaba desde tiempos inmemoriales en

pleno corazón de Barcelona ocupaba uno de los ángulos marítimos de la ciudad

romana. Sus muros exteriores se alzaban sobre los lienzos de la muralla imperial, y

cuatro torres de vigilancia de la antigua Barcino habían quedado integradas también en

la fábrica de un edificio que, según las crónicas, llevaba custodiando aquella parte de

la ciudad desde los días del último rey Berenguer. El abandonado palacio de la

Condesa flanqueaba el ala sur del caserón, y la torre en ruinas del castillo del

Regomir

se hallaba también a corta distancia de su pórtico de entrada, que enfrentaba la bajada

de los Leones con el orgullo tranquilo de quien lleva siglos viendo cómo el mundo se

desmorona lentamente a su alrededor.

La verja que cerraba el acceso al patio del edificio brillaba aquella mañana con

renovada ferocidad, como si el humo y la niebla de la noche anterior hubieran revitalizado mágicamente su hierro varias veces centenario. Incluso el dragón que

presidía el escudo familiar parecía contemplar el mundo con particular orgullo desde

su nicho esculpido en la piedra de la fachada.

—Buenos días, señor Palafox —le saludó el criado que acudió a abrirle la puerta

de la verja—. Me temo que el señor Urbach no está en casa esta mañana...

—Vengo a ver a la señorita Urbach, Esteban. ¿Ella sí está en casa, o...?

El criado recogió la inconclusa disyuntiva de Palafox con exquisita cortesía.

—La señorita Urbach está en la biblioteca —dijo—. Si me acompaña hasta el salón, le anunciaré su visita.

Los dos hombres atravesaron el patio de armas y entraron en el edificio por una de

las puertas situadas en su extremo oriental. Un corredor esquinado los condujo hasta el

pie de la escalinata principal, cuyos peldaños estaban cubiertos por una alfombra tan

espesa que los pies se hundían en su trama vegetal como si de verdad estuvieran

pisando enredaderas y flores silvestres. Cuando llegaron a la planta noble, el criado le

señaló a Palafox el camino hacia el salón y se dirigió él mismo hacia la biblioteca.

La espera duró escasamente un minuto. Palafox apenas había tenido ocasión de

acercarse a los ventanales del salón para admirar el agradable paisaje de calles

estrechas y tejados humildes que descendía hacia el mar, cuando Esteban llegó con el

anuncio de que la señorita Urbach lo aguardaba en la biblioteca.

—¿Puedo servirle algo? —preguntó también—. La señorita Urbach tomará un

sorbo de jerez. Tal vez quiera usted acompañarla.

—Por supuesto, Esteban.

El criado inclinó la cabeza y desapareció por una puerta lateral del salón, dejando

que Palafox se condujera a sí mismo hasta la biblioteca. Un gesto de familiaridad por

su parte, entendió el anatomista, y también un quebrantamiento de cualquier protocolo

social. Una pequeña osadía que ostentaba claramente el sello de Teresa Urbach.

—Por fin, querido —lo saludó la mujer cuando entró en la biblioteca,

levantándose de la mesa llena de papeles tras la que estaba sentada y acudiendo a su

encuentro con una sonrisa en los labios—. Empezaba a pensar que te habías olvidado

de mí.

Palafox tomó las dos manos que la hija de Eliseo Urbach le tendía y las estrechó

con suavidad entre las suyas. Luego las alzó hasta su boca y las besó demoradamente.

—Los dos sabemos que eso nunca sucederá —dijo por fin—. ¿Cómo estás?

—¿Ahora mismo? Mucho más feliz que hace tres minutos. —Teresa Urbach miró

de arriba abajo a su invitado—. Tienes buen aspecto. Para pasarte todo el día jugando

con autómatas y dando cuerda a relojes ajenos, quiero decir.

Palafox dejó ir por fin las manos de la mujer y sonrió también.

—Tú estás estupenda —aseguró—. Para pasarte todo el día escribiendo esas cosas que escribes.

Teresa volvió fugazmente la cabeza hacia su escritorio.

—¿Osaré preguntarte si has leído algo de lo que he publicado últimamente?

—Siempre has sido una mujer osada, ¿no?

Los labios de Teresa dibujaron un ángulo divertido.

—Entiendo.

Palafox agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Bromeaba —dijo—. Adela y yo hemos leído con gran interés tu última novela.

Un capítulo cada noche después de cenar, sin falta.

—¿Y...?

—Los dos opinamos que tu prosa y tu imaginación se encuentran cada día en mejor

forma. Aunque debo decirte que me he visto obligado a censurarle a Adela algún que

otro pasaje.

Teresa Urbach soltó una carcajada que iluminó su rostro con un fulgor salvaje. Era

una mujer de treinta años, de cabello moreno y muy pálida de piel, de facciones

agradables, dueña de unos ojos negros que parecían devorar con ansia todo aquello que

observaban y de un cuerpo largo y enjuto que se antojaba también en perpetua tensión.

Como de costumbre, aquella mañana vestía con un desinterés que rozaba lo escandaloso: el ligero vestido de tela que llevaba puesto no hubiera llamado la

atención en cualquiera de las vendedoras ambulantes que recorrían con sus carros las

calles de la ciudad, y el cuello abierto del mismo dejaba a la vista porciones de su

pecho y de sus hombros que ninguna mujer de su posición había dejado ver en público

desde la llegada de la pubertad. No se había recogido el pelo en trenza ni en moño

alguno; su abundante melena ondulada enmarcaba su rostro sin otro orden que el del

puro azar de sus manos distraídas, ocultando por completo sus orejas y enredándose en

las varillas de los anteojos de trabajo que aún no se había quitado.

Iba descalza, y sus pies desnudos asomaban bajo los faldones del vestido como

dos animalitos curiosos.

—Espero no haberte hecho sonrojar demasiado con mis fantasías —dijo.

—No demasiado. Un poco, tal vez. —Palafox sostuvo durante un par de segundos

la mirada brillante de su amiga antes de concluir—: Definitivamente, eres una mujer

osada, Teresa Urbach.

—Me han dicho cosas peores, Andreu Palafox. Y algunas de ellas en tu presencia,

si mal no recuerdo. —La novelista arrugó hermosamente la nariz—. ¿Cuáles fueron las

palabras que utilizó aquella vez tu amigo el inspector?

Palafox agitó de nuevo la cabeza.

—No seré yo quien las repita —replicó—. Pero no se lo tengas en cuenta. A ojos

del inspector, una mujer como tú es un misterio más oscuro que ningún crimen de

sangre.

La sonrisa de Teresa se amplió un poco más.

—Una mujer como yo —repitió—. Lo tomaré como un cumplido.

—Lo es. Ya lo sabes.

—Lo sé —asintió la novelista con dulzura. Luego, tras rozar apenas el costado de

la levita de Palafox con la yema de su índice derecho, preguntó—: ¿Nos sentamos?

Teresa se dirigió hacia los dos sillones que ocupaban un rincón de la biblioteca, y

Palafox fue tras ella. Cuando la vio quitarse los anteojos y dejarlos sobre el escritorio,

el anatomista estuvo a punto de hacer lo propio con los suyos. Luego se sintió ridículo y

comprendió que la proximidad de Teresa Urbach seguía provocándole la misma mezcla

de euforia e inquietud que solía causarle en los inicios de su amistad, hacía ya un lustro,

cuando él era un niño de veinte años sin ninguna experiencia del mundo y ella, una

mujer de veinticinco que parecía haber vivido innumerables vidas y haber aprendido,

en el proceso, cosas que él aún no podía ni siquiera llegar a imaginar.

Una vez se hubieron acomodado en los sillones, Teresa inclinó su cuerpo hacia

delante y adoptó su cara inconfundible de completa atención: los ojos bien abiertos, los

labios apretados, las mandíbulas agudamente perfiladas bajo la transparencia

iridiscente de su piel. Como de costumbre, no necesitó pronunciar palabra alguna para

hacerle saber a Palafox que había comprendido que aquella no era una visita de

cortesía.

—Hoy ha sucedido algo extraño —comenzó, pues, el anatomista—. Y me veo

obligado a hacerte algunas preguntas también extrañas. Preguntas que tal vez te

incomoden.

Teresa no lo dudó un segundo.

—Adelante.

—El asunto tiene que ver precisamente con el inspector Reigosa. Hace una hora ha

enviado a uno de sus agentes a buscarme y me ha hecho ir con él hasta el paseo de la

Aduana. Había aparecido un cadáver en una pensión vecina a la estación de ferrocarril

y quería que yo lo viera. Es el segundo cadáver que me llama a estudiar en apenas doce

horas.

Las cejas de Teresa Urbach se arquearon suavemente.

—No sabía que el inspector siguiera recurriendo a ti con tanta frecuencia —dijo

—. Tenía entendido que las cosas se habían enfriado últimamente con el resto del

Cuerpo.

—No había acompañado al inspector en sus investigaciones desde finales del año

pasado —explicó Palafox—. Pero ayer sucedió algo extraño en el convento de Santa

Clara, y la única manera que la policía encontró de acceder a su interior fue, imagino,

jugando la carta de mi relación con el obispo Riera. Se trataba de un asunto delicado.

—¿Cómo de delicado?

—Tan delicado como un milagro. —Palafox resumió brevemente los sucesos de la

noche anterior, desde la conversación con la joven novicia en la puerta del convento

hasta su inspección del cuerpo sin vida de la Dama del Pozo. Mencionó las tres

monedas relucientes que cerraban los ojos y los labios del cadáver, su túnica

antiquísima y el extraño tono azulado de su piel; pero se abstuvo de confesarle a Teresa

el efecto que aquella escena imposible había ejercido en su propia imaginación—. El

único milagro, por supuesto, es el de la credulidad sin límites de esas pobres monjas —

concluyó—, y también el de la maldad incomprensible de quien quiera que se haya

molestado en disponer tal absurdo enterramiento. En cualquier caso, el misterio es

interesante.

—Desde luego que lo es —coincidió Teresa—. Casi tan interesante como que el

Cuerpo de Vigilancia haya llegado a tener noticia del hallazgo de esa pobre muchacha.

Palafox asintió vigorosamente.

—Eso mismo le dije yo al inspector. Si de verdad creen que se trata de un milagro, ¿para qué molestarse en dar cuenta a la policía?

—¿Y de qué sirve un milagro si nadie se entera de él? —preguntó a su vez Teresa

—. Si yo creyera en milagros, si mi negocio dependiera de ellos y tuviera por fin uno

entre manos, ¿me iba a limitar a enterrarlo en la cripta de un convento sin dejar que el

mundo supiera de él?

—Y sin embargo, eso es exactamente lo que han hecho. Se han negado a permitir

que la justicia se haga cargo del cadáver, y hoy mismo van a darle sepultura en suelo

consagrado. Excepto el inspector y yo mismo, nadie ajeno al convento o al episcopado

ha tenido noticia de su existencia.

—¿Y esos obreros que lo encontraron? ¿También llevaban sotanas?

Palafox sonrió levemente.

—No lo creo.

—Lo que yo creo, querido, es que muy pronto empezará a circular por Barcelona

una nueva historia de milagros y de aparecidas. Y cuando eso suceda, tu testimonio y el

del inspector Reigosa adquirirán el valor de una prueba concluyente.

—Aunque los dos sepamos que esa pobre muchacha no es una doncella romana

incorrupta.

—Esa es una opinión subjetiva que a nadie le va a importar demasiado — afirmó

Teresa—. Lo que de verdad cuenta es que vosotros fuisteis testigos del prodigio. —Y

acto seguido, inclinando un poco más su cuerpo hacia la butaca que ocupaba su

interlocutor, preguntó—: ¿El cadáver de esta mañana está relacionado con tu Dama del

Pozo?

Palafox decidió pasar por alto aquel uso inesperado del pronombre posesivo que

la mujer acababa de hacer.

—No lo creo. No lo parece, en todo caso. En realidad, no tenía ninguna intención

de contarte lo que te he contado al venir aquí.

—Celebro entonces que hayas variado tus planes. —Teresa volvió la vista hacia

la puerta de la biblioteca, por la que su criado acababa de aparecer portando una

bandeja de bebidas—. Gracias, Esteban.

—Disculpe el retraso, señorita Urbach. He tenido que atender un... incidente en la

entrada.

—¿Un incidente?

—Esos obreros otra vez. Nada grave, descuide. —El hombre terminó de servir las

dos copas de jerez con pulso vacilante y miró a su ama con expresión seria—. Un poco

de basura quemada y un intercambio de palabras desagradables. Confiemos en que no

se vuelva a repetir.

—Gracias, Esteban. No sé qué haríamos sin ti.

El criado se inclinó orgullosamente y abandonó la biblioteca con ligereza.

—¿Problemas con los obreros? —preguntó entonces Palafox.

—La fábrica de mi padre lleva cerrada casi dos semanas —respondió Teresa—. —

Ya han ardido varios telares y un par de cobertizos, y uno de los barcos que

incendiaron anoche traía ciertos suministros que mi padre consideraba imprescindibles

para reemprender la producción. Pero no hablemos de cosas desagradables.

—Teresa

apartó el tema con un gesto de su mano derecha—. Hablemos mejor de ese cadáver que

has tenido ocasión de inspeccionar esta mañana.

Palafox tomó su copa de jerez y se humedeció los labios en el líquido rojizo.

—Era un inglés —dijo—. De unos cincuenta años, rubio, muy corpulento, con

barbas y bigotes de león. Pálido y pecoso. Se inscribió en la pensión bajo el nombre de

Oliver Manning. ¿Te suena?

Teresa detuvo al instante el movimiento que su copa había iniciado hacia sus labios y frunció el ceño.

—¿Por qué habría de sonarme?

—El inspector piensa que era un hombre de cierta posición. No pasan muchos

ingleses por Barcelona, y los que se alojan durante una semana en la ciudad, como

planeaba hacer este señor Manning, suelen estar relacionados con las fábricas textiles.

Ingenieros, técnicos, comerciantes... —enumeró Palafox—. Una comunidad pequeña,

en cualquier caso.

Teresa bebió un sorbo, ahora así, de su jerez.

—Hay muchas fábricas en Barcelona —dijo.

—En la habitación del difunto había una tarjeta de visita. No constaba un nombre

en ella, pero sí una dirección: «18 Berkeley Square, Mayfair, London».

Se hizo un pequeño silencio en la biblioteca.

Teresa Urbach dejó su copa sobre la mesita que separaba su butaca de la de Andreu Palafox y se recostó contra la mullida superficie del respaldo.

—Entiendo —dijo por fin.

—No recuerdo muchas cosas de aquel verano en Londres. O recuerdo solo las

cosas que ningún hombre podría olvidar —se corrigió Palafox—. Sé, por ejemplo, que

la casa que tu familia ocupó durante esos meses estaba en Berkeley Square, pero no

recuerdo si el número coincide con el de la tarjeta.

—Número dieciocho —confirmó Teresa.

Palafox asintió lentamente con la cabeza.

—Tampoco recuerdo, si es que alguna vez lo supe, cómo consiguió tu padre aquel

alojamiento.

—Era la casa de uno de sus socios ingleses. El mismo que consiguió hacerle un

hueco entre los expositores del Crystal Palace. —La mujer se encogió de hombros—.

Por supuesto, yo nunca llegué a conocerlo. No sé si era rubio y robusto, ni si tenía

barbas y bigotes de león. Y tampoco sé si mi padre y él siguen manteniendo sus

negocios. Al fin y al cabo, por muy hija única que sea, yo solo soy una mujer que se

pasa los días purgando viejos pecados y escribiendo fantasías que avergonzarían

incluso al progenitor más tolerante del mundo.

La sonrisa triste que Teresa esbozó en este punto hizo que a Palafox se le formara

un nudo en la boca del estómago. Por un instante, el anatomista sintió el impulso

abrumador de ponerse en pie y pronunciar ante ella, de una vez por todas, las palabras

que tantas veces había ensayado en la intimidad de su cerebro. Unas palabras inútiles

que aquella mañana, por supuesto, tampoco llegaron a rozar siquiera sus labios.

—Hay algo más —dijo en cambio—. En el reverso de esa tarjeta había escritos

tres nombres. Uno era el de una mujer: «*Mrs.* Felicia Dedéu». ¿Te dice algo?

Teresa Urbach se concedió unos segundos de reflexión antes de responder.

—Nada, lo siento. ¿Los otros dos nombres?

—El primero era «*Neothermas*» —respondió Palafox al instante—. Y el

segundo

era «Andreu Palafox».

Teresa alargó ambas manos y tomó entre ellas las del anatomista.

Sus ojos tenían ahora un brillo tan intenso que ni siquiera el cristal de los anteojos

de Palafox lograba atenuarlo.

—¿Qué le había pasado a ese hombre? —preguntó.

Palafox no se permitió adecentar la realidad para su amiga.

—Lo habían apuñalado casi una veintena de veces. Tenía rajado el cuello de lado

a lado y le habían abierto el vientre. Estaba tendido en su cama casi desnudo. Le habían

robado el equipaje y la documentación y no habían dejado otra cosa en el cuarto que

esa tarjeta. Ni siquiera estaban allí sus zapatos.

Teresa apretó las manos de Palafox y las atrajo hacia sí, forzando que el cuerpo

del hombre se inclinara hacia ella.

—Descubriremos quién era ese hombre, Andreu —aseguró—. Descubriremos qué

significa esa tarjeta y qué hacen escritos en ella tu nombre y el del sanatorio. Yo

hablaré con mi padre, y tú buscarás a esa tal Felicia Dedéu. Y si quieres, esta misma

tarde iremos los dos juntos a Neothermas a preguntar si han recibido últimamente la

visita de algún inglés con barbas de león. —La mujer ensayó una sonrisa que caldeó al

instante los ánimos de Palafox—. No creo que allí estén acostumbrados a esta clase de

visitantes. Si el señor Manning ha estado el sanatorio, las enfermeras lo recordarán. Y

si no tenemos suerte, al menos les alegraremos la tarde con nuestra visita y podremos

recordar viejos tiempos con ellas.

Palafox se obligó a sonreír también.

—La verdad sea dicha, no estoy seguro de querer recordar aquellos viejos

tiempos —dijo—. Pero nunca renunciaría a la posibilidad de pasar una tarde contigo.

Teresa soltó las manos de su visitante y recuperó la copa de jerez.

—Tenemos una cita, entonces —sentenció, alzando la copa hacia Palafox y aguardando a que este hiciera lo propio con la suya—. ¿Sería excesivamente osado por

mi parte si me presentara en tu casa a las cinco? Me gustará saludar a Adela antes de

empezar nuestra aventura.

—A las cinco en mi casa, entonces. —El sonido del cristal chocando contra el

cristal trajo a la memoria de Palafox el recuerdo de otro brindis lejano en aquella

misma biblioteca, con aquella misma mujer, en otra vida muy distinta de aquella que

hoy ambos parecían vivir—. Pero te advierto que ahora tenemos un gato.

La sonrisa de Teresa Urbach adquirió un matiz deliciosamente burlón mientras sus

labios se humedecían con el jerez.

—Esto se vuelve cada vez más excitante —murmuró.

Como de costumbre en estos casos, Palafox no supo qué responder.

7

La improvisada reunión que los inspectores Octavio Reigosa y Juan Carlos Ollero, del

Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad, y el capitán del Ejército español Manuel Alcaraz

mantuvieron aquella mañana en la habitación número 26 del Hostal del Nuevo Mundo

acabó resultando, para sorpresa de todos los presentes, razonablemente útil y

civilizada. A su conclusión, el cadáver en torno al que los tres hombres se habían

reunido había dejado de ser un nuevo motivo de conflicto entre uniformes y se había

convertido en una imprevista pieza de trueque que Reigosa y Ollero, por una vez,

habían sabido utilizar con coordinada habilidad.

—Así pues, ustedes se quedan con este asunto del inglés y dejan que nosotros

ocupemos de los ataques a las fábricas y de los incendios en el puerto —
resumió el

capitán Alcaraz, palpándose con satisfacción la generosa panza y repartiendo
su mirada

entre los dos policías que tenía delante—. Si de su investigación se desprende
que este

caballero tenía algo que ver con las fábricas o con los barcos atacados, me lo
harán

saber de inmediato. Si nosotros descubrimos algo similar por nuestra parte, se
lo

haremos saber a ustedes. Y en cuanto al toque de queda, sus hombres serán
tan

responsables como los míos de hacerlo cumplir a rajatabla. ¿Trato hecho?

El inspector Reigosa tendió una mano al frente y asintió con gravedad.

—Nadie quiere un conflicto de jurisdicciones, capitán. Todos estamos en el
mismo barco y hemos de remar en la misma dirección. Suficientes enemigos
tenemos

ahí afuera como para pelearnos también entre nosotros.

El capitán Alcaraz estrechó firmemente la mano de Reigosa y sostuvo su
mirada

con una intensidad que al inspector se le antojó un tanto fuera de lugar. No
protestó. A

fin de cuentas, había conseguido lo que buscaba.

—Entiendo, de todos modos, que sus hombres siguen estando a mi disposición en

caso de emergencia —dijo el militar, soltando la mano de Reigosa y estrechando la de

Ollero, que tenía congelada en el rostro una sonrisa de compleja interpretación—. Una

situación como la de anoche no se volverá a repetir, por supuesto, pero hay que estar

preparados para el siguiente movimiento de esa purria obrera.

—Por supuesto, capitán.

—En ese caso, aquí les dejo con su caso. Suerte con él.

El capitán Alcaraz se caló enfáticamente el sombrero, amagó un saludo militar y

salió de la habitación, dejando tras de sí un penetrante olor a tabaco de calidad.

Cuando estuvieron los dos a solas, el inspector Ollero depuso su sonrisa y miró a

su colega con el ceño fruncido. Era un mallorquín de apenas treinta años, bien

parecido, ambicioso, mucho más inteligente que la media de los hombres de uniforme

que lo rodeaban en aquella ciudad y tan falso y traicionero, en opinión de Reigosa,

como una serpiente disfrazada de canario. Sus ojos eran casi tan azules como

los de la

muchacha muerta en los sótanos del convento de Santa Clara, pero su pelo, escaso y

siempre mal peinado, tenía el color y la textura de la tierra mojada.

—¿Ya tiene lo que quería, Reigosa?

—¿Disculpe, Ollero?

—Proteger a su amigo asegurándose la investigación de este caso a cambio de

entregarle al Ejército el control sobre los desórdenes ciudadanos, que son, como usted

bien sabe, asunto de nuestra plena responsabilidad. —El inspector Ollero se acercó a

la única ventana que había en el cuarto y miró fugazmente el paisaje que se abría ante

ella: el paseo de la Aduana y la plaza del Palacio, la fachada lateral del viejo palacio

real, y asomando por encima de este, ya en el corazón de la Ribera, las dos torres

octogonales de Santa María del Mar—. ¿Eso es lo que quería? —preguntó por fin,

mirando de nuevo a su colega.

Reigosa no vaciló en su respuesta.

—El Ejército ya tiene el control sobre los desórdenes ciudadanos, Ollero.

Pensaba que se había dado cuenta usted mismo anoche, cuando fue incapaz

de hacerse

respetar en el puerto. Pero nosotros ahora tenemos el control sobre este caballero. —El

inspector señaló con su diestra el cuerpo que yacía en el camastro—. Un asesinato sí

que es nuestra responsabilidad, pero el capitán Alcázar hubiera podido usurparla

también atendiendo a la razonable relación que cabe establecer entre este suceso y los

incendios de anoche.

—Yo no veo esa relación —replicó Ollero—. Lo único que yo veo, Reigosa, es a

un inglés muerto con una tarjeta en la que aparece el nombre de su amigo Palafox. Un

dato, por cierto, que no le he escuchado mencionar en presencia del capitán.

Dos golpes secos en la puerta le ahorraron a Reigosa el tener que responder a su

compañero de uniforme.

La cabeza pelirroja del agente Antúnez se asomó precavidamente al interior de la

habitación.

—Disculpen, inspectores. El coche de muertos está abajo. ¿Qué debo...?

En lugar de completar su pregunta, el muchacho dividió una mirada sumisa entre

sus dos superiores y aguardó a que uno de ellos hablara.

—Que suban —ordenó Reigosa—. Que lleven el cuerpo al depósito y lo preparen

para las identificaciones. —El agente Antúnez inclinó la cabeza y ensayó una veloz

retirada, pero el inspector lo detuvo con un gesto—. Cuando se hayan llevado el

cuerpo, que nadie se acerque a esta habitación. Que nadie la limpie, que nadie toque

nada, que nadie entre sin mi consentimiento o el del inspector Ollero. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, inspector.

—El inspector Ollero estará al cargo de la investigación. —Reigosa miró de reojo

a su colega—. Por supuesto, ahora lo principal es establecer la identidad del fallecido

y reconstruir sus movimientos durante los últimos días. Con quién se vio, dónde

almorzó, qué desempeño lo había traído a Barcelona. En qué barco llegó a la ciudad y

con qué barco tenía previsto regresar a su país. El inspector organizará la investigación.

El agente inclinó de nuevo la cabeza y murmuró un «por supuesto» que sonó a la

vez debidamente sumiso y lo bastante dubitativo como para arrancarle a Reigosa una

mínima sonrisa.

Cuando su cuerpo larguirucho desapareció de nuevo por la puerta, Ollero se encaró al inspector con el rostro rígido como una máscara de guerra.

—Es usted muy amable, Reigosa —dijo, pronunciando cada palabra con deliberada lentitud—. ¿A qué debo tal honor, si puede saberse?

—Este es su caso, a fin de cuentas. Usted ha sido el primero en llegar. Y yo tengo

desde anoche otro caso entre manos —añadió Reigosa, echándole un último vistazo al

cadáver del inglés—. Solo le pido...

—Ya decía yo.

—Solo le pido que me deje ocuparme a mí del asunto de la tarjeta.

El inspector Ollero esbozó una sonrisa desagradable.

—¿Tiene miedo de que yo descubra algo incómodo para su amigo, Reigosa?

—De lo que tengo miedo, Ollero, es de que sus conocidos prejuicios con respecto

al señor Palafox puedan desviar su investigación de manera contraproducente.

Los dos hombres guardaron un breve silencio que ocuparon en observarse con

retadora intensidad.

—No me gusta que involucre usted a un loco en los asuntos del Cuerpo, Reigosa

—dijo Ollero finalmente—. Tiene usted razón. No me gusta que nos convierta usted en

el hazmerreír de las fuerzas del orden de esta ciudad con su empeño en pasearse por los

lugares de nuestras investigaciones con un tipo que ve visiones, que fue expulsado de la

profesión médica por mutilar a su primera paciente y que estuvo varios meses

encerrado en un asilo para locos del que, en mi opinión, nunca tenía que haber salido.

El mismo asilo para locos, por cierto, cuyo nombre aparece al lado del suyo en la

tarjeta que yo he hallado junto a este caballero asesinado.

El inspector Reigosa asintió con gravedad.

Neothermas. El sanatorio para alienados de la calle de la Canuda en el que él

mismo, tres años antes, había hecho internar a Andreu Palafox después de los sucesos

que habían acabado con su carrera como anatomista.

—Y a mí, Ollero, no me gusta que usted se empeñe en negar los servicios que el

señor Palafox ha prestado a nuestro Cuerpo en los últimos años. Si conoce usted a otro

anatomista competente dispuesto a implicarse en los asuntos de la policía, yo estaré

encantado de trabajar con él. Y no me refiero a los matasanos que tenemos en plantilla,

sino a un anatomista capaz de iluminar realmente las causas y las circunstancias de la

muerte de las víctimas que se ofrecen a nuestra investigación. Mientras tanto, Palafox

seguirá colaborando con el Cuerpo cada vez que yo lo considere necesario.

El inspector Ollero amplió un par de grados más su sonrisa de desprecio.

—Porque usted es el inspector principal del Cuerpo.

—En efecto.

—Aunque tal vez pronto deje de serlo.

Reigosa se encogió de hombros con perfecta naturalidad.

—El futuro es un misterio para todos nosotros, Ollero —afirmó—. Lo único cierto

es el presente. Y en el presente, mientras nadie diga lo contrario, yo sigo siendo su

superior.

Ollero asintió con lentitud.

—Se ocupa usted de investigar la tarjeta, entonces —resumió—. Yo me quedo con

los movimientos del muerto. Y en el caso de que los movimientos del muerto me lleven

hasta los nombres o los lugares de la tarjeta...

—En ese caso, usted y yo mantendremos una nueva reunión tan amistosa como esta

y entonces decidiremos cómo actuar. —Reigosa le tendió a su interlocutor una mano

conciliadora—. ¿De acuerdo, inspector?

Ollero no lo dudó un instante.

—De acuerdo, inspector —respondió, estrechando la mano que se le ofrecía —.

Pero acépteme un consejo de amigo.

Reigosa reprimió en el último instante la mueca de desagrado que había estado a

punto de asomar a su rostro al escuchar aquella última palabra en boca del mallorquín.

—Por supuesto.

—No ligue su futuro al de ese muchacho, Reigosa. Ya ha hecho usted todo lo que

podía hacer por él. Palafox no tiene otro futuro que una celda o un asilo, y usted lo sabe

tan bien como yo.

El inspector Reigosa no dejó que su rostro reflejara la impresión que aquellas

palabras le habían causado. Se llevó al bolsillo la mano que su colega acababa de

estrechar y palpó en su interior la tarjeta del inglés. Luego la sacó de nuevo, se llevó

dos dedos a la sien y murmuró un «hasta la vista, Ollero» al que este correspondió con

un saludo igualmente formal.

En las escaleras que conducían a la planta baja de la pensión, la camilla atascada

de los hombres del depósito lo obligó a demorar su huida durante un par de incómodos

minutos más.

Las campanas de la iglesia de San Justo y San Pastor acababan de tocar las once

cuando Palafox atravesó de nuevo la cancela del caserón de los Urbach. Una bandada

de estorninos sobrevolaba los jardines asilvestrados del palacio de la Condesa, y al

refugio de sus muros, varios niños observaban el sable del militar que había quedado

apostado frente a la residencia de la familia Urbach tras el incidente con los obreros.

Una mancha oscura en el empedrado y un ligero olor a basura quemada eran los únicos

rastros que quedaban de la pequeña fogata que los huelguistas habían prendido ante la

puerta de su patrón; por lo demás, la bajada de los Leones tenía el mismo aspecto de

siempre, ajetreado y popular, y nada en ella sugería la creciente marea de fondo que

empezaba a agitar los cimientos de aquella ciudad.

Antes de iniciar el camino de vuelta hacia su propia casa, Palafox echó un último

vistazo al dragón heráldico que presidía el portalón de los Urbach y buscó también,

inútilmente, la silueta de Teresa en alguna de las ventanas que se abrían hacia la calle.

Solo entonces echó a caminar desgadamente hacia la calle del Regomir.

Se hallaba apenas a un par de manzanas de la casa familiar cuando comprendió

que aquella mañana no iba a poder trabajar. Con la perspectiva inminente de una visita

a Neothermas en compañía de Teresa Urbach, no había en el mundo autómatas ni

relojes capaces de atraer su atención, y menos cuando su imaginación seguía ocupada

también por los sucesos de la noche pasada. Así pues, en lugar de condenarse a una

mañana de ineficacia y de remordimientos en su taller mecánico, el joven remontó las

calles del Regomir y de la Ciudad hasta la plaza de San Jaime. Tomó entonces la calle

de la Libretería y torció por la del Veguer hasta llegar a la plaza del Rey, que mostraba

ahora un aspecto muy distinto al de la noche anterior.

Libre de humo y de nieblas, bañada por la luz del sol, ocupada por los carros de

los vendedores ambulantes y por decenas de mujeres vestidas a la manera del campo, la

plaza que presidía el convento de Santa Clara parecía aquella mañana un lugar más de

Barcelona, una plaza como otra cualquiera, y no aquel epicentro siniestro de todos los

misterios que se le había antojado a Andreu Palafox hacía poco más de doce horas.

Las escaleras de acceso al portón del convento estaban vacías, pero el anatomista

no se atrevió a subirlas. En lugar de ello, dedicó unos cuantos minutos a pasear entre

los carros de los vendedores ambulantes y a ignorar, en la medida de lo posible, las

visiones —o las alucinaciones, como las habían llamado siempre el personal de

Neothermas y su director, el doctor Carrera— que enseguida comenzaron a entelar la

realidad del humilde mercado. Un círculo de antorchas encendidas en la fría noche

visigoda. Dos niños árabes danzando bajo la lluvia, desnudos y felices, al pie de una

fuelle de piedra. Hombres de facciones africanas y mendigos con las manos negras de

hollín. Muchachas, niñas y ancianas de rostro borroso que acudían un segundo a su

encuentro y se disolvían al instante en la cálida luz cenicienta de 1854. Un aquelarre de

caras, voces y momentos consumidos por la rueda del tiempo y por el cáncer del olvido

que ni las aguas sulfurosas de Neothermas, ni los tratamientos cada vez más agresivos

del doctor Carrera, ni sus bebedizos de sabores extraños habían logrado extirpar del

cerebro de Palafox en los tres meses que este había permanecido encerrado en el

sanatorio de la calle de la Canuda.

Junto a la puerta cerrada del palacio del Lugarteniente, un joven vestido con el

hábito de una orden mendicante se materializó un instante y atravesó limpiamente con su

mano derecha el muro del edificio antes de desaparecer para siempre.

En el espacio que aquel fantasma acababa de dejar libre, una hermosa jovencita de

pelo rizado se volvió hacia Palafox y pareció sostenerle un segundo la mirada antes de

esfumarse también.

El anatomista cerró los ojos y respiró profundamente una, dos, tres veces, como

solía hacer siempre que las visiones —las alucinaciones— arreciaban sin motivo

aparente. Luego abrió los ojos de nuevo y fijó su atención en un corrillo de mujeres que

comentaban la actualidad de Barcelona junto a un carro lleno de sandías.

Palafox se sentó en el murete que protegía la base de la columna del templo de

Hércules y dedicó unos minutos a escuchar la animada conversación. La huelga obrera,

aseguraban satisfechas aquellas mujeres, había paralizado las principales fábricas

textiles de la ciudad y había forzado ya el cierre de incontables talleres y comercios. El

puerto no había recuperado todavía la normalidad después de los incendios de la noche

pasada, y los sabotajes no iban a parar en los días venideros. Las paredes de San

Pedro, el Raval y la Ribera habían vuelto a amanecer empapeladas de pasquines que

llamaban al alzamiento contra los telares autónomos, y ni siquiera el toque de queda

que los militares habían impuesto la tarde anterior había logrado evitar que las hojas

volanderas siguieran difundiendo por toda la ciudad su mensaje de revuelta. Y por si

todo aquello fuera poco, dos rumores de última hora hablaban de una

epidemia de

cólera que se habría declarado aquella misma semana en el barrio de Santa Ana, al

lado de Canaletas, y de la firma inminente de la orden de derribo de las murallas que

venían asfixiando a Barcelona desde tiempos inmemoriales...

—Eso no lo veremos nosotras —concluyó una de las mujeres, la más anciana del

grupo, con una mueca de escepticismo prendida en el rostro—. Las murallas caerán el

día que caigan los Borbones. Y los Borbones caerán el día que se hiele el infierno.

—Nunca se sabe qué deparará el futuro —replicó a su lado una joven con un

fuerte acento del Ampurdán, mirando de reojo a Palafox y ofreciéndole, le pareció, una

sonrisa tentativa y agradable—. El pasado ya está escrito, pero el futuro es un libro con

todas las páginas en blanco.

El anatomista se puso en pie, estiró discretamente sus músculos agarrotados y se

dispuso a abandonar la plaza.

En la puerta de la casa en ruinas del verdugo, una joven ataviada con una túnica

muy parecida a la de la Dama del Pozo se acuclilló sobre el suelo de tierra y acarició

el lomo de un gato negro. Su rostro se fundió al instante con el de una mujer enlutada

que observaba el cielo con ojos entrecerrados, y a su lado, frente a los muros de barro

de un edificio que Palafox no supo identificar, un niño de tres o cuatro años soltó una

risotada feliz, echó a correr hacia el carro de las sandías y fundió violentamente su

cuerpo con el cuerpo de la joven ampurdanesa.

Palafox cerró los ojos, respiró tres veces y los abrió de nuevo.

Y entonces fue cuando vio al Hombre de Negro.

Al principio, Palafox lo tomó por una visión más: una figura alta y encorvada, de

formas poco definidas, vestida y tocada de negro, y tan furtiva en sus movimientos

como un inquisidor medieval. Luego recordó lo sucedido la noche anterior y

comprendió que el hombre que ahora bajaba la escalinata de acceso a la capilla de

Santa Águeda era el mismo que doce horas antes, en la galería subterránea del

convento, había acompañado a las dos clarisas cuando estas habían decidido dar por

terminada su visita a la Dama del Pozo.

«Yo también lo veo», le había dicho entonces el inspector, cuando Palafox, igual

que ahora, había dudado instintivamente de la existencia de aquel individuo embozado

que sus ojos le mostraban.

Y allí estaba de nuevo. Descendiendo los últimos peldaños de la escalinata semicircular. Atravesando velozmente la plaza del Rey con su capa negra al viento y su

rostro embozado. Dirigiéndose hacia la bajada de Santa Clara sin prestar la más

mínima atención al bullicio que lo rodeaba.

Por primera vez en mucho tiempo, Palafox no dudó un instante lo que tenía que

hacer a continuación.

8

Todavía en el paseo de la Aduana, frente a la puerta del Hostal del Nuevo Mundo, el

agente Lafita llegó corriendo al encuentro de Octavio Reigosa cuando este se disponía a

dar ya la orden de arranque al coche oficial. La cara picada de viruela del policía

asomó entre las cortinas de la portezuela y pronunció cinco palabras que el inspector,

para su propio deleite, recibió ahora sin ningún asombro.

—El obispo quiere verle, inspector.

Reigosa descorrió la cortina y miró a su subordinado.

—El obispo quiere verme —repitió.

—Alguien con sotana ha ido a comisaría y ha dejado el mensaje. Me lo acaba de

decir el agente Pagès. Lo esperan antes de las doce en el palacio episcopal.

—¿Debo ir solo?

El agente Lafita arqueó la ceja derecha.

—No me han dicho lo contrario, inspector. ¿Quién debería...?

Reigosa interrumpió la pregunta del joven con un movimiento de cabeza.

—No importa —dijo—. Gracias, agente. ¿Le da usted la instrucción al cochero,

por favor?

Lafita se cuadró ante su superior antes de desaparecer en dirección al pescante.

Reigosa corrió de nuevo las cortinas, barrió de un manotazo su sombrero hacia la otra

portezuela y se acomodó con un suspiro en el asiento corrido del carruaje. Cuando los

caballos se pusieron en marcha, cerró los ojos y trató de imaginar sus próximos

movimientos. No lo consiguió; todo cuanto acudió a su mente fueron las últimas

palabras que el inspector Ollero le había dirigido en la pensión. Eso, y la expresión de

convicción absoluta que había en su rostro mientras las pronunciaba.

«Palafox no tiene otro futuro que una celda o un asilo, y usted lo sabe tan bien

como yo.»

Reigosa se sacó la tarjeta del bolsillo y leyó una vez más la dirección londinense,

los dos nombres propios y el nombre del sanatorio para alienados más famoso de

Barcelona. «18 Berkeley Square, Mayfair, London.» «Neothermas.» «Mrs. Felicia

Dedéu.» «Andreu Palafox.» Luego tomó su cuaderno y repasó las anotaciones que había

hecho en él, una por una, deteniéndose en las fechas y en los nombres y también en los

pequeños dibujos que había garrapateado a modo de planos del lugar del asesinato. Por

último, a la altura de la calle de la Tapinería, descorrió las cortinas de su portezuela y

dejó vagar la mirada por el ajetreo de la ciudad.

Para cuando el carruaje detuvo al fin su marcha en la embocadura de la calle del

Obispo, el inspector había comenzado a formarse un plan de acción para el resto de la

jornada; un plan que dejó aparcado ahora para centrar su atención en el otro gran asunto

que tenía entre manos.

—Vuelva al paseo de la Aduana —le ordenó al cochero tras poner de nuevo el pie

en tierra firme—. Mis próximos desplazamientos no serán largos.

El carruaje echó a rodar hacia la plaza de San Jaime perseguido por un grupo de

pilluelos descalzos y vociferantes, y Reigosa se dirigió a la entrada del palacio

episcopal esquivando las bostas humeantes que los caballos habían dejado en mitad de

la calzada.

Como ya había hecho la noche anterior, se identificó de palabra ante el militar

uniformado que custodiaba la puerta del patio y penetró en el ala medieval del edificio,

escuchando el sonido de sus propias pisadas sobre el suelo enlosado. La niebla, el

humo y la oscuridad que habían emborronado los perfiles del palacio en aquella visita

previa se habían convertido ahora en una luz pálida y espesa, casi masticable, que

reverberaba desde lo alto del cielo y se esparcía como una lluvia pertinaz sobre la

superficie de todas las cosas. El calor era intenso; mientras seguía por el interior del

edificio al joven con sotana que había acudido a recogerle al pie de la escalera,

Reigosa advirtió que estaba empezando a sudar.

También el obispo Riera tenía la frente perlada de sudor cuando salió a recibirlo

en la puerta de su despacho privado.

—Gracias por acudir a mi llamada, inspector. —El religioso le tendió su diestra a

Reigosa y aguardó a que el policía le besara el anillo—. Tengo entendido que ha tenido

usted una mañana complicada.

—No tan complicada como la tarde y la noche de ayer, Su Excelencia. Ni tan extraña tampoco.

Con un gesto, el obispo Riera invitó a Reigosa a tomar asiento en el único sillón

que había enfrentado a su escritorio, y fue a sentarse él mismo al otro lado de la gran

mesa de caoba.

—No me andaré por las ramas, inspector. Su tiempo es tan valioso como el mío, y

entre hombres serios no hay razón para perderse en cortesías ni en circunloquios. —El

obispo unió las yemas de ambas manos e intensificó su mirada—. En primer lugar,

quiero agradecerle que cumpliera anoche su palabra. Acudió usted al convento de Santa

Clara en compañía del señor Palafox, no interrogó a las hermanas ni al personal de

servicio, y se marchó a la hora estipulada sin tratar de llevarse consigo aquello a lo que

su jurisdicción no le daba derecho. No me defraudó usted, inspector. Lo cual no es

pequeña cosa en estos tiempos que corren.

Reigosa agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Ha dicho que no se andaría por las ramas, Su Excelencia.

Una sonrisa desdentada abrió un agujero en el rostro del anciano.

—En ese caso, debo decirle que el cuerpo de esa muchacha descansa ya en tierra

consagrada —anunció—. Sé que esto no le gustará.

—No me gusta —confirmó Reigosa.

—Porque usted no cree que esa muchacha sea lo que nosotros creemos que es.

—¿Un milagro? ¿El cadáver incorrupto de una doncella romana? ¿Un fantasma al

que las monjas del convento llevan más de un siglo escuchando llorar desde el fondo de

un pozo? —El policía agitó de nuevo la cabeza—. No lo creo, no.

—¿No cree usted en milagros, inspector?

—Yo solo creo en aquello que veo, Su Excelencia. Con todo el respeto.

—Y entonces, ¿qué vio usted anoche?

Reigosa unió también las yemas de sus dedos.

—Anoche yo vi a una muchacha muerta en el interior de un sarcófago de piedra —

respondió—. Una muchacha vestida con una túnica romana deshecha, con tres monedas

romanas en los ojos y la boca, tocada con el esqueleto de una corona de flores y

adornada con collares y brazaletes igualmente antiguos.

El obispo arqueó a un tiempo las cejas y los labios.

—¿Y bien?

—Esa muchacha no había muerto hace dos mil años. Esa muchacha había muerto

hacía menos de setenta y dos horas.

—Y eso lo sabe porque...

—Porque la ciencia médica, Su Excelencia, es mucho menos impresionable que la

imaginación humana. Con todo el respeto.

—El señor Palafox, entonces, dictaminó que nuestro milagro no era tal.

La naturalidad con la que el obispo pronunció esta frase sorprendió a Reigosa.

—Eso me temo, Su Excelencia.

—A pesar de todo lo que la madre superiora les explicó a ustedes.

—Eso me temo —repitió el inspector.

—Las circunstancias extraordinarias del hallazgo de esa desventurada, entonces,

tienen para usted menos valor que las certezas aparentes que la ciencia médica del

señor Palafox pudo extraer de su cadáver en apenas diez minutos de inspección.

«Si la inspección del cadáver duró apenas diez minutos —replicó Reigosa en su

imaginación—, fue por una sola razón que usted y yo conocemos.»

—Las pruebas que el señor Palafox pudo recabar en el cadáver fueron lo bastante

concluyentes —replicó en realidad— como para hacerme sospechar que las

circunstancias de su hallazgo no fueron tan extraordinarias como parecen creer las

hermanas de Santa Clara.

El obispo Riera frunció el ceño al escuchar aquellas palabras.

—Piensa usted, entonces, que alguien mató a esa muchacha y la disfrazó luego de

doncella romana, la enterró en un sarcófago de piedra y orquestó por fin su hallazgo en

el convento.

—No sabemos si alguien la mató —puntualizó Reigosa—. Y puede que ya nunca

lo sepamos, a no ser que cambie usted de opinión y permita que mis hombres exhumen

el cadáver para someterlo a un análisis completo.

—Eso nunca sucederá.

—En ese caso, Su Excelencia, déjeme decirle lo que pienso. Pienso que alguien se

ha tomado muchas molestias para escenificar un milagro demasiado absurdo como para

que nadie crea en él fuera de los límites de ese convento. Un milagro del que nadie va a

enterarse y que a nadie beneficia. Un milagro que usted mismo ha hecho enterrar esta

mañana, y que a nadie importará dentro de unos días. —Reigosa inclinó su cuerpo hacia

el escritorio que lo separaba del obispo—. ¿Por qué?

En lugar de responderle, el anciano se inclinó a su vez sobre la superficie de madera de caoba del escritorio y fijó sus ojos pequeños y acuosos en los ojos firmes

del policía.

Los rostros de los dos hombres quedaron ahora separados por un palmo escaso de

aire cargado de partículas de polvo en suspensión.

—Ya sabemos que no cree usted en milagros, inspector. Pero ¿qué me dice de las

señales? ¿Tampoco cree usted en las señales?

Reigosa se concedió un par de segundos antes de contestar.

—Creo que no le entiendo, Su Excelencia.

—Mire a su alrededor, inspector. Mire a su alrededor y dígame qué ve. —El

obispo Riera volvió la cabeza hacia el ventanal abierto de su despacho—.

Inquietud y

malestar. Desórdenes sociales. Falta de fe y exceso de ambición. Esta ciudad se hunde,

y todo lo que nosotros hacemos es cooperar en su destrucción. ¿Ha tenido ya noticia del

derribo inminente de las murallas?

Reigosa se encogió de hombros.

—Las murallas de Barcelona llevan cincuenta años a punto de caer, y ahí las tiene

usted todavía.

—Esta vez no es un bulo. Madrid ha dado ya el consentimiento, y el gobierno

municipal está decidido a comenzar los derribos en los próximos días.

Piensan que así

pondrán fin a las huelgas y al descontento. Miles de obreros a sueldo del erario

público, picando piedra para liberar la ciudad de las murallas opresoras. Esa es la

retórica de los perros descreídos que nos gobiernan. —El obispo hizo una mueca que le

sugirió a Reigosa que, de haberse hallado a descubierto, en aquel mismo instante habría

escupido una flema desdeñosa contra el suelo de Barcelona—. El derribo de las

murallas es el final de Barcelona, inspector. La muerte del espíritu profundo que ha

alentado su existencia desde tiempos inmemoriales. El final de su condición de ciudad

sagrada.

Reigosa no pudo evitar sonreír.

—Barcelona, una ciudad sagrada —murmuró.

—¿Acaso lo duda? Toda ciudad milenaria es una ciudad sagrada, inspector. Nada

en ella es casual. El trazado de sus calles, el emplazamiento de sus templos y de sus

plazas, la distribución de sus pozos, los nombres de sus barrios y los negocios que en

ellos se desarrollan. La orientación de sus edificios. El espíritu de la gente que en ella

se cría. —El obispo negó con la cabeza—. Nada es casual en una ciudad con la historia

de Barcelona. Todo en ella es sagrado. Incluso los fuegos que arrasan cíclicamente sus

iglesias y sus conventos son sagrados, como lo son los que ahora consumen sus fábricas

y sus barcos mercantes. Las turbas de Barcelona son también parte del espíritu

profundo de la ciudad, de su alma inalterable.

El anciano guardó un silencio que Reigosa, al cabo de unos cuantos segundos, se

sintió obligado a interrumpir.

—Una idea interesante.

Un brillo indescifrable iluminó los ojos húmedos del obispo Riera.

—Usted estuvo ayer en el convento de Santa Clara. Considere por un momento las

continuidades que alientan en cada piedra de ese edificio. Villas romanas, palacios

bárbaros y residencias reales. El tribunal de la Santa Inquisición. Un convento de

monjas clarisas, y en sus entrañas, usted mismo lo vio, las ruinas ocultas de un mundo

pagano que, mal que nos pese, nunca ha dejado de ejercer su influjo sobre esta ciudad.

—Otra breve pausa. Los ojos del religioso fijos en los del policía. Un fino surco de

sudor recorriendo su cabeza despoblada—. O piense, por ejemplo, en el caserón de la

familia Urbach. Los protectores del señor Palafox. Los muros de ese edificio se

asientan sobre las torres de la muralla romana; las losas que forman el suelo

de su patio

proviene de la antigua judería y abundan en inscripciones en lengua hebrea; y sus

cimientos, como los de tantos otros edificios de Barcelona, se hunden en las fosas de un

cementerio medieval. De igual manera que la iglesia de San Justo y San Pastor se

levanta en el lugar donde una vez estuvo el templo de Mitra, o que Santa María del Mar

se asienta sobre las arenas del circo romano, o que la plaza de San Jaime ocupa hoy el

espacio del foro de Barcino y conserva bajo sus modernos adoquines el rastro de la

trama ininterrumpida de iglesias, camposantos y residencias oficiales que ha habido en

ese lugar desde tiempos de Augusto. Es la cima del monte Táber, la colina sagrada de

Barcelona, en cuyo espacio se siguen reuniendo los centros de poder de la ciudad

actual. —El brillo de los ojos del anciano se intensificó—. O piense simplemente,

inspector, en el propio señor Palafox.

Reigosa se puso serio.

—No creo, Su Excelencia, que la condición del señor Palafox venga al caso de

esta conversación —afirmó—. Pero ya que usted lo menciona, le diré que el señor

Palafox estuvo anoche diez minutos en presencia de esa pobre muchacha y no experimentó en su imaginación ninguna de esas... continuidades, como usted las llama.

El anciano no pareció sorprendido.

—Si menciono a nuestro amigo común, inspector, es solamente para ilustrar el

argumento que estoy exponiendo a su consideración. La sensibilidad particular del

señor Palafox, ese don maravilloso que el Señor le ha concedido, no es más que otra

manifestación de la naturaleza sagrada de este suelo milenario que nos acoge.

«Ese don maravilloso», pensó Reigosa. Una forma curiosa de definir la enfermedad del infortunado anatomista.

—Me temo que no veo la relación entre...

El obispo Riera le interrumpió con un ademán impaciente.

—El señor Palafox, inspector, vive en contacto directo con el tiempo sagrado. Un

tiempo fuera del tiempo que está vetado a los hombres, y que es propio únicamente del

Señor. —El religioso se quedó mirando a Reigosa con aire retador—. Sonría cuanto

quiera, pero en el fondo sabe tan bien como yo que el señor Palafox no habita

el mismo

mundo que nosotros. Sus sentidos no están sujetos a las mismas servidumbres que a

nosotros nos impone nuestra deficiente envoltura carnal. Y es la energía de esta ciudad,

su fuerza sagrada, la que mantiene su espíritu en contacto con... otro lugar.

Reigosa sostuvo durante algunos segundos la mirada febril del obispo Riera.

—¿Me permite que le haga una pregunta un tanto osada, Su Excelencia?

Las encías del anciano asomaron de nuevo.

—Por supuesto, inspector.

—¿Nunca le han dicho que estas ideas tuyas parecen un tanto paganas?

Espíritus

del lugar, suelos sagrados, continuidades entre nuestro tiempo y el de los romanos...

No creo que muchos altos miembros de la Iglesia se expresen en estos términos.

El obispo Riera unió de nuevo las yemas de sus dedos y apoyó la barbilla sobre

ellas.

—El transcurrir del tiempo y su influjo sobre la materia no son asuntos paganos,

inspector —replicó—. No hay nada más sagrado que el tiempo.

Reigosa pensó en ello unos instantes.

—Entiendo —dijo por fin.

—No lo creo. Pero nuestra vida, por fortuna, suele ser lo bastante larga como para

que mañana podamos comprender aquello que hoy nos elude. —Y acto seguido, como

si procediera a resumir aquel extraño aparte en el que ambos hombres se habían

enredado, el anciano añadió—: El espíritu de la ciudad, su naturaleza profunda e

inmutable, no solo alienta en sus piedras, sino que también se revela en cada una de las

manifestaciones de su vida cotidiana, en cada uno de los hechos que marcan su pequeña

o gran historia. Y ahora lo estamos viendo con meridiana claridad.

Reigosa se encogió de hombros involuntariamente.

—En ese caso, Su Excelencia, si finalmente caen las murallas, será porque así lo

ha querido el espíritu de Barcelona.

El obispo emitió un gruñido de desacuerdo.

—Observe las señales, inspector —dijo—. Han vuelto los fuegos y las turbas. Ha

vuelto la plaga del cólera. Los cadáveres empiezan a apilarse en torno a la parroquia

de Santa Ana, y pronto la epidemia se habrá extendido por toda la ciudad. Usted lo sabe

tan bien como yo. —El anciano no aguardó a que su interlocutor asintiera: la policía,

como la Iglesia, era la primera en enterarse de las periódicas epidemias de cólera que

asolaban la ciudad cada pocos años y que se cobraban, por lo general, varios miles de

víctimas antes de desaparecer tan súbitamente como se habían declarado—. Y ahora

los muertos de la ciudad original han vuelto para anunciarnos que el tiempo se agota.

Nuestro tiempo. El tiempo de Barcelona.

Llegados a este punto, el inspector Reigosa comprendió que lo que realmente estaba a punto de agotarse era su paciencia.

—Ya veo. Esa pobre muchacha, entonces, apareció ayer en su sarcófago de piedra

para anunciarnos que el ciclo se está cerrando. Que el tiempo de esta ciudad que los

romanos fundaron llegará a su fin cuando las piquetas de los liquidadores derriben las

murallas. ¿Es eso?

A manera de respuesta, el obispo Riera se puso en pie y tendió su mano derecha

hacia Reigosa.

—No le pido que crea, inspector. Solo le pido que piense en ello.

Así que el inspector se levantó también, depositó un beso fugaz en el anillo de su

anfitrión y abandonó el despacho con la cabeza más cargada que nunca de palabras, de

interrogantes y de ideas absurdas imposibles de verbalizar.

9

Adela estaba jugando con *Bigotes* en la escalera del patio cuando Palafox llegó por fin

a casa. Eran casi las tres de la tarde, y un viento cálido del este llenaba de olor a sal las

calle de Barcelona. El cielo seguía despejado, pero su azul se parecía cada vez menos

al color de los cielos que Palafox recordaba de los días de su niñez. La niebla no

tardaría en llegar, y con ella el calor y la humedad aún más asfixiantes.

Cuando vio aparecer a su amo por el portalón entreabierto, Adela se puso en pie

de un salto y fue a su encuentro con el rostro demudado por la indignación.

—¿Le parece bonito, jefe?

Palafox cerró el portalón tras de sí y le tendió a la criada su maletín.

—Una mañana complicada —dijo.

—Ya estaba a punto de salir a buscarlo. ¿No le da vergüenza? —Los ojos

castaños de la muchacha ardían de ansiedad—. Había prometido que me mandaría

avisar siempre que fuera a retrasarse más de una hora. ¡Y hace cinco que no tenemos

noticias de usted! ¡Ya estábamos a punto de salir a buscarle!

Aquel uso del plural, entendió Palafox, englobaba a Adela y su gato, que ahora los

observaba desde el tercer peldaño de la escalinata con expresión soñolienta.

—Te recuerdo que no soy un niño, Adela —protestó—. Y tú no eres mi madre, ni

tampoco mi esposa. Eres mi criada. No creo que tenga que darte explicaciones si algo

me retrasa, o si un día decido concederme unas horas de libertad.

A manera de réplica, la muchacha se aproximó a su amo y ejecutó con su mano

libre algo parecido a un abrazo torpe y fugaz.

—Que no se repita —murmuró; y acto seguido echó a caminar escaleras arriba con

las trenzas colgando sobre el espaldar de su vestido azul.

La comida estaba ya servida en la mesa del salón, junto a los diarios matutinos y

las cartas que de corriente amenizaban los almuerzos del anatomista. Aquella tarde, sin

embargo, era evidente que Adela no iba a permitirle dar cuenta a solas de su plato de

legumbres ni de su sesión de lectura habitual. En cuanto le hubo servido a Palafox un

vaso de vino y hubo cortado para él dos rodajas de pan, la criada arrastró una silla

hasta su lado, tomó asiento con las piernas recogidas y clavó firmemente los codos en

la mesa.

—¿Y bien? —preguntó, mirando al hombre con expresión expectante.

—No vas a dejar que coma tranquilo, ¿verdad?

—¿Qué quería el agente Lafita?

Palafox se llevó a la boca una primera cucharada de lentejas apelmazadas y tomó

un sorbo de vino para tratar de hacer la experiencia más llevadera. Por enésima vez en

el último año, pensó que necesitaba buscarse una cocinera de verdad. Una que no se

hubiera criado alimentándose de los desechos de los tenderetes de la Boquería ni

estuviera convencida de que un puñado de arroz hervido con unas cuantas hojas de

repollo era un almuerzo perfectamente satisfactorio para un hombre de veinticinco

años. Una cocinera que supiera cocinar.

—El inspector Reigosa requería mi presencia —respondió, dejando la cuchara en

el plato. Y tras concederse otro trago de vino, añadió—: Esta madrugada ha habido un

asesinato en una pensión del paseo de la Aduana, y quería que yo viera el cadáver.

—¿Y eso por qué?

—Porque el muerto era inglés y tenía en su poder una tarjeta interesante.

—¿Cómo de interesante?

—Mi nombre estaba escrito en ella.

—¿De verdad? —preguntó Adela, abriendo mucho los ojos.

—También estaba anotado en ella el nombre del sanatorio en el que me internaron

hace tres años, cuando sucedió ese incidente que no vamos a mencionar. Y la dirección

de la tarjeta era la de la casa en la que se alojaron el señor y la señorita Urbach cuando

visitaron Londres en el verano de ese mismo año. Cuando visitamos Londres ese

verano —se corrigió Palafox, sosteniendo con alguna satisfacción la mirada de

asombro de su criada—. Yo acababa de recibir el alta en el sanatorio y Eliseo Urbach,

en deferencia a la memoria de mi padre, insistió en que los acompañara a la Exposición

Universal que tenía lugar en Londres aquel verano. —Palafox hundió de nuevo la

cuchara en el plato y alzó hasta la altura de sus lentes su contenido verdoso e informe

—. Así de interesante era la tarjeta que el cadáver tenía en su poder —
concluyó—.

Adela, estas lentejas no hay quien se las coma. Esto no puede seguir así.

Como de costumbre, Adela ignoró estas dos últimas frases y procedió a llenar
de

nuevo la copa de su amo.

—¿Y usted no conocía al muerto? —preguntó.

Palafox agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—No, que yo sepa.

—¿Que usted sepa?

—De los meses que pasé en Londres apenas recuerdo nada. Sé que los
Urbach me

presentaron a mucha gente, y que de alguna manera logré hacer los contactos
suficientes

para establecer las bases del oficio que hoy nos da de comer. Pero dudo que
fuera

capaz de recordar uno solo de los rostros que vi durante aquellos meses.

—A lo mejor estaba usted muy ocupado mirando el rostro de la señorita
Urbach

—aventuró Adela, con una sonrisa traviesa que enseguida se esfumó de sus
labios—.

Pero es posible que el muerto fuera alguien que lo conoció a usted entonces,
¿no le

parece? O alguien que había sabido de usted a través de alguno de sus

clientes ingleses.

A lo mejor el muerto tenía un reloj o un autómeta que reparar y alguien le había hablado

de usted. ¿Tenía algún reloj encima?

—Lo único que tenía encima eran unos calzones y un par de calcetines —

respondió Palafox—. Se habían llevado todo lo demás. Ni ropa, ni equipaje, ni efectos

personales de ningún tipo. Lo único que había en la habitación era la tarjeta.

Adela pensó en ello unos instantes.

—No tiene sentido —dijo por fin—. Si ese tipo fuera un cliente suyo, ¿para qué

iba a tener apuntado el nombre del sanatorio?

—¿Para asegurarse de que no estaba dejando su reloj en manos de un loco, quizá?

La muchacha respondió a la sonrisa triste de su amo con una mueca de severidad.

—Usted no está loco, jefe. No haga bromas con eso. Y cómase las lentejas.

Palafox se llevó una cucharada a la boca y masticó con resignación.

—El inspector Reigosa vendrá a las cuatro —anunció al cabo de un par de minutos de silencio—. Y a las cinco pasará a buscarme la señorita Urbach. Nos

acercaremos los dos juntos al sanatorio, a ver si descubrimos algo.

El rostro de Adela se iluminó al escuchar aquella última noticia.

—¿Ha estado con ella? —preguntó.

—He ido a verla al salir de la pensión. Confiaba en que pudiera arrojar algo de

luz sobre el contenido de la tarjeta.

—¿Y...?

—Ni el nombre ni la descripción del difunto le han dicho nada. Pero interrogaré a

su padre al respecto. Si ese hombre tuvo tratos con nosotros en Londres, no hay duda de

que el señor Urbach lo recordará.

Adela asintió con entusiasmo.

—¿Podré verla? —preguntó con un tono sumiso que a Palafox, por infrecuente, se

le antojó casi enternecedor—. ¿O piensa encerrarme en la cocina como cuando vienen a

verlo sus clientes?

—Ojalá pudiera hacerlo. Pero lo cierto es que la señorita Urbach ha dicho que

quería saludarte. Así que tal vez quieras aprovechar la visita del inspector para hacer

algo con ese pelo.

La muchacha se palpó las trenzas con la mano derecha y compuso una expresión de

felicidad completa.

—Tengo ganas de volver a ver a la señorita Urbach —aseguró—. ¿Por eso ha vuelto tan tarde? ¿Ha estado con ella toda la mañana?

—He estado con ella menos de media hora. Lo que me ha entretenido ha sido algo menos... agradable.

Adela se irguió en su silla como un perro al olor de un incendio lejano.

—Cuente.

—¿Recuerdas lo que te expliqué anoche sobre el final de nuestra visita a Santa

Clara? ¿Aquel hombre vestido de negro que apareció junto a las monjas?

La criada agitó la cabeza con ansiedad.

—El inspector también lo vio —dijo—. No era una de sus visiones.

—Al dejar a la señorita Urbach, he ido a la plaza del Rey y allí lo he vuelto a ver.

Estaba saliendo de la capilla de Santa Ágata.

Adela dejó que su amo tomara un nuevo sorbo de vino antes de preguntar:

—¿Ha hablado con él?

—Él no me ha visto a mí. Y yo no he creído conveniente darme a conocer.

—Él ya lo conoce —objetó Adela—. En esta ciudad es usted un hombre famoso,

no lo olvide. Y si el obispo le exigió anoche al inspector Reigosa que usted lo acompañara durante su visita a la Dama del Pozo, todo el mundo que

estuviera al tanto

del milagro sabría de sobras quién era usted.

Palafox no contradijo el razonamiento de su criada.

—En todo caso, he preferido seguirlo en secreto desde una distancia prudencial.

Los ojos y la boca de la muchacha se abrieron de par en par.

—¿Ha seguido al Hombre de Negro?

—He pensado que no estaría de más descubrir un par de cosas sobre él —
asintió

Palafox—. Probablemente no sea más que un cura al que anoche le encargaron

supervisar todo el asunto del milagro, como tú lo llamas. Pero el caso es que su

vestimenta no se corresponde con la de ninguna orden que yo conozca, ni tampoco con

la de ningún cargo eclesiástico reconocible. Ningún miembro regular de la Iglesia

católica se emboza hoy en día de esa manera, dejando al descubierto apenas los ojos y

la nariz, y cubriendo el resto de su persona como un delincuente callejero. Y eso es

algo que me intriga.

Adela miró a su amo con evidente aprobación.

—¿Y qué ha descubierto?

—Nada interesante. Lo he seguido durante un cuarto de hora por la ciudad antigua,

desde las inmediaciones de la catedral hasta el llano de la Boquería, y luego ha subido

por la Rambla hasta la calle del Carmen. Allí ha entrado en la iglesia de Belén, y ni

siquiera entonces se ha descubierto la cabeza; un descuido que también me intriga. Ha

vuelto a salir al cabo de diez minutos, y luego ha bajado hasta la calle de Trentaclus,

ha llamado a la puerta de una casa situada debajo del arco y se ha metido en ella.

Al escuchar aquella última noticia, Adela hizo una mueca obscena que devolvió a

sus facciones el aire callejero que un año de servicio en un hogar respetable no había

sido capaz de erradicar por completo.

—Trentaclus —dijo, pronunciando el nombre de la infame calle del Raval con un

deje igualmente plebeyo—. Un lugar curioso para un cura.

—No podemos juzgar sin...

—No se equivoque, jefe —le interrumpió Adela con ademán impaciente—. La

gente de su lado de la Rambla solo atraviesa el arco de Trentaclus para tres cosas. Y

ninguna de las tres se enseña en el catecismo.

Palafox apartó definitivamente el plato de lentejas y miró a la muchacha con la

incomodidad que siempre le provocaba aquella clase de referencias oblicuas a su vida

pasada. Por un instante recordó la noche en que la encontró acurrucada junto al portalón

de su casa, desnutrida y harapienta, con los brazos llenos de heridas y el rostro cubierto

de moretones tumefactos. Un cuerpecillo seco y tembloroso, una mano tendida palma

arriba y dos ojos que lo miraron con estupor al verlo agacharse a su lado.

—Ha estado allí dentro más de media hora —prosiguió Palafox—. Cuando ha

salido, llevaba un paquete pequeño en la mano. Ha bajado hasta el pie de las

Atarazanas, y allí ha tomado el paseo de la Muralla y lo ha seguido hasta el final. Ha

atravesado la plaza del Palacio en dirección a la Ribera, ha rodeado Santa María del

Mar y ha alcanzado la calle de Montcada. Y allí ha entrado en uno de los viejos

palacios y ya no ha vuelto a salir.

—¿No ha vuelto a salir?

—O tal vez haya salido por la parte de atrás del edificio. Yo he estado más de una

hora y media esperándolo en la calle y no he vuelto a verle. Así que he decidido dar

por terminada mi mañana de espionaje y volver a casa.

Adela se puso en pie de un salto y se acercó a la librería que ocupaba la pared oeste del salón. Tomó de uno de sus estantes un cuaderno de notas y un lapicero y se los

plantó delante al anatomista con el rostro repentinamente serio.

—Escríbame aquí los números de las dos casas, jefe. Yo me ocupo.

Palafox emitió un gruñido sorprendido.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Quién mejor que yo para descubrir qué hacía su Hombre de Negro en la calle

de Trentaclus?

—El inspector Reigosa, por supuesto.

—¿Un policía en Trentaclus? —Adela soltó un bufido desdeñoso—. No me haga

reír. En Trentaclus, la policía tiene casi tanta utilidad como un cirujano de autómatas,

jefe. Con todo el respeto.

Palafox agitó la cabeza negativamente.

—No pienso dejar que te metas en problemas, Adela —dijo con firmeza—. Tú ya

no pintas nada en esas calles.

—El que está metido en problemas es usted, jefe. Y esta vez yo pienso ayudar.

—¿Yo estoy metido en problemas?

—Anoche lo llevan a ver un fantasma en los sótanos de un convento y un hombre

misterioso lo espía sin dejarse ver debidamente. Hoy aparece una tarjeta con su nombre

junto a un inglés muerto. Y luego el hombre misterioso de anoche se dedica a pasearse

por Barcelona haciendo cosas sospechosas.

Palafox negó de nuevo con la cabeza.

—No hay ninguna relación entre los sucesos de anoche y el cadáver de esta mañana —afirmó—. Si me he tomado la molestia de seguir al Hombre de Negro, como

tú lo llamas, ha sido únicamente para ayudar al inspector Reigosa en su investigación

de la muerte de la joven del sarcófago.

—Y ha hecho muy bien. Ahora ya sabemos dónde empezar a buscar a alguien que

conociera a la Dama del Pozo. —Adela empujó nuevamente hacia su amo el cuaderno y

el lapicero—. Pero por supuesto que hay una relación entre lo de anoche y lo de esta

mañana. Y usted mismo la ha señalado.

Palafox arqueó las cejas.

—¿Yo la he señalado?

—Los palacios de la calle de Montcada, jefe. Hace años que la mayoría funcionan

como almacenes. ¿Y a quién pertenecen? —La muchacha no aguardó la respuesta de

Palafox—. A las fábricas textiles. Como la del padre de la señorita Urbach. Sacan sus

mercancías del puerto y las guardan en esos almacenes antes de llevárselas a las

fábricas, y al revés. ¿Me equivoco?

El anatomista no respondió. Vació de un trago su segunda copa de vino y se sirvió

él mismo la tercera antes de preguntar a su vez, retóricamente:

—¿Qué pinta un sacerdote en un almacén de la calle de Montcada?

—Lo mismo que en una casa de Trentaclus —respondió Adela al instante—.

Nada. Por eso es interesante. Y por eso tiene que escribirme los números y dejarme

salir un rato esta tarde. No me meteré en problemas —aseguró, mirando a Palafox con

gravedad adulta—. Tengo un amigo que no tardará ni diez minutos en descubrir quién

vive en la casa de Trentaclus y a qué fábrica pertenece el almacén. Solo tengo que

localizarlo y decirle que es un favor para mi jefe. Y a lo mejor entonces sabremos qué

tienen en común la Dama del Pozo y el inglés de la pensión del puerto... además de a

usted.

Palafox asintió pensativo.

—Puede que tengas razón —murmuró.

—¿Cuánto tiempo hacía que el inspector no lo mandaba llamar por un asunto criminal? —Los ojos de Adela brillaban ahora con una intensidad casi febril —. Más de

medio año. Desde aquella niña que encontraron en las torres de Canaletas. Y ahora lo

llama dos veces en doce horas. La primera porque lo ha dicho el obispo, y la segunda

porque el muerto tenía apuntado su nombre en una tarjeta. ¿Y piensa usted que no hay

relación entre una cosa y otra?

—Lo hablaré con el inspector —replicó el anatomista—. Tal vez en estas horas

haya descubierto ya algo. En la tarjeta había otro nombre anotado. Un nombre de mujer,

Felicia Dedéu. Puede que nos baste dar con ella para empezar a arrojar algo de luz

sobre todo esto.

—Felicia Dedéu —repitió Adela, demorándose en cada sílaba de aquel nombre

que Teresa Urbach, como el propio Palafox, tampoco había sido capaz de identificar—.

¿Será ella la Dama del Pozo?

Palafox no había pensado en aquella posibilidad. O no lo había hecho, al menos,

hasta que la criada no le había obligado a considerar la posible conexión existente entre

aquellas dos muertes que el inspector Reigosa había propuesto a su estudio.

—Quién sabe —respondió tan solo.

—Apúnteme también el nombre, jefe. A lo mejor a alguien le suena por las calles

del Raval. —Adela se puso en pie de un salto y dio una palmada que hizo que *Bigotes*

saliera disparado del sillón que había ocupado durante toda la comida—. Y luego

acábase el vino y vaya a lavarse la boca, que van a ser las cuatro. No querrá que el

inspector lo encuentre con el aliento apestando a alcohol...

La muchacha salió del salón con el plato de lentejas en una mano y la hogaza de

pan en la otra, firme y segura como una matrona imperial, y dejó a Palafox enfrentado a

su cuaderno de notas, a su lapicero y a una renovada sensación de que los

recursos de

Adela, por mucho tiempo que llegara a tenerla a su servicio, nunca dejarían de

sorprenderle.

Mientras escribía las dos direcciones y el nombre en el cuaderno, un estrépito de

voces y de relinchos nerviosos se coló por las ventanas abiertas e hizo pensar a

Palafox, absurdamente, en el cuarto estrecho y mal ventilado que una vez había ocupado

en el sanatorio Neothermas. Su única ventana abierta sobre la calle de la Canuda,

estrecha y enrejada. Los gritos y los llantos de los otros internos. El claqueteo de las

mulas que arrastraban cada mañana sus carros camino de la Rambla y le recordaban a

Palafox, un día tras otro, el inestimable don de su libertad perdida.

La expresión del rostro de Teresa Urbach durante todas sus visitas semanales.

—No me ha dicho cómo ha muerto el inglés.

Palafox regresó de sus ensoñaciones y vio que Adela estaba otra vez a su lado,

inclinada sobre el cuaderno con cara satisfecha.

—Lo han acuchillado varias veces. Muchas veces. Y también lo han degollado.

La criada no varió su media sonrisa triunfal.

—Describámelo.

Palafox así lo hizo. Al fin y al cabo, si alguien en aquella ciudad habría reparado

sin duda en un inglés de pelo rubio y con barbas de león, esos eran, precisamente, los

pilluelos con los que Adela había crecido.

—Se inscribió en la pensión con el nombre de Oliver Manning —concluyó —.

Aunque tal vez se tratara de un nombre supuesto.

—Escribámelo también —ordenó Adela. Y luego, arrancando la hoja del cuaderno

y guardándosela en el bolsillo del delantal, añadió—: Cuando la señorita Urbach y

usted se vayan, yo saldré a dar un paseo por el Borne. Hoy es miércoles, ¿verdad? Si

me da un par de cuartos, a la hora de la cena tendré algo interesante que contarle.

Palafox miró la mano tendida de la criada, su expresión arrogante y confiada, sus

cabellos ahora recogidos tentativamente en una nueva cola de caballo, y no pudo evitar

sonreír.

El inspector Reigosa llegó a la calle del Regomir con diez minutos de retraso y con una

cara que no invitaba a hacerle preguntas. Por fortuna, la criada de Andreu Palafox lo

condujo esta vez hasta el taller mecánico del anatomista sin decir ninguna

inconveniencia, y sin tratar de intercambiar con él otras palabras que las estrictamente

necesarias.

En opinión de Octavio Reigosa, aquella censurable muchachita a la que Palafox se

empeñaba en mantener a su servicio tenía escrito por todo el rostro el nombre de la

prisión de Amalia, y no habrían de faltar muchos años, si su olfato policial no erraba,

para que dicho destino se cumpliera de la manera menos original. El inspector lo había

visto cientos de veces a lo largo de su carrera, y ya había dejado de albergar ilusiones

al respecto. Con estas criaturas del arroyo la historia era siempre la misma: por mucho

que trataras de ayudarlas, por muchas oportunidades que les ofrecieras, su naturaleza se

acababa imponiendo sin remedio y su lugar terminaba siendo, antes o después, el

mismo que el de tantas otras desdichadas a las que la vida no había llegado a dar nunca

opción de redimirse.

—El inspector ya está aquí, jefe —la oyó anunciarlo desde la puerta del taller,

antes de hacerse a un lado y dejarlo pasar al interior de la sala en la que le aguardaba

Palafox—. Estaré en la cocina si me necesitan.

Reigosa entró en el taller de su amigo y se esforzó en ignorar, por esta vez, el

muestrario de criaturas mecánicas que el anatomista tenía dispuesto sobre sus mesas de

trabajo.

—Disculpe el retraso, Palafox —dijo, tendiéndole la mano—. Y disculpe también

las prisas. Me esperan en comisaría dentro de un cuarto de hora, así que esta visita será

rápida.

—No le invito a sentarse, entonces.

—Me basta con que me ponga al tanto de su mañana.

Sin más dilación, Palafox le refirió al inspector su visita al caserón de los Urbach

y repitió para él las pocas noticias que Teresa había podido ofrecerle.

—Esta misma tarde visitaremos el sanatorio y trataremos de sacar algo en claro al

respecto —concluyó—. A no ser que ya haya acudido usted mismo a Neothermas...

Reigosa emitió un gruñido negativo.

—Vayan ustedes y traten de descubrir qué interés tenía el difunto señor Manning

en ese lugar. La señorita Urbach será mejor recibida allí que un inspector del Cuerpo

de Vigilancia. —El policía hizo una mínima pausa antes de añadir—: Allí y en

cualquier sitio.

Palafox sonrió con simpatía.

—El peso del uniforme, inspector. No se lo tome como algo personal.

—El peso del uniforme, Palafox, y el valor de un apellido. Si yo fuera el hijo de

Eliseo Urbach, a mí también se me abrirían todas las puertas de esta ciudad. Aunque mi

nombre estuviera asociado a...

Palafox interrumpió a su amigo con un movimiento instantáneo de su mano derecha.

—Entendido, inspector.

Reigosa forzó un gesto contrito que su media sonrisa desmintió al instante.

—Discúlpeme, por favor —dijo—. A veces olvido que la novelista más escandalosa de esta bendita ciudad es también la mujer que le saca los colores a

Andreu Palafox.

El anatomista inclinó la cabeza.

—Lo esperan en comisaría dentro de once minutos, así que no discutiré con usted.

¿Su mañana ha sido más productiva que la mía? ¿Ha descubierto algo sobre el señor

Manning?

—Mis hombres están tratando de reconstruir sus movimientos desde que llegó a

Barcelona —respondió Reigosa—. Ollero dirige la investigación. La reunión que

tenemos ahora en comisaría es precisamente para poner en común las informaciones

que nuestros agentes hayan podido recoger hasta el momento.

El rostro de Palafox se ensombreció apreciablemente.

—¿Ollero?

—No se preocupe. Por el momento, todo lo relacionado con las anotaciones en la

tarjeta está a mi cargo. Ollero no interferirá en su camino.

—A no ser que los movimientos del señor Manning lo conduzcan hasta mí...

Reigosa frunció el ceño.

—¿Piensa que eso puede suceder?

—Debemos suponerlo, ¿no? Si no, ¿para qué iba a tener anotados mi nombre y el

de Neothermas?

El inspector apartó el tema con un ademán característico.

—Mi mañana, en cualquier caso, no ha sido aburrida —aseguró—. Me he dedicado a arrojar un poco de luz sobre los sucesos de anoche. El milagro de la

doncella romana incorrupta, ¿recuerda?

El rostro de Palafox se destensó de nuevo.

—No da el caso por cerrado, entonces.

—Por supuesto que no. Las monjas han enterrado ya el cadáver de esa muchacha,

pero ello no significa que nosotros no debamos seguir investigando su identidad ni las

razones de su muerte.

—Excelente. ¿Ha tenido suerte, entonces?

A manera de respuesta, Reigosa se llevó una mano al bolsillo y depositó sobre la

mesa de trabajo de Palafox las tres monedas de oro que la noche anterior había

sustraído del sarcófago de la Dama del Pozo.

—Por el momento, he descubierto que las monedas son auténticas. Fueron acuñadas en el tercer siglo de nuestra era. Y su estado de conservación, como usted

dijo, es extraordinario. Extraordinario, pero no único.

Palafox alzó la vista de las monedas y buscó la mirada de Reigosa, que volvía a

sonreír con visible satisfacción.

—¿Qué quiere decir?

—El anticuario al que he consultado me ha dicho que es la segunda vez en quince

días que ve unas monedas como estas. Cierta caballero trató de venderle dos iguales a

mediados de julio. También de oro, también relucientes, también auténticas. La

cantidad que pedía por ellas, sin embargo, era excesiva para los medios de nuestro

amigo. El tipo se fue con sus monedas en el bolsillo y el anticuario no lo ha vuelto a

ver. No era uno de sus proveedores habituales.

—Las mismas monedas... —murmuró Palafox.

—No necesariamente. —El inspector tomó una de las piezas y le mostró su reverso al anatomista—. El anticuario recuerda que una de aquellas monedas tenía una

marca en la parte inferior. Un araño profundo justo aquí. Ninguna de estas tres

monedas lo tiene.

Palafox asintió en silencio.

—Las monedas, entonces, provenían de un mismo lugar, pero no eran las

mismas.

Un hallazgo extraordinariamente bien conservado que ha comenzado a dispersarse de

manera disparatada.

A Reigosa le gustó aquella última observación.

—Disparatada, sin duda. Dos monedas se intentan vender sin éxito a un anticuario

de bolsillo triste, y tres más acaban en un cadáver supuestamente milagroso.

—El

inspector se encogió de hombros—. En cualquier caso, ya tenemos un hilo del que tirar.

El anticuario me ha dado una descripción detallada del hombre que intentó venderle las

monedas: alto y delgado, de unos cuarenta años, con barba y patillas poco pobladas, de

pelo moreno y más bien pálido de piel. Si lo encontramos, sabremos de dónde salieron

las monedas y por qué tres de ellas acabaron en un sarcófago en el convento de Santa

Clara.

Palafox tomó una de las monedas, se la acercó al rostro y aspiró fuerte por la nariz.

—Tal vez acabaron ahí porque ahí fue donde aparecieron.

—¿Cómo dice?

—Tal vez la historia del sarcófago era cierta, a fin de cuentas. —El anatomista

hizo rodar la moneda entre las yemas de sus dedos—. Tal vez unos trabajadores

encontraron realmente un sarcófago de piedra mientras hacían obras en los sótanos del

convento. Tal vez en su interior había realmente un cadáver y un puñado de viejas

monedas romanas. No sería de extrañar que así fuera. Al fin y al cabo, los cimientos de

ese convento están contruidos realmente sobre las ruinas de otros edificios

antiquísimos. Y un sarcófago inviolado es un buen lugar para conservar intactas unas

cuantas monedas de oro.

El inspector Reigosa miró a su amigo con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿Me está diciendo que ahora se cree la historia del cadáver incorrupto?

—Claro que no. Solo digo que tal vez en ese ataúd sí hubo un cadáver romano —

puntualizó Palafox—. Un cadáver con su túnica y sus abalorios de cuero y sus monedas

ceremoniales. Un cadáver corrompido que alguien cambió, llegado el momento, por el

cadáver de la pobre muchacha que usted y yo vimos anoche. —Palafox acercó la

moneda al rostro de Reigosa—. Huela.

El inspector así lo hizo.

—Huele a metal antiguo —dijo por fin.

—Huele a corrupción antigua —le corrigió Palafox—. Muy levemente, desde luego, pero lo suficiente para pensar que estoy en lo cierto. El sarcófago, la túnica, las

monedas, todo era real. Lo único falso, o mejor dicho anacrónico, era el cadáver.

Reigosa reflexionó sobre ello durante unos instantes.

—Así, alguien desentierra hace varias semanas un sarcófago romano en la galería

subterránea del convento de Santa Clara y descubre dentro un cadáver con su pequeño

ajuar funerario. Coge dos monedas y trata de venderlas...

—O trata simplemente de verificar su autenticidad —señaló Palafox—. Igual que

ha hecho usted esta mañana.

—De acuerdo —concedió Reigosa—. Coge las monedas y hace lo que sea con

ellas, y luego se deshace del cadáver corrompido, guarda sus ropas y sus adornos y, al

cabo de varias semanas, viste con ellas a otro cadáver y llama a la policía, previa

mediación del obispado y de la madre superiora, para que el mundo sea testigo del

milagro.

—No llama a la policía —puntualizó de nuevo Palafox—. Nos llama a usted y a

mí.

Reigosa se pasó la mano por la cabeza descubierta y miró durante unos segundos

el cisne de plata que Palafox tenía abierto sobre la mesa central del taller. Luego volvió

a mirar a su amigo.

—Esta mañana, antes de visitar al anticuario, he tenido un encuentro interesante

con el obispo Riera —anunció—. Ha sido él quien me ha mandado llamar.

Palafox miró al policía con rostro expectante.

—¿Y bien?

—Tendrá que decírmelo usted, si es que va a visitarlo un día de estos. —
Reigosa

recogió las monedas y se las guardó otra vez en el bolsillo de la levita—. Por lo que a

mí respecta, sigo sin entender por qué se nos llamó anoche al convento ni qué sentido

tenía la presencia de usted allí, Palafox, a no ser que el obispo confiara en que su

sensibilidad le llevara a dar por bueno el teatrillo que las monjas nos tenían preparado.

El anatomista apenas necesitó leer entre líneas para comprender lo que Reigosa

quería decir.

—Y sin embargo, el obispo cree en el milagro.

—Cualquiera sabe lo que cree ese hombre. —El inspector resumió para Palafox

su charla en el palacio episcopal—. Charlatanería y superstición —sentenció—. Y un

tufillo pagano de lo más curioso, tratándose de un hombre con casulla. En lo único en lo

que no se mostró misterioso fue en lo relativo a su jurisdicción sobre el cadáver: no lo

volveremos a ver.

—¿Le preguntó usted por el Hombre de Negro?

Reigosa frunció el ceño.

—¿El Hombre de Negro?

—El hombre que vimos anoche en el convento. El que apareció junto a la madre

superiora y a la hermana Olivia cuando estábamos inspeccionando el cadáver.

Reigosa negó con la cabeza.

—No se me ha ocurrido preguntárselo —confesó—. Pero debía de ser algún

enviado del obispado. Los milagros no se dejan en manos de unas simples clarisas,

Palafox, y menos cuando se espera la visita de la policía.

Palafox le refirió entonces al inspector su pequeña aventura de aquella mañana.

Mencionó también la intención de su criada de hacer algunas preguntas al respecto por

los ambientes que alguna vez había frecuentado, y repitió su teoría de que los casos de

la muchacha muerta en el convento de Santa Clara y del inglés asesinado en el Hostal

del Nuevo Mundo podrían estar relacionados de alguna manera que por el momento se

les escapaba.

—No me parece una idea descabellada —concluyó, reacomodándose los anteojos

sobre el puente de la nariz—. O no me parece una idea más descabellada que los

propios datos de que ahora disponemos.

Reigosa echó un vistazo a su reloj de bolsillo y descubrió que ya llegaba tarde a

su próxima reunión. Calculó rápidamente el tiempo que le llevaría cubrir el trayecto

hasta las Atarazanas y previó con disgusto el rostro de suficiencia del inspector Ollero

cuando lo viera entrar resoplando en el despacho de su común superior, Daroca, el jefe

del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad.

—No seré yo quien se atreva a decir hoy qué es y qué no es descabellado, Palafox

—dijo, tendiéndole la mano a su amigo—. Pero acépteme un consejo: si visita

Neothermas con la señorita Urbach, no se deje afectar más de lo estrictamente

necesario por la experiencia. Y ahora, si me disculpa...

Palafox estrechó la mano del inspector Reigosa y asintió con seriedad: aceptaba su

consejo. Luego lo acompañó hasta la puerta del taller y le deseó una buena tarde, pero

no hizo amago de seguir con él por el pasillo ni de llamar tampoco a su criada; así que

Reigosa se encasquetó el sombrero y enfiló a solas la escalera que bajaba hasta el patio

de la finca.

Estaba abriendo ya la cancela de la puerta exterior cuando Adela se materializó a

su lado como una criatura llegada del mundo de las hadas.

—¿Ya se va, inspector?

—Ya me voy, Adela. Buenas tardes.

—¿Le puedo decir una cosa?

Reigosa se detuvo en el umbral de la puerta y miró a la muchacha.

—¿Y bien?

—Alguien quiere hacerle daño al señor Palafox. Usted también lo sabe, ¿verdad?

Los ojos de la criada aguardaron sin pestañear una respuesta que Reigosa, por un

instante, se sintió incapaz de ofrecerle.

Cuando finalmente se recompuso, esto fue lo mejor que encontró:

—Nadie va a hacerle daño al señor Palafox.

La muchacha agitó la cabeza sin mayor convicción.

—Buen viaje, inspector —murmuró.

Tres segundos más tarde, el portalón de la casa familiar de los Palafox estaba ya

cerrado y las campanas de San Justo y San Pastor confirmaban que el retraso de

Reigosa era irreparable.

Cuando hubo perdido de vista el rostro ceniciento del inspector, Adela echó el pestillo

a la puerta del patio, subió de dos en dos los peldaños de la escalera hasta la última

planta y se asomó discretamente al taller de su amo. El hombre estaba trabajando en la

gran mesa en forma de «U» que ocupaba el centro de la sala, de espaldas a la puerta,

bañado por la intensa luz que entraba por las ventanas y envuelto en un

perfecto

silencio que ni los sonidos habituales de la calle del Regomir parecían atreverse a

perturbar. Desde su posición, Adela no podía ver las herramientas que el señor Palafox

tenía entre las manos ni el artilugio que ahora mismo ocupaba su atención; pero había

algo en la visión de su espalda encorvada sobre la mesa de trabajo que siempre la

tranquilizaba.

Mientras su amo estuviera ocupado con aquellos ingenios mecánicos, pensaba

oscuramente alguna parte de su cerebro, nada malo podía suceder. Nada malo podía

sucedérles. A ninguno de los dos. Adela lo sabía como sabía todas las cosas que había

llegado a aprender en sus trece años de vida: instintivamente, sin ser capaz de explicárselo a nadie ni de razonarlo tampoco ante sí misma, pero con total seguridad.

Al cabo de un par de minutos, *Bigotes* apareció por la puerta del taller y reclamó

la atención de la muchacha colándose entre sus piernas y emitiendo un suave ronroneo

que el señor Palafox, por fortuna, no advirtió. Adela se agachó, cogió el gato en brazos

y le ordenó silencio con una mirada severa. El gato obedeció. También él giró la

cabeza hacia el centro de la sala y pareció observar durante unos instantes la espalda

encorvada del hombre desde aquella nueva perspectiva que ahora le ofrecían los brazos

de Adela. Luego volvió a mirar a su dueña y bostezó con desgana.

Cinco minutos más tarde, a solas con *Bigotes* en su dormitorio de la planta baja,

Adela abrió el baúl que había al pie de su camastro y repasó la triste colección de

trapos viejos que conformaban su ajuar. Resignada, escogió un vestido de colores vivos

y un pañuelo no demasiado raído y comenzó a desvestirse de espaldas al pequeño

espejo de la cómoda. Se lavó cuidadosamente la cara, el cuello y las axilas en el

barreño de porcelana, se enjuagó la boca con agua mentolada y desistió, tras una breve

inspección avergonzada, de intentar nada más con su pelo. Se puso el vestido y se

cubrió la cabeza con el pañuelo, que olía ligeramente a humedad y estaba tan

acartonado como la piel de un viejo. Luego se volvió hacia el espejo y buscó en él la

confirmación a todos sus temores.

Lo que vio fue, como de costumbre, a una muchacha de trece años con las mejillas

hundidas, los labios agrietados y la frente reluciente de sudor. Una muchacha seria y

altiva, de ojos castaños, que se miraba al espejo con las mandíbulas apretadas y con

una cierta expresión retadora en la mirada. El pañuelo ocultaba ahora sus cabellos

grasientos y modificaba con ello el conjunto de su rostro, endureciendo sensiblemente

sus facciones y volviéndolas también, le pareció, menos infantiles. Más maduras. Casi

adultas. Por un instante, mientras se anudaba los últimos botones del cuello del vestido,

Adela se miró fijamente en el espejo y vio en él a la mujer que estaba destinada a ser

algún día. Luego cerró los ojos, los abrió de nuevo y la muchacha del espejo volvió a

ser ella misma.

—¿Tú qué opinas, *Bigotes*? —preguntó mirando al gato, que ahora dormitaba en el

camastro, junto al vestido de faena que Adela acababa de quitarse—. ¿La señorita

Urbach me dirá que he crecido en estos meses?

El gato no se molestó en levantar siquiera una oreja.

En el cerebro de Adela, el rostro de la amiga del señor Palafox se iluminó como el

vidrio de una lámpara de gas. Su piel blanca y radiante. Sus ojos amables, negrísimos,

siempre encendidos de inteligencia y curiosidad. Su boca sonriente, dueña de todas las

palabras y de todos los secretos.

La mujer más admirable que Adela había conocido jamás.

La mujer que Adela ni siquiera se atrevía a soñar con llegar a ser en el futuro.

Una persona absolutamente distinta de aquella que el espejo le acababa de mostrar.

—Gato tonto —murmuró, secándose la frente con un trapo y alejándose de la cómoda.

Arrellanado en su rincón del camastro, *Bigotes* abrió un ojo perezoso y volvió a

cerrarlo al instante.

11

El carruaje de los Urbach remontó pesadamente el último tramo de la Rambla y embocó

la calle de la Canuda entre la curiosidad de los ociosos que veían pasar la tarde en

aquel rincón de la ciudad. Salvo por el nuevo retén de soldados que montaba guardia

junto al portal de Isabel II, el toque de queda no había variado ni un ápice el ambiente

de la zona. Las ventanas enrejadas de las torres de Canaletas proyectaban una sombra

siniestra sobre el lienzo de muralla que custodiaban, y sus almenares sugerían todavía

el ruido y la furia de tantas antiguas batallas tatuadas a fuego sobre la piel de

Barcelona. El recuerdo de la prisión que durante siglos había tenido su asiento en el

interior de las tres torres flotaba como un fantasma sobre las cabezas de quienes hoy

holgazaneaban a su alrededor.

Palafox no necesitaba echar el pie a tierra en aquella parte de la Rambla ni rozar

con sus dedos la piedra de las construcciones centenarias que allí se amontonaban para

convocar a su cerebro imágenes de otro tiempo. Le bastaba con echar un vistazo al

exterior desde la cabina del carruaje para sentirse de inmediato asediado por visiones

de infortunio y desesperación.

Cuando corrió por fin la cortina de su portezuela y volvió la vista hacia Teresa

Urbach, el balanceo de un cadáver colgando de una horca con el cuello partido acababa

de revolverle el estómago con inusitada violencia.

—¿Qué estás viendo?

Palafox cerró los ojos, los abrió de nuevo y trató de sonreír.

—Estoy viendo a una mujer radiante.

Teresa sonrió también.

—Buen intento —dijo, posando su mano sobre la del anatomista—. No han remitido, ¿verdad?

Palafox se encogió de hombros con fingida despreocupación. Desde luego que no

habían remitido. En todo caso, habían empeorado. Un par de años atrás, podían pasar

días enteros sin que su mente le obligara a asistir a ninguno de aquellos teatrillos de

fantasmas que llevaban entorpeciendo su vida desde que tenía uso de razón; ahora, rara

vez transcurrían más de tres o cuatro horas entre cada representación. Pero eso era algo

que Palafox no iba a compartir hoy con su amiga.

—La vida sería muy aburrida sin ellas —observó con ligereza—. Tú convives con

los personajes de tus novelas, yo convivo con los fantasmas de mis alucinaciones.

Tampoco hay tanta diferencia.

La cabeza de Teresa se inclinó ligeramente.

—Me gusta oírte decir eso —aseguró—. O me asusta. No estoy segura.

—No estoy sugiriendo que tú también debas someterte al juicio del doctor Carrera, si es eso lo que te asusta...

La mujer sonrió con dulzura.

—Al doctor Carrera le encantaría juzgarme, de eso no me cabe duda —dijo—. Y

mi padre estaría encantado de escuchar su veredicto y actuar en consecuencia.

—Luego,

poniéndose seria, preguntó—: ¿Estás preparado para esto?

—¿Para ver de nuevo al doctor?

—Para ver de nuevo al doctor. Para pisar de nuevo el sanatorio. Para descubrir lo

que sea que podamos descubrir.

Palafox sostuvo la mirada de su amiga. Había aprovechado el viaje desde la calle

del Regomir para ponerla al día de las novedades que habían sucedido tras su

encuentro de aquella mañana, y Teresa, tras una breve reflexión, había concluido que

Adela podía estar en lo cierto. Las muertes de la muchacha de Santa Clara y del inglés

del paseo de la Aduana podían estar relacionadas de algún modo, por muy distintas e

inconexas que pudieran parecer. Y la clave de esa relación podía hallarse, en efecto, en

el misterioso Hombre de Negro al que Palafox había estado siguiendo aquella mañana

por las calles de Barcelona.

Porque el viejo palacio gótico de la calle de Montcada en el que Palafox lo había

visto entrar no era un edificio cualquiera. Adela tenía razón: aquel palacio era uno de

los varios almacenes que Eliseo Urbach tenía repartidos por toda la ciudad, y que

servían de centros de abastecimiento entre los muelles del puerto y su fábrica del

Raval.

—Definitivamente, esta noche mi padre y yo tendremos una charla interesante —

había concluido Teresa. Y había añadido—: Puede que Adela no llegue a ser nunca una

buena cocinera, pero tiene un olfato que ya lo quisiera para sí el inspector Reigosa.

—No sé si estoy preparado para ver al doctor Carrera —dijo ahora Palafox—.

Pero no creo que nada de lo que podamos descubrir en Neothermas vaya a ser más

extraño que lo que el inspector y yo vimos anoche en aquel subterráneo.

—La Dama del Pozo —asintió Teresa—. Sería hermoso que fuera cierto,

¿verdad? El cuerpo de una doncella romana que llora desde el fondo de un pozo durante

cientos y cientos de años, hasta que unas monjas dan por fin con su paradero y le

ofrecen cristiana sepultura. —Los labios de la novelista esbozaron una pequeña sonrisa

—. Aunque desde un punto de vista teológico parece todo un poco confuso, ¿no crees?

Palafox no tuvo ocasión de responder. El coche de caballos detuvo en ese instante

su marcha y la voz del cochero anunció desde el pescante que ya habían llegado a su

destino.

—¡Calle de la Canuda, veintiséis! —gritó con voz cazallosa—. ¡Sanatorio

Neothermas!

Las portezuelas del carruaje se abrieron antes de que Palafox pudiera recoger del

suelo su maletín de anatomista, y varias cabezas infantiles se asomaron al interior de la

cabina con una mezcla característica de obsequiosidad y rapacería pintada en sus caras.

Cuando Teresa y él bajaron del vehículo, los niños se arremolinaron a su alrededor y

solo los dejaron avanzar hacia la puerta del sanatorio cuando hubieron repartido entre

sus manos ansiosas unas cuantas monedas de poco valor. Uno de ellos, un crío moreno

y flacucho que apenas tendría ocho años, se cogió del brazo de Teresa y no se apartó de

ella hasta que el cochero le lanzó un bastonazo que hizo volar por los aires su gorra de

pana. Una niña poco menor que Adela, por su parte, tomó la moneda que Palafox le

tendía y pronunció a su oído unas palabras que el anatomista no alcanzó a entender,

pero que hicieron sonrojarse de inmediato a una parte recóndita de su cerebro.

Una vez dentro del edificio señorial que albergaba el sanatorio, en el amplio vestíbulo que hacía las veces de recepción, Teresa recompuso el chal que cubría sus

hombros y miró a Palafox con expresión incómoda.

—Si los rumores son ciertos, varios de esos niños habrán muerto antes de que acabe el verano.

Se refería, comprendió el anatomista, a esa nueva epidemia de cólera que había

oído mencionar aquella mañana a las mujeres del mercadillo de la plaza del Rey.

—Tal vez no haya sido buena idea venir aquí —murmuró.

—Si hay una epidemia de cólera, en una semana la tendremos extendida por toda

la ciudad. Las murallas se asegurarán de que así sea. —Teresa negó con la cabeza—. A

no ser que el otro rumor también sea cierto.

Palafox no tuvo ocasión de expresar sus reservas sobre aquel segundo rumor al

que la mujer se acababa de referir, el del inminente derribo de las murallas. En aquella

ciudad, todo el mundo lo sabía, las murallas llevaban más de un siglo convertidas en un

instrumento de control, y no de defensa. No había enemigos exteriores a los que impedir

el asalto de la ciudad con aquella imponente fortaleza de murallas, torreones y

baluartes medievales, sino que era la propia Barcelona la que vivía presa en su

perímetro de seguridad, vigilada desde la doble atalaya de Montjuich y de la

Ciudadela, y sometida a la presencia constante de una fuerza armada que doblaba en

número a la de cualquier otra ciudad peninsular. En opinión de Palafox, que la Corona

y el Ejército permitieran el derribo de las murallas era tan improbable como que

entregaran al gobierno municipal el control sobre las decenas de cuarteles militares que

jalonaban la geografía de la ciudad.

Pero habían llegado ya al mostrador que presidía el vestíbulo de Neothermas, y un

caballero barbado los observaba con expresión suspicaz.

—Soy Andreu Palafox —se presentó el anatomista, descubriéndose la cabeza —.

Ella es la señorita Teresa Urbach. Venimos a ver al doctor Carrera.

El hombre no pareció reconocer el nombre de Palafox, aunque el apellido ilustre

de su acompañante le provocó un ligero parpadeo. Aun así, la expresión de su rostro no

se suavizó.

—¿Tenían ustedes una visita concertada con el doctor? —preguntó.

—Me temo que no. Pero el doctor nos atenderá. No somos unos desconocidos para

él.

La cabeza del hombre ejecutó un movimiento de negación apenas perceptible.

—El doctor Carrera no está en el sanatorio.

—¿Y cuándo volverá?

—No esta tarde, eso seguro.

Palafox miró a Teresa en busca de ayuda, y la novelista continuó a partir de ahí.

—El doctor Carrera es un viejo amigo —dijo, dedicándole al hombre del

mostrador una sonrisa agradable—. Pero lo que nos trae aquí no es una visita de

cortesía. Si él no puede atendernos, nos bastará con que lo haga la señora Daudí. Ella sí

está en el edificio, ¿verdad?

El hombre pareció meditar un instante su respuesta. Abrió y cerró los labios, se

palpó una de las pequeñas calvas que afeaban su barba y dijo por fin:

—La señora Daudí es una mujer muy ocupada.

—También nosotros lo somos. Y si no nos atiende ahora, tendrá que atender a la

policía dentro de media hora. —La sonrisa de Teresa Urbach no vaciló—. Estoy segura

de que la señora Daudí agradecerá que le evite usted la molestia de una visita oficial. Y

el doctor Carrera lo agradecerá también. ¿No le parece?

El hombre se palpó de nuevo la barba con aire pensativo. Cogió entonces una de

las tres campanillas que tenía sobre el mostrador y la hizo sonar brevemente. Casi al

instante, una joven vestida de blanco apareció por una puerta y miró a los dos visitantes

con evidente curiosidad.

—Acompaña a estos señores al despacho de la señora Daudí —le ordenó el hombre con sequedad.

La joven amagó una inclinación de cabeza y aguardó a que Palafox y Teresa se

acercaran a ella; entonces les dedicó a ambos una sonrisa tímida, inclinó de nuevo la

cabeza y echó a caminar por el pasillo que se abría al otro lado de la puerta. Ni el

anatomista ni la hija de Eliseo Urbach se molestaron en dedicarle una última mirada al

hombre del mostrador. Cuando ya habían recorrido un tramo de pasillo prudencial,

Teresa se puso a la altura de la joven que los guiaba y observó:

—Un caballero de lo más amable...

Los mofletes de la enfermera se incendiaron al instante.

—¿El señor Morel? No lo sabe usted bien, señora.

Teresa la miró con simpatía.

—Nos ha dicho que el doctor Carrera está fuera del sanatorio. ¿Es cierto?

La joven asintió con la cabeza.

—Hoy está fuera de Barcelona. No volverá a venir aquí hasta mañana.

Siguieron caminando en silencio por una sucesión de pasillos que rodeaban el

gran

patio central del sanatorio, cuyos árboles frutales asomaban regularmente por las

estrechas ventanas y obligaban a Palafox a recordar las tardes interminables que él

mismo había pasado a su sombra durante la primavera de 1851, sentado en un sillón de

mimbre, viendo pasar las nubes por encima de su cabeza y tratando de reconstruir en su

memoria el rostro de la joven paciente cuya vida había estado a punto de destruir en

pleno acceso de lo que el doctor Carrera, en su testimonio correspondiente ante el

tribunal de la Real Audiencia, había definido como «rpto enajenatorio transitorio». Un

naranja, dos limoneros, un níspero alto como un edificio de dos plantas. Un manzano y

un melocotonero. Un mandarino de ramas vacías.

Al cabo de un par de minutos, cuando la entereza de Palafox comenzaba a

tambalearse entre recuerdos malvenidos, se detuvieron por fin ante una puerta cerrada y

la enfermera se volvió hacia ellos con expresión nuevamente curiosa.

—Tendrán que decirme sus nombres.

—Yo soy el señor Palafox. Ella es la señorita Urbach. La señora Daudí nos

conoce, aunque hace más de tres años que no nos hemos visto.

La joven no pareció escuchar esta última frase. En cuanto Palafox pronunció el

apellido de su acompañante, su rostro se incendió de nuevo y sus ojos se abrieron de

par en par.

—¿Teresa Urbach? —preguntó con voz temblorosa—. ¿La escritora?

Teresa se declaró culpable con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Tengo el honor de tenerla a usted por lectora, señorita...?

—Laura. Me llamo Laura. —La enfermera alargó una mano hacia Teresa y la

replegó al instante, avergonzada de su osadía—. Soy una gran admiradora de sus libros,

señorita Urbach. Me parece usted... admirable.

Teresa Urbach hizo una mueca divertida, murmuró un agradecimiento y le tendió la

mano a la joven, que la estrechó con visible arrobamiento.

—Pero inventar historias y pasarlas al papel no es algo particularmente admirable

—dijo también—. Su trabajo es mucho más admirable que el mío, Laura. Y más útil

también, desde luego.

La enfermera agitó impetuosamente la cabeza de izquierda a derecha,

desencadenando toda una serie de temblores en su cofia blanquísima y en sus

carnosos

mofletes.

—No diga eso, señorita. Sin sus libros yo no...

La joven no terminó su frase. La puerta frente a la que se hallaban detenidos se

abrió en ese instante, y en su umbral apareció una mujercita de unos sesenta años, muy

baja y muy delgada, vestida de luto riguroso, a la que Palafox reconoció al instante

como Benedicta Daudí, la temible viuda que estaba al cargo del gobierno efectivo de

Neothermas y a la que el doctor Carrera, su director nominal, tenía confiada la plena

gestión de todos los aspectos prácticos del día a día del sanatorio.

—Señor Palafox. Señorita Urbach. Me había parecido reconocer sus voces.

—La

mujer no trató de forzar sonrisa alguna, ni pareció sentirse tampoco sorprendida ante

aquella visita. Sin variar la expresión de su rostro, miró a la enfermera y murmuró—:

Gracias, Laura.

La joven agachó la cabeza y desapareció a toda prisa por el pasillo.

Cuando se quedaron a solas, la señora Daudí entró en el despacho e invitó a sus

visitantes a hacer lo propio con un gesto de su mano derecha. Ella tomó asiento tras el

escritorio que había al fondo de la habitación, y Palafox y Teresa se acomodaron en

sendas sillas de roble.

La novelista fue la primera en hablar.

—Es agradable comprobar que se acuerda de nosotros, señora Daudí. Han pasado

ya tres años, pero estoy segura de que los cuatro conservamos muy vivo el recuerdo de

aquellos meses en que nuestros caminos se cruzaron en Neothermas.

La mujer asintió ligeramente antes de preguntar:

—¿Los cuatro?

—El doctor Carrera. Ya sabemos que no está presente. Teníamos pensado hablar

con él, pero usted también podrá ayudarnos.

—Veamos.

Teresa miró a Palafox, y este entendió que había llegado su turno.

—Esta mañana —comenzó—, el Cuerpo de Vigilancia me ha llamado para dar mi

opinión profesional en un caso de asesinato. ¿Recuerda usted al inspector Reigosa? —

La señora Daudí frunció los labios imperceptiblemente. Palafox tomó el gesto por un

asentimiento—. La víctima era un inglés que se alojaba en una pensión del paseo de la

Aduana. Oliver Manning. Había llegado a Barcelona hacía cuatro días, y tenía previsto

seguir en la ciudad al menos tres días más. Lo han hallado muerto esta mañana en su

habitación, apuñalado y degollado. La ferocidad de las heridas sugiere algo más que un

robo corriente o que una pelea de borrachos. Le habían robado todas sus pertenencias,

incluso la ropa que llevaba puesta, pero ese no parece ser el motivo del crimen.

La señora Daudí miró alternativamente a sus dos interlocutores.

—Y me está usted contando todo esto porque...

—El asesino había dejado una sola cosa en la habitación, además del cadáver.

Una tarjeta de visita. Y en ella estaba escrito el nombre de este sanatorio.

El rostro serio de la mujer no se alteró en absoluto.

—Neothermas es un sanatorio reconocido internacionalmente —dijo.

—¿El señor Manning era paciente suyo, entonces? —preguntó Teresa.

—Yo no he dicho eso.

—¿Lo era?

La señora Daudí miró a Palafox, que era quien había hecho esta última pregunta.

—Usted sabe mejor que nadie, señor Palafox, que en Neothermas nos
preciamos

de mantener una estricta política de confidencialidad con respecto a nuestros
pacientes.

—En este caso, señora Daudí, no creo que al difunto señor Manning le
importe ya

que nos diga usted si fue o no paciente del sanatorio, o si estuvo aquí al
menos de

visita.

—Incluso los ingleses difuntos tienen derecho a su privacidad, señor Palafox

—
replicó la mujer con sequedad—. Pero aquí no estamos hablando de ese tal
señor...

¿Manning? Lo que estoy diciendo es que los archivos de Neothermas son
estrictamente

confidenciales. Como lo son también nuestros registros de visitas.

—Es decir, que no puede usted confirmar ni desmentir que el señor Manning
haya

estado aquí, porque no puede compartir con nosotros ninguna información
relacionada

con las visitas que recibe el sanatorio.

—Lo lamento.

Palafox miró a Teresa y aguardó a que esta acudiera en su ayuda.

Para su sorpresa, en los labios de la novelista comenzó a dibujarse una
sonrisa

satisfecha.

—El doctor Carrera nos dirá lo mismo que usted.

—Por supuesto.

—Y el inspector Reigosa no tendrá mayor suerte que nosotros cuando aparezca

aquí mañana con sus hombres.

La señora Daudí sostuvo con firmeza la mirada de Teresa Urbach.

—No será la primera vez que una fuerza armada intenta conseguir información de

nuestros pacientes. El propio inspector Reigosa tiene ya alguna experiencia al respecto.

Como la tiene usted mismo, de hecho —añadió, volviéndose hacia Palafox—. Usted,

señor Palafox, debería valorar más que nadie la firmeza de nuestros principios.

El roce de la mano izquierda de Teresa en su rodilla disuadió a Palafox de buscar

una respuesta adecuada para aquel golpe bajo que la gobernanta de Neothermas

acababa de lanzarle.

—No le haremos perder más el tiempo, señora Daudí —dijo la novelista—.

Gracias por recibirnos. Conocemos la salida, no se moleste.

La mujer levantó al instante de la silla su minúsculo cuerpo de niña sexagenaria,

pero no hizo amago de acompañarlos hasta la puerta.

Estaban cruzando ya el umbral de la misma cuando Teresa se volvió hacia el interior del despacho.

—Por favor, tenga la bondad de transmitirle nuestros saludos a Felicia Dedéu—

dijo, y cerró la puerta sin aguardar respuesta por parte de la mujer.

Teresa se cogió del brazo de Palafox y echó a caminar por el pasillo con el rostro

iluminado por una sonrisa de felicidad que pareció rejuvenecer su rostro diez años. Sus

ojos negros brillaban como pedazos de carbón echados al fuego, y la misma cadencia

de sus pasos tenía algo de baile triunfal.

—Creo que me he perdido algo —confesó finalmente Palafox, cuando se hallaron

a suficiente distancia del despacho que acababan de abandonar.

—¿Has visto su cara cuando he pronunciado el nombre de Felicia Dedéu?

El joven negó con la cabeza.

—Has cerrado la puerta antes de que pudiera reaccionar.

—Tú no has sido el único sorprendido. La señora Daudí conocía ese nombre, y

también conocía el nombre de Oliver Manning. O al menos tenía noticia de un inglés

relacionado con Neothermas.

—Tú has sido capaz de leer más cosas que yo en esos ojos de hielo, entonces —

dijo Palafox—. Confieso que esa mujer es un completo misterio para mí. Soy tan capaz

de adivinar sus pensamientos como de saber qué sucederá mañana.

—Para eso me tienes a tu lado —replicó Teresa—. A ti se te da bien leer los cuerpos muertos o enfermos. A mí se me da bien leer los rostros y las emociones.

Juntos formamos el equipo perfecto.

El anatomista experimentó un ligero estremecimiento al escuchar estas palabras.

Miró a Teresa con seriedad, y la mujer le devolvió una sonrisa que Palafox, adecuadamente, tampoco supo interpretar.

—Entonces...

—Entonces, vamos a despedirnos de Laura.

Encontraron a la enfermera en una sala situada cerca del vestíbulo principal del

edificio. Estaba inclinada sobre una mesita baja llena de toda clase de parafernalia

médica cuya visión retrotrajo nuevamente a Palafox a sus días de paciente en

Neothermas. Cuando los oyó entrar en la sala, se volvió hacia ellos con una sonda de

aspecto siniestro en una mano y una bacinilla dorada en la otra.

—¡Señorita Urbach!

Teresa se soltó del brazo de Palafox y fue al encuentro de la enfermera.

—Venimos a despedirnos, Laura —dijo—. Ha sido un placer conocerte.

Laura se deshizo de la sonda y de la bacinilla y miró a la novelista con expresión

ansiosa.

—¿Volverán pronto?

Teresa agitó la cabeza tristemente.

—Me temo que la señora Daudí no nos ve con buenos ojos.

El rostro de la enfermera se ensombreció al instante.

—La señora Daudí es una estúpida.

—No le han gustado las preguntas que queríamos hacerle. Confiábamos en que

podiera ayudarnos con una investigación, pero no ha sido posible.

—¿Una investigación? —Los ojos de Laura se iluminaron de nuevo—. ¿Para un

libro?

Teresa se encogió de hombros.

—No todo el mundo está dispuesto a ayudar a una simple escritora.

—¿Qué quiere saber, señorita Urbach? —La joven bajó la voz y puso cara solícita

—. Si es algo sobre Neothermas, yo puedo ayudarla.

Teresa negó con la cabeza.

—No quiero meterte en problemas.

A manera de respuesta, Laura fue hasta la puerta de la sala, se asomó al pasillo y

luego la cerró con precaución.

—Pregunte —dijo, acercándose de nuevo a Teresa con la respiración agitada.

La novelista miró a la enfermera con visible ternura.

—Eres una muchacha valiente —aseguró. Y acto seguido preguntó—:
¿Recuerdas

si en los últimos días ha venido al sanatorio un hombre inglés? Rubio, con grandes

barbas. Se llama Oliver Manning.

Laura agitó la cabeza sin dudarlo.

—Estuvo aquí ayer mismo.

Teresa miró de reojo a Palafox.

—¿Estás segura?

—No sé cómo se llamaba, pero era inglés —afirmó la joven—. Tenía la barba y

las patillas más espesas que yo he visto nunca. Apenas hablaba español. Traía consigo

un montoncito de tarjetas con frases escritas y las iba enseñando cuando quería decir

algo.

—¿Y qué quería?

—Yo solo lo recogí en la recepción y lo llevé al despacho del doctor Carrera.
Y

luego los acompañé a ambos hasta la habitación de una de nuestras pacientes.
Entraron

a verla, estuvieron menos de cinco minutos y salieron otra vez. Entonces el doctor me

pidió que acompañara al caballero hasta la salida, y así lo hice.

Teresa Urbach asintió con la cabeza y miró de nuevo a Palafox.

El anatomista tenía la mirada fija en las puntas de los zapatos de la enfermera, y

parecía hallarse muy lejos de allí.

—¿La paciente a la que visitaron se llama Felicia Dedéu?

Laura frunció el ceño.

—¿Felicia Dedéu?

—¿El nombre te resulta familiar?

—No —respondió la joven con seguridad, tras concederse unos pocos segundos

de reflexión—. Pero puede que la paciente se llame así.

Palafox alzó, ahora así, la vista de los zapatos blancos de la enfermera.

—¿Qué quieres decir?

—La paciente a la que visitaron no tiene nombre. Es decir, nadie sabe su nombre.

Y ella no está en condiciones de decírnoslo. —Laura hizo una mueca de conmiseración

—. La pobre mujer no ha abierto la boca desde que la trajeron al sanatorio, y nadie ha

logrado identificarla todavía.

—¿Cuál es su estado? —preguntó Teresa.

—El doctor Carrera cree que sufre alguna clase de catatonia, posiblemente debida

a una fuerte impresión. La pobre es como una muñeca. Se pasa el día sentada en su

sillón, mirando al frente. —La enfermera rozó con las yemas de los dedos la sonda que

tenía en la mano cuando llegaron Palafox y Teresa—. Hay que hacérselo todo.

Se hizo un pequeño silencio en la habitación. Tras intercambiar una mirada con

Teresa, Palafox fue el primero en romperlo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí esa paciente? —preguntó.

—La trajeron hace un par de semanas. Puedo consultar el día exacto en el registro,

si quieren.

—¿Y la visita de ayer del inglés fue la primera que recibía en este tiempo?

Laura negó con la cabeza.

—Han venido a verla unas cuantas personas. Diez o doce, tal vez. Es lo corriente

cuando aparece un paciente al que no podemos identificar —explicó—. Se da noticia

de la situación, y quien tiene a algún familiar desaparecido acude con la esperanza de

que se trate de él. Viene también gente de las parroquias y de los hospicios, y a veces

se implica incluso la policía.

—Pero no sabes en calidad de qué vino ayer el señor Manning a visitar a esa mujer.

Laura se encogió de hombros.

—Pensé que tal vez había leído la descripción de la paciente y había pensado que

podía tratarse de una familiar suya. En realidad, que fuera inglesa explicaría su aspecto.

Palafox y Teresa se miraron de nuevo. Esta vez quien formuló la pregunta fue la

hija de Eliseo Urbach:

—¿Su aspecto?

—Su pelo y sus ojos. Y su piel. Yo nunca había visto una persona tan rubia en mi

vida. —La enferma sonrió con admiración—. Cuando le da la luz del sol,

parece que

tenga el pelo de color blanco. Y lo mismo pasa con sus cejas: son tan rubias que casi no

se le ven. Y eso que su piel es más blanca que la suya, señorita Urbach. Cuando la lavo,

las huellas de mis dedos se quedan marcadas en su carne durante un buen rato, y las

líneas azules de sus venas podrían reseguirse todo a lo largo de sus brazos. Es asombroso. Ninguna de nosotras entiende que nadie haya identificado todavía a una

mujer con ese aspecto.

Por un instante, inevitablemente, las retinas de Palafox le devolvieron la imagen

de la Dama del Pozo, con su pelo rubio y su piel blanca y aquel resplandor azulado que

barnizaba su cuerpo sin vida. Se vio a sí mismo inclinado sobre ella con la respiración

contenida, retirando las monedas que cubrían sus ojos, abriendo sus párpados cerrados

y mirando por primera vez el profundo vacío azul de sus pupilas muertas.

—Has mencionado sus ojos —murmuró, ahuyentando de su mente aquella imagen

y concentrándose de nuevo en el rostro rubicundo de la enfermera que tenía delante.

—Los ojos más azules que yo he visto en mi vida —aseguró Laura—. Una

mujer

preciosa, la pobre. Casi parece un personaje de una de sus novelas.

Teresa agradeció aquella observación con una sonrisa trémula. También ella, comprendió Palafox, había establecido la conexión evidente entre esa mujer sin voz ni

nombre y los dos cadáveres que se habían cruzado en su camino durante las últimas

horas. El tercer vértice del triángulo absurdo que ahora veían dibujarse ante ellos. Una

muchacha rubia y de ojos azules hallada sin vida en el subsuelo del convento de Santa

Clara; una mujer rubia y de ojos azules ingresada en estado catatónico en el sanatorio

Neothermas; un hombre rubio —Palafox no había llegado a abrirle los ojos— asesinado en el cuarto de una pensión pocas horas después de haber visitado a esta

última mujer en Neothermas.

Un triángulo sin sentido ni razón aparentes.

Y también un espléndido problema cuyo sentido la legendaria curiosidad de Teresa Urbach no estaba dispuesta a dejar de indagar.

—¿Cuántos años dirías que tiene la mujer, Laura?

La enfermera se mordió el labio inferior y puso cara de duda.

—No sabría decirle, señorita Urbach. ¿Algunos más que usted, tal vez?

—¿Y cómo llegó aquí? ¿Dónde la encontraron?

—La trajeron las monjas de Santa Teresa. Su convento está en esta misma calle, un

poco más abajo. Dicen que la encontraron en el claustro una mañana, sentada al lado

del pozo con la mirada perdida. Nadie se explica cómo pudo entrar en el convento. Las

monjas estaban tan asustadas que acudieron con ella al cuartel del Buensuceso, y los

militares les dijeron que la trajeran al sanatorio. —Laura esbozó una sonrisa juguetona.

Y entonces, para horror de Palafox, añadió bajando la voz—: Nosotras la llamamos la

Dama del Pozo.

Por un instante, el anatomista creyó que una nueva grieta se había abierto en su

percepción de la realidad. Una grieta aún más extraña y más perturbadora que las que

de corriente ensombrecían ya su vida. Una grieta a través de la cual sus propios

pensamientos, sus propias palabras se vertían ahora a través de los labios de terceras

personas que ni siquiera sospechaban el prodigio del que eran instrumento.

Pero entonces Teresa Urbach posó una mano tranquilizadora en su espalda y

preguntó de inmediato, sin dejar que su voz revelara emoción alguna:

—¿La Dama del Pozo?

—Una de las enfermeras fue novicia durante medio año en el convento de Santa

Teresa —explicó la joven—. Allí tenían una leyenda que todas las monjas se creían a

pies juntillas. Decían que el pozo del claustro estaba encantado, y que en las noches de

luna llena se oía cantar a una mujer en su interior. La llamaban la Dama del Pozo, y

aseguraban que oír sus canciones daba mala suerte. Nadie se acercaba al claustro en las

noches de luna llena, pero algunas monjas estaban convencidas de haberla oído cantar

desde sus celdas. Por eso se asustaron tanto cuando encontraron allí a esa mujer aquella

mañana. —Laura forzó una mueca descreída que no ocultó del todo el ligero escalofrío

que le provocaba aquel asunto—. La noche anterior había habido luna llena. Las

puertas del convento habían permanecido cerradas desde última hora de la tarde. Y

ninguna de las monjas había visto antes a nadie con el aspecto de esa pobre mujer.

—No me extraña que acudieran al Ejército —coincidió Teresa. Su mano seguía

posada en la espalda de Palafox, y ahora ejecutaba sobre los riñones del

anatomista

algo parecido a un masaje terapéutico—. Yo también me habría asustado si creyera en

fantasmas.

—Aquí hay enfermeras que no quieren ni acercarse a su habitación. Dicen que la

Dama del Pozo es la culpable de que el cólera haya vuelto a Barcelona, y precisamente

en este barrio. Aquí hay gente muy supersticiosa, y no solo entre el personal asistente.

Por eso soy yo la que se ocupa de cuidar de ella. —Laura puso cara de vacilación—.

Les llevaría a verla, pero...

Teresa negó de inmediato con la cabeza.

—Ya has hecho suficiente por nosotros, Laura. No dejaremos que arriesgues tu

trabajo infringiendo las normas del sanatorio. Aunque sí me gustaría contar contigo en

el futuro, si te parece bien.

La enfermera sonrió con satisfacción.

—Cuando quiera y para lo que quiera, señorita Urbach. No tiene más que pedirlo.

—Y tras una breve pausa preguntó—: ¿Felicia Dedéu, ha dicho? Es un nombre bonito.

—No sabemos si es el suyo —replicó Teresa—. Probablemente no lo sea.
Pero el

señor Palafox y yo estamos decididos a descubrir la identidad de esa pobre
mujer. Y

eso tal vez nos obligue a incomodar al doctor Carrera y a la señora Daudí.
Así que

procura que nadie sepa que has hablado con nosotros.

Laura estrechó demoradamente la mano que le tendía la novelista y aseguró
que así

lo haría. Luego recuperó la bacinilla dorada de la mesita repleta de utensilios,
la

abrazó con fuerza contra su pecho y observó intensamente a Palafox y a
Teresa mientras

estos se dirigían a la puerta de la habitación.

—Esta ha sido la tarde más emocionante de mi vida, señorita Urbach —
murmuró

cuando la mujer desapareció finalmente por el pasillo. Y sus mofletes se
incendiaron

por última vez.

12

Adela abandonó la casa familiar de la calle del Regomir un par de minutos
después de

que su amo y la señorita Urbach hicieran lo propio en el carruaje de la
escritora. Era la

primera vez en varias semanas que la muchacha salía a la calle sin llevar en la

mano

una lista de la compra, un paquete envuelto en papel de estraza o un montón de cartas

para entregar en la estafeta del puerto, y hacía todavía más tiempo que no se dejaba ver

en público sin su delantal de criada.

Con su vestido de colores alegres, su pañuelo atado en la cabeza y el corazón

rebotante de todas las palabras amables que la señorita Urbach le había dedicado al

verla, Adela se sentía aquella tarde como una de esas muchachas que paseaban su ocio

por la Rambla o por el paseo de la Muralla al término de sus jornadas laborales en las

fábricas y los mercados de la ciudad. Muchachas humildes, orgullosas y malhabladas,

que nadie confundiría jamás con señoritas, pero que tampoco malgastaban su juventud

atendiendo caprichos ajenos en las mansiones de los poderosos ni malvendiendo su

cuerpo y su salud en los callejones de la miseria. Ni criadas ni señoras, ni doncellas ni

meretrices: muchachas libres cuyo ejemplo Adela a menudo envidiaba desde la doble

distancia de su origen y de su posición actual.

Las nieblas de cada tarde habían comenzado a descender sobre el barrio, pero

el

ambiente seguía siendo respirable. El ligero olor a humo que persistía en el aire aquella

mañana había desaparecido por completo, y en su lugar había ahora un intenso aroma a

mar que cubría el resto de los olores habituales de aquella parte de la ciudad. Adela

torció por la calle del Correo Viejo y enfiló el camino hacia el Borne a través de una

agradable sucesión de callejones estrechos, pasajes cubiertos y plazuelas llenas de

niños que jugaban al aro o que perseguían un ovillo de lana entre gritos de alegría. Las

moles antiguas de los conventos y los caserones de las viejas familias barcelonesas

alternaban con modestos edificios de viviendas cuyos bajos albergaban los comercios

más variados, desde una lechería hasta el taller de un zapatero, desde una tienda de

velas y cordeles hasta una casa de comidas de a seis cuartos el servicio.

También los alrededores de Santa María del Mar bullían de actividad comercial.

Decenas de tenderetes de ropa, comida y baratijas se apiñaban junto a los muros del

templo, y en torno a ellos pululaba una gran cantidad de gente variadamente pintoresca.

Afiladores, lustrabotas y chamarileros, decidoras de destinos y vendedoras de albahaca, amanuenses con plumas de ganso, mendigos con sotana, herboristas y curanderas, organilleros desafinados, artistas del esparto y el alambre, muchachas con los delantales cargados de panes y de frutas y payeses enfajados a la manera del campo de Tarragona: un muestrario generoso de la variada fauna humana que convivía a todas horas en las calles de Barcelona.

Adela se detuvo a oler unas manzanas bajo el pasadizo elevado que sobrevolaba el antiguo foso parroquial, esquivó las manos invasoras de una gitanilla sucia como un demonio y prosiguió su camino hasta el ábside de la iglesia. Allí dudó un instante si tomar la embocadura de la calle de Montcada y acercarse a curiosear por sí misma el almacén en el que su amo había visto entrar aquella mañana al Hombre de Negro; pero finalmente contuvo la tentación de quebrar sus propios planes y siguió su camino hacia el Borne.

Centenares de personas se apretujaban también entre los límites de aquella plaza

estrecha y alargada que una vez, hacía mucho tiempo, había sido escenario de las justas

medievales de Barcelona. Adela no había olvidado la tarde en que su amo le había

confiado las imágenes que acudían a su mente cada vez que se internaba por aquella

zona de la ciudad. El piafar de los caballos, el brillo de las lanzas y de las armaduras,

el chasquido del metal contra el metal; los rostros antiguos y expectantes; el olor dulce

de la sangre; la música y las voces de otro tiempo reverberando eternamente entre los

muros de aquel hermoso anfiteatro urbano que ahora, en pleno siglo XIX, pervivía

degradado a la humilde condición de mercado callejero. La propia Adela casi podía

verlos también: los caballeros con sus armaduras y sus lanzas en ristre, las monturas

engalanadas, las trompetas decretando el inicio del combate y allí arriba, en las

ventanas de los palacios, las bellas damas de antaño presenciando el espectáculo con la

respiración contenida.

—¿Adela?

La criada regresó bruscamente de su ensoñación y encontró ante sí el rostro que

andaba buscando.

—Hola, Patricio —saludó al muchacho, que la miraba con sorpresa a través del

único ojo que no tenía hinchado y tumefacto—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Esto? —Patricio se señaló el ojo e hizo una simpática mueca de desdén que

dejó a la vista su desastrosa dentadura. Era un muchacho de unos doce años, moreno y

espigado, con el pelo tieso como las cerdas de un cepillo y las mejillas recorridas por

una fea colección de cicatrices antiguas que le daban a su rostro un aire de

superviviente vagamente enternecedor—. Un intercambio de opiniones con un tendero.

Nada importante.

—Un intercambio de opiniones —repitió Adela, sonriendo.

—Mis argumentos eran mejores que los suyos. Pero él tenía un plato de balanza a

mano.

—Ya. —Adela alargó la mano hacia el rostro de su amigo y palpó con delicadeza

la carne hinchada de su párpado violeta—. ¿Qué le estabas robando?

—Solo un puñado de almendras. Pero le acabé robando también el plato de

balanza. —Los dientes de Patricio asomaron de nuevo—. ¿Qué haces aquí a estas

horas?

—Vengo a buscarte. Necesito que me hagas un favor.

El muchacho se puso serio al instante.

—¿Ya te has hartado del loco?

—No lo lames así —replicó Adela con severidad—. El señor Palafox no está loco.

—Eso no es lo que se dice por ahí.

—Por ahí se dicen muchas tonterías. Yo conozco al señor Palafox, y sé que no es

un loco. Ni tampoco un asesino.

Patricio se encogió de hombros.

—No es un asesino porque lo pararon a tiempo —observó—. Y eso me lo contaste

tú misma.

Adela se maldijo mentalmente al recordar los primeros días de su nueva vida al

servicio de Andreu Palafox, cuando su agradecimiento al anatomista no la había

llevado todavía a romper los lazos que la ataban a su vida anterior.

—Cometer una locura no es lo mismo que estar loco. Y casi matar a alguien en un

acceso de locura no es lo mismo que ser un asesino.

—Un acceso de locura —repitió Patricio, sonriendo otra vez—. Pensar que una

paciente tumbada en una mesa de operaciones era un cadáver que diseccionar...

—Ya veo que me he equivocado —dijo Adela, agitando la cabeza—. Olvida lo

del favor.

La criada se dio media vuelta y echó a caminar de regreso hacia Santa María del

Mar, cuyas torres empezaban a tornarse ya borrosas entre la niebla que descendía sobre

los tejados del Borne.

Patricio la detuvo al instante, tomándola del brazo con una cierta brusquedad.

—No seas tonta —dijo en tono conciliador—. Es solo que hay alguna gente que

está muy preocupada por tu seguridad, ¿sabes?

Adela se volvió hacia el muchacho y aguardó a que este le soltara el brazo.

—Alguna gente —murmuró entonces.

Patricio ensayó una torpe caída de su párpado sano.

—No todos nos hemos olvidado de ti tan fácilmente como tú te has olvidado de

nosotros. —Y acto seguido, preguntó con naturalidad—: ¿Qué favor necesitas?

De modo que la criada de Palafox recompuso su ánimo fugazmente

conmovido, se

aclaró la garganta y comenzó a hablar.

Pasaban unos minutos de las siete de la tarde cuando el inspector Reigosa abandonó las

dependencias que el Cuerpo de Vigilancia tenía asignadas en el complejo cuartelario de

las Atarazanas. La gran mole del baluarte del Rey proyectaba una sombra oscura sobre

el patio de armas, y los muros interiores del portal de Santa Madrona estaban ya

copados por las varias decenas de vehículos oficiales que muy pronto, al caer la noche,

habrían de iniciar sus rondas de control por toda la ciudad. Su propio coche estaba

ahora encajado entre dos carruajes del Ejército y una berlina con el escudo del

consistorio municipal, y el cochero, un gallego de sesenta años con el que Reigosa

nunca había sido capaz de intercambiar más de dos frases seguidas, estaba sentado en

el pescante con un pedazo de pan en la mano y una expresión ausente en la mirada. Tras

un instante de vacilación, el inspector renunció a reclamar sus servicios. No le iría mal

caminar un rato, pensó. Tal vez el ejercicio le sirviera para limpiar un poco el ánimo y

olvidarse de la reunión que acababa de abandonar. Así que hundió las manos en los

bolsillos de su levita y echó a caminar hacia la Rambla, sintiendo que las sienes le

palpitaban como redobles de tambor.

Cuando llegó a las inmediaciones del convento de Santa Mónica, un alboroto de

niños a la carrera atrajo su atención hacia una de las bocacalles que se adentraban por

la parte inferior del Raval. La calle de Trentaclaus, comprendió con un suspiro antes

incluso de comprobar que el escándalo provenía realmente del otro lado del arco que

se abría junto al viejo teatro de la Santa Cruz. La calle más infame del barrio más

infame de Barcelona. La calle de las prostitutas más vencidas, de los rateros más

encallecidos y de los comerciantes de carne, alcohol y desgracias más desalmados de

toda la ciudad. Aquello también le ayudaría a despejar la cabeza, se dijo el inspector

para darse ánimos; o cuando menos le obligaría a olvidarse por un rato de Juan Carlos

Ollero y de sus crecientes aires de grandeza. Reigosa inhaló un par de generosas

rationes de aire con olor a mar, echó un último vistazo a las acacias que se

alineaban

en el paseo central de la Rambla y, resignado, se dispuso a internarse en Trentaclus.

Y justo en ese instante, un mocoso de seis años emergió a todo correr por el arco

de entrada a la calle y fue a estrellarse contra sus piernas.

El pequeño salió despedido tras el impacto y quedó sentado en el suelo con expresión desorientada.

—Usted es policía —afirmó al cabo de un par de segundos.

—¿Te has hecho daño?

En lugar de responderle, el niño se puso en pie y señaló con un dedo mugriento

hacia el interior de la callejuela.

—Ahí tiene trabajo —dijo, y echó a correr de nuevo hacia la Rambla.

El inspector retomó su marcha Trentaclus abajo y provocó una instantánea desbandada entre los varios grupos de hombres, mujeres y niños que seguían reunidos

en la calle. Unas cuantas ventanas se cerraron sonoramente por encima de su cabeza, y

al fondo de la calle, una carreta cargada de paja aceleró la marcha en dirección a las

huertas de San Beltrán. Reigosa no necesitó caminar más que unos pasos para comprender el sentido de las últimas palabras del niño: a un par de puertas de

distancia

del arco cubierto, junto a los muros del lado del mar, el fardo oscuro de un cuerpo se

hallaba tendido sobre los adoquines en una posición que sugería cualquier cosa menos

un sueño natural. En cualquier otra parte de la ciudad, aquello podía ser un borracho

durmiendo la mona o un adicto al opio expulsado del último fumadero en el que

acabara de ser esquilado. Pero Reigosa sabía demasiado bien que en las calles de la

parte baja del Raval no había borracho que conservara los zapatos cinco segundos

después de haber perdido el sentido.

Cuando se agachó junto al cuerpo, lo primero que vio fue el corte en la garganta.

Un corte limpio, profundo y sin rastro de sangre. Luego vio los ojos abiertos del

cadáver y su bigotillo estrecho, muy cuidado, perfectamente perpendicular a la nariz

más grande y aguileña que el inspector hubiera visto jamás. Un amago de recuerdo

acudió entonces a su cerebro, pero se esfumó antes de que pudiera llegar a asociarlo a

nada o a nadie en particular. No era la primera vez que veía a aquel hombre, pensó, o

tal vez había leído o escuchado su descripción en el transcurso de alguna de sus

investigaciones. Las ropas que vestía eran de buena calidad, y el sombrero que cubría

su cabeza escasamente poblada tenía un corte moderno que parecía sugerir un gusto

extranjero. Tendría unos cuarenta y cinco años, era moreno y delgado, y su rostro, en

cualquier otra situación, se habría antojado agradable e incluso atractivo.

Reigosa hurgó en los bolsillos del cadáver y los encontró vacíos. Tampoco halló

nuevas heridas ni rastro alguno de sangre en torno al cuerpo. Aquel no era el lugar en el

que lo habían asesinado. Alguien le había rajado el cuello a aquel tipo, lo había dejado

desangrarse en algún lugar desconocido y luego había trasladado el cadáver y lo había

abandonado sobre los adoquines de Trentaclus, a la vista de las decenas de personas

que hacían su vida en aquella calle, sabedor de que ninguna de ellas pronunciaría una

palabra delante de la policía. Aquello no podía haber pasado hacía más de unos

minutos: el alboroto repentino, las carreras de los niños, los corros de hombres y

mujeres que su llegada había dispersado...

Y entonces recordó la carreta cargada de paja que había visto circular camino de

las huertas de San Beltrán.

—Maldita sea —murmuró.

Cubriendo el cuello rajado del cadáver con su sombrero, el inspector se puso en

pie y echó a correr Trentaclaus abajo, sabiéndose observado por cientos de ojos

burlones a través de los visillos de todas las ventanas.

Cinco minutos más tarde, con las manos vacías y el resuello perdido, Octavio

Reigosa se recostó contra el lienzo de muralla que cerraba la calle por su extremo

meridional y decidió que aquella iba camino de ser, definitivamente, la peor tarde que

recordaba haber vivido en mucho tiempo.

Un viejo con tirantes y corbatón de color rojo hacía juegos malabares con un puñado de

naranjas en el llano de las Comedias, frente a la puerta del teatro de la Santa Cruz,

cuando Adela y Patricio ingresaron en la Rambla a través de la calle de Escudilleros.

La muchacha aflojó el paso e hizo amago de detenerse a admirar el espectáculo, pero su

acompañante no se lo permitió. Tomándola del brazo con agradable familiaridad,

Patricio la arrastró hacia el arco de Trentaclus sin borrar de su cara la expresión de

adulta eficiencia que el pilluelo había asumido desde el mismo momento en que Adela

le había puesto al día de la situación.

—¿Una muchacha rubia, de unos quince o dieciséis años, con los ojos muy azules

y la piel muy blanca? —había interrogado a la criada, todavía en el Borne, cuando

aquella había acabado de relatarle la aventura que su amo había vivido la noche

anterior en los subterráneos del convento de Santa Clara. Y algo en su tono de voz le

había dicho a Adela que la pregunta no era gratuita.

—¿La conoces?

Patricio había hecho una mueca extraña y le había pedido que continuara con su

historia; pero su rostro había adquirido una repentina gravedad que ya no había dejado

de ensombrecer sus facciones durante la hora y media que llevaban los dos juntos

dando vueltas por la ciudad antigua. Primero se habían colado en el antiguo palacete de

la calle de Montcada y habían comprobado que los almacenes que albergaba el edificio

pertenecían, efectivamente, a la fábrica textil de Eliseo Urbach, una de las mayores de

la ciudad, cuya producción se había visto paralizada durante las dos últimas semanas

por la acción de los huelguistas. Luego habían visitado a varias celebridades dudosas

de la Ribera —dos mendigos casi octogenarios, un lustrabotas prestidigitador, una

floristilla de diez años con la lengua más sucia de todo el barrio y una cerillera que

comerciaba en la calle de las Moscas— y habían tratado sin éxito de identificar con su

ayuda al misterioso Hombre de Negro que aquella mañana había estado rondando por

su territorio. En la iglesia de la Merced, ante el pórtico abarrotado de pedigüños,

Patricio se había arrodillado junto a una anciana desdentada y había mantenido con ella

una conversación interminable que a Adela le había resultado incomprendible de

principio a final, pero que parecía haber satisfecho al muchacho hasta el punto de

hacerle esbozar una sonrisa triunfal cuyo sentido también se le había escapado a la

criada. Y por fin, ya en la calle de Escudilleros, los dos jóvenes habían escuchado de

boca de un tabernero el nombre, la ocupación y una descripción aproximada del actual

inquilino de la casa de Trentaclus hacia la que ahora se dirigían.

Su nombre, desconocido para ambos, era Leandro Moreira. Su ocupación, nada

infrecuente en aquella parte del Raval, era la de procurador de prostitutas. Y en cuanto

a su descripción, esta incluía una nariz de proporciones admirables y un bigotillo

recortado a la manera de los afeminados que rondaban cada noche por el puerto en

busca de marineros rijosos.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —preguntó ahora Patricio, ya en el llano de

las Comedias, soltando el brazo de Adela y mirando a la muchacha con sus ojos

asimétricos.

Adela agitó la cabeza con esforzada firmeza. Se hallaban a unos pocos pasos del

arco de Trentaclus, y la proximidad de aquel escenario tan cargado de malos

recuerdos comenzaba a provocarle un cosquilleo de inquietud en el estómago. Pero la

posibilidad de presentarse aquella noche ante el señor Palafox con una pieza del

extraño rompecabezas que el anatomista tenía entre manos podía más, en el

espíritu de

la muchacha, que el temor a los fantasmas de su propio pasado.

—Solo vamos a llamar a la puerta —dijo.

—¿Y si nos abren?

—Si nos abren, ya se me ocurrirá qué decir.

Patricio miró a Adela con admiración.

—Desde luego que sí —dijo. Y acto seguido añadió—: Esa cría que vio tu jefe en

el sarcófago... Creo que sé quién era.

Adela no fingió sentirse sorprendida.

—¿La conocías?

—Ha habido una cría así por las calles durante estas últimas semanas. Rubia, ojos

azules, muy joven y muy blanca. Tendría unos dieciséis años. Iba vestida como todo el

mundo, pero puedo imaginármela envuelta en un sudario como el que vio tu jefe.

—Una túnica —corrigió Adela. Y luego, aunque sabía demasiado bien la respuesta, preguntó—: Con lo de que estaba por las calles, ¿quieres decir...?

El muchacho asintió con la cabeza.

—Me fijé en ella porque no se parecía a nosotros.

—¿Parecía extranjera?

—Extranjera o rica. —Patricio se encogió de hombros—. No parecía acostumbrada a las calles. Y desde luego, tampoco parecía acostumbrada a ese oficio.

Adela sintió una oleada instantánea de compasión hacia la Dama del Pozo.

—¿Desde cuándo no la ves?

—Desde hace tres o cuatro días. Aunque antes tampoco es que la viera a diario.

No puedo asegurar que sea ella, claro. Pero hay algo que me ha dicho la señora Leonor,

la anciana que hemos visto en la Merced.

Adela también supo ahora lo que su amigo estaba a punto de anunciarle.

—La muchacha rubia trabajaba en la casa de Trentaclus.

Patricio asintió de nuevo.

—Ella vive al principio de la calle. Dice que la vio entrar y salir varias veces de

esa casa en las últimas semanas. Pero hace días que no la ve.

—¿No sabía nada de ella?

—Dice que no habló nunca con ella. Las muchachas van y vienen continuamente de

esa casa, como de todas las demás. Puede que solo haya cambiado de procurador. O

que su suerte haya mejorado, como te pasó a ti.

Adela sintió que sus mejillas se enrojecían violentamente. Su voz, sin

embargo, no

tembló al observar:

—Si ella no era la Dama del Pozo, ¿qué hacía el Hombre de Negro llamando esta

mañana a la puerta de su procurador?

Patricio no respondió, sino que volvió la cabeza hacia el arco de Trentaclus y

frunció el ceño.

—¿No te parece raro?

—¿El qué?

—El silencio. En esa calle siempre se oyen voces. Y siempre hay alguien en el

arco.

Adela siguió la mirada de su amigo y comprobó, en efecto, que el arco estaba desierto y que de su interior no llegaba el menor sonido.

—¿El toque de queda? —aventuró.

—¿Aquí?

—Tal vez los militares se han puesto serios por fin...

—Los militares no entran en Trentaclus —afirmó Patricio, tomando nuevamente

del brazo a Adela y echando a caminar con ella hacia el arco de entrada a la calle—. Si

hay que correr, sígueme sin preguntar.

Por primera vez desde que había abandonado la vida en las calles, la criada de

Palafox sintió esa extraña euforia irracional que precede a cualquier enfrentamiento con

lo desconocido. El olor de la niebla cargada de sal, el sonido recobrado de sus pasos

sobre aquellos adoquines, la presión de la mano de Patricio sobre su antebrazo: por un

momento, también ella sintió que viajaba al pasado con la mente y la memoria y que el

tiempo se replegaba a su alrededor para mostrarle, siquiera por un instante, las formas

de una vida que ya no era la suya.

Definitivamente, la boca de la calle se hallaba tan desierta como Adela nunca la

había visto. Las sombras del paso cubierto no revelaban, como de costumbre, fardos

con forma humana y con olor a vino y suciedad. Las puertas de las casas estaban

cerradas, las ventanas estaban cubiertas por visillos, los muros oscuros no se hallaban

salpicados de jóvenes ociosos ni de críos estridentes, ni tampoco de ancianos

desgastados por el tiempo y la miseria, ni de infortunadas en busca de un par de

monedas con las que ahuyentar el hambre un día más. Por un instante, los dos muchachos pudieron creerse en cualquier otra calle anónima de la ciudad, tal vez en

San Pedro o en Santa Ana, en el lado seguro de esa inmisericorde frontera que era la

Rambla.

Pero entonces vieron el cuerpo tendido en el suelo y empezaron a comprender.

—Está muerto —dijo Patricio, con la seguridad de quien tiene ya vistos unos cuantos cadáveres en su vida.

Adela se soltó de su brazo y dio un paso al frente.

—Puede que...

—Está muerto —repitió el muchacho—. Vámonos de aquí.

Adela ignoró esta última frase. Se agachó junto al cadáver, levantó el sombrero

que le cubría la cabeza y lo vio todo a la vez: el cuello rajado, la nariz grande y

aguileña, el bigotillo de invertido que el tabernero de Escudilleros había mencionado

con cara de repulsión.

—Es el procurador —dijo—. Leandro Moreira. Le han cortado el cuello. Como al

inglés que el señor Palafox...

Adela no pudo completar la frase. Patricio levantó en ese instante la vista hacia la

parte meridional de la calle, murmuró una maldición y echó a correr hacia la Rambla.

—¡Vamos! —le gritó a la muchacha mientras empezaba a fundirse con las sombras

del pasaje cubierto.

Adela no obedeció. También ella había visto la figura oscura que se aproximaba

por Trentaclus en dirección al cuerpo que yacía en el suelo.

Aquello iba a ser interesante, pensó mientras depositaba otra vez el sombrero

sobre el rostro del cadáver, se ponía en pie y empezaba a alisarse las ropas con

inconsciente coquetería.

—Buenas tardes, inspector.

Octavio Reigosa llegó por fin a su lado con las cejas peligrosamente unidas sobre

sus ojos de sabueso viejo.

—Lo que me faltaba por ver —ladró—. ¿Tu dueño ya sabe que has vuelto a las

andadas?

Adela no se dejó arredrar.

—El señor Palafox no es mi dueño, es mi amo —observó. Y sin dejar que el

inspector abriera la boca, añadió—: El muerto se llama Leandro Moreira. Era procurador de prostitutas, y tenía su negocio en esa puerta de ahí. La misma en la que

esta mañana el señor Palafox ha visto entrar al Hombre de Negro. Una de las infortunadas que tenía a su servicio era una joven de unos dieciséis años, rubia, de ojos

azules y piel muy blanca. Como la muchacha que el señor Palafox y usted vieron anoche

en el convento de Santa Clara.

El inspector escuchó en silencio la parrafada de Adela, y se concedió un par de

segundos de reflexión antes de preguntar.

—¿Algo más?

—Hace varios días que esa joven ha desaparecido. Tal vez si entra usted ahí —

dijo la criada, señalando otra vez con su dedo la puerta situada bajo el pasaje cubierto

— descubra algo interesante sobre ella, y sobre cómo terminó en un sarcófago romano.

Si es que el Hombre de Negro no se lo ha llevado ya todo consigo, claro.

Reigosa alternó su mirada entre la puerta cerrada, el cadáver con el sombrero en

la cabeza y la muchacha que tenía frente a él.

—Por fin empiezo a entender qué vio en ti el señor Palafox —murmuró. Y

antes de

que Adela acabara de componer una tímida sonrisa de orgullo, ordenó—: Sal a la

Rambla, busca a uno de mis hombres y envíamelo aquí. Y luego vuelve a tu casa y dile

al señor Palafox que lo necesito enseguida.

Adela se cuadró como una soldadita de infantería y miró a Reigosa con los ojos

brillantes.

—A sus órdenes, inspector.

Tres segundos más tarde, el claqueteo de sus pies a la carrera se perdía ya al otro

lado del arco de Trentaclus.

13

Cuando Teresa Urbach y Andreu Palafox llegaron a Trentaclus, los agentes del Cuerpo

de Vigilancia habían delimitado ya un amplio espacio protegido en torno a la parte baja

del teatro de la Santa Cruz. Tres hombres de uniforme custodiaban el arco por el lado

de la Rambla y otros tantos bloqueaban el acceso por las calles laterales. El despliegue

policial tenía algo de ostentoso, casi de provocación, pero la curiosidad que había

despertado entre los habituales del barrio era tan escasa que cualquier observador

atento, reflexionó Palafox, podía inferir de ello el auténtico nivel de extrañeza

ambiental que se estaba apoderando de Barcelona durante aquel verano: ni siquiera un

círculo de policías de guardia ante el hogar de un procurador de prostitutas degollado

podía competir con la pasmosa sucesión de huelgas, incendios, sabotajes y epidemias

que la ciudad proveía últimamente para distracción de sus habitantes.

El carruaje de los Urbach se detuvo frente a la puerta principal del teatro. Teresa

bajó de un salto del vehículo, se cubrió la melena con un sombrero de color cereza y

dio instrucciones al cochero para que regresara de inmediato a la casona familiar y

excusara ante el señor Urbach su ausencia en la cena; ella volvería a pie en compañía

del señor Palafox en cuanto las circunstancias así lo permitieran.

—¿Estás segura de que quieres implicarte también en esto? —le preguntó de

nuevo el anatomista, cuando el coche hubo arrancado en dirección a la calle del

Dormitorio de San Francisco.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Palafox sonrió ante el ceño exageradamente fruncido de su amiga.

—En la vida real, los cadáveres de los asesinados son mucho más desagradables

que en las novelas. Huelen peor, sobre todo. Y casi siempre hay sangre y vísceras por

todas partes.

—No tienes que convencerme, ya te he dicho que quiero verlo. —Teresa le tendió

su brazo izquierdo a Palafox y sonrió también—. ¿Vamos?

Uno de los tres agentes que custodiaban el arco de Trentaclus era el mismo que

aquella mañana se había ocupado de controlar la entrada a la habitación del inglés en el

Hostal de la Buena Suerte. El agente Antúnez. Un aragonés larguirucho y pelirrojo que

tampoco tenía la mejor opinión sobre su persona.

—No lo creo —dijo ahora, alzando la mano con autoridad y mirando a Teresa

Urbach de manera variadamente ofensiva.

Una mujer, decía aquella mirada. Una mujer rica. Una mujer rica tratando de meter

la nariz en el territorio estrictamente masculino y popular del Cuerpo de Vigilancia.

Teresa no se dejó intimidar.

—Pues yo creo que sí —contestó, antes de que Palafox pudiera ensayar alguna

réplica de su propia cosecha.

—¿Disculpe?

—Que se haga inmediatamente a un lado y nos deje pasar, jovencito. O vaya a

buscar al inspector Reigosa y aténgase a las consecuencias.

El agente Antúnez miró a Andreu Palafox con las cejas arqueadas en un ángulo

dubitativo.

—El inspector solo lo ha llamado a usted, señor Palafox —protestó.

—Y yo he venido con la señorita Urbach, agente Antúnez —replicó el anatomista

—. Pero no creo que intercambiar obviedades sea de gran utilidad en esta situación.

Las cejas rojas del aragonés se dispararon definitivamente hacia su frente cuando

escuchó el apellido de la acompañante de Palafox.

—Disculpen la confusión —murmuró, haciéndose a un lado.

Varias lámparas portátiles alumbraban el pasadizo cubierto que daba entrada a la

calle de Trentaclus. La niebla espesa y el crepúsculo inminente comenzaban a llenar la

realidad de sombras y espejismos, e incluso la puerta entreabierta del vulgar

edificio al

que se dirigían, el mismo ante el que Palafox había hecho guardia aquella mañana,

sugería ahora la presencia de toda clase de entidades siniestras en su interior.

En el vestíbulo del edificio, iluminado por la luz de su propio candil, el agente

Lafita los recibió con una expresión facial muy parecida a la que había adoptado

inicialmente su colega aragonés. Lafita, sin embargo, estaba bien al tanto de la

identidad de la mujer que acompañaba a Palafox.

—Buenas tardes, señorita Urbach. Qué sorpresa verla aquí.

Teresa inclinó la cabeza con modestia.

—Acompañar al señor Palafox en una de sus colaboraciones con el Cuerpo de

Vigilancia es un privilegio que no me perdería por nada en el mundo.

El policía asintió con un gruñido.

—Primer piso, segunda puerta —anunció, mirando a Palafox con la cabeza

ladeada al tiempo que le tendía el candil—. Procuren no pisar el charco de sangre del

pasillo.

Echaron a caminar, pues, hacia el tramo de escaleras que se iniciaba al fondo del

oscuro vestíbulo, Palafox abriendo el paso con el candil alzado sobre la cabeza y

Teresa Urbach siguiéndolo con una mano posada en su costado.

—¿Lo hueles? —preguntó el anatomista cuando se hallaban a mitad de la escalera.

—Huelo a suciedad. A suciedad y a humedades. Y a alguna clase de comida poco

apetitosa.

Palafox miró a Teresa por encima de su hombro, y todo lo que vio fue la sombra

de su propio cuerpo proyectada trémulamente sobre la silueta de la hija de Eliseo

Urbach.

—Huele a muerte —sentenció—. A descomposición reciente.

—Nos acercamos a mi primer cadáver real.

El tono ligero con que Teresa pronunció esta frase no resultó del todo logrado.

—El cadáver que venimos a ver no es el cadáver que estamos oliendo. — Palafox

venció el último peldaño de la escalera y aguardó a que la mujer hiciera lo propio y se

detuviera a su lado—. Adela nos ha descrito a un hombre que no llevaría muerto más de

diez horas.

—Y el cadáver que estamos oliendo...

El anatomista no pudo completar la frase de Teresa. De repente, un resplandor

fantasmagórico surgió de una habitación situada a mitad del pasillo en el que ahora se

encontraban, y Palafox vio aparecer ante sí a la Dama del Pozo. La vio con la misma

nitidez con la que seguía viendo a Teresa a su lado. El pelo rubio recogido en lo alto de

la cabeza, la piel blanca y azulada, los ojos azules fijos en un vacío sin tiempo ni forma

y aquel cuerpo esbelto, juvenil, cubierto por la tela blanca de una túnica que flotaba a

su alrededor como nubes enredadas en el pico de un monte nevado.

La Dama del Pozo.

La muchacha del sarcófago de Santa Clara.

Una pobre niña muerta que ahora llegaba a su encuentro para anunciarle...

—Gracias por venir, Palafox —dijo el inspector Reigosa, emergiendo del centro

del resplandor y deshaciendo al instante la hermosa fantasmagoría que el cerebro del

anatomista acababa de armar—. Y gracias también por la espléndida compañía que ha

escogido para la ocasión.

Teresa Urbach se acercó a Reigosa con la mano tendida.

—Ya empezaba a echarle de menos, inspector.

—No es algo que yo esté acostumbrado a oír, señorita Urbach. —Reigosa besó la

mano de la novelista con cuidada cortesía—. Lamento las circunstancias, como de

costumbre.

—No las lamente —replicó Teresa—. Le confieso que estoy disfrutando censurablemente de la ocasión.

Tampoco en esta ocasión el tono alegre de la mujer resultó convincente a oídos de

Palafox, que había alcanzado la puerta de la que habían salido el inspector y la Dama

del Pozo y trataba de localizar ahora, en el suelo del pasillo, el charco de sangre del

que les había hablado el agente Lafita.

—El cadáver del procurador está ahí dentro, entiendo —observó—. Pero no es

ahí donde lo han matado.

Reigosa borró de su rostro la sonrisa que acababa de dedicarle a Teresa Urbach y

miró a su amigo.

—Lo han matado al fondo del pasillo. Allí tiene la sangre, si quiere verla. —
El

inspector balanceó su candil hacia el lado opuesto de las escaleras—. Según mis

cálculos, debe de haber suficiente para llenar un par de tinas de buen tamaño.

Palafox atravesó el pasillo e inspeccionó brevemente el charco de sangre. Luego

regresó junto a Reigosa y a Teresa Urbach.

—Lo han matado ahí mismo, han dejado que se desangrara por completo y luego,

al cabo de unas horas, lo han sacado a la calle para anunciar su asesinato. ¿Por qué?

—Buena pregunta —asintió Reigosa—. ¿Por qué?

—Un cadáver en la calle es menos molesto que un cadáver en casa —observó

Teresa—. Aunque, por supuesto, un cadáver en cualquier calle ajena también es menos

molesto que un cadáver en la calle propia.

—¿Por qué dejarlo precisamente aquí, en Trentaclus, y no en cualquier otra zona

de la ciudad? ¿Por qué no sacarlo fuera de las murallas? ¿Por qué no arrojarlo al mar?

Palafox respondió a las tres preguntas retóricas del inspector Reigosa del mismo

modo que este se las había respondido ya sin duda a sí mismo.

—Porque alguien quería que el cadáver no se nos pasara por alto. —Y

extendiendo el brazo hacia la puerta abierta junto a la que se encontraban,

añadió—:

¿Entramos?

La habitación en la que los hombres de Reigosa habían depositado el cuerpo del

procurador era estrecha y alargada, y apestaba a algún tipo de tabaco de dudosa

calidad. Un lecho bajo ocupaba la mayor parte del espacio, y a su lado, encima de un

taburete, un barreño y un orinal agotaban el mobiliario de la estancia. Palafox rozó con

la punta de los dedos el faldón de la sábana que cubría el colchón y un torrente de

imágenes obscenas acudió a su mente. Decenas, cientos de cuerpos antiguos enredados

en la triste mecánica del amor mercenario, alumbrados por velas de sebo o por

lámparas de aceite, con los rostros congelados en muecas feroces, silenciosos y

reconcentrados como los cadáveres que estaban destinados a ser. Palafox retiró la

mano y cerró los ojos con fuerza. Imaginar a la Dama del Pozo atrapada en aquella

rutina desoladora le revolvió el estómago casi tanto como el tenue olor a corrupción

que seguía advirtiendo por debajo del hedor del tabaco. Por un instante quiso creer en

la realidad del milagro que el obispo Riera y las monjas de Santa Clara les habían

ofrecido la noche anterior. Que aquella muchacha fuera realmente una doncella romana

incorrupta. Que su carne no hubiera sido humillada por la sucia carne de los hombres

de este tiempo.

Que su historia fuese un cuento de hadas, y no un relato de terror.

—Lo hemos subido aquí porque las habitaciones de la planta baja están infestadas

de insectos —estaba explicando Reigosa cuando el anatomista logró recobrar su temple

—. No había nadie en la casa, y tampoco hay nada que sugiera que alguien la haya

ocupado recientemente. Ni ropa, ni comida, ni papeles de ningún tipo. Si no supiéramos

que ha estado funcionando como un lupanar hasta hace uno o dos días, podríamos

pensar que lleva años abandonada. Ni siquiera hemos tenido que echar la puerta abajo;

la habían dejado abierta para nuestra comodidad.

Palafox acercó su candil al cadáver que estaba tendido sobre el lecho y estudió el

profundo corte que le había segado el cuello. Un corte limpio y firme, idéntico al que

aquella misma mañana habían visto en el cuello del inglés del paseo de la Aduana. Un

corte realizado de izquierda a derecha con tal fuerza que la hoja del cuchillo había

seccionado la laringe y había raspado incluso la columna vertebral.

—No hay duda, inspector. La misma mano ha degollado a este hombre y a Oliver

Manning —afirmó, palpando la camisa que cubría el pecho del procurador—. Pero a

este no le han infligido más heridas que la que le ha causado la muerte. A este caballero

no querían torturarlo, como al señor Manning. Al señor Moreira solo querían matarlo.

Reigosa amagó una sonrisa entre las sombras de la habitación.

—Veo que Adela ha tenido tiempo de ponerles al día.

—Solo conocemos su nombre y su ocupación. Leandro Moreira, procurador de

prostitutas.

—También saben, sin duda, que una de sus empleadas coincide con la descripción

de la difunta que vimos anoche en Santa Clara. De ser cierto, ello explicaría por qué

nadie echó en falta a la muchacha ni denunció su desaparición. —El inspector agitó la

cabeza—. Cuando alguna de esas pobres almas desaparece de las calles,

nadie se

molesta en hacer demasiadas preguntas.

Palafox asintió con seriedad.

—Adela tratará de convencer a su amigo para que hable con nosotros —dijo—. —

Tal vez pueda ofrecernos alguna otra información de interés.

—Por la manera en que ha echado a correr al verme, dudo que ese crío esté

dispuesto a hablar con la policía. Puede que usted tenga más suerte. —

Reigosa se

volvió hacia Teresa Urbach y comprobó que la mujer no apartaba la vista del cuerpo

sin vida que yacía en el lecho—. Tal vez prefiera usted que continuemos esta

conversación en un lugar menos desagradable...

La novelista no tuvo opción de responder.

—La señorita Urbach y yo nos vamos ya, inspector —anunció Palafox—. A no ser

que quiera que haga ahora un examen completo del cadáver. Por supuesto, sería mejor

hacerlo mañana en un entorno más luminoso.

Reigosa ladeó la cabeza, pero no protestó.

—Por supuesto.

—Y no estaría de más que tuviera también acceso al cuerpo del señor Manning.

Ahora que sabemos que lo torturaron para extraerle información, puede que su cadáver

tenga algo nuevo que decirnos.

Los dientes del inspector Reigosa asomaron por debajo de su bigote afrancesado.

—Lo torturaron para extraerle información —repitió.

—Un mismo asesino mata a dos hombres —afirmó Palafox—. A los dos les corta

el cuello exactamente de la misma manera. Pero a uno lo tortura antes de manera

salvaje y al otro, no. Evidentemente, uno poseía alguna información de su interés,

mientras que el otro era solo una molestia de la que había que ocuparse cuanto antes.

El inspector Reigosa sopesó las palabras de su amigo durante unos instantes.

—O tal vez en un caso había un odio personal de por medio y en el otro, solo la

necesidad de despachar a un testigo inconveniente —replicó finalmente.

Palafox se encogió de hombros.

—Es posible. ¿Mañana por la mañana en la morgue de las Atarazanas?

Reigosa asintió con la cabeza.

—Salgamos de aquí —dijo—. Todavía tienen que explicarme cómo les ha ido su

visita al sanatorio. Pero mejor que sea al aire libre. Esta peste a tabaco rancio

y a

procurador muerto empieza a darme ganas de vomitar.

—No responsabilice a este caballero del hedor a muerte que se respira en esta casa, inspector.

Reigosa miró a Palafox con extrañeza.

—¿Qué quiere decir?

—Andreu quiere decir que el señor Moreira no lleva muerto las suficientes horas

como para oler de esta manera —intervino Teresa, que había salido ya de la habitación

y observaba ahora a los dos hombres desde el pasillo.

—En esta casa ha habido recientemente otro cadáver —asintió Palafox—. Un cadáver que pasó aquí un par de días antes de ser retirado.

—¿La muchacha del sarcófago?

—Posiblemente. La humedad de aquella galería dificultaba el percibirlo, pero sin

duda el olor de la... —Palafox reprimió a tiempo las palabras «Dama del Pozo»—, de

la muchacha del sarcófago encajaba con el grado de descomposición inicial que sugiere

el olor de esta casa.

—La mataron aquí.

—Murió aquí, diría yo. Recuerde que no vimos señales de violencia en el cuerpo.

Reigosa asintió pensativo.

—Mañana ordenaré un registro completo de la casa. No vale la pena intentarlo en

la oscuridad. Y ahora, si hacen el favor...

Palafox le echó un último vistazo al cuerpo sin vida del procurador de prostitutas,

olfateó nuevamente el aire y abandonó por fin la habitación en compañía del inspector

Reigosa, cuya palidez resultaba ahora evidente incluso a la vacilante luz de los

candiles.

Al fondo del pasillo, un nuevo estallido de luz espectral cobró por un segundo la

forma de una joven rubia, pálida, azulada, antes de desvanecerse otra vez y para

siempre en la penumbra de aquella casa infernal.

14

El carruaje de la señorita Urbach acababa de abandonar la calle del Regomir, camino

de Trentaclus, cuando la cabeza de Patricio asomó por la esquina del Correo Viejo.

Adela contuvo una sonrisa al ver la expresión vacilante que aleteaba en el rostro del

muchacho e interrumpió su ademán de volver a entrar en casa.

—Pensaba que a estas horas estarías cantando en el calabozo —la saludó cuando

llegó a su lado.

—Y yo pensaba que tú aún estarías corriendo. Gracias por esperarme, por cierto.

—¿Desde cuándo ves a un policía y no echas a correr?

—Desde que el policía en cuestión es amigo de mi amo. —Adela se hizo a un lado

y dejó que Patricio entrara en el patio de la casa del señor Palafox—. Y, por cierto,

salir corriendo cuando te pillan al lado de un muerto es la mejor manera de acabar

cantando en un calabozo.

El muchacho compuso una sonrisa apaciguadora.

—Yo no sé tanto como tú de la policía —concedió—. Yo solo sé que si ves aparecer un uniforme, tienes que echar a correr.

Adela cerró el portalón del patio y cogió en brazos a *Bigotes*, que estaba hecho un

ovillo en el segundo peldaño de la escalera.

—Era el inspector Reigosa —dijo, sentándose en ese mismo peldaño e invitando a

Patricio a imitarla con un gesto casual—. Es uno de los jefes del Cuerpo de Vigilancia.

Y está convencido de que el señor Palafox es un genio.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Yo le he explicado lo que hemos descubierto, quién es el muerto y a qué

se dedicaba, y él me ha ordenado que viniera a buscar al señor Palafox. —
Adela

observó complacida cómo Patricio acariciaba delicadamente el lomo de *Bigotes*—.

También le he dicho que ya sabemos quién es la Dama del Pozo.

—Entonces querrá hablar conmigo.

—Seguramente.

—Pero yo no quiero hablar con él.

—¿No quieres saber quién era esa muchacha? —preguntó Adela, frunciendo el

ceño—. ¿Ni quién la ha matado? ¿Ni por qué ha acabado metida en un sarcófago

romano?

Patricio siguió acariciando durante unos segundos más el suave pelaje del gato.

—A la policía no le importan las prostitutas —dijo por fin—. En cuanto confirmen

que la Dama del Pozo lo era, se olvidarán de ella.

—No se olvidarán de ella —replicó Adela con firmeza—. El señor Palafox no se

lo permitirá. Además, ella es solo una parte del misterio que el inspector Reigosa y él

están investigando. Tienen que saber quién era la Dama del Pozo para saber quién mató

a ese inglés en la pensión del puerto, y tienen que saber quién mató al inglés para saber

quién es el Hombre de Negro que ha matado al procurador. O al revés.

Patricio sonrió.

—Te has vuelto una detective —dijo.

—Eso es porque ahora leo novelas.

—¿Lees novelas? —El muchacho puso cara de admiración—. ¿Sabes leer?

—Un poco; aunque todavía no lo suficiente para leer novelas. El señor Palafox me

las lee. ¿Has visto a la mujer que lo acompañaba en el coche?

Patricio agitó la cabeza.

—Una señora elegante.

—Es Teresa Urbach. Escribe libros. Y es la hija de...

—Eliseo Urbach —completó Patricio, abriendo mucho su ojo sano—. El dueño

del almacén en el que tu amo ha visto entrar esta mañana al Hombre de Negro.

Adela resiguió con la yema del dedo índice el trazado de los diminutos labios de

Bigotes, que ronroneaba en su regazo con un ojo abierto y el otro cerrado.
Como

Patricio.

—Interesante, ¿verdad?

—¿Tú crees que esa mujer tiene algo que ver con...?

Adela no dejó que su amigo completara la pregunta.

—Claro que no —dijo con severidad—. La señorita Urbach es una mujer respetable. Escribe libros. Y quiere mucho al señor Palafox.

Patricio hizo una mueca extraña.

—¿Son amantes? —preguntó con una naturalidad que a la criada se le antojó tan

impostada como fuera de lugar.

—Creo que no. Pero el señor Palafox está enamorado de ella.

—Pues no creo que a Eliseo Urbach le guste la idea de tener por yerno a un loco.

Y menos a uno que estuvo a punto de matar a una mujer. —Patricio sostuvo durante un

par de segundos la mirada de reproche de Adela—. Con perdón.

—El señor Palafox no está loco.

—Eso ya lo has dicho. Solo ve cosas que no existen y personas que no están aquí.

—El muchacho ejecutó otra mueca de su cosecha particular—. Y pensándolo bien,

¿cómo sabemos que ese Hombre de Negro existe de verdad?

—El inspector Reigosa también lo vio —replicó Adela al instante.

—Lo vio en los subterráneos del convento.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si lo de esta mañana ha sido otra de sus visiones? —preguntó Patricio

—. ¿Y

si solo ha soñado que veía al Hombre de Negro entrando en la casa de Trentaclus y en

el almacén de Montcada?

Adela agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Eso no tiene sentido.

—Solo es una idea.

—No es una idea —negó la muchacha con rostro muy serio—. Es una acusación

de asesinato. Si el señor Palafox ha soñado que el Hombre de Negro entraba esta

mañana en la casa de Trentaclus, ¿quién ha matado a Leandro Moreira? Y si ha sido él

quien lo ha matado porque sabía que la Dama del Pozo era una de las prostitutas con las

que ese tipo comerciaba, ¿quién la mató a ella? ¿Y quién mató al inglés de la pensión?

Patricio alzó ambas manos en señal de rendición.

—Yo solo digo que ese Hombre de Negro parece una figura demasiado misteriosa

—comentó—. Seguro que las novelas están llenas de personajes así.

Adela abrió la boca, pero no llegó a pronunciar palabra alguna. Lo que hizo fue

quedarse mirando al frente con expresión asombrada.

Al cabo de varios segundos, su amigo le dio un tirón de la manga del vestido.

—¿Tú también estás viendo visiones?

Solo entonces la criada de Palafox pareció volver en sí.

—Eres un genio, Patricio —murmuró, esbozando de repente una gran sonrisa feliz

y plantando un inesperado beso en la mejilla del muchacho.

—Vaya, gracias. —Patricio sonrió también—. ¿Qué he hecho?

Adela se puso en pie y depositó a *Bigotes* en el suelo del patio.

—Te has dado cuenta de que el Hombre de Negro es un personaje de novela —

respondió, dirigiéndose al portalón del patio—. Eso es lo que has hecho.

Patricio se levantó también, hizo crujir sus nudillos y miró con tristeza la calle

oscura que asomaba tras la puerta que Adela acababa de abrir.

—¿Y por eso me echas?

—Necesito estar sola. Tengo que pensar. —La muchacha endulzó de nuevo su

rostro con una bonita sonrisa—. Pero mañana iremos a buscarte.

—¿Iremos?

—El señor Palafox y el inspector Reigosa querrán hablar contigo. Y tú querrás

tener información nueva que darles, así que procura indagar un poco más sobre la Dama

del Pozo y sobre Leandro Moreira. —Adela se hizo a un lado en el umbral de la puerta

y dejó que Patricio saliera a la calle con aire abatido—. Estarás en el Borne, ¿verdad?

—Yo no quiero hablar con la policía —protestó el muchacho.

—Pero sí quieres hablar conmigo. Y también quieres ayudarme.

Patricio se llevó la mano a la mejilla que la muchacha había besado hacía unos

segundos y frunció el ceño.

—Esta noche voy a soñar cosas extrañas —murmuró.

Los fanales de la Rambla difundían sus círculos de luz amarillenta entre la espesa

niebla que se había asentado definitivamente sobre la ciudad. Las campanas de Santa

María del Pino no habían dado aún las nueve, pero la creciente oscuridad y la inminente entrada en vigor del toque de queda habían vaciado ya las calles de ociosos y

comerciantes. Tabernas cerradas, calzadas vacías, teatros sin público ni

función;

carruajes militares estacionados al pie de cada bocacalle; ventanas abiertas e iluminadas por la tenue luz de los candiles: el comienzo de otra noche de reclusión para

aquella Barcelona insomne, agitada por vientos nuevos de cambio y asfixiada por

nieblas tan antiguas como el mar Mediterráneo.

—No es necesario que nos ofrezca un coche, inspector —insistió Teresa Urbach,

al ver que Reigosa alzaba la mano en dirección a un vehículo que estaba detenido frente

a la entrada de la calle de Escudillers—. Andreu me acompañará a casa.

—No es buena noche para dar un paseo, señorita Urbach. Los militares se ponen a

veces nerviosos con el toque de queda. Y con esta niebla no siempre es fácil distinguir

a una dama de un obrero insurrecto.

La novelista se rindió a los argumentos del hombre con una dócil inclinación de

cabeza.

—En ese caso, será todo un honor volver a casa en un coche oficial del Cuerpo de

Vigilancia —aseguró, buscando la mirada de Palafox—. Solo espero que mi padre no

esté asomado a la ventana de su despacho cuando lleguemos.

—Sería una manera excelente de preparar la conversación que pretendes mantener

con él esta noche...

Teresa frunció cómicamente los labios. Luego alzó una mano hacia el rostro del

anatomista y empujó con suavidad sus anteojos hasta lo alto del puente de su nariz.

—Te pediría que me acompañaras en la conversación, pero...

—Pero los dos sabemos que más te conviene no hacerlo —completó Palafox.

El coche al que Reigosa había llamado se detuvo ante el arco de Trentaclus con

un pequeño estrépito de relinchos y de coces inquietas. El inspector se aferró al

pescante e intercambió algunas palabras con el cochero, que vestía también de uniforme

y parecía sentirse particularmente infeliz ante la perspectiva de otra noche de guardia.

Luego miró de nuevo a Teresa y a Palafox con su aire habitual de hombre al cargo de

todo.

—Así pues, mañana yo iré a ver al doctor Carrera en Neothermas y usted visitará

al obispo Riera en el palacio episcopal —dijo, dirigiéndose al anatomista—. Yo

descubriré todo lo que haya que descubrir sobre esa misteriosa paciente sin memoria de

la que les han hablado esta tarde, y usted descubrirá quién diablos es ese caballero

vestido de negro y qué hacía anoche en el convento de Santa Clara. En cuanto a usted,

señorita Urbach —añadió, inclinando la cabeza hacia la mujer—, dejo a su

consideración la mejor manera de afrontar a su padre. Nos encontraremos a las doce en

la morgue de las Atarazanas y pondremos en común nuestros descubrimientos.

¿Entendido?

Palafox asintió con la cabeza.

—Si no me equivoco, para entonces Adela habrá conseguido hacerse con alguna

información más sobre las empleadas y los clientes del difunto señor Moreira —dijo

con cierta incomodidad—. Y sospecho que la señorita Urbach habrá movido también

algún hilo en ese mismo sentido.

Teresa ejecutó una caída de ojos apenas perceptible en la oscuridad de la Rambla.

—Será un placer sorprenderlos, caballeros. Y espero que ustedes me sorprendan a

mí. —Y poniendo un pie en el estribo del coche, añadió—: Buenas noches,

inspector.

No se quede trabajando hasta muy tarde.

Reigosa inclinó de nuevo la cabeza, le deseó las buenas noches a la mujer y, una

vez esta hubo entrado en la cabina del carruaje, se volvió hacia Palafox con una mezcla

sincera de admiración y de curiosidad en la mirada.

—Su criterio al rodearse de compañía femenina es francamente original —susurró

—. La señorita Urbach, Adela... Mi Carlota le habría gustado también.

Palafox sonrió con precaución. Que el inspector mencionara a su difunta esposa

era algo tan poco frecuente como aquel tono de complicidad inesperada que acababa de

utilizar.

—Estoy seguro de que así habría sido —afirmó—. Buenas noches, inspector.

Un par de minutos más tarde, circulando ya a buena velocidad por el dédalo de

callejuelas que los separaba de la bajada de los Leones, Teresa tomó la mano del

anatomista y aseguró a su vez:

—Descubriremos quién era la Dama del Pozo. Y descubriremos también quién es

la mujer del sanatorio.

Palafox sintió la cálida mano de la mujer posada sobre la suya y se vio invadido al

instante por una profunda sensación de inquietud.

—La segunda Dama del Pozo —dijo.

—La segunda Dama del Pozo —repitió Teresa—. Descubriremos quién es y cómo

llegó al patio del convento de Santa Teresa. Y también descubriremos qué relación

tiene, si es que tiene alguna, con esa pobre muchacha del convento de Santa Clara.

Una intensa claridad se coló de repente por las ventanillas del coche de caballos

cuando se acercaban a la iglesia de San Miguel. El resplandor de un nuevo incendio en

el puerto, pensó por un instante Palafox. El inicio de otra noche de cenizas y campanas.

Luego miró a Teresa y comprendió que aquella claridad estaba solo en su cerebro.

A modo de confirmación, la música de un órgano igualmente imaginario llenó el

silencio que había seguido a las palabras de la mujer.

—Nadie pronunció ese nombre en el convento de Santa Clara —dijo, posando a su

vez su mano libre sobre la mano de Teresa y centrando su atención en el interior de la

cabina—. La clarisa que nos recibió en la puerta del convento nos explicó la historia

del llanto que se oía desde hacía generaciones en el pozo que llamaban de la Ahogada,

antes de conducirnos hasta el cadáver, y la madre superiora nos repitió esa misma

historia de manera casi literal. Pero ninguna de las dos utilizó esa expresión, la Dama

del Pozo. Fui yo quien comenzó a pensar en la muchacha de esa manera cuando la vi

tendida en el interior del sarcófago, con su túnica y su guirnalda de flores muertas. Yo

inventé a la Dama del Pozo. —Palafox fijó la mirada en los negros ojos de su acompañante—. ¿Entiendes?

El resplandor amarillento que acompañaba el avance del carruaje hacia la bajada

de los Leones se hizo más intenso.

La música del órgano espectral se desvaneció en un silencio crepitante y cargado

de susurros.

Los rostros muertos de millones de fantasmas se disolvieron una vez más en el aire

y en la niebla de aquella ciudad milenaria en la que el pasado, como la culpa, no

llegaba nunca a desaparecer.

—Tú pusiste nombre anoche a la Dama del Pozo en el convento de Santa Clara,

después de escuchar una leyenda de labios de unas monjas asustadas —
resumió Teresa

—. Y ahora sabemos que las enfermeras de Neothermas llevan dos semanas
custodiando a su propia Dama del Pozo, y que le han dado ese nombre por
causa de

otra leyenda repetida entre las monjas del convento de Santa Teresa. —La
mujer intentó

una sonrisa reconfortante—. Eso es todo.

—Eso es todo —repitió Palafox.

—Las leyendas de fantasmas y de pozos encantados son moneda corriente
entre las

monjas enclaustradas —aseguró Teresa Urbach—. Como lo son toda clase de
consejas

y de supersticiones. Y no es de extrañar. Si yo viviera encerrada entre las
cuatro

paredes de un convento y no tuviera otro contacto con el mundo que el de mis
hermanas

y mis superiores, también acabaría creyendo en ahogadas que lloran y en
cadáveres

incorruptos.

—Pero el nombre...

—No muy original, si me lo permites. La Dama del Pozo. Si lo hubiera
necesitado

para una de mis novelas, yo me lo habría trabajado un poco más.

Palafox sonrió por fin.

Al otro lado de la ventanilla, la silueta medio en ruinas del palacio de la Condesa

emergió entre la niebla como el castillo de un cuento alemán.

—No sé qué haría sin ti.

Teresa recuperó su mano de entre las del anatomista y sonrió a su vez.

—Yo sí sé lo que haré sin ti —dijo cuando el vehículo detenía ya su marcha al pie

de la bajada de los Leones—. Hablar con mi padre y tratar de descubrir quién era el

señor Oliver Manning, qué hacía en Barcelona con una tarjeta de visita de Berkeley

Square y qué buscaba esta mañana tu Hombre de Negro en su almacén de la calle de

Montcada. —Teresa acarició fugazmente la mejilla izquierda de Palafox con las yemas

de los dedos antes de añadir—: Un nombre, por cierto, menos imaginativo todavía que

el de la Dama del Pozo. El Hombre de Negro.

La mujer salió del coche con una hermosa sonrisa en los labios.

—¿Vengo a buscarte mañana? —preguntó Palafox.

—Iré yo a tu casa. Tenemos una cita a las doce con el inspector en la morgue, no

lo olvides. Por el camino tal vez puedas informarme del comportamiento que se espera

de una señorita como yo en un lugar como ese...

Teresa le guiñó un ojo al anatomista y desapareció por la verja del caserón de los

Urbach, cuyos altos muros se alzaban en la penumbra como acantilados inexpugnables.

Palafox contó cinco ventanas iluminadas en la torre principal, pero en ninguna de ellas

fue capaz de adivinar la silueta de Eliseo Urbach. Mejor así, pensó; y también pensó

que hacía exactamente dos años que no hablaba con el padre de Teresa ni tenía otras

noticias de él que las que le llegaban derivadas de su fama de gran magnate industrial.

Tal vez aquella extraña aventura fuera la ocasión de retomar lo que una vez, no hacía

tanto tiempo, había sido algo parecido a una amistad entre los dos hombres. Palafox

recordó por un instante los días felices de Londres: el esplendor del Crystal Palace y

de la Exposición Universal, la intimidad creciente con Teresa, el temor y la euforia de

su libertad recién recobrada. El descubrimiento inesperado de su habilidad para la

mecánica. El olvido progresivo del desastre que en Barcelona lo había

reducido a un

estado de vergüenza y descrédito irreparables.

El final aparente de sus visiones.

Palafox se sacudió de encima aquellos recuerdos, golpeó dos veces el techo de la

cabina y el coche reanudó su marcha hacia la calle del Regomir, envuelto de nuevo en

la música espectral de un órgano que solo existía, como tantas otras cosas, en el interior

de su cerebro.

tercera parte

SIGNOS Y SEÑALES

15

Aquilino Carrera era un hombre calvo y barbudo, más bien bajo, de barriga prominente

y mofletes colganderos, que vestía con atildada pulcritud y aparentaba unos diez o doce

años más de los que realmente tenía. El inspector Reigosa lo conocía desde sus

primeros días de agente raso en el Cuerpo, y siempre lo había visto con aquel aspecto

de viejo prematuro y un tanto repelente que ahora ofrecía en su despacho de dirección

del sanatorio Neothermas. Algo había en su carnosidad, en la blandura de sus

formas,

en su elegancia esforzada e inútil que desagradaba profundamente al policía. Incluso su

apretón de manos era lánguido y desganado, como el de un niño o el de un lechuguino

de la alta sociedad. Solo el brillo intenso de sus ojos delataba la inteligencia de

primera categoría que se ocultaba bajo las formas y las maneras de aquel triste

corpachón del doctor Carrera.

—Por supuesto, inspector, usted sabe que lo que me pide es imposible.

Eran cerca de las diez de la mañana del tercer día de agosto de 1854. Reigosa

llevaba apenas veinte minutos en el sanatorio y ya había tenido ocasión de discutir con

tres empleados diferentes: un tipo barbudo que custodiaba la recepción de Neothermas

con aires de sirviente palaciego y con celo de perro guardián; una enfermera de

maneras más dulces, pero igualmente testaruda, a la que el inspector no había logrado

arrancar de su discurso sobre la privacidad inviolable de los pacientes de Neothermas;

y por último, hacía apenas tres minutos, una suerte de matrona diminuta, la célebre

señora Daudí, que había pretendido negarle el acceso al despacho del doctor

Carrera

esgrimiendo alguna clase de autoridad imaginaria que el inspector, cada vez más

impaciente, había refutado de manera francamente impetuosa.

—Querrá usted decir, doctor, que lo que le pido no es de su agrado.

El director de Neothermas chupó con parsimonia el cigarro que tenía en la mano y

emitió una nube de humo azulada en dirección a Reigosa.

—La confidencialidad, inspector, es parte esencial del compromiso que tenemos

contraído con nuestros pacientes. Revelar identidades o dar cuenta de las visitas que

aquí se reciben sería una traición manifiesta de...

Reigosa cortó la parrafada del alienista con un gesto vehemente.

—Esto es muy sencillo, doctor —dijo—. Yo sé que hace dos días vino aquí de

visita un hombre cuyo cuerpo ahora tengo en mi depósito de cadáveres. Un caballero

inglés de aspecto poco corriente llamado Oliver Manning. Sé que usted mismo lo

atendió. Y también sé que los dos visitaron la habitación de una paciente cuya identidad

ustedes desconocen.

El doctor Carrera esbozó una sonrisilla desagradable.

—Si sabe todo eso, no sé qué espera de mí.

—Espero que me diga por qué el señor Manning visitó a esa paciente. Él ya no va

a sentirse traicionado en su confianza, y la paciente en cuestión no está tampoco, por lo

que tengo entendido, en situación de protestar.

Una nueva nube de humo brotó de los labios del alienista, y flotó esta vez hacia la

ventana abierta del despacho.

—Si tanto sabe, inspector, sabrá también que aquí llevamos dos semanas tratando

de identificar a esa paciente —dijo por fin—. Se dio parte de su aparición a la

autoridad militar, se cursaron las correspondientes informaciones a las parroquias y se

difundió su descripción por todos los canales habituales. Como siempre en estos casos,

numerosas personas han venido a verla pensando que podía tratarse de algún familiar

desaparecido, y otras tantas han venido simplemente a curiosar. —El doctor Carrera

ladeó ligeramente la cabeza hacia su izquierda—. Con toda sinceridad, no me atrevo a

decirle a cuál de los dos grupos pertenecía ese caballero inglés.

Reigosa se inclinó en la silla en la que su anfitrión le había hecho sentarse.

—De muy lejos venía a curiosear —observó.

—De muy lejos venía también en busca de un familiar desaparecido.

—Algo le contaría...

El doctor Carrera asintió con un gruñido.

—Dijo que sabía de una mujer que había desaparecido en Londres hace tres años.

Nadie había vuelto a saber de ella, pero ciertos indicios podían situarla en Barcelona.

Su descripción coincidía con la de nuestra paciente, así que le permití visitarla. Por

supuesto, en mi presencia y bajo mi responsabilidad.

—¿Y la identificó?

—No sabría decirle.

—¿No sabría decirme?

El alienista se encogió de hombros.

—Dijo que volvería en un par de días. Pero, por lo que usted ha dicho, parece que

eso no sucederá. —Sus labios esbozaron otra mínima sonrisa fuera de lugar —. Si le

digo la verdad, no me extrañó la idea de que la paciente pudiera ser inglesa. Su aspecto

es muy poco mediterráneo.

—¿Dijo algo más?

—¿El señor Manning? Solo que estaba en Barcelona por asuntos de trabajo y que

se quedaría algunos días más en la ciudad. No hablamos mucho. Mi inglés, me temo, es

poco más que utilitario, y el castellano del señor Manning era casi inexistente.

Reigosa asintió.

—Tengo que ver a su paciente —dijo.

Para su sorpresa, el doctor Carrera no protestó.

—Por supuesto. Neothermas se precia de colaborar con las autoridades... siempre

que esa colaboración no implique quebrantar nuestros principios.

—Lo ha dejado usted muy claro, sí. Igual que los tres empleados que han tratado

de impedirme llegar hasta su despacho.

El alienista se levantó de su sillón esbozando una sonrisa húmeda y sonrosada, y

Reigosa hizo lo propio de su silla sin variar el gesto serio que mantenía desde primera

hora de aquella mañana.

—No se lo tenga en cuenta, inspector. Mis empleados son los más capaces en sus

respectivos ámbitos, pero no siempre saben calibrar las situaciones delicadas que se

nos presentan a diario. ¿Ha conocido al señor Morel?

—¿El caballero de recepción? —Reigosa frunció el ceño—. He tenido el gusto,

sí. Y también he tenido ocasión de conversar con su gobernanta, la señora Daudí.

—Excelentes empleados, inspector. No creo que usted los tenga mejores.

El inspector no discutió aquello. En compañía de su anfitrión, salió del despacho y

emprendió el camino hacia el ala de los internos especiales a través de una sucesión de

pasillos, escaleras y vestíbulos que solo terminó cuando alcanzaron la tercera planta

del edificio. El doctor Carrera se acercó entonces a una de las muchas puertas pintadas

de verde que flanqueaban el largo corredor y golpeó tres veces la madera con los

nudillos.

La puerta se abrió al cabo de un par de segundos, y tras ella apareció una robusta

muchacha vestida de blanco a la que Reigosa identificó sin dificultad como Laura, la

enfermera que la tarde anterior había atendido a Palafox y a la señorita Urbach.

—Buenos días, doctor —murmuró la joven, mirando alternativamente a Carrera y

a Reigosa, cuyo uniforme del Cuerpo de Vigilancia proclamaba a gritos la inminencia

de una situación interesante.

—Buenos días, Laura. Está bien. —La enfermera se hizo a un lado y los dos hombres entraron en la habitación—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, doctor. Le he dado el desayuno, la he lavado y la he sentado en su

sillón. —La muchacha paseó la vista por el rostro del doctor Carrera, que apenas

parecía atender a sus palabras, y por el del inspector Reigosa, que había localizado ya

a la mujer en un rincón del cuarto y observaba ahora su espalda dorada con expresión

intensa—. Hoy hace un buen día para mirar el paisaje. Aunque el calor no invita

demasiado a abrir la ventana.

Reigosa no aguardó a que el doctor Carrera le diera permiso para acercarse a su

paciente. Lo hizo lentamente, casi con precaución, como si temiera espantar a la mujer

que estaba sentada frente a la ventana y parecía admirar, en efecto, el paisaje de tejados

y azoteas que se abrían ante ella.

—No la toque, por favor —le escuchó decir al alienista; pero ni siquiera el insulto

implícito en aquella petición logró deshacer la extraña sensación que se había apoderado de su persona. Una sensación no muy distinta de la que había experimentado

dos noches antes al acercarse al sarcófago de piedra del convento de Santa Clara.

La sensación de estar a punto de presenciar algo extraño y desconocido, y también

perturbador.

La mujer rondaría los treinta y cinco años, pero no era más alta que una niña de

doce. Tenía la tez pálida y los rasgos suaves, aunque no parecía de naturaleza delicada:

algo en las formas de su cuerpo sugería una fuerza natural que no se condecía en

absoluto con el estado en el que ahora se encontraba. Sus ojos azules miraban al frente

con expresión vacante, pero también decidida. Sus labios entreabiertos dejaban ver una

dentadura poderosa, su frente era alta y firme, e incluso la red de venas azuladas que

recorría el dorso de sus manos hacía pensar menos en el ocio inútil de la aristocracia

que en la pura salud de una mujer verdadera. Una mujer habituada a los trabajos y a las

exigencias de la vida real.

Una mujer como su difunta esposa.

—¿Le resulta familiar?

La voz del doctor Carrera rozó apenas la conciencia del inspector Reigosa.

Por un instante, también él creyó experimentar una de esas situaciones que su

amigo Palafox vivía a diario. La intrusión de los sueños en la realidad. La invasión del

presente por parte del pasado. La visita repentina de un fantasma.

Luego la sensación desapareció y la paciente del doctor Carrera volvió a ser lo

que realmente era: una mujer con la mirada perdida en la ventana de un sanatorio

mental.

—No voy a tratar de retirarles la custodia de esta mujer —anunció, volviéndose

hacia el alienista—. Entiendo que nadie va a cuidar de ella mejor que ustedes. Pero a

partir de este momento, esta mujer forma parte de una investigación por asesinato. Por

tres asesinatos. Así que nadie va a acercarse a ella sin mi consentimiento.

¿Me ha

entendido?

La enfermera Laura fue la primera en reaccionar a las palabras del inspector.

Lo

hizo emitiendo un gritito de sorpresa y tapándose al instante la boca con una

mano

temblorosa, mientras paseaba sus ojos muy abiertos entre la mujer y los dos hombres

que la acompañaban en la habitación.

La reacción del doctor Carrera fue mucho más comedida.

—No está usted sugiriendo, por supuesto, que esta mujer sea sospechosa de nada.

—Por supuesto que no.

—Pero sí está sugiriendo que su seguridad puede hallarse comprometida.

Reigosa asintió con la cabeza mientras se inclinaba de nuevo ante esa mujer a la

que las enfermeras de Neothermas, según le había explicado Teresa Urbach, habían

bautizado como la Dama del Pozo. El mismo nombre que Palafox le había adjudicado a

la muchacha del sarcófago de Santa Clara dos noches antes.

Otro de los absurdos que parecían regir últimamente la realidad que rodeaba al

inspector Reigosa.

—No le pediré que acepte usted la presencia de ninguno de mis hombres dentro

del sanatorio —dijo—. Ya conozco cuál sería su respuesta. Pero me veo en la

obligación de informarle, doctor, de que a partir de esta mañana verá usted a un agente

del Cuerpo de Vigilancia apostado en todo momento en la acera de la calle de la

Canuda. Espero que no le moleste.

Los mofletes carnosos del alienista temblaron brevemente, pero su rostro no perdió la media sonrisa de siempre.

—Siempre es bueno ver a hombres de uniforme en las calles, inspector — replicó

—. Y más en estos días que corren, con la agitación que están trayendo los huelguistas y

sus acciones desmedidas. —Los labios del doctor Carrera se fruncieron en un gesto

vagamente indecoroso—. Barcelona se está volviendo una ciudad cada vez más

insegura.

Reigosa no se molestó en responder. Continuó observando unos instantes más a la

mujer sentada en el sillón, y luego siguió la dirección de su mirada perdida a través de

la ventana abierta. Los tejados bajos del barrio de Santa Ana, las suaves ondulaciones

del llano, la silueta del Tibidabo allá a lo lejos y un pedazo de cielo azul llenándolo

todo de una luminosidad intensa que solo habría de durar lo que tardaran en llegar las

nieblas.

—¿Son ciertos los rumores de una nueva epidemia? —preguntó por fin, sin apartar

la vista de la ventana.

—El cólera no es mi campo de estudio —respondió el doctor Carrera—. Pero me

temo que son ciertos. Y no es de extrañar. Somos casi doscientas mil personas apiñadas

entre los muros de una ciudad de trazado medieval, con calles demasiado estrechas,

edificios demasiado altos y un alcantarillado inexistente, sin ventilación ni recursos

sanitarios, bebiendo el agua que bombean nuestras fuentes herrumbrosas y respirando a

todas horas un aire cargado de salitre y de hollín. Mientras sigan en pie las murallas, el

único misterio real es cómo tantos barceloneses seguimos aún con vida.

Reigosa se apartó por fin de la ventana y miró a su interlocutor.

—Si el problema son las murallas, tal vez pronto tengamos la solución.

—Eso parece. Usted lo sabrá mejor que yo.

El inspector se abstuvo de compartir con Aquilino Carrera la posición real que el

Cuerpo de Vigilancia ocupaba dentro de la cadena de mando de la ciudad. El día que

de verdad comenzaran a caer las murallas, Reigosa y sus hombres conocerían la noticia

por boca de la patrona de alguna lechería o del lustrabotas de las Atarazanas.
Hasta

donde él sabía, la orden de demolición podía haber sido firmada ya en
Madrid,

sancionada en el Consistorio municipal y repartida por todos los cuarteles y
parroquias

de Barcelona. En cualquier caso, nadie se habría molestado en informar al
Cuerpo de

Vigilancia ni al de Seguridad, cuyo único papel, a ojos de la autoridad
superior, era

asegurarse de que las calles de la ciudad no se convirtieran definitivamente en
una

jungla infestada de ladrones y asesinos.

Pero esto no le importaba al doctor Carrera, ni tampoco a la joven enfermera
que

seguía observando al inspector con un brillo de asombro feliz en la mirada.

—¿Su diagnóstico, doctor?

El alienista tardó un segundo en encajar el cambio de tercio.

—¿La paciente? Catatonía —afirmó sin dudar—. Un estado de estupor
profundo

que cancela sus procesos mentales y reduce todas sus funciones a la mera
mecánica de

un cuerpo sin voluntad.

—Pero está despierta. Tiene los ojos abiertos. Puede oírnos.

—Puede oírnos, pero no puede escucharnos —replicó el doctor Carrera—.
De

igual modo que puede mirar, pero no puede ver. Su cuerpo está aquí, pero su
alma, por

así decirlo, se ha replegado hacia las profundidades de su ser y no hay manera
de

alcanzarla.

—Y este estado durará...

—¿Quién sabe? La catatonia puede ser algo temporal, por supuesto. Yo
mismo he

tenido pacientes que han emergido de ella al cabo de unos pocos días o de
unos cuantos

meses. Pero también puede tratarse de un estado irreversible.

Reigosa miró a la mujer y tragó saliva inconscientemente.

—¿Y la causa?

—Eso también es un misterio —respondió el alienista—. Hay quien ve la
catatonia como el efecto de una impresión que el alma no es capaz de tolerar,
y que la

lleva a encerrarse en sí misma como forma de protección. Otros expertos, en
cambio, la

atribuyen a causas puramente fisiológicas. Esta mujer pudo sufrir una
experiencia

terrible que la redujo a este estado de aislamiento mental, o bien pudo,
simplemente,

caer víctima de una extraña enfermedad cuyo comportamiento aún no conocemos.

—Si está relacionada con un asesinato, seguro que... —comenzó a decir entonces

la enfermera.

—Gracias, Laura —la cortó con sequedad el doctor Carrera, dirigiéndole a la

joven una mirada incendiaria—. Seguro que el inspector valora en su justa medida tus

conocimientos de medicina.

El rostro de la muchacha se enrojeció al instante, pero sus ojos, tras una mínima

vacilación, no se apartaron de los de Reigosa.

—De hecho, yo estaba pensando lo mismo —dijo este, sonriendo amablemente a

la enfermera; al fin y al cabo, de no ser por la cuestionable afición de aquella jovencita

a las novelas sensacionales de Teresa Urbach, Reigosa estaría tratando todavía de

lidiar con el celo profesional del doctor Carrera y de su equipo de guardianes —.

Considerando lo que le sucedió al señor Manning al cabo solo de unas horas de

visitarla, no me parece en absoluto improbable que esta pobre dama viviera o fuera

testigo de algo atroz.

El doctor Carrera asintió con dignidad.

—En ese caso, no seré yo quien interfiera en sus teorías con mi experiencia profesional —dijo—. Y ahora, si no le importa, deberíamos dejar que la señorita Laura

se ocupe de nuestra paciente.

Reigosa echó una última mirada a la mujer, que permanecía inmóvil en su sillón

con la vista perdida al frente. Un fino reguero de saliva brillaba ahora en la comisura

izquierda de sus labios y descendía hasta su barbilla; al reparar en él, el inspector

sintió una punzada de dolor y de vergüenza. El rostro de su esposa volvió a aparecer

sobre el de aquella mujer sin voz ni nombre ni memoria, y luego se esfumó sin más.

Otra vez el pelo rubio, los ojos azules, la piel blanca surcada de venas también azules.

Otra vez la Dama del Pozo. El tercer vértice de un triángulo cuyo sentido el inspector

Reigosa no era capaz de comprender.

«¿Quién eres?», preguntó mentalmente antes de abandonar la habitación.

Nadie le respondió.

16

La carreta de un labriego acababa de volcar junto a la portada antigua del Ayuntamiento

cuando Palafox y su criada llegaron a la boca de la calle de la Ciudad. Un revuelto

lastimoso de hortalizas y legumbres cubría toda la calzada, y una nube de mocosos se

afanaba en arramblar con ellas antes de que su propietario, un viejo vestido a

la manera

del Bajo Llobregat, con las rodillas manchadas de barro y el rostro todavía aturdido

por el accidente, recobrar el dominio de sí mismo y comenzara a repartir garrotazos a

diestro y siniestro.

Adela miró al viejo con simpatía y señaló a uno de los críos que le estaban robando.

—Yo conozco a su madre —dijo—. A usted le caería bien.

Palafox no se molestó en responder a su criada. Tomándola del brazo con cierta

brusquedad, la condujo hasta el otro lado de la calle y tiró de ella con firmeza hasta la

plaza de San Jaime. Una vez allí, la soltó y prosiguió su camino silencioso hacia la

calle del Paraíso.

—Está usted hoy muy callado, jefe.

Palafox esquivó el trazado de la desaparecida iglesia de San Jaime y trató de

hacer lo propio con el camposanto que seguía enterrado a pocos palmos de profundidad

bajo el suelo de la plaza. No lo consiguió. Como de costumbre, la presencia bajo sus

pies de todas aquellas capas de cadáveres apilados a lo largo de los siglos convirtió la

experiencia de cruzar el antiguo foro romano en una dura prueba para su temple cada

vez más castigado. Un hombre barbudo que cargaba dos vasijas llenas de ostras se

cruzó en su camino y pareció buscar directamente su mirada. Cuatro muchachos de

pecho desnudo y cabeza afeitada pasaron a su lado conversando en una lengua extraña.

Una monja vestida con los hábitos de una orden desaparecida en la noche de los

tiempos hizo la señal de la cruz sobre la frente de un viejo lleno de bubones, y a su

lado, en un tiempo distinto, una niña morena se disolvió en el aire un segundo antes de

que Adela atravesara el espacio que fugazmente había ocupado. Dos gaviotas

sobrevolaron a muy baja altura la cabeza de la criada, y por un instante Palafox fue

incapaz de decidir si también ellas eran producto de su imaginación.

—Si está preocupado por ver al obispo, yo puedo acompañarle —lo intentó de

nuevo Adela—. Se me dan bien los curas, ¿sabe? Yo sé cómo tratarlos.

El anatomista se detuvo en la boca de la calle del Paraíso y contempló desde allí

la suave pendiente que trazaba la bajada de la Prisión para alcanzar la plaza del Ángel.

Y entonces, sin saber por qué, hizo algo que nunca antes había hecho.

—Aquí fue donde sucedió por primera vez —le confió a su criada, señalando con

un movimiento de barbilla la calzada empedrada—. Aquí fue donde descubrí que algo

extraño sucedía en mi cabeza.

Adela se detuvo junto a Palafox y miró a su amo con expresión sorprendida.

—¿Las visiones? —preguntó.

Palafox asintió sin apartar la vista de la calle.

—Yo tendría tres o cuatro años, porque mi madre no había muerto todavía.

Iba

cogido de su mano, y los dos salíamos de comprar buñuelos en una confitería que había

cerca del arco que entonces daba acceso a la plaza del Ángel. Aún no habían demolido

el castillo que unía las torres romanas, y el arco corría por debajo de él. —

Palafox se

pasó la lengua por los labios y los sintió repentinamente ásperos—. El castillo parecía

tan antiguo como las dos torres, y servía de prisión desde tiempos medievales. Desde la

calle veías a los presos asomados a las ventanas, gritando y escupiendo a quien pasaba

por debajo. A mí me daba pánico este lugar, y mi madre siempre procuraba que no nos

acercáramos demasiado al castillo. Pero nunca antes había sucedido nada extraño.

Hasta aquella mañana.

Adela se acercó un poco más a su amo.

—¿Qué sucedió? —preguntó con precaución.

—Mi madre y yo salíamos de la confitería. Llovía un poco y apenas había nadie en

la calle. Mi madre estaba diciéndome algo, y de repente su voz y su rostro se apagaron

y todo cambió a mi alrededor. —Palafox esbozó una sonrisa triste y miró por fin a su

criada—. ¿Recuerdas el espectáculo de linterna mágica que vimos hace unos meses en

los Jardines del Tívoli? ¿Recuerdas cuando se apagaron las luces del gabinete y

empezó la proyección? —Adela asintió vigorosamente—. Aquello fue algo parecido.

Todo se oscureció a mi alrededor, y al momento se encendieron antorchas y el suelo se

volvió de tierra, la calle se llenó de gente y todo eran gritos, risas y olores para mí

desconocidos. La gente iba vestida de maneras extrañas, sus rostros eran extraños, e

incluso la lengua que hablaban no era la que yo conocía. Y entonces varios carros

tirados por mulas empezaron a bajar hacia la plaza desde aquí arriba, y en uno de ellos

iba un hombre atado a un palo enorme. Un hombre desnudo y ensangrentado. Estaba de

pie en el carro, pero no se movía ni emitía ningún sonido. Dos hombres vestidos de

negro iban a su lado, con los rostros cubiertos por capirotos y con grandes cuchillos en

la mano.

Una berlina militar embocó en ese instante la bajada de la Prisión desde la plaza

de San Jaime y obligó a hacerse un lado a Palafox y a su criada. Tras ella, la carreta del

labriego que había volcado en la calle de la Ciudad enfiló también el camino hacia la

plaza del Ángel.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Adela con voz ahogada.

Palafox se refugió en el portal de una casa de vecinos y atrajo consigo a la muchacha.

—Cuando llegó al pie del castillo —prosiguió—, el carro se detuvo y uno de los

hombres con los capirotos gritó algunas palabras que no entendí. La muchedumbre que

me rodeaba empezó a rugir y a vitorear. Y entonces el otro encapuchado levantó su

cuchillo y le rebanó una oreja al hombre que iba atado al palo. —Adela emitió un

gemido de sorpresa—. Supongo que entonces me desmayé. O al menos eso es todo lo

que recuerdo. Lo siguiente que sé es que estaba tendido en mitad de la calle y que mi

madre me daba palmadas en la cara mientras los presos se reían desde sus ventanas del

castillo.

—¿Le contó lo que había sucedido?

—No lo recuerdo. Imagino que sí. Si no se lo conté en esa ocasión, se lo conté en

alguna de las que siguieron a partir de aquel día. —Palafox agitó la cabeza—. En

cualquier caso, pasaron varios años antes de que yo mismo supiera lo que había visto.

Adela abrió todavía más los ojos.

—¿Quiere decir que sabe quién era ese hombre?

—Más o menos. No sé quién era ese hombre, pero sé qué estaban haciendo con él.

Según los libros de historia, en la Edad Media las ejecuciones se realizaban en

Barcelona siguiendo un itinerario circular en torno a la prisión del castillo romano. Los

reos montaban en carretas, y estas se iban deteniendo en varios puntos del

itinerario. Y

en cada parada, los verdugos les cortaban una parte del cuerpo. —Palafox sacudió la

cabeza con fuerza, como alejando de sí aquella imagen. Luego tomó del brazo a Adela y

echó a caminar con ella hacia la calle del Paraíso—. Si no se trató de una alucinación,

lo que vi fue el inicio de una de esas ejecuciones medievales.

—Claro que no fue una alucinación —protestó la criada, siguiendo esforzadamente

el paso de su amo—. Era usted un niño, jefe. ¿Cómo podía imaginarse algo que

entonces no sabía que había sucedido realmente?

Eso mismo había pensado siempre Palafox.

Hasta que los sucesos de 1851 lo habían obligado a reconsiderar su vida por entero.

—La teoría del doctor Carrera era que yo había escuchado alguna historia sobre

aquellas ejecuciones medievales, y luego la había olvidado. La impresión que la idea

de aquellos reos mutilados había causado en mi cerebro, unida al desagrado que me

había provocado siempre la bajada de la Prisión, habría sido la causa de las visiones

que experimenté aquella mañana.

Adela soltó un resoplido escéptico.

—¿Y usted se creyó esa tontería?

Palafox no respondió. Ya había hablado más de la cuenta, comprendió con desagrado. Mucho más, en realidad. Ni siquiera al inspector Reigosa le había confiado

nunca aquel recuerdo, que para él marcaba el inicio de la condena que ensombrecía su

vida y atormentaba su espíritu desde que tenía uso de razón. Fuera de sus padres y del

doctor Carrera, solo había compartido antes aquella historia con Teresa Urbach; y

también ella, como Adela ahora, había creído ver en la misma una confirmación de la

autenticidad de sus visiones. De su veracidad histórica. De su condición mágica o

sobrenatural.

Algo que él ya no aceptaba.

A sus veinticinco años, Palafox había llegado al punto de preferir la locura al prodigio, la alucinación al milagro. Los sucesos de 1851, además de para hacer pública

su desgracia, habían servido para poner las cosas en su justa perspectiva.

Mejor soñar con rostros muertos que verlos de verdad. Mejor ser un enfermo que

un visionario. Mejor merecer desprecio y compasión que acarrear el peso intolerable

de ver el pasado.

Y sin embargo...

—Claro que no se la creyó. Porque usted sabe que lo que ve no son imaginaciones

suyas. Usted sabe que todo lo que ve sucedió de verdad.

Tampoco esta vez respondió Palafox. Cuando llegaron al ábside de la catedral,

torció a la derecha por la calle de la Piedad y alcanzó la bajada de Santa Clara con su

criada de nuevo un par de pasos detrás de él.

Como la mañana anterior, la plaza del Rey bullía de actividad comercial. Los mismos

tenderetes de frutas y verduras estaban dispuestos en ella sin orden ni concierto, y los

mismos corros de mujeres holgazaneaban animadamente a su alrededor. El sol que

brillaba en lo alto del cielo le otorgaba al conjunto de la escena una cierta cualidad

pictórica que Palafox no dejó de admirar distraídamente mientras se abría paso hacia la

escalera del antiguo palacio real.

Cuando llamó al portón con la misma aldaba de hierro que el inspector Reigosa

había hecho sonar hacía dos noches, el rostro de sorpresa de Adela le hizo sonreír por

primera vez en lo que iba de mañana.

—El obispo Riera será mi segunda visita —anunció—. Primero quiero probar algo.

—¿Le van a dejar entrar en el convento?

—Por supuesto que no. Pero tal vez tengamos suerte y...

Palafox no pudo proseguir con sus explicaciones. El portón se abrió justo en ese

instante, y tras él apareció el rostro familiar de una joven novicia.

—Hermana Martina, ¿verdad?

La muchacha paseó la mirada entre Palafox y su criada y distendió ligeramente las

facciones de su rostro. Pese a la luz que ahora la iluminaba, su piel seguía viéndose tan

pálida y sin brillo como en la primera visita de Palafox al convento. Tenía los labios

secos y agrietados, y la cicatriz que surcaba su rostro parecía dibujar aquella mañana

una elipse de forma extrañamente regular.

—¿Lo envía otra vez el obispo?

Palafox negó con la cabeza y compuso una sonrisa amable.

—En realidad, quería hablar con usted.

Las cejas de la novicia se arquearon con suspicacia.

—¿Conmigo?

—Necesito hacerle un par de preguntas. Son preguntas muy sencillas. Se las haría

a la madre superiora, pero no quiero molestarla con algo con lo que usted misma puede

ayudarme.

La hermana Martina pareció dudar un instante.

—¿Es sobre la doncella romana?

Palafox asintió sin perder la sonrisa. La doncella romana. A aquellas alturas, comprendió, la condición milagrosa del cadáver incorrupto que lloraba al pie del pozo

de la Ahogada no era algo que se pusiera en duda dentro de los muros del convento de

Santa Clara.

—Nos dijo usted al inspector y a mí que nadie en el convento había visto antes a

esa pobre muchacha.

—Así es.

—Nadie ha creído recordarla en estos dos días que han pasado desde su

aparición, ¿verdad? Ninguna de sus hermanas ha establecido ninguna clase de relación

entre ella y... alguna otra hermana del convento.

La joven frunció ahora el ceño y miró a Adela, que observaba a la novicia con una

expresión de curiosidad casi ofensiva en la cara. Luego miró de nuevo a Palafox.

—No sé qué quiere decir.

—Lo que el señor Palafox pregunta es si hay en este convento alguna monja con el

pelo rubio y los ojos azules —intervino Adela—. ¿Verdad?

El anatomista le dirigió una mirada incendiaria a su criada.

—Lo que pregunto, hermana Martina, es si alguna vez ha habido alguien de esas

características en el convento de Santa Clara. No recientemente, tal vez.

La clarisa agitó la cabeza dubitativamente.

—No que yo sepa. Pero yo solo llevo aquí unos pocos meses. Ninguna hermana ha

observado nada al respecto. —La joven se volvió hacia el interior del edificio. Su

cuerpo seguía bloqueando el umbral de la puerta, y una mano de dedos pequeños y

blancos aferraba el borde de la misma con convicción de guardiana—. Tengo que

volver adentro.

—Una pregunta más, por favor —rogó Palafox.

—El Hombre de Negro —intervino Adela de nuevo—. ¿Quién es?

La hermana Martina miró ahora a la criada con la misma expresión curiosa con

que esta no dejaba de mirarla a ella. Un destello de vivacidad iluminó sus grandes ojos

negros.

—Tu cara me resulta familiar —dijo.

—Y a mí la tuya. Eres del Raval —afirmó Adela sin dudar—. ¿San Pablo?

—Hospital —respondió la novicia, sonriendo por primera vez—. ¿Y tú?

—Hospital, San Pablo, Padrón... —Adela hizo una mínima pausa antes de enunciar el último nombre que componía su mapa privado de la ciudad—. Trentaclus.

La hermana Martina arrugó la nariz al escuchar aquella palabra.

—Vaya —murmuró. Y luego, mirando a Palafox, preguntó—: ¿Usted...?

Adela se adelantó a responder antes de que el rostro de su amo terminara de enrojecerse.

—El señor Palafox es un caballero —aseguró, engolando la voz de manera un tanto burlona—. Y yo soy ahora su criada. Algunas escapáis del Raval a través del

convento, y otras lo hacemos a través del servicio.

Palafox observó con alguna tristeza la mirada de complicidad que intercambiaron

las dos muchachas y se preguntó, como tantas otras veces, qué clase de ciudad era

aquella en la que nacer del lado equivocado de una riera suponía quedar condenado a

vivir una existencia de miseria, delincuencia o servidumbre forzosa. La larga cicatriz

que recorría el rostro de la hermana Martina se le antojó de repente la huella siniestra

de un pasado que, como el de Adela, ya nunca se borraría de su piel ni de su memoria,

y que continuaría enturbiando su presente de mil maneras sutiles y profundas.

—Lástima que no haya caballeros para todas —dijo la novicia, buscando la mirada de Palafox y bajando la vista al instante.

Y entonces Adela volvió a decir algo que hizo que el anatomista se arrepintiera de

haberla llevado consigo hasta allí.

—La Dama del Pozo trabajaba en Trentaclus, ¿sabes? No era una doncella romana, sino una de nosotras. Y pensamos que la mató ese Hombre de Negro que estaba

rondando por el convento con tu madre superiora hace dos noches. Igual que ayer mató

a su procurador.

La hermana Martina se llevó una mano a la boca y miró a Palafox con los ojos muy

abiertos. No emitió ningún sonido, aunque era evidente que aquellas noticias la habían

horrorizado. Palafox se abstuvo de censurar a su criada; lo que hizo fue adoptar una

expresión severa y sostener la mirada de la novicia mientras buscaba las palabras

adecuadas para llenar el silencio que había seguido a la intervención de Adela.

—Sabemos que esa pobre muchacha ya ha sido enterrada por orden del obispado

—dijo por fin—. No hay nada que hacer al respecto, así que no debe usted preocuparse

por ello. Solo queremos descubrir quién era, cómo murió y por qué acabó en ese

sarcófago.

La novicia apartó la mano de su boca y se santiguó velozmente.

—Fue un milagro —murmuró sin convicción alguna.

—No fue un milagro —replicó Adela—. Fue un asesinato.

—No sabemos si fue un asesinato. —Palafox miró a su criada, ahora sí, con expresión amenazante—. Solo sabemos que esa pobre muchacha murió en la casa de un

procurador de Trentaclus y que acabó enterrada en este convento. —Y volviéndose de

nuevo hacia la hermana Martina, el anatomista suavizó su rostro y su tono de voz y

añadió—: Y también sospechamos que ese hombre que estaba aquí anteanoche sabe

algo que podría arrojar algo de luz sobre este misterio. Si usted, hermana, pudiera

decirme algo de él...

La novicia agitó la cabeza con el mismo nerviosismo con que acababa de santiguarse.

—No sé quién era ese hombre. Vino a primera hora de la tarde, después de que la

madre superiora alertara al obispado de la aparición del sarcófago. Yo le abrí la

puerta, como a todo el mundo, y él solo me dijo que venía a ver a la madre Piedad. —

La joven se quedó pensativa—. Ni siquiera llegué a verle la cara. Iba embozado de tal

manera que apenas se le veían los ojos y la nariz. Yo lo acompañé hasta la galería, y

eso fue todo. Tendrán que preguntarle a la madre superiora si quieren saber algo más. O

al señor obispo, claro.

El sonido de unos pasos en el interior del convento obligó a la hermana Martina a

volver de nuevo la cabeza hacia su espalda. Cuando miró otra vez a Palafox y a Adela,

su cara había empalidecido aún más y sus ojos habían adquirido un brillo inconfundible. El brillo del miedo.

—Muchas gracias por su ayuda, hermana —murmuró Palafox—. No la molestamos

más.

La novicia no se despidió de ellos; agachando la cabeza, dio un paso hacia atrás y

cerró de un golpe certero el pesado portón.

—Alguien nos estaba espiando —observó Adela—. Creo que la hemos metido en

problemas.

Palafox cogió del brazo a su criada y la arrastró escaleras abajo.

—Acabo de recordar por qué nunca te había llevado conmigo a ningún recado

oficial —dijo, deteniéndose junto al muro del palacio del Lugarteniente.

Adela frunció el ceño y le devolvió a su amo una mirada que era mitad burlona,

mitad retadora.

—¿Está tonto, jefe? ¿Es que no le he ayudado?

—¿Me has ayudado?

—Pues claro. Esa monjita es ahora nuestra confidente, y solo gracias a mí. Si no

hubiera resultado ser una de las mías, ni se hubiera molestado en escucharle decir que

lo de la Dama del Pozo no era un milagro. Las monjas no creen en la palabra de ningún

hombre que no lleve alzacuellos. —Adela compuso una sonrisa despectiva—. Y si yo

no le hubiera dicho luego que la muerta trabajaba en Trentaclus, tampoco se habría

interesado más por ella. Pero ahora estará atenta, ya lo verá. Y si descubre algo,

encontrará la manera de hacérselo saber.

Palafox se quitó los anteojos y miró a su criada a través de la niebla sucia de sus

ojos desgastados. Luego, tras limpiarse los cristales en la manga de la levita, se los

puso de nuevo y el rostro de Adela volvió a definirse en toda su agudeza habitual: la

doble hilera irregular de dientes blanquísimos, las facciones infantiles, los grandes ojos

castaños de fierecilla indomable.

—Ojalá tengas razón —dijo por fin.

—La tengo. Y usted lo sabe. —Adela ladeó la cabeza como un perrito—. Además,

para eso me ha traído con usted. Sabía que una monja hablaría con más libertad si tenía

enfrente a alguien menos intimidante que usted. Y menos masculino. —La muchacha se

puso seria—. Y no me estoy riendo de usted.

—Te lo agradezco.

—Le ha salido bien el plan. Aunque yo lo he mejorado, como siempre.

Palafox no discutió. Al fin y al cabo, Adela tenía razón. Si volvían a tener noticias

de la hermana Martina, no sería gracias a su capacidad de persuasión ni al supuesto

prestigio de protegido del obispo Riera que Palafox pudiera conservar a ojos de la

novicia, sino a aquella inesperada complicidad de hijas del Raval que se había

establecido de manera instantánea entre Adela y ella.

—Vuélvete a casa —ordenó.

La criada agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—No va a poder ser —dijo—. Pero no se preocupe, que no pienso acompañarle a

ver al obispo. Acaba de surgirme un entretenimiento mejor.

Palafox siguió la dirección del dedo que Adela había extendido hacia la boca de

la calle del Veguer, y enseguida distinguió la estampa lastimosa de uno de los pilluelos

callejeros que seguían rondando la vida de su criada. Este vestía como si acabara de

salir de una riña a navajazos en el puerto, tenía el pelo erizado de manera antinatural y

llevaba un ojo tan hinchado que parecía que se hubiera adosado a la cara un huevo de

oca de color verdoso.

—¿Patricio? —aventuró.

—Patricio —confirmó Adela—. Ha debido de estar husmeando por ahí hasta encontrarme. ¿Quiere conocerlo?

Palafox emitió un gruñido característico.

—Por supuesto que no. Y me parece que él tampoco quiere conocerme a mí —

añadió, viendo cómo el pilluelo había detenido su marcha en el otro extremo de la

plaza y los observaba ahora con ese aire furtivo propio de los muchachos de su

condición—. Dale las gracias por su ayuda, pero procura no mezclarte demasiado con

él.

Adela miró a su amo con una expresión casi de ternura.

—Eso es lo que el inspector Reigosa le dice a usted cada vez que se menciona a la

señorita Urbach —observó. Y acto seguido, antes de que Palafox pudiera pensar qué

responder a aquella provocación, la criada posó una mano en su antebrazo y substituyó

su sonrisa por una expresión de intensa complicidad—. Y gracias por contarme lo que

me ha contado antes, jefe. Ahora ya sé que no me equivocaba con usted.

Adela retiró su mano del antebrazo de Palafox, sonrió de nuevo y echó a correr

hacia el lugar donde la aguardaba su amigo.

Al cabo de unos segundos, los dos críos habían desaparecido por la cuesta de la

calle del Veguer camino de Dios sabría dónde.

17

Octavio Reigosa abandonó el edificio señorial de Neothermas con la imagen de aquella

paciente sin nombre todavía impresa a fuego en su retina. Algo en el rostro vacante de

la mujer removía las aguas oscuras de la memoria del policía; algo que él mismo aún

no sabía identificar, pero que a partir de aquel instante, ya empezaba a comprenderlo,

iba a martillar su cerebro con la persistencia de una auténtica obsesión.

—Tiene usted mala cara, inspector.

Reigosa regresó bruscamente de sus ensoñaciones y se topó con los ojos azules de

Juan Carlos Ollero, que lo observaban con expresión sarcástica desde la ventanilla de

un coche detenido en mitad de la calle de la Canuda.

—Usted, en cambio, tiene la cara de siempre, inspector.

Ollero celebró la humorada de su colega con una carcajada seca y sonora

como el

disparo de un pistolón.

—Monte, que tengo algo que enseñarle —dijo, abriendo la portezuela de la cabina

y desplazándose hacia su interior—. Esto le va a gustar.

Reigosa no protestó. La reunión de la tarde anterior le había quitado las ganas de

mantener nuevos pulsos con Ollero, al menos por un tiempo; así que montó en el coche,

se acomodó a su lado lo mejor que pudo y aguardó a que los caballos se pusieran en

marcha para observar:

—A las doce debo estar en las Atarazanas.

—No se preocupe. Vamos a Trentaclus, no tardará en llegar a la morgue.

La sonrisa torcida del mallorquín no le gustó un pelo a Reigosa.

—¿Novedades en la casa del procurador? —preguntó.

—Nuestros hombres han estado revolviendo cada rincón desde primera hora de la

mañana —asintió Ollero—. Tal como usted ordenó. No parece que haya nada de interés

en las habitaciones, y ninguno de los papeles que hemos hallado guarda relación con

esa jovencita a la que andan buscando. Pero hace un rato, el agente Antúnez ha

encontrado algo extraño en el patio trasero.

—¿Algo tan extraño como para que venga usted en persona a avisarme?

El rostro bien parecido del inspector Ollero asumió una expresión untuosa.

—Ya escuchó ayer al jefe Daroca, inspector. Usted y yo tenemos que trabajar de

manera coordinada. El prestigio del Cuerpo está en juego.

—Recuerdo la reunión de ayer, sí —murmuró Reigosa.

—Además, quería conocer cuanto antes el resultado de su reunión con el doctor

Carrera. ¿Ha podido ver a esa paciente misteriosa?

Consciente de que Ollero no iba a soltar prenda sobre la naturaleza del hallazgo en

Trentaclus hasta que no llegaran a su destino, Reigosa procedió a referirle su visita a

Neothermas.

Cuando hubo terminado, el coche andaba cerca del llano de la Boquería y los ojos

de Ollero relucían de satisfacción.

—La tarjeta del inglés, entonces, era auténtica —concluyó—. Oliver Manning

visitó realmente el sanatorio. Lo cual nos lleva a concluir que las demás anotaciones

que hay en la tarjeta son también pertinentes.

Reigosa asintió despreocupadamente.

—Parece lógico pensarlo.

—Pero el señor Palafox dice ignorar la razón por la que el señor Manning tenía su

nombre anotado en la tarjeta. Y esa señorita Urbach...

—Yo me encargo de la señorita Urbach —interrumpió Reigosa—. No se preocupe.

Ollero alzó ambas manos sin dejar de sonreír.

—No me preocupo, inspector —dijo—. Pero convendrá usted conmigo en que el

señor Manning tenía una relación cada vez más evidente con la fábrica de los Urbach.

Yo también he hecho mis deberes. —El inspector se llevó la mano al bolsillo interior

de la levita y sacó un cuaderno de notas idéntico al que utilizaba Reigosa—. He

empezado a reconstruir los movimientos del señor Manning durante los tres días que

pasó en esta ciudad antes de ser asesinado, y tengo a varios testigos de confianza que lo

sitúan en las inmediaciones de la fábrica de Eliseo Urbach, en la calle de los Talleres,

al menos en tres ocasiones distintas. También tengo a otros dos testigos que lo vieron

salir de uno de sus almacenes la tarde inmediatamente anterior a su asesinato.

Reigosa miró a su colega con interés.

—¿El almacén de la calle de Montcada? —preguntó.

Ollero asintió con satisfacción.

—En una investigación normal, ahora usted y yo estaríamos interrogando al señor

Urbach sin mayores miramientos. Entiendo que si aún no lo hemos hecho, es únicamente

por las implicaciones personales que todo este asunto tiene para usted.

Reigosa sostuvo con seriedad la mirada del inspector.

—Es usted un hombre joven, Ollero —replicó por fin—. Y no crea que no admiro

su ímpetu. Pero hay ocasiones en las que un poco de mano izquierda resulta más

efectiva que cualquier otro procedimiento más directo. Confíe en mí.

—Yo confío en usted, inspector —aseguró Ollero al instante, con un cierto énfasis

innecesario—. Aunque usted no confíe en mí. —Y antes de que Reigosa pudiera

protestar, el policía preguntó—: ¿Por qué no me habló ayer de la existencia de ese

hombre enlutado al que el señor Palafox estuvo siguiendo por toda la ciudad? ¿Por qué

nos mantuvo al jefe Daroca y a mí al margen de la posible relación que había

entre la

muerte de Oliver Manning y el asunto para el que fue reclamado hace dos noches al

convento de Santa Clara? ¿Por qué tuve que enterarme a las nueve de la noche de ayer

de que el asesinato de un procurador de prostitutas en el arco de Trentaclus le había

cogido a usted mucho menos por sorpresa que a mí?

Reigosa no tuvo necesidad de responder a aquella serie de pertinentes preguntas.

El coche detuvo su marcha en ese instante en el llano de las Comedias, y Ollero abrió

la portezuela de su lado de la cabina sin aguardar a las explicaciones de su colega.

En el paseo central de la Rambla, el agente Antúnez los esperaba fumando con

parsimonia.

—Inspector. Inspector —los saludó a ambos, inclinando la cabeza ante cada uno

de ellos. Y luego, dejando caer al suelo su cigarro a medio fumar, anunció—: Ya está

lista para ir a la morgue.

Reigosa miró al instante a Ollero con el ceño fruncido.

—No se preocupe —lo tranquilizó el mallorquín—. Esta víctima nos va a dar

poco trabajo.

El inspector Ollero y el agente Antúnez echaron a caminar hacia el arco de Trentaclus con su paso firme y orgulloso de jóvenes guardianes de la ley, y Reigosa

fue tras ellos sintiendo, no por primera vez en las últimas semanas, que el tiempo se le

empezaba a escapar como arena entre los dedos de un niño.

La casa del procurador asesinado seguía envuelta en un muro de silencio casi inverosímil en aquella parte baja del Raval, y ni siquiera la luz del sol mejoraba lo más

mínimo el aspecto de sus muros derelictos. Las puertas de todos los cuartos estaban

abiertas, y en su interior se veía ahora un revuelto de ropas sucias y de objetos

humildes que Reigosa dudó en atribuir al registro practicado por sus hombres. El olor

de la casa era el mismo que la noche anterior había hecho deducir a Palafox la

presencia en ella de un cadáver previo al de su propietario, aunque el inspector seguía

sin poder distinguir los hedores de la corrupción de la carne de los de la mera falta de

higiene acumulada allí dentro durante años de miseria e infortunio.

El patio trasero al que Ollero había hecho referencia era apenas un rectángulo de

tierra encajonado entre altas paredes. Un foso de tres palmos de largo estaba abierto en

uno de sus rincones, y junto a él, sobre una bolsa de lona, había un amasijo de huesos

amarillos y de carne amojamada.

—El agente Antúnez ha notado que el suelo de esta parte del patio había sido removido recientemente —explicó el inspector Ollero—. Ha cavado un poco y se ha

encontrado con esto.

Reigosa se acercó a la bolsa y comprobó que se trataba, en efecto, de un cadáver

humano. Un cadáver antiguo. Un cadáver que conservaba adherida a los huesos buena

parte de su carne o de su piel, convertidas ahora en un pergamino oscuro que el

inspector no pudo resistirse a tocar con la punta de los dedos, y cuya cabeza de cuencas

vacías estaba coronada por una orla de pelo igualmente oscuro y deslucido.

—Buen trabajo, agente —le dijo a Antúnez, que miraba con cara satisfecha a sus

dos superiores desde la puerta del patio—. Un hallazgo excelente.

Ollero se acercó a Reigosa y se puso en cuclillas junto al cadáver.

—Ya tiene usted a la inquilina original del sarcófago de piedra, inspector. Ahora

solo nos falta descubrir quién hizo el cambio entre ella y esa jovencita que vio usted en

Santa Clara. —Ollero se irguió de nuevo antes de apostillar—: Quién, cómo y por qué.

En lugar de mostrar su acuerdo con la observación del mallorquín, Reigosa rozó

de nuevo con las yemas de los dedos la piel reseca de aquel antiguo cadáver e imaginó

por un segundo, involuntariamente, que a quien rozaba era en realidad a cierta mujer sin

voz, sin nombre y sin memoria que ahora seguiría sentada junto a una ventana abierta en

una habitación de Neothermas.

Una generosa multitud de ociosos pululaba como hormigas distraídas por los soportales

de la plaza de San Sebastián. Como todos los días del año, los encantos ofrecían

aquella mañana un aspecto irresistible para dos niños de bolsillo triste como Adela y

Patricio. El muestrario de cachivaches de todo tipo que cubrían las decenas de

tenderetes, baúles y mantas extendidas por el suelo hubiera bastado, en cualquier otra

circunstancia, para atraer como un imán la atención de la criada de Palafox y hacerla

olvidar durante media hora todas sus obligaciones. Esta vez, sin embargo,

Adela no se

permitió echar siquiera un rápido vistazo a la parada de su vendedor de juguetes de

alambre preferido.

—Ahí está —dijo Patricio, señalándole a su amiga algún punto situado en el otro

extremo de la plaza, junto a los muros del viejo convento de San Sebastián—. Sabía

que querría hablar contigo.

Adela no hizo preguntas. Siguió caminando junto a Patricio por en medio de los

tenderetes, y solo al cabo de unos instantes creyó aislar entre la multitud el rostro que

andaban buscando.

—Es muy guapo —murmuró—. Y muy joven.

El muchacho estaba de pie junto a la piedra clara del convento, en la esquina de la

plaza de San Sebastián con la calle del Consulado. Ni su atuendo ni la expresión de su

rostro sugerían indecencia alguna, pero algo en su postura delataba de forma sutil la

naturaleza del comercio que lo había llevado hasta allí. El brazo izquierdo en jarras, el

pie derecho ligeramente adelantado, la espalda arqueada sobre el muro: el triste

lenguaje universal de la carne en alquiler. Era un muchacho de tez aceitunada, no mucho

mayor que Adela, con el pelo muy largo, casi femenino, y dos ojos grandes que miraban

al frente con expresión obstinada. Los rasgos de su rostro eran dulces y atractivos; su

cuerpo, pequeño y muy delgado. La ropa que vestía era de colores apagados, y tan

modesta como la del común de los jóvenes de aquella ciudad: unos pantalones

arremangados bajo la rodilla, un blusón abotonado hasta medio costillar y un par de

sandalias que dejaban a la vista dos pies de higiene dudosa.

Sin saber por qué, Adela sintió una instantánea simpatía hacia aquella criatura y

también, oscuramente, una profunda compasión.

—Boris, esta es Adela —los presentó Patricio cuando por fin llegaron a su lado

—. Adela, este es Boris.

El muchacho no extendió su mano hacia Adela ni varió la expresión de su rostro.

—No pienso hablar con la policía —anunció con una voz profunda que sorprendió

también a la criada de Palafox.

—No tienes que hacerlo.

—Ni tampoco pienso hablar con tu dueño. Yo conocía a la señorita Alicia, ¿sabes?

—¿La señorita Alicia?

—La mujer a la que tu dueño estuvo a punto de matar.

Adela recibió aquel anuncio como una bofetada. Estaba acostumbrada a escuchar toda

clase de referencias desagradables al señor Palafox en las situaciones y de las bocas

más inesperadas, pero aquella era la primera vez que alguien afirmaba tener noticia

directa del famoso incidente que había arruinado la carrera y la reputación de su amo.

—No es mi dueño, es mi amo —protestó en cualquier caso, recordando el temple

con rapidez—. Y aquello fue un accidente.

—Un accidente. —Los labios de Boris se arquearon de una manera que resultó a

la vez hermosa e impertinente. Una bonita sonrisa que revelaba un sentimiento

desagradable—. Eso es lo que le dijeron a la señorita Alicia cuando recobró la

conciencia y descubrió lo que le había sucedido. Yo vivía en su misma calle, ¿sabes?

El muchacho hizo una pausa que sugirió que la pregunta no era retórica. Fue

Patricio quien la respondió.

—¿De verdad?

—Era una señorita muy agradable. Toda su familia lo era. A veces me cuidaba de

pequeño, antes de que mi padre se muriera y a mi madre y a mí nos echaran de casa. —

El rostro de Boris se endureció—. Ahora ni siquiera la dejarían cuidar de un geranio.

—¿Quieres decir que sigue sufriendo las secuelas de... aquello?

Boris miró a Patricio con sus grandes ojos grises.

—Apenas puede caminar sin la ayuda de un andador. El dueño de tu amiga le destrozó para siempre no sé qué cosa de la cabeza que le impide controlar debidamente

sus piernas. Pero eso no es lo peor. Lo peor —sentenció el muchacho, volviéndose

hacia Adela y golpeándose tres veces la sien con la punta de un dedo moreno y

alargado— es esto.

Adela sostuvo la mirada de Boris sin concederse la debilidad de enrojecer o de

variar la expresión de su cara.

—No estamos aquí para hablar del señor Palafox —replicó—. Estamos aquí para

hablar de la muchacha rubia que trabajaba en la casa de Leandro Moreira.

Dice

Patricio que tú la conocías.

En lugar de responder, Boris se dio media vuelta y echó a caminar hacia la calle

del Consulado afectando unos andares femeninos que ningún frecuentador del puerto de

Barcelona hubiera podido malinterpretar. Adela miró a Patricio con las cejas

arqueadas, y este hizo una mueca y empezó a seguir al joven buscón imitando la

cadencia de sus pasos hasta que Adela le obligó a parar por medio de un pescozón.

Patricio emitió un gruñido de protesta, pero no dejó de sonreír. Tomándose del brazo

de la criada, siguió caminando detrás de Boris con la vista clavada en sus huesudas

pantorrillas.

Cuando dejaron atrás la gran mole del convento de San Sebastián y alcanzaron el

muro trasero de la Lonja, el muchacho torció por la pequeña bocacalle que separaba

ambos edificios y fue a resguardarse en el vano de un portón tapiado cuyo uso habitual

ni Adela ni Patricio tuvieron problemas en imaginar.

—Ya le he dicho a tu amigo todo lo que sé —dijo Boris en cuanto llegaron a su

lado—. Solo hablé un par de veces con ella. No estuvo más de quince días en las

calles, al menos en las que yo frecuento. Apareció a mediados de julio, hacia el día del

Carmen, y no se la volvió a ver desde finales de la semana pasada. Llamaba la

atención, con ese pelo tan rubio y esos ojos tan azules. Por eso me fijé en ella.

Busconas de ocasión las hay a montones, pero tan jóvenes y con ese aspecto no abundan

precisamente. Ya sabes lo que quiero decir.

Para su disgusto, Adela sintió que ahora sí se ruborizaba sin poder evitarlo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó atropelladamente.

—Se hacía llamar Eva. Pero ese no era su nombre, desde luego. —Boris se encogió de hombros—. En la calle nadie da su nombre verdadero.

—¿Era inglesa?

El muchacho esbozó una sonrisa divertida.

—¿Inglesa? Si ella era inglesa, puede que yo sea ruso de verdad.

Adela lo intentó de nuevo.

—Hablaba normal, entonces. No tenía un acento extraño.

—Hablaba como tú y como yo.

—¿Y te contó algo de sí misma? ¿De qué parte de la ciudad venía? ¿Por qué estaba en las calles?

Boris se pasó una mano por la desordenada melena y dejó asomar la punta de la

lengua entre sus labios.

—Dijo que su madre estaba enferma, que su padre había muerto hacía poco y que

ella era la única que podía llevar dinero a casa. No me dijo dónde vivía ni en qué

barrio se había criado, aunque no hablaba como hablan las hijas del Raval. Ella

también había conocido tiempos mejores, como yo. —La voz profunda del muchacho

vaciló de manera casi imperceptible—. Sabía que andaba por Trentaclaus, pero

tampoco estaba enterado de que trabajara para ese puerco de Moreira. Si lo hubiera

sabido, la hubiera advertido sobre él.

—¿Qué sabes de él?

Boris forzó una mueca de desprecio.

—Lo que todos. Lo que explican las desgraciadas que trabajaron para él. Que caer

en sus redes era tocar fondo. Sus clientes... —El muchacho agitó la cabeza—. Incluso

en la desgracia hay gradaciones, ¿no te parece?

La pregunta iba dirigida a Adela, y tampoco esta vez era retórica. A la criada de

Palafox no le pasó por alto aquella palabra tan sonora que el buscón había pronunciado,

«gradaciones», y se preguntó de nuevo qué clase de historia tendría detrás realmente

aquel muchacho.

—No todas las formas de humillación son equiparables — coincidió, rebuscando

ella también en el flamante vocabulario que las novelas de la señorita Urbach y el

contacto diario con el señor Palafox habían comenzado a proporcionarle. Y luego

preguntó—: ¿Sabes si entre los clientes de Moreira había curas?

—¿Qué procurador de Trentaclus no tiene curas entre sus clientes? — preguntó a

su vez Boris—. ¿Qué prostíbulo de Barcelona no los tiene? Incluso en las tascas del

puerto los ves cada tarde, fingiendo que buscan almas de marineritos a las que salvar.

—Estamos buscando a un hombre que va vestido totalmente de negro — intervino

Patricio—. Sotana completa, sombrero de ala ancha, embozado hasta la nariz. Ayer a

mediodía lo vieron entrar en la casa de Moreira, y luego estuvo en la Ribera. Tiene

negocios en un almacén de Montcada, y se le ha visto también en la plaza del Rey.

El muchacho se concedió unos segundos de silencio, que aprovechó para mirar a

izquierda y derecha y comprobar que seguían solos en el callejón. Cuando volvieron a

posarse en los rostros de sus acompañantes, sus ojos brillaban con algo que se parecía

mucho al miedo.

—No sé quién es —murmuró—. Nadie lo sabe. Pero he oído hablar de él.

Adela miró de reojo a Patricio y aguardó a que fuera él quien preguntara:

—¿Y qué es lo que dicen?

La respuesta de Boris tardó varios segundos en llegar, y cuando lo hizo, heló la

sangre de Adela.

—Dicen que es un ángel de la muerte.

Un niño apareció en ese instante por la boca de la calle del Consulado y atravesó

a la carrera el callejón hacia el paseo de Isabel II. Al pasar ante el portón tapiado, sacó

la lengua y obsequió a los tres jóvenes con una mueca alegre a la que ninguno de ellos

respondió.

—Un ángel de la muerte —repitió por fin Adela.

—Lo vieron rondando por el barrio de Santa Ana hace unos días, cuando empezó

la epidemia de cólera. Luego lo vieron en Santa María del Mar, minutos antes de que un

carro atropellara a una niña de seis años en la plazuela de Montcada. Murió al instante.

—El muchacho hizo con su mano diestra algo parecido a una señal de la cruz —. Y

luego lo volvieron a ver hace un par de noches en el paseo de la Aduana, delante de la

pensión en la que mataron a ese inglés. —Boris miró en este punto a Adela con

susplicia—. ¿Por eso me has preguntado si Eva era inglesa? ¿Tiene algo que ver con

el inglés asesinado?

Adela respondió al muchacho con otra pregunta:

—Cuando vieron a ese hombre rondando por el barrio de Santa Ana, ¿no lo verían

en la calle de la Canuda?

—No lo sé. Pero si decís que ayer estuvo en la casa de Moreira, y si también está

relacionado con la desaparición de Eva, ya no hay duda de que tienen razón.

—Boris se

santiguó, ahora sí, con todas las de la ley—. Es un ángel de la muerte. Un heraldo de la

destrucción. Allí donde se le ve, algo terrible está a punto de suceder.

Adela sintió un nuevo cosquilleo de inquietud al escuchar aquellas palabras,

pero

también observó al extraño muchacho que tenía delante con renovada curiosidad. «Un

heraldo de la destrucción.» Otra expresión muy alejada del lenguaje habitual de los

buscones y las prostitutas de Barcelona.

—¿Nos avisarás si vuelven a verlo, o si oyes algo nuevo sobre él?

Boris asintió con la cabeza y tendió la mano con la palma hacia arriba.

Adela rebuscó en el interior de su vestido y sacó un par de monedas que el señor

Palafox le había confiado para la compra de aquella mañana.

Cuando las puso en la mano del muchacho, este esbozó una sonrisa y cerró el puño

con fuerza. Luego abandonó el portón que les servía de refugio.

—Patricio sabe dónde encontrarme —dijo. Y esa fue su despedida.

18

El despacho personal del obispo Riera era una confortable estancia tapizada de libros y

de cuadros antiguos, alfombrada generosamente y amueblada con una profusión oriental

que no se condecía en absoluto con los hábitos frugales de su morador. Situado en el

ala antigua del palacio episcopal, sus ventanas daban a la plaza Nueva y ofrecían

también una agradable perspectiva de las torres romanas y de la casa del Arcediano.

Ajeno al escenario que lo rodeaba, Andreu Palafox estaba sentado en un cómodo

sillón carmesí con un cigarro en la mano y con cara de circunstancias. El obispo estaba

sentado frente a él. Hacía apenas un cuarto de hora que el joven se había separado de

Adela en la plaza del Rey, y ahora se sorprendió deseando tenerla de nuevo a su lado

para que la criada le ayudara a encontrar las palabras que a él empezaban a faltarle.

—No sabe usted, entonces, quién era ese hombre vestido de negro, ni qué hacía

supervisando nuestra inspección del cadáver que ocupaba el sarcófago — resumió tras

escuchar las desganas respuestas del religioso, que lo había recibido en su despacho

con la calidez acostumbrada tras tantos años de amistad, pero que había ido

ensombreciendo progresivamente su rostro y sus maneras durante la conversación hasta

asumir, llegados a aquel punto, un cierto aire ofendido que Palafox nunca antes le había

visto adoptar a Su Excelencia.

—Ni sé quién es ese caballero, ni desde luego estaba anteanoche en el convento

con mi conocimiento.

—En ese caso, tal vez pueda usted preguntarle a la madre superiora...

El obispo Riera interrumpió la sugerencia de Palafox con un gesto firme de su

mano derecha.

—No lo creo.

El anatomista se palpó la varilla de los anteojos con la misma mano que sostenía

el cigarro y buscó en su interior el valor necesario para contradecir, por primera vez en

su vida, a aquel anciano que tanto había hecho por él tras la muerte de su madre.

—No se lo pediría si no creyera de verdad que es importante, Su Excelencia —

dijo por fin—. Ese hombre parece hallarse implicado de forma directa en tres muertes

con las que yo mismo me he visto relacionado en las últimas treinta y seis horas. Es

posible que su identidad nos dé alguna clave de lo que está sucediendo, o que al menos

nos permita dejar de movernos a ciegas de una vez.

El obispo se levantó de su sillón y caminó muy lentamente hacia la ventana que se

abría sobre el extremo occidental de la Plaza Nueva.

—Ese el problema, Andreu —replicó, dándole la espalda a Palafox y pronunciando su nombre de pila con una familiaridad que en estos tiempos ya solo se permitían Su Excelencia y Teresa Urbach—. La ceguera. Si abrierais de una vez los ojos y vierais lo que tenéis delante de vuestras narices, el inspector Reigosa y tú no andaríais corriendo detrás de hombres embozados ni os preocuparíais por los asesinatos de un inglés y de un procurador de infortunadas.

Palafox aguardó en vano a que el anciano prosiguiera; así que preguntó:

—Sigue usted pensando que la aparición de esa muchacha en los subterráneos de

Santa Clara es un milagro, ¿verdad? Una señal. Los muertos de Barcino regresan a la

superficie para hacernos ver el declive de nuestra propia ciudad.

El obispo Riera guardó un pequeño silencio antes de observar:

—El inspector te refirió nuestra entrevista de ayer.

—Por supuesto.

—Y tú también crees que estoy equivocado. —El religioso volvió la cabeza y

miró fugazmente a Palafox, que seguía sentado en el sillón carmesí con el cigarro en la

mano, las rodillas muy juntas y la espalda recta como una vara. Luego volvió a

concentrarse en las vistas que ofrecía su ventana—. Tú también has
sucumbido a la

nueva moda de la racionalidad. Todo lo que sucede tiene una explicación
mundana. Ya

no hay signos ni señales en esta vida. Tú y yo somos materia y nada más. El
prodigio no

existe.

Palafox negó con la cabeza.

—El prodigio existe —afirmó con una convicción no impostada—. Eso
nunca lo

he dudado.

—Y sin embargo, cuando se presenta ante tus ojos, no te basta con plegarte a
él.

El anatomista se puso en pie.

—Porque creo en la existencia del prodigio, me siento en la obligación de
estudiar

a fondo la realidad —aseguró—. Porque estoy convencido de la presencia de
Dios en

cada una de sus obras, me siento en la obligación de admirarlas con
conocimiento de

causa.

El obispo Riera se desplazó ligeramente hacia su izquierda y dejó que Palafox
se

acomodara a su lado junto al alféizar de la ventana.

En la plaza, una burra de la leche aguardaba pacientemente a que su propietaria

terminara de llenar las botellas de un par de clientas que vestían como zíngaras de una

novela de Teresa Urbach.

—Ese ha sido siempre tu problema, Andreu. Pretendes llegar a Dios a través de la

razón, y por ello ignoras los mensajes que Él mismo te está gritando a cada instante. El

orgullo de tu ciencia te nubla el entendimiento y te condena a vivir en el terror de una

ignorancia que no te corresponde. —Los ojos acuosos del anciano se clavaron en los de

Palafox—. Eres un privilegiado, un elegido, pero temes tanto a tu don que lo único que

sabes hacer con él es someterlo al yugo de tu razón.

—Mi don, Su Excelencia, no es tal. Mi don es una condena, y lo único divino que

hay en él... —El anatomista no supo cómo continuar la frase, así que terminó por decir

algo de lo que enseguida habría de arrepentirse—: Confundir un don con una enfermedad es casi tan peligroso como confundir un milagro con un asesinato.

El rostro del obispo Riera se demudó al instante. Su habitual expresión bonachona,

que ya se había ido ensombreciendo a lo largo de la charla, dejó paso ahora a una

máscara ilegible que se parecía muy poco al rostro del hombre que Palafox conocía

desde que tenía uso de razón.

—Nunca pensé, Andreu, que fuera a llegar el día en que me sintiera decepcionado

por ti —murmuró—. Ni siquiera cuando te vi encerrado en ese sanatorio, rodeado de

enajenados babeantes y sumido en el estupor de no sé qué remordimientos inculcados

en tu espíritu por las personas más vulgares, ni siquiera entonces temí por un instante

que fueras a dejarte arrebatar tu don máspreciado. Veo que me equivocaba.

Palafox sintió aquellas palabras del religioso como una dolorosa bofetada.

—Si mi don es real —dijo, sin embargo—; si las imágenes que yo veo son de verdad fragmentos del pasado ajenos a mí, y no puras alucinaciones personales; si de

verdad mi espíritu se mueve de algún modo fuera de los límites del tiempo de los

hombres y está en contacto permanente con eso que usted llama el tiempo sagrado; si

todo esto es cierto, Su Excelencia, créame lo que le digo: esa muchacha no era una

doncella romana. Esa muchacha era una pobre niña de Trentaclus cuya

muerte alguien,

por algún motivo, quiso convertir en un falso milagro. Y para ello han intentado

servirse de usted y de mí. —Palafox posó una mano en el brazo izquierdo del obispo

Riera—. Permítame hablar con la madre superiora de Santa Clara. Por favor.

Dos gaviotas blancas como la nieve, acaso las mismas que habían interrumpido

una hora antes sus visiones en la plaza de San Jaime, cruzaron ahora el cielo de la plaza

Nueva en dirección a San Pedro.

Al pie de las torres romanas, una niña solitaria saltaba alegremente a la cuerda y

cantaba una canción cuya melodía no llegaba hasta la ventana del palacio episcopal.

El obispo Riera suavizó las facciones de su rostro y miró a Palafox con algo parecido a su bonhomía de siempre.

—Déjame hablar a mí con ella —dijo con un tono de voz también dulcificado—. —

Si alguien en Santa Clara sabe quién es ese caballero vestido de negro y qué hacía la

otra noche en el convento, yo soy el primero que debe ser informado. —Y tras una

breve pausa añadió—: Ven a verme mañana. Procura no meterte en problemas hasta

entonces. Y ahora olvidemos que esta conversación ha tenido lugar.

Cinco minutos más tarde, cuando hubo abandonado las dependencias del palacio

episcopal y se encontró respirando otra vez el aire espeso y caliente de Barcelona,

Palafox sintió un alivio inesperado; un bienestar físico inmediato que él mismo, al

principio, no se supo explicar. Por unos instantes no le importó que la reunión con el

obispo Riera hubiera ido infinitamente peor de lo previsto, ni que saliera de ella sin

una sola información valiosa que ofrecerle al inspector Reigosa, ni que de la boca de su

admirado protector hubieran salido palabras que el anatomista jamás hubiera imaginado

llegar a oír. Luego creyó comprenderlo. El calor del sol en el cabeza, el roce del viento

en la cara, el olor lejano del mar... Estas modestas sensaciones le servían ahora para

sentirse vivo. Vivo y real. Enraizado con firmeza en el presente. A salvo de oscuras

teorías y de pensamientos vertiginosos y liberado, siquiera por unos momentos, de la

condena o el privilegio de su condición.

Sumergido en la corriente del tiempo, como un ser vivo cualquiera.

Tan fuera del tiempo sagrado como esa niña que cantaba y saltaba a la cuerda en

la plaza Nueva, o como la burra de la leche que enfilaba ahora la cuesta de la calle del

Obispo arrastrando su carga con resignación.

El anatomista se quedó todavía unos instantes más junto al muro del palacio episcopal, escuchando la canción de la niña y disfrutando del agradable sol veraniego,

y luego echó a caminar hacia casa. Las campanas de la catedral acababan de tocar las

once. Un pequeño grupo de monjes agustinos avanzaba en fila de a uno por la calle de

San Severo hacia la antigua judería, lentos y coordinados como autómatas de Baviera, y

en San Jaime, ante el edificio de la Audiencia, dos soldados empuñaban sus bayonetas

y observaban a la concurrencia con aire marcial.

—¡Ola de crímenes en Barcelona! —proclamaba un vendedor de diarios en la boca de la calle de la Ciudad—. ¡Asesinatos y profanaciones! ¡Ola de crímenes en

Barcelona!

Palafox compró un diario y resistió la tentación de abrirlo antes de llegar a casa.

Adela no estaba allí para recibirlo, pero su ausencia no le sorprendió. Por un instante,

mientras se deshacía con parsimonia de su levita y su sombrero, se arrepintió de haber

compartido con la criada aquel recuerdo infantil que Palafox seguía sintiendo como

profundamente íntimo y vergonzante. Luego subió a su taller con el diario, lo desplegó

sobre la mesa de trabajo, y Adela se esfumó inmediatamente de sus pensamientos.

Veinte minutos más tarde, cuando Teresa Urbach se asomó a la puerta del taller, el

anatomista seguía pasando adelante y atrás las páginas del diario sin saber qué pensar

de todo aquello.

—Si viniera con malas intenciones, ya estarías muerto o desvalijado —lo saludó

la mujer—. ¿En esta casa no habéis oído hablar de los cerrojos?

A manera de respuesta, Palafox emitió un gruñido y cerró el diario con cierta violencia.

—Tenemos la cerradura estropeada —murmuró—. Pero Adela debería estar ya en

casa. ¿No la has visto?

Teresa rodeó con precaución los dos cajones de madera que obstruían la entrada

del taller aquella mañana y se acercó a Palafox. Iba tocada con un sombrero circular

lleno de cintas y de flores, lucía un vestido de color violeta de corte atrevido y su

aspecto era, en general, el opuesto al que uno hubiera esperado en quien se disponía a

visitar la morgue de un cuartel militar.

—Me temo que no —contestó—. ¿Una lectura interesante?

Palafox apartó por fin la vista del diario y miró a su amiga con un ceño fruncido

que se distendió al instante.

—¿Pretendes resucitar a alguien esta mañana? —preguntó, besando la mano que

Teresa le tendía.

—¿No era ese el plan? —La mujer sonrió hermosamente—. Puede que anoche no

lo entendiera del todo bien...

Palafox dejó ir la mano de Teresa y sonrió también.

—Será interesante ver la cara del inspector cuando nos vea llegar.

—El inspector es un caballero. Su cara se guardará su opinión hasta que yo no esté

presente. —La novelista se aproximó a la mesa de trabajo de Palafox y rozó con la

yema de sus dedos la tapa dorada de un reloj de bolsillo recién desmontado. Luego

miró el diario y preguntó—: ¿Ya lo has leído, entonces?

—¿Tú también lo has leído?

—Una de las pocas ventajas de ser una escritora conocida es que las imprentas de

la ciudad se empeñan en llenar cada mañana mi despacho de libros y diarios... Y el

titular del *Diario de Barcelona* de hoy era lo bastante llamativo como para dedicarle

los diez minutos de mi desayuno: «Ola de crímenes en Barcelona». ¿Quién podría

resistirse a leerlo?

Palafox tomó otra vez el periódico y lo abrió por la primera página.

—Habla de los asesinatos de Oliver Manning y de Leandro Moreira —dijo—.

Con nombres y apellidos, y con todo lujo de detalles acertados. Relaciona el primer

asesinato con la huelga de los obreros, y menciona la fábrica de tu padre.

—La menciona junto a algunas otras más —puntualizó Teresa de inmediato—. El

gacetillero asume que el señor Manning era un ingeniero que venía a reparar los telares

atacados por los huelguistas, y aventura qué fábricas podrían haberlo contratado. Nada

más. No menciona la tarjeta, ni tampoco relaciona de ninguna manera este asesinato y el

de Trentaclus. O los relaciona solo para echar más leña al fuego que trata de

avivar.

Palafox cerró de nuevo el diario.

—¿Y el milagro de la Ahogada? —preguntó.

Teresa Urbach asintió con la cabeza.

—Eso es más interesante, sí.

—El cuerpo incorrupto de una doncella romana aparece en un sarcófago sellado

durante dos milenios en los cimientos del convento de Santa Clara —resumió Palafox

—. Las monjas relacionan el hallazgo con los llantos espectrales que se escuchan desde

hace generaciones en el fondo de un pozo situado en el patio del convento. El pozo que

las monjas llaman de la Ahogada. Un veterano inspector del Cuerpo de Vigilancia de

Su Majestad y un reputado representante de la profesión médica atestiguan que el

hallazgo se produjo realmente, y el obispado lo confirma de manera extraoficial. El

cuerpo de la Ahogada ha recibido ya cristiana sepultura en el camposanto del convento,

pero su aparición ha empezado a dar pie a toda clase de conjeturas que la relacionan

con las horas convulsas que se viven en la ciudad. La huelga obrera, la epidemia de

cólera, los asesinatos... y una doncella romana que se alza de entre los muertos para

anunciarnos tal vez que el final de nuestro tiempo se aproxima.

Teresa hizo una mueca divertida.

—Lo de «reputado representante de la profesión médica» ha sido todo un detalle

—opinó—. Para que luego digas que nadie te respeta en esta ciudad.

Esta vez Palafox no modificó su gesto de seriedad.

—¿Sabes lo que esto significa?

—Esto significa que todo empieza a cobrar sentido —respondió Teresa sin dudar

—. Deberías estar contento. Seguro que el inspector lo está, si es que ya lo ha leído.

Palafox miró a su amiga con expresión sorprendida.

—¿Qué es lo que empieza a cobrar sentido?

—Ni el inspector ni tú sabíais para qué os habían llamado al convento esa noche.

Por qué querían que fuerais testigos de la aparición de un cadáver que no ibais a poder

reclamar, y que ni siquiera os iban a dejar estudiar en condiciones. Y una vez visteis

que la doncella incorrupta no era tal, no entendíais tampoco qué sentido tenía

escenificar aquel absurdo milagro para una audiencia de monjitas dispuestas a creer de

antemano en cualquier cosa. —Teresa se encogió de hombros—. Misterio resuelto.

Palafox pensó en ello unos segundos.

—Pero ¿quién ha dado a conocer...? —comenzó a preguntar.

—¿Y eso qué importa? —le interrumpió Teresa al instante—. La madre superiora,

la novicia que os abrió la puerta, esos supuestos obreros que encontraron el sarcófago.

El Hombre de Negro. O incluso tu amigo el obispo. Lo que importa es que el milagro se

ha hecho público, y ahora el inspector y tú sois dos testigos que la prensa puede

mencionar con toda satisfacción. Ya te dije que sucedería así.

—Todo estaba previsto, entonces.

—Nadie prepara un milagro tan elaborado para dar tema de conversación a un

grupo de clarisas aburridas. —Teresa forzó una mueca de moderado desprecio—.

Ahora el inspector y tú solo tenéis que descubrir a quién le interesa que la prensa se

ponga a difundir la idea de una doncella fantasmal que regresa de su tumba para

anunciarnos el final de los tiempos.

Palafox dobló por la mitad el diario y lo arrojó a un rincón del taller.

—El inspector y yo —observó entonces—. ¿Ya te excluyes de nuestra investigación?

—Por supuesto que no —contestó Teresa, sonriendo—. Solo intentaba ser prudente...

—¿Alguna idea, entonces?

—Muchas. Pero tenemos una cita en la morgue dentro de quince minutos, y creo

que a estas horas el tráfico está imposible. —La novelista echó a caminar hacia la

puerta con las cintas de su sombrero ondeando acompasadamente—. No hagamos

esperar al inspector.

Palafox siguió a Teresa fuera del taller, cerró la puerta con llave y bajó a su lado

la escalera que conducía a la planta noble del edificio.

—Voy a coger mis cosas —dijo al llegar junto a la puerta del salón—. Espérame

en el coche si quieres.

Teresa Urbach prosiguió su camino escaleras abajo.

—No olvides el maletín —aconsejó—. Y aprovecha para dejarle una nota a Adela. Dile que hoy no vendrás a comer.

—¿Hoy no vendré a comer?

Teresa se detuvo a mitad de la escalera y alzó la cabeza hacia Palafox, que la observaba con una ceja arqueada.

—Mi padre nos invita a almorzar en el Salón Royal. Al inspector también. Quiere

hablar con vosotros.

—Vuestra charla de anoche, entonces...

—Hoy descubriremos cómo fue —completó Teresa—. Ya sabes lo bien que se le

da a mi padre escuchar con atención, fruncir el ceño y no decir nada hasta que no está

seguro del terreno que pisa. Solo me dijo que esta mañana haría algunas preguntas. Y

que lo esperáramos a la una y media en el Salón Royal.

Palafox asintió con aire fúnebre. No se molestó en fingir que no le inquietaba la

perspectiva de aquel reencuentro con Eliseo Urbach; Teresa lo conocía demasiado

bien, y sabía que su padre le inspiraba una mezcla de respeto y terror que el anatomista

nunca había sido capaz de controlar. En su presencia, Palafox se sentía invariablemente

como un niño de diez años enfrentado al director de su escuela. Así había sido en sus

años de estudiante en la Facultad de Medicina de Barcelona, y luego durante los días de

su caída en desgracia tras el incidente, y también durante aquellos tres meses de

estancia en Londres que Eliseo Urbach le había proporcionado en el verano de 1851.

—De ahí el vestido y el sombrero —observó en cualquier caso, con una ligereza

no del todo lograda.

Teresa le guiñó un ojo a Palafox.

—Todo irá bien —aseguró—. Será interesante ver a mi padre compartiendo mantel con un policía. Y conociéndolo, seguro que a estas horas ya sabe quién era

Oliver Manning, qué hacía con una tarjeta del 18 de Berkeley Square en el bolsillo y

por qué viste entrar ayer en su almacén a ese Hombre de Negro. Si es que no lo sabía

ya anoche, claro.

Palafox asintió de nuevo.

—Será interesante.

—Y si no lo es, por lo menos será breve. Los días de diario, por agradable que

sea la compañía, mi padre nunca se concede más de media hora para almorzar. —Los

labios de Teresa dibujaron una sonrisa cómplice—. Te espero en el coche —añadió, y

echó a andar de nuevo hacia el patio con paso ahora vagamente saltarín.

19

La morgue del cuartel militar de las Atarazanas ocupaba dos enormes salas subterráneas situadas debajo del baluarte del Rey. La primera sala era de uso exclusivo

del Ejército, mientras que la segunda la compartían el Cuerpo de Vigilancia y el de

Seguridad y daba servicio también, en caso de necesidad, al hospital de la Santa Cruz.

Hacía un par de días que los rumores del nuevo brote de cólera habían forzado a los

custodios de esta segunda sala a reservar un ala completa de la misma, en previsión de

que ni la morgue de la Santa Cruz ni los depósitos parroquiales fueran capaces de

asumir la magnitud del desastre; pero por el momento, ni una sola víctima de la

epidemia había cruzado los muros de las Atarazanas.

—Mi rincón preferido de Barcelona —murmuró el inspector Reigosa, que llevaba

una década y media visitando aquel mundo subterráneo y no había logrado habituarse

todavía a la combinación de olores fuertes, luz escasa y humedad invasora que reinaba

allí abajo—. Cuidado con los resbalones.

Los cuerpos que iban a inspeccionar estaban dispuestos en tres mesas de piedra

alineadas perpendicularmente a la pared oriental de la sala. La primera mesa la

ocupaba el cadáver de Oliver Manning, en la segunda estaba el de Leandro Moreira, y

la tercera contenía el montón de huesos y de piel curtida que los hombres de Reigosa

acaban de traer de Trentaclus.

El inspector había puesto al tanto de aquel último hallazgo a Palafox y a Teresa

mientras recorrían el laberinto de pasillos y escaleras que separaba su despacho de la

morgue, y los había informado también de la teoría que sus hombres manejaban al

respecto. El cadáver que habían desenterrado en el patio de la casa de Leandro Moreira

era, más allá de toda duda razonable, la ocupante original del sarcófago del convento

de Santa Clara. Alguien, por algún motivo, lo había sacado del mismo y lo había

enterrado en el patio de Trentaclus, y luego había dejado en su lugar el cuerpo sin vida

de una de las infortunadas que trabajaban para el propietario de la casa. Este no era el

cerebro de la extraña operación, como lo probaba el hecho de que su cadáver

también

estuviera en una mesa de piedra. Moreira se había limitado a facilitar una víctima a

quien fuera que había orquestado todo aquel despliegue, y había cedido el patio de su

casa para enterrar a la inquilina original del sarcófago. Las monedas, los abalorios, la

túnica y las flores: todo había acompañado en su tumba a aquel cadáver parcialmente

embalsamado, y todo había pasado a integrar luego la escena que Palafox y Reigosa

habían presenciado en Santa Clara la noche del uno de agosto.

Las dos grandes preguntas, por supuesto, eran ahora: ¿Quién?, y ¿por qué?

—¿Ha visto usted el *Diario de Barcelona*, inspector? —había preguntado,

llegados a ese punto, Teresa Urbach.

—Lo he visto, sí. Y era previsible. Pero eso no me vale como respuesta.

—¿Está seguro? Piense que la fe es capaz de llevar a los hombres hasta extremos

imprevisibles; usted debe de saberlo mejor que nadie. Si no tuviéramos también al

señor Manning y a esa pobre mujer que ha visitado hoy en Neothermas, yo no

descartaría que todo este asunto de la Dama del Pozo fuera simplemente un intento de

reforzar la fe o la superstición de una ciudad que últimamente anda un poco

descreída.

Un intento extraño, absurdo y espectacular. Nada en desacuerdo, vaya, con la historia y

con las tradiciones de la Iglesia católica.

Ninguno de los dos hombres había replicado a esta última observación. Y ahora,

ya en la morgue, Octavio Reigosa y Andreu Palafox estaban inclinados sobre el cuerpo

de la mujer desenterrada en el patio de Trentaclus mientras Teresa Urbach observaba

la escena desde una modesta distancia.

—El estado del cadáver apoya su teoría —concluyó el anatomista al cabo de unos

cuantos minutos de silenciosa inspección.

—¿Una doncella romana?

—Una joven que dejó este mundo hace muchos siglos, en todo caso. Su estado de

conservación es excepcional. Las condiciones en las que se hallaba el sarcófago antes

de ser recuperado debieron de favorecer que la corrupción no avanzara más allá de los

estadios inevitables. —Palafox alzó la vista hacia su colega y bajó la voz para comentar—: Se hallaba ya desnuda cuando la encontraron, imagino.

El inspector asintió con la cabeza.

—¿Su estado de conservación encaja con la posibilidad de que la túnica que vestía la Dama del Pozo fuera suya?

—Es difícil de decir. Pero viendo cómo han sobrevivido los tejidos de buena parte de su cuerpo, parece posible que también su ropa se conservara en un estado

suficiente como para vestir con ella el cadáver de esa pobre muchacha. No debió de

resultar fácil hacerlo, sin duda, pero ya no me parece tan imposible como me lo pareció

la noche de Santa Clara. —Palafox empujó discretamente hacia arriba el puente de sus

anteojos—. La túnica, en cualquier caso, debió de descomponerse durante el proceso.

De ahí el aspecto casi evanescente que tenía sobre el cuerpo de la Dama del Pozo.

—Su teoría encaja, inspector —intervino Teresa.

Reigosa asintió de nuevo.

—Seguimos buscando al hombre que trató de vender las dos monedas romanas a

mediados de julio. Pero la descripción del numismático es tan poco extraordinaria que

no albergo mayores esperanzas de avanzar por ese camino. Un caballero alto y delgado,

moreno, de unos cuarenta años, con barba y patillas poco pobladas...

—Yo me olvidaría de ello, caballeros. En lo que a esta investigación respecta, la

primera Dama del Pozo ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar.

Palafox y Reigosa se volvieron al unísono hacia Teresa Urbach.

La mujer se había acercado a la mesa que ocupaba Oliver Manning y observaba

ahora el cadáver desnudo del inglés con una atención que muchos hubieran considerado

indecorosa.

—¿Y con eso quieres decir...?

Teresa levantó la vista y miró a Palafox con expresión reconcentrada. En el contexto de aquella sala subterránea iluminada por la luz vacilante de unas cuantas

lámparas de aceite, su colorido sombrero parecía tan fuera de lugar como el resto de su

persona.

—Quiero decir que la segunda Dama del Pozo, la mujer sin memoria ingresada en

Neothermas, me parece ahora más prometedora que la joven enterrada en Santa Clara

—respondió. Y acto seguido, desviando su mirada hacia el inspector Reigosa, preguntó

—: ¿Ha mencionado usted el nombre de Felicia Dedéu delante de la señora Daudí?

Reigosa tardó un instante en reconocer el apellido de la malcarada gobernanta de

Neothermas. La mujercita que había tratado por todos los medios de impedirle el

acceso al despacho del doctor Carrera, y que solo había sucumbido a la fuerza de su

autoridad cuando el inspector había amenazado muy seriamente con llevársela a las

Atarazanas.

—No he tenido ocasión —reconoció—. Mi conversación con esa señora no ha

sido precisamente amistosa.

—Yo estoy segura de que ese nombre no le resulta desconocido. Cuando ayer lo

mencionamos, vi en su cara que sabía quién era Felicia Dedéu. ¿No le parece interesante?

—Usted piensa que Felicia Dedéu es la paciente a la que he visitado esta mañana.

La segunda Dama del Pozo —añadió, mirando de reojo a Palafox y comprobando que

el anatomista tenía los ojos cerrados y respiraba acompasadamente el aire putrefacto de

la morgue.

Reigosa no quiso ni imaginarse las cosas que el joven podría estar viendo en un

lugar como aquel.

—Por supuesto que lo pienso —respondió Teresa—. Pero lo interesante, inspector, es que la señora Daudí conozca su nombre. Si esa historia de que las monjas

de Santa Teresa la encontraron en el patio del convento ya en estado catatónico es

cierta, ¿cómo sabe su nombre la señora Daudí? O bien lo ha sabido desde el principio,

lo que sin duda resultaría extremadamente sospechoso, o bien este caballero —dijo,

señalando el cadáver de Oliver Manning— identificó a la señorita Dedéu en la visita

que hizo a Neothermas horas antes de su muerte. Lo cual resulta casi más sospechoso

todavía.

Reigosa frunció el ceño y miró de nuevo a Palafox, que había abierto los ojos y

parecía escuchar ahora a su amiga con gran interés.

—Si así fuera, el doctor Carrera tendría mucho de que responder.

—Desde luego. ¿No ha observado usted en él nada que sugiriera que sabía más de

esa paciente de lo que le ha hecho creer?

El inspector agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Tal vez yo no tengo su capacidad de observación, señorita Urbach.

—No se me ofenda, inspector. Aquí el único que puede ofenderse conmigo es Andreu.

La mujer repartió una sonrisa amistosa entre los dos hombres, y luego volvió a concentrar su atención en el cuerpo sin vida de Oliver Manning.

Palafox se acercó a ella y estudió durante unos minutos las heridas que jalonaban

el cadáver del inglés. Luego hizo lo propio con el cuerpo del procurador de Trentaclus.

—Sin duda, la trayectoria y la profundidad de los cortes en el cuello son idénticos

en estos dos cadáveres —sentenció por fin—. La mano que degolló al señor Manning

es la misma que degolló al señor Moreira.

—Lo que confirma, por supuesto, que la clave de todo este asunto se encuentra en

la tarjeta de visita que encontraron ustedes en la habitación de este caballero.

El inspector Reigosa miró a Teresa Urbach desde el otro lado de la mesa de piedra en la que reposaba el cuerpo del señor Manning.

—¿De verdad que su padre no le dijo nada anoche?

—Solo dijo que tenía que hacer unas preguntas antes de hablar hoy con ustedes.

—Pero con lo observadora que es usted, señorita Urbach, algo deduciría de

sus

palabras o de su actitud.

Teresa aceptó la provocación del inspector con una pequeña reverencia.

—¿Quiere que le diga lo que mi instinto me sugirió anoche? —preguntó.

—Por favor.

—En ese caso, yo diría que el nombre de Felicia Dedéu no le dijo nada a mi padre, pero el de Oliver Manning sí le resultó familiar. Y también sospecho que tiene

una idea clara de qué hacía en poder del fallecido la dirección de la casa que nosotros

ocupamos en Londres hace tres veranos. No creo que sepa nada de ningún Hombre de

Negro. Y desde luego, su relación con la muchacha enterrada en Santa Clara y con su

procurador es nula. —Teresa se encogió de hombros y sostuvo la mirada escrutadora

de Reigosa—. Por supuesto, también es posible que el amor filial esté nublando mi

capacidad de observación y de raciocinio y que mi padre sea en realidad ese Hombre

de Negro al que andamos buscando.

Palafox fue el primero en sonreír. Una sonrisa esforzada y torcida que le sugirió

de nuevo a Reigosa que el anatomista estaba pasando allí abajo un mal rato

innecesario.

Por un instante, él mismo pudo sentir la presencia de las miles de almas muertas

que espesaban el aire de la morgue y mojaban con su aliento las paredes del viejo

edificio militar.

—No me imagino al señor Urbach escenificando milagros —dijo Palafox, con un

tono ligero que sonó igualmente impostado.

—Yo tampoco. Si no me equivoco, mi padre no ha pisado una iglesia ni ha rezado

un padrenuestro desde que trasladó su fábrica a la calle de los Talleres. Y yo tendría

entonces diez o doce años.

El inspector se aclaró la garganta e hizo un gesto nervioso con las manos que llenó

de sombras repentinas las paredes de la morgue.

—Si no tiene más que inspeccionar...

Palafox dejó caer dentro de su maletín las tenacillas que había estado manejando y

se alejó de la mesa de piedra donde reposaba el cadáver del procurador de

Trentaclus.

—¿Qué sucederá con estos cuerpos? —preguntó.

—Si nadie reclama al señor Moreira, en un par de días acabará en la fosa común

—respondió Reigosa—. Al señor Manning lo retendremos aquí hasta que sepamos algo

más de él. Y en cuanto a la doncella romana, supongo que lo correcto sería devolverla

a Santa Clara.

—Tal vez se la quieran cambiar a usted por la Dama del Pozo —sugirió Teresa

con aparente seriedad.

—Por lo que Palafox nos ha contado, no creo que ni la madre superiora ni el señor

obispo estén por la labor. Pero esta criatura —añadió Reigosa, mirando el cadáver

apergaminado que tenía delante con expresión súbitamente compasiva— merece que la

dejen descansar en paz de una vez.

Teresa Urbach se mostró de acuerdo.

—¿Me deja que sea perceptiva solo una vez más, inspector?

—Por favor.

—Creo que no debería dejarse usted afectar demasiado por este caso. Ya no tiene

edad para ello.

Reigosa se concedió un par de segundos para reflexionar sobre las palabras

de la

novelista. Luego sonrió con franqueza.

—Usted tampoco es una niña, señorita Urbach.

—Por eso me atrevo a darle consejos. Y creo de verdad que no le conviene pensar

demasiado en esa mujer.

El inspector borró la sonrisa de su rostro y puso cara de sorpresa. Por un instante

miró el cuerpo momificado que tenía delante; luego comprendió y dijo:

—Si no pensara en ella, no estaría haciendo mi trabajo.

—Ya sabe a lo que me refiero. La manera en que nos la ha descrito al referirnos su

visita a Neothermas... —Teresa se mordió el labio inferior antes de preguntar
—: No es

usted un hombre casado, ¿verdad, inspector?

La mirada de reproche instantáneo de Palafox resbaló sobre el perfil en sombras

de la novelista.

El inspector Reigosa no bajó la mirada ni vaciló al responder:

—Lo fui una vez, señorita Urbach. Hace mucho tiempo. Pero no creo que eso sea

de su incumbencia.

Teresa Urbach agachó la cabeza y compuso una expresión contrita.

—Discúlpeme —murmuró—. A veces mi curiosidad se impone a mi buen sentido.

Las facciones de Reigosa se distendieron ligeramente.

—Discúlpeme usted a mí. No quería ser maleducado. —Y acercándose al lugar

que ocupaban la mujer y Palafox, explicó—: Mi esposa murió hace casi diez años. Fue

una de las víctimas de la última gran epidemia de cólera en Barcelona.

—Lo lamento de verdad.

—Imagino que las noticias de este nuevo brote me tienen un poco... —
Reigosa no

dio con la palabra que buscaba—. Y es posible que al ver esta mañana a esa pobre

mujer en el sanatorio, haya recordado cosas que prefiero no recordar en horas de

servicio. Pero no se preocupen por mí.

Palafox asintió con gravedad y le dedicó al inspector una mirada amistosa que el

hombre aceptó tranquilamente.

Teresa sonrió con satisfacción.

—En ese caso, propongo que salgamos de aquí ahora mismo y nos perfumemos un

poco antes de ir al Salón Royal —dijo, tomándose del brazo del anatomista y tirando de

él con suavidad hacia la puerta de la sala. Tampoco ella, comprendió Reigosa, había

permanecido ajena a los esfuerzos que Palafox había tenido que hacer para mantener el

temple mientras inspeccionaba allí abajo los cadáveres que tenían entre manos—. Los

años no están endulzando precisamente el carácter de mi padre, y no creo que le guste

que llegemos a su mesa apestando a corrupción.

Así que el inspector le hizo una señal al celador para que procediera a cubrir de

nuevo los cuerpos, echó un último vistazo a su alrededor y siguió por fin a Palafox y a

Teresa en su camino de vuelta al mundo exterior.

20

El Salón Royal estaba situado en la acera septentrional de la Rambla de los

Capuchinos, casi frente por frente del nuevo teatro del Liceo, en los bajos de un antiguo

convento medieval recientemente transformado en hotel de categoría. El comedor del

hotel rodeaba el claustro del convento, en el que ahora dormitaban al sol trece ocas

blancas cuyo sentido el inspector Reigosa no trató de imaginar. Según su experiencia,

cuando de asuntos de dinero y elegancia se trataba, su razón de policía criado

en el

barrio de San Pedro estaba casi tan fuera de lugar como su levita remendada.

Si los

ricos querían dar cuenta de sus almuerzos excesivos a la vista de trece aves de corral,

no sería él quien tratara de entenderlo.

Eliseo Urbach los esperaba ya sentado ante una mesa discretamente retirada del

bullicio general. Cuando los vio entrar en el comedor, se puso en pie y aguardó a que

los dos hombres acudieran a saludarlo con sendos apretones de manos. Luego posó su

diestra sobre la cintura de su hija y le dio un beso en la mejilla, en un gesto que a

Reigosa se le antojó ligeramente fuera de lugar en un hombre de la gélida reputación

del industrial.

—Siéntense, por favor —dijo entonces, tomando asiento él mismo y repartiendo su

mirada de ojos cansados entre Palafox y el inspector—. Me he tomado la libertad de

pedir por ustedes. La variedad de platos aconsejables en la carta de este restaurante es

menos admirable que las vistas que ofrece su comedor.

Los recién llegados ocuparon sus sillas y observaron cortésmente, durante

diez o

quince segundos, la severa arquitectura del claustro, los colores verdes y amarillos de

los cuatro limoneros que amenizaban su patio central y, en torno a ellos, la distribución

irregular de las trece ocas tendidas en el suelo de piedra. Un pozo bajo y poco ornado

presidía el centro del patio, y a Reigosa, inevitablemente, el verlo le hizo pensar en la

mujer que llevaba ocupando su imaginación desde su visita a Neothermas.

No por primera vez aquella mañana, Teresa Urbach pareció adivinar los pensamientos del policía.

—Sería interesante saber si este pozo también está encantado —observó con tono

ligero—. Aunque sospecho que los conventos masculinos no gozan del beneficio de

unas inquilinas espectrales tan encantadoras como las que rondan por sus equivalentes

femeninos.

Reigosa celebró el chascarrillo de la novelista con un amable fruncimiento de las

comisuras de sus labios. Lo mismo hizo Palafox.

—Esas ocas no dejan de ser también un tanto espectrales —opinó el anatomista,

en tono igualmente casual—. Y son trece, si no me descuento. Unos animales y un

número que tienen su propia historia. Trece eran las ocas capitolinas que salvaron a

Roma de la invasión de los galos con sus graznidos, y trece son también las ocas que

habitan en el claustro de la catedral de Barcelona desde la noche de los tiempos. Trece

años tenía Santa Eulalia, la patrona de la ciudad, cuando se convirtió en mártir. Según

cuenta la leyenda, era criadora de ocas, y trece fueron los suplicios a los que la

sometieron antes de morir.

—Las señales se acumulan —afirmó Teresa—. El obispo Riera tendría sin duda

algo interesante que opinar al respecto.

—Sin duda. —Palafox apartó la mirada de la novelista y la concentró en Eliseo

Urbach, que estaba sentado junto a su hija y lo observaba con expresión indescifrable

—. El inspector y yo le agradecemos que haya querido vernos, señor Urbach. Ha

pasado mucho tiempo.

El industrial asintió lentamente con la cabeza, a la vez que hacía una señal a un

camarero que aguardaba a una distancia prudencial de la mesa.

—Dos años.

—Dos años —confirmó Palafox—. No crea que no estoy avergonzado. Las circunstancias...

—No tratemos de justificar lo injustificable, Palafox —lo cortó Eliseo Urbach—.

Ninguno de los dos tiene perdón de Dios.

El camarero, un alegre cincuentón de barriga prominente, llegó en ese instante

junto a ellos y procedió a retirar las tapas que cubrían los platos ya servidos en la

mesa, anunciando con acento francés el nombre de cada manjar. Cuando por fin se

retiró con su cargamento de tapas apiladas, Teresa se apresuró a tomar la palabra.

—Ahora vamos a olvidarnos de los errores que los tres hemos cometido durante

estos últimos años —sugirió, mirando a los dos hombres—. Tú, Andreu, has sido un

ingrato y un cobarde. Tú, papá, has sido un orgulloso y un insensible. Y yo he sido las

cuatro cosas a la vez. —Teresa cogió su cuchara y la hundió en la espesa sopa fría de

tomate y verduras que llenaba su plato—. En lugar de lamentarnos por ello, vamos a

comer y a hablar de lo que ahora tenemos que hablar. ¿No le parece, inspector?

Reigosa acercó al borde de la mesa su propio plato de sopa y emitió un gruñido

satisfecho.

—Si el señor Urbach no tiene inconveniente en tratar esta clase de asuntos durante

el almuerzo...

—Se me da bien tratar asuntos desagradables mientras almuerzo, inspector —

aseguró el industrial, llenando los vasos de los cuatro presentes con el clarete de una

botella recién descorchada—. ¿Cómo prefiere que lo hagamos? ¿Usted me interroga y

yo le respondo, o vamos directamente al grano y le explico quién era y qué hacía en

Barcelona el señor Oliver Manning?

A la diestra de Eliseo Urbach, Teresa esbozó una sonrisa instantánea que distrajo

por un segundo la atención del inspector Reigosa.

—Yo escogería la segunda opción, inspector. Mi padre no es un hombre fácil de

interrogar.

Reigosa se sacó del bolsillo su cuaderno de notas y su lapicero.

—Soy todo oídos, señor Urbach.

El padre de Teresa hizo un gesto negativo con la mano, y se dio acto seguido un

par de golpecitos en el bolsillo de la fina chaqueta que conservaba puesta.

—No se moleste en tomar apuntes. Aquí traigo algunos papeles que serán de su

interés; en ellos tiene todos los nombres, las fechas y los datos que necesita recordar.

—Y tras humedecerse apenas los labios con el vino de su copa, comenzó a relatar su

historia—: Como entiendo que ya sospechaba, Oliver Manning no era para mí un

desconocido. El señor Manning era uno de los ingenieros industriales mejor

considerados del Reino Unido. Las mejores fábricas del país contaban regularmente

con sus servicios, desde Manchester hasta Southampton. Cuando la noticia de su muerte

llegue a Inglaterra, más de un magnate del acero y del ferrocarril va a llorarla como si

se tratara de la muerte de un familiar valioso. —Eliseo Urbach hizo una mínima pausa

para sorber una cucharada de sopa—. Yo contraté por primera vez sus servicios en

1846. Los nuevos telares que habíamos importado de Londres el año anterior no

resultaban todo lo eficientes que cabía desear, y el señor Manning se ocupó de

rediseñar por completo nuestro sistema de producción. Los resultados de su intervención fueron de lo más satisfactorios.

El inspector Reigosa asintió con seriedad. Conocía bien esos resultados: cientos

de obreros despedidos de la noche a la mañana gracias a aquel nuevo sistema de telares

autónomos, que volvía súbitamente innecesario el trabajo de buena parte de los mismos

trabajadores manuales cuyo sudor había mantenido hasta entonces en marcha las

grandes fábricas textiles del Raval.

—El señor Manning regresó a Barcelona en varias ocasiones durante los años siguientes —prosiguió Eliseo Urbach—. Siempre bajo un nombre falso y con absoluta

discreción. Casi todos mis competidores principales acabaron contratando sus servicios, y yo mismo volví a contar con él para solucionar algunos problemas

menores. Luego, en 1851, él fue uno de los principales responsables de que mi fábrica

tuviera el honor de representar a la industria española en la Exposición Universal de

Londres. Si siente curiosidad, en los papeles podrá ver qué beneficios le reportó esa

intervención al señor Manning.

—Podemos imaginarlos —murmuró Teresa.

—La casa en la que mi hija y yo nos alojamos durante aquel verano pertenecía al

señor Manning. El número dieciocho de Berkeley Square. Por alguna razón, en lugar de

disfrutar de los contactos que la Exposición proporcionaba, el señor Manning decidió

pasarse aquel verano viajando de fábrica en fábrica por Estados Unidos. De ahí que mi

hija y el señor Palafox no lo vieran aparecer nunca por casa ni coincidieran con él en

ningún acto. Cuando terminó la Exposición, regresamos a Barcelona y no volví a

mantener negocios de importancia con Oliver Manning hasta hace un mes. —
Eliseo

Urbach paseó su mirada por los tres rostros que atendían a su relato—. El día uno de

julio contraté de nuevo sus servicios. No entraré en detalles acerca de la tarea que le

había encomendado, pero tenía relación con una nueva reestructuración del sistema

productivo de mi fábrica.

—Más obreros despedidos —intervino de nuevo Teresa, ahora en voz más alta.

Su padre volvió a ignorarla con plenitud.

—El señor Manning llegó a Barcelona el día veintisiete. Tanto él como yo preferimos que su estancia en la ciudad no fuera del dominio público, al menos de

momento, así que le buscamos un alojamiento discreto en el paseo de la Aduana y

extremamos las precauciones a la hora de mantener nuestros encuentros de trabajo. Ya

conocen ustedes el Hostal de la Buena Suerte, me temo. El señor Manning acudía a pie

cada mañana a la calle de los Talleres, trabajaba conmigo todo el día en mi despacho y

regresaba al atardecer a su alojamiento. Hasta que ayer no se presentó en la fábrica.

—Y usted no denunció su desaparición —observó Reigosa.

—El señor Manning era un hombre con carácter, inspector. La tarde anterior habíamos tenido un pequeño desacuerdo, y supuse que había decidido tomarse la

mañana libre antes de regresar al trabajo. Luego, durante el almuerzo, escuché la

noticia del asesinato de un inglés en una pensión del paseo de la Aduana y comprendí lo

que había sucedido.

—Y tampoco entonces fuiste a ver al inspector.

Eliseo Urbach miró a su hija, esta vez sí, con el ceño peligrosamente fruncido.

—Mi primer deber, como sin duda no entenderás, era asegurarme de que este incidente no afectara de ninguna manera a nuestra fábrica.

—Supuso usted que la muerte del señor Manning estaba relacionada con el trabajo

que estaba haciendo para usted.

El industrial se volvió hacia Reigosa y sostuvo su mirada de curiosidad.

—No me pareció una idea descabellada. Como usted mismo ha tenido ocasión de

comprobar, ni el nombre ni el rostro del señor Manning eran conocidos públicamente

en esta ciudad. Me atrevo a decir que solo sus empleadores conocíamos su identidad y

estábamos al tanto del trabajo que había llevado a cabo en nuestras fábricas durante los

últimos años. Pero uno nunca puede estar seguro de nada, ¿verdad?

—¿Y bien?

—Me alegra decirle que la muerte del señor Manning no tiene relación alguna con

el trabajo que yo le había encomendado.

Reigosa aguardó en vano a que Eliseo Urbach prosiguiera con sus explicaciones.

—Lo entenderé cuando vea esos papeles —dijo por fin.

—En esos papeles no hay nada relacionado con el cometido actual del señor

Manning en mi fábrica. Pero debe bastarle saber que ya he descartado la posibilidad de

que su muerte esté relacionada con el trabajo que hacía para mí.

Reigosa no pudo evitar sonreír.

—Está usted convencido, entonces, de que a Manning no lo mataron para impedir

que su trabajo rentabilizara todavía más su fábrica y causara nuevos despidos de

obreros, precisamente ahora que toda la industria textil de la ciudad está paralizada por

las huelgas y los sabotajes de quienes protestan contra los telares autónomos.

—Así es —replicó Eliseo Urbach, imperturbable—. Y sé que estoy en lo cierto,

además de por mis propios medios, porque mi hija me explicó anoche todos los hechos

que envuelven el caso que tiene usted entre manos. Los casos que tiene entre manos —

matizó de inmediato—. La tarjeta del señor Manning, la paciente de Neothermas, la

doncella incorrupta de la que hoy hablan los diarios... Por no mencionar a ese

caballero embozado como un personaje de novela de Teresa Urbach. Le auguro un mes

de agosto interesante, inspector.

El camarero calvo y sonriente llegó en ese punto para retirar los cuencos de

sopa

fría y reemplazarlos por una selección de carnes sazonadas cuyo olor, por alguna razón,

le provocó a Reigosa una ligera punzada de nostalgia indefinida. Mientras aguardaban a

que el camarero terminara su trabajo, el inspector trató de recordar en qué ocasión su

esposa le había servido o había compartido con él una carne sazonada de aquella

manera en particular. No lo logró; pero la punzada de nostalgia no acabó de desaparecer del todo.

—Así que el señor Manning no estaba en Barcelona para visitar a esa paciente de

Neothermas que tal vez sea, o tal vez no, la señorita Felicia Dedéu, ni tampoco había

venido para encontrarse con Andreu —resumió Teresa cuando volvieron a quedarse los

cuatro solos en su mesa esquinera—. Las anotaciones que había en su tarjeta de visita

no eran el motivo principal de su viaje a Barcelona.

—Y sin embargo —intervino Palafox, que había permanecido en silencio mientras

Eliseo Urbach relataba su historia—, si no fuera por lo que esas anotaciones nos han

llevado a descubrir, lo natural habría sido pensar que la muerte del señor

Manning es

otra consecuencia del ambiente de violencia que se vive en Barcelona desde el inicio

de las huelgas obreras. Si algún grupo de huelguistas supo que un ingeniero inglés

estaba estudiando la manera de volver a mejorar la productividad de los telares

autónomos, no parece descabellado imaginar que trataran de eliminarlo. En un ambiente

como el actual, con incendios y sabotajes casi diarios, un asesinato no parece un paso

adelante excesivo.

—Y menos si el muerto es el mismo inglés que hace ocho años llevó a la miseria a

cientos de familias de la ciudad —completó Teresa—. Con la ayuda de mi padre, claro.

Eliseo Urbach clavó con fuerza su cuchillo en el filete de ternera que tenía en el

plato y se abstuvo de replicar a su hija.

—Al señor Manning lo degollaron de la misma manera que ayer degollaron a ese

procurador de infortunadas —dijo en cambio, mirando a Reigosa—. ¿Me equivoco?

—No se equivoca —confirmó el inspector.

—Y ese procurador estaba relacionado, entiendo, con la doncella milagrosa

de la

que hoy hablan los diarios.

—Eso parece.

—¿Puedo explicarle a mi padre los sucesos de esta mañana? —intervino Teresa.

Reigosa asintió con la cabeza, y la mujer procedió a relatarle a Eliseo Urbach el

hallazgo de la inquilina original del sarcófago de Santa Clara, la visita de Reigosa a

Neothermas y la confirmación definitiva, por parte del doctor Carrera, de que Oliver

Manning había estado en el sanatorio horas antes de su muerte visitando a una paciente

cuya identidad nadie conocía, pero que había llegado a Neothermas de una manera

absurdamente novelesca que remitía, no menos absurdamente, al hallazgo de la falsa

doncella incorrupta en los sótanos de Santa Clara. Dos mujeres rubias y de ojos azules,

que por edad y por parecido físico bien podían ser madre e hija, halladas en dos

conventos cuyas monjas relacionaban su aparición con sendas tradiciones propias de

pozos embrujados y de damas espectrales.

—Según el doctor Carrera, el señor Manning justificó su visita apelando a

cierta

mujer desaparecida cuya descripción encajaría con la de esa paciente no identificada

—completó Reigosa cuando Teresa Urbach dio por terminado su relato—. Esa mujer

habría desaparecido en Londres hace tres años, pero, según el señor Manning, habría

indicios que podían situarla actualmente en Barcelona.

—Hace tres años —observó Eliseo Urbach, que había escuchado sin pestañear la

exposición de su hija—. Mil ochocientos cincuenta y uno.

—El año de la Exposición Universal —confirmó Reigosa—. ¿Alguna idea de a

qué desaparición podía referirse el señor Manning?

—Ninguna en absoluto.

—¿Alguien más los acompañó a Londres aquel verano? ¿Socios, amistades, personal de servicio?

—Recibimos algunas visitas mientras estuvimos allí, todas breves. Pero ninguna

desapareció antes de volver a Barcelona. —Eliseo Urbach amagó una de sus primeras

sonrisas de la tarde—. Parte de nuestro propio personal de servicio viajó con nosotros

a Londres, y todos regresaron igualmente a salvo. Y Teresa me corregirá,

pero no creo

que ninguna de nuestras criadas haya tenido nunca el pelo rubio.

La novelista agitó la cabeza.

—Tal vez era todo una invención del señor Manning. Puede que quisiera ver a esa

mujer por algún motivo que desconocemos, y se buscó cualquier excusa que le

permitiera llegar hasta ella. Sin una causa razonable, el doctor Carrera no le habría

dejado acceder a su habitación.

Se hizo un pequeño silencio en la mesa. Teresa retiró su plato casi lleno y volvió

la cabeza hacia el antiguo claustro que hacía las veces de patio interior del restaurante.

El inspector Reigosa retiró también su plato, bebió un poco de vino y siguió la

dirección de la mirada de la mujer, cuyas cejas acababan de arquearse de manera

divertida.

Lo que vio fue a un hombre vestido de ujier, elegante y bien parecido, inclinado

sobre una de las trece ocas que seguían tomando el sol en torno al pozo del claustro.

—No hemos hablado del Hombre de Negro.

Reigosa se giró hacia su derecha y se encontró con la mirada intensa de Andreu

Palafox.

—Cierto —dijo. Y devolviendo de nuevo su atención a Eliseo Urbach, preguntó

—: ¿Alguna idea de quién es ese caballero y qué negocios tiene con su almacén de la

calle de Montcada?

El industrial se encogió de hombros.

—Como comprenderá, inspector, no tengo costumbre de emplear a caballeros que

se pasean por ahí embozados como salteadores de caminos. Ni tengo tratos tampoco

con asesinos ni con hombres de Iglesia. La relación que el señor Manning pudiera

mantener con ese caballero es algo que usted deberá aclarar sin mi ayuda.

—Por supuesto, señor Urbach. Pero ese caballero visitó ayer su almacén solo unas

horas después de que el señor Manning fuera asesinado, y poco más tarde también de

que él mismo, según todos los indicios, acabara con la vida del procurador de

Trentaclus. Me intriga pensar qué podía buscar allí.

Eliseo Urbach se puso recto en su silla y miró a Reigosa con mortal seriedad.

—No creo que le intrigue más que a mí, inspector. Créame. Pero mis

almacenes

llevar dos semanas paralizados, al igual que mi fábrica y que los barcos que me dan

servicio. Nada entra ni sale del almacén de la calle de Montcada desde el día veinte de

julio; puede comprobarlo también en los papeles que le daré. El almacén está cerrado

para evitar pillajes, como está cerrada la fábrica para evitar que los sabotadores

atenten contra mis telares. —El industrial agitó la cabeza—. En este descontrol en el

que vivimos últimamente, cualquiera puede estar utilizando las dependencias de mi

negocio para hacer Dios sabe qué. Esto es ahora Barcelona: una ciudad sin ley en la

que cualquier cosa puede suceder.

—Y por si aún teníamos alguna duda de la veracidad de esta afirmación... —

intervino Teresa, señalando con el dedo los ventanales que daban al claustro.

Dos hombres acompañaban ahora al ujier que había llamado la atención de

Reigosa unos minutos antes. Uno de ellos operaba una especie de carreta de estibador,

y el otro tenía en la mano una pala con la que estaba tratando de recoger del suelo el

cuerpo de una de las ocas. Cuando al fin lo logró, arrojó la oca a la carretilla y

procedió a repetir la operación con otro de los animales. Las trece ocas, comprendió

entonces Reigosa, no estaban tomando el sol: estaban muertas.

Palafox fue el primero en romper el silencio que aquella extraña imagen había

provocado en la mesa.

—Treceocas muertas —dijo en un tono esforzadamente ligero—. Tenías razón,

las señales se acumulan.

Teresa respondió al anatomista con una sonrisa igualmente dubitativa.

—Los ingleses aseguran que el día que los cuervos abandonen la torre de Londres,

la ciudad se hundirá para siempre —observó—. Esperemos que el obispo Riera no esté

en lo cierto y estas ocas no anuncien el final de Barcelona.

Eliseo Urbach carraspeó con impaciencia y alzó el brazo hacia el techo de vigas

del comedor.

Un par de minutos más tarde, el camarero había sustituido sus platos vacíos por

cuatro tazas de café con leche y una gran fuente de pastelillos de yema.

Fue entonces cuando el industrial sacó el mazo de papeles de su bolsillo y se lo

tendió a Reigosa.

—Me hará saber lo que descubra sobre ese Hombre de Negro, inspector. Si sus

acciones o las del señor Manning han salpicado de alguna manera a la reputación de mi

negocio, quiero ser el primero en saberlo.

Reigosa asintió mientras recogía los papeles y reprimía la tentación de comenzar a

inspeccionarlos de inmediato.

—Gracias, señor Urbach. Y lo mismo le digo yo a usted. Si algo llega a sus oídos,

ya sabe cómo encontrarme.

Eliseo Urbach asintió también.

Al otro lado de los ventanales del claustro, la carreta que el empleado del Salón

Royal operaba junto al pozo empezaba a desbordar de ocas muertas.

—Una comida agradable —opinó Teresa, repartiendo su mirada entre los rostros

de los tres hombres que la acompañaban—. Y nos quedan todavía algunos minutos

antes de que mi padre recuerde que tiene que regresar urgentemente a su despacho en la

fábrica. Así que, Andreu, tal vez quieras aprovechar la ocasión para explicarnos de una

vez por qué hace dos años que rehúyes de forma tan efectiva su compañía y eludes

también la mía siempre que tienes ocasión.

Palafox interrumpió en seco el primer viaje de su taza de café hacia sus labios y

miró a la novelista con cara estupefacta. Teresa le guiñó un ojo y sonrió hermosamente.

Reigosa también sonrió.

Eliseo Urbach expulsó una bocanada de humo del cigarro de primera calidad que

acababa de encenderse y observó al anatomista con aire divertido.

—No hagas caso de mi hija —aconsejó—. Su necesidad de hacer y decir siempre

lo inapropiado comienza a resultar un tanto monótona, después de tantos años. Si esa es

la razón por la que has dejado de visitarla con la frecuencia de otros tiempos, no te

culpo en absoluto. —Los ojos y los labios del hombre asumieron por un momento una

expresión muy parecida a los de su hija—. En cuanto a nuestra situación, no te

preocupes. Tú y yo tendremos pronto una charla, pero será a solas y en un lugar menos

público que este.

Palafox asintió de inmediato, visiblemente aliviado.

—Será un placer, señor Urbach.

—Y ahora es cuando tú aseguras que mi encanto sigue intacto, y que si has dejado

de visitarme a diario es solamente porque esos autómatas tuyos son unos amantes muy absorbentes.

El anatomista inclinó gentilmente la cabeza.

—Tal vez tú y yo necesitemos mantener también una conversación a solas un día

de estos.

Teresa no varió su sonrisa ni atenuó el brillo de sus ojos.

—En ese caso, inspector, busquemos usted y yo algún tema de conversación que

no requiera de tantos preparativos —dijo—. Por ejemplo, usted que es del barrio de

San Pedro y conoce por dentro lo que es una fábrica textil, ¿qué opinión tiene de los

telares autónomos? ¿Usted también cree que los obreros están en su pleno derecho de

atacar a las máquinas que amenazan con quitarles el pan?

Octavio Reigosa se llevó su taza de café a los labios y volvió a felicitarse por no

haber conocido a aquella mujer cuando él mismo era un joven tan impresionable como

Andreu Palafox.

—Me temo que los policías no tenemos opiniones propias, señorita Urbach. Pero

me gustará escuchar la suya —aseguró—. Presiento que será original.

21

Adela almorzó a solas un cuenco de lentejas y un par de lonchas de lomo embuchado en

la cocina de la casa de la calle del Regomir, y luego dedicó la primera hora de la tarde

a inspeccionar distraídamente la colección de ingenios mecánicos que su amo tenía

repartidos por las mesas de su taller. La nota que le había dejado decía que no volvería

a casa antes de las tres, pero no ofrecía ninguna pista sobre qué le había hecho variar

de repente la férrea rutina que regía sus jornadas desde que Adela estaba a su servicio.

La criada quiso imaginar que la señorita Urbach y él habían ido a almorzar juntos a

algún sitio, tal vez al caserón que la novelista tenía en la bajada de los Leones. Pero

también era posible, por supuesto, que una nueva desgracia hubiera sucedido durante la

mañana y la vida del anatomista hubiera vuelto a complicarse un poco más todavía.

—Algo no va bien —le confió a *Bigotes*, que se había adueñado de una de las

mesas del señor Palafox y dormitaba ahora con el lomo bañado por el sol de la tarde—.

No sé qué es, pero hay algo que no me gusta.

El gato alzó una oreja y la volvió a deponer al instante.

A su lado, un niño de ébano con entrañas de metal contemplaba el vacío a través

de un par de inquietantes ojos de cristal.

Adela cogió uno de los instrumentos que su amo utilizaba para reparar aquellos

objetos y observó con atención su punta finísima. Se imaginó a sí misma utilizándola

como un arma de defensa. Empuñándola como una navaja. Clavándola en el rostro o en

el pecho del Hombre de Negro. Las palabras de Boris seguían resonando en su

memoria: «Un ángel de la muerte —había dicho—. Un heraldo de la destrucción.» Allí

donde el Hombre de Negro se dejaba ver, alguien moría.

Y su amo ya lo había visto dos veces en las últimas horas.

—Algo malo va a pasarle al señor Palafox. Lo presiento. Y ni tú ni yo podemos

hacer nada para evitarlo.

Bigotes estiró esta vez las patas delanteras y maulló quejumbrosamente antes de

regresar a su sueño.

En la calle, el flautín de un afilador impuso sus notas alegres sobre el rumor

de los

carros y los transeúntes.

Adela se acercó al ventanal y contempló el paisaje que se ofrecía ante sus ojos.

Como cada tarde, una leve neblina empezaba a emborronar las siluetas del palacio de

la Condesa y del castillo del Regomir, que se alzaban sobre el resto de edificios como

fantasmas llegados de otro tiempo, a la vez precarios e imponentes: colosos en ruinas

devorados por el correr de los siglos. Las torres del caserón de los Urbach insinuaban

también sus almenas por entre la maraña de humildes tejados; Adela fijó su vista en

ellas y trató de imaginar a su amo compartiendo manjares y confidencias con la señorita

Urbach en algún salón elegante como los que aparecían en las novelas de la escritora.

Esas novelas en que los hombres como el señor Palafox no acababan nunca en

brazos de mujeres parecidas a la señorita Urbach.

—Nos vamos —anunció, cogiendo en brazos a *Bigotes* y hundiendo su rostro en el

pelaje mullido y caliente del animal.

Cuando abandonaron el Salón Royal, las trece ocas muertas habían

desaparecido ya del

claustro, pero seguían presentes en las conversaciones de las decenas de comensales

que llenaban todavía las mesas del comedor. El propio Palafox no acababa de desprenderse de la extraña desazón que le había invadido al ver la escena. A diferencia

de algunos de los hombres cuyas conversaciones pudo captar de camino a la calle, él

sabía que no podía haber relación alguna entre la nueva epidemia de cólera y la muerte

de las trece aves. Y tal vez era eso lo que más le inquietaba. A aquellas alturas del

verano, el cólera le daba menos miedo que la irracionalidad. Y trece ocas muertas en

un antiguo claustro franciscano era algo tan irracional, tan carente de sentido que casi

parecía justificar las palabras que él mismo había pronunciado, citando a Teresa

Urbach con falsa intención humorística, al descubrir lo sucedido.

«Las señales se acumulan.»

Un Hombre de Negro. Dos Damas del Pozo. Tres cadáveres en la morgue. Y trece

ocas muertas en el claustro del Salón Royal.

—¿Soy la única a la que le apetece ver un rato el mar?

Estaban ya en el llano de la Boquería, en pleno centro de la Rambla, rodeados de

floristas, de vendedores ambulantes y de niños que jugaban a la pelota entre las piernas

de los viandantes. Eran poco más de las dos de la tarde, y el sol ardía con fuerza en lo

alto del cielo. Octavio Reigosa sudaba de nuevo en el interior de su levita de inspector

del Cuerpo de Vigilancia, Eliseo Urbach tenía rojos los mofletes y brillante la amplia

frente despejada, y el propio Palafox sentía húmedo su cuerpo bajo el ligero traje de

lino que había escogido para la ocasión. Incluso Teresa parecía menos fresca de lo

habitual dentro de su vestido.

—Me temo que me esperan en el registro parroquial —dijo el inspector—. Tengo

a un par de hombres rebuscando en los archivos el nombre de Felicia Dedéu, y quiero

ver si han dado ya con algo de interés. Y a las cuatro tengo reunión con el jefe superior

Daroca y con el inspector Ollero.

—Una perspectiva envidiable —observó Teresa—. ¿Papá?

Eliseo Urbach alzó la mano derecha para parar el primer coche de alquiler que

subía desde las Atarazanas.

—Por lo que a mí respecta, el mar está bien donde está —respondió—. Al otro

lado de la muralla. Un placer, caballeros —añadió, inclinando la cabeza imperceptiblemente mientras abría la portezuela del coche—. Espero noticias tuyas.

Palafox y Reigosa murmuraron una despedida cortés y aguardaron en silencio a

que los caballos reanudaran su marcha, llevándose consigo al industrial hacia la parte

alta del Raval.

—Lo dicho, señorita Urbach. Un placer.

El inspector se llevó dos dedos al ala de su sombrero y echó a caminar hacia la

calle de la Boquería, donde enseguida se confundió con la masa de gente que iba y

venía por aquella vía principal.

—¿Tú también me abandonas? —preguntó entonces Teresa, mirando a Palafox con

el ceño preventivamente fruncido.

—¿Cómo podría, después de lo que me has dicho en los postres?

La hija de Eliseo Urbach enlazó su brazo al del anatomista y empezó a caminar a

su lado Rambla abajo, camino del mar.

—¿No es cierto? —preguntó.

—¿Que te rehúyo?

—Que me evitas, cuando menos.

—El trabajo... —comenzó a decir Palafox, pero Teresa lo interrumpió al instante.

—Hace cinco años estudiabas anatomía de sol a sol, hacías todos los trabajos que

tus profesores te ordenaban y ayudabas también a tu padre en su consulta. Y no pasaba

un día sin que vinieras a verme. —La mujer posó su mano libre en el brazo de Palafox

—. Y al volver de Londres también estabas ocupado con tus nuevos amigos, los

autómatas, pero no dejaste de visitarme o de invitarme a que fuera a verte yo a ti.

Durante el primer año, al menos.

El anatomista guardó un breve silencio mientras se acercaban al portal de la Paz.

En la rampa de acceso al paseo de la Muralla, un corro de hombres y mujeres

rodeaba a un viejo que pontificaba a voz en grito con un acento tan cerrado que volvía

sus palabras casi incomprensibles.

Palafox aguardó a ascender por completo la rampa antes de hablar.

—Algo sucedió hace dos años.

—Y ahora por fin me lo vas a contar.

Teresa se detuvo junto al murete que cerraba el lado sur del paseo y, apoyando en

él los antebrazos, concentró la mirada en la hermosa extensión de mar que se abría ante

ellos. Palafox la imitó.

—Una noche vino a verme el padre de aquella mujer —comenzó—. Alicia Ferrer.

La paciente a la que estuve a punto de matar en el teatro de operaciones del hospital de

la Santa Cruz.

Teresa apartó inmediatamente la vista del Mediterráneo y miró a Palafox con expresión compungida.

—No debería haberlo hecho —dijo.

—Lo sé. Sé que ese era el acuerdo al que habíais llegado con él. Me lo contó

todo. —Palafox se acarició distraídamente la montura de los anteojos—. Hasta esa

noche nunca llegué a comprender por qué mi error no me había llevado a la cárcel, ni

había tenido otras consecuencias que la pérdida de mi profesión y un breve ingreso en

Neothermas. Vosotros le pagasteis a su padre para no me denunciara. Os

comprometisteis a haceros cargo de los gastos derivados del cuidado de su hija, y él, a

cambio, no trató de arruinarme la vida. Algo que hubiera estado en todo su derecho de

hacer.

Teresa agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Qué hubiera ganado nadie con ello? —preguntó—. Un juicio largo, un escándalo mayor y una condena a prisión para ti no habrían ayudado en nada a esa

pobre mujer, ni tampoco a su familia. Ahora ella está bien atendida, sus padres están en

una buena posición y tú has podido seguir adelante con tu vida de una manera admirable.

—Y sin embargo...

—¿Y sin embargo? —preguntó Teresa, en vista de que Palafox no proseguía su

frase.

El anatomista se volvió hacia el mar y respiró el aire que soplaba de levante, cargado de sal y de humedad y tan caliente como el aliento de un perro.

—Me siento avergonzado —murmuró.

—La vergüenza es el más estúpido de todos los sentimientos —replicó Teresa—.

Siéntete culpable por lo sucedido. Siente la impotencia de no poder volver a aquel día

y deshacer lo hecho. Siente compasión por esa mujer y rabia por lo injusto

que es todo.

Pero no sientas vergüenza. —Teresa se acercó un poco más a Palafox y rodeó con su

brazo izquierdo la cintura del hombre, en un gesto tan impropio de una dama que varias

cabezas se volvieron hacia ellos en el concurrido paseo—. Ni por la enfermedad que

nubló tus sentidos aquella tarde, ni por lo que mi padre quiso hacer para darnos la

oportunidad de empezar de nuevo.

Sin saber cómo responder a aquellas palabras, Palafox cerró los ojos y se dejó

mecer por la sensación abrumadora de la proximidad de Teresa Urbach. El calor de su

cuerpo, el olor de su pelo, el sonido dulce y familiar de su voz... Los días de Londres

volvieron a la memoria del anatomista como un confuso remolino de imágenes y de

palabras susurradas en la oscuridad, y por primera vez en mucho tiempo se sintió vivo

de nuevo.

Cuando abrió los ojos, Teresa lo estaba observando con una sonrisa de expectación aleteando en sus labios entreabiertos.

Y tras ella, sonriendo también, estaba la Dama del Pozo.

Palafox apretó con fuerza los párpados y se llenó los pulmones del aire

caliente

que flotaba a su alrededor. Luego contó mentalmente hasta tres, hasta cinco, hasta diez,

antes de abrir los ojos de nuevo.

La Dama del Pozo seguía allí.

—¿Andreu?

La mirada de Palafox osciló por un instante entre el rostro de Teresa, que seguía

abrazada a su cintura y lo observaba ahora con alguna inquietud, y el perfil de la Dama

del Pozo, que miraba el mar con expresión soñadora desde el lugar que ocupaba a la

espalda de la mujer.

Los ojos azules de la muchacha estaban fijos en algún punto situado más allá de

los barcos fondeados frente al paseo, y en sus labios había un amago de sonrisa que era

el mismo, pensó Palafox, que había iluminado con aquella luz extraña su cadáver en los

sótanos del convento de Santa Clara.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Teresa, volviendo la cabeza hacia el lugar exacto que ocupaba la aparición.

Palafox no respondió. Deshaciéndose del abrazo de la mujer, se acercó a la Dama

del Pozo y observó con atención los detalles de aquel rostro que ahora, por la magia de

su enfermedad, volvía a gozar por unos instantes del privilegio de la vida. La nariz

pequeña y bien formada. El hoyuelo que partía en dos su barbilla. Los pómulos

sonrosados, infantiles. Las mandíbulas poderosas. Los descuidados mechones de pelo

rubio que asomaban bajo el pañuelo que cubría su cabeza, y el brillo del sudor que le

recorría la frente.

Sus labios de color rosa, y no azul.

Su piel blanca, y no azulada.

El vaho de su respiración confundiéndose con el aire denso de la tarde de verano

que ambos casi compartían en el paseo de la Muralla.

—Voy a descubrir quién eres —murmuró Palafox—. Mi enfermedad, por una vez,

va a ser útil para algo.

La Dama del Pozo apartó la vista del mar y se volvió hacia él.

Sus labios seguían esbozando una sonrisa que a Palafox, ahora, le hizo pensar en

la sonrisa de la mujer que tenía a su espalda.

Los ojos azules de la muchacha se posaron finalmente en los suyos, y durante

un

par de segundos ambos se miraron sin pestañear.

—Voy a descubrir quién eres —repitió Palafox—. Y tú vas a ayudarme.

La muchacha perdió entonces su sonrisa. Alzando la mano derecha ante el rostro

de Palafox, acercó las yemas de sus dedos a la mejilla del anatomista. Y justo en ese

instante, cuando Palafox empezaba a sentir sobre su piel el roce helado de la mano de

la Dama del Pozo, la visión estalló en mil pedazos y el calor de otra mano de mujer lo

trajo de vuelta a la realidad.

—Yo te ayudaré —susurró Teresa, rodeando de nuevo con un brazo la cintura de

Palafox y alejándolo con suavidad del murete del paseo, donde ya se había congregado

un pequeño círculo de curiosos a su alrededor—. Pero ahora vámonos de aquí.

Palafox obedeció sin rechistar.

22

El inspector Reigosa se había pasado una hora larga e inútil en el registro parroquial,

revolviendo legajos polvorientos y descifrando caligrafías imposibles en compañía de

dos desdichados agentes de aspecto consumido. Luego había partido a toda prisa hacia

el cuartel de las Atarazanas, donde había mantenido con el jefe superior Daroca y con

el inspector Ollero una reunión oficial que, pese a su brevedad, había acabado de

arruinar del todo cualquier efecto positivo que el excelente almuerzo en el Salón Royal

hubiera podido tener sobre su organismo.

Hacía mucho tiempo que la senilidad babeante de Eleuterio Daroca había dejado

de sorprender a Reigosa; si aquel viejo carcamal seguía luciendo los galones de jefe

superior del Cuerpo de Vigilancia era en virtud precisamente de su pura y manifiesta

incompetencia, que lo convertía en un pelele útil para el resto de poderes que operaban

en la ciudad. La osadía de Juan Carlos Ollero, en cambio, no dejaba de asombrar a

diario al inspector. El joven mallorquín no dejaba pasar la ocasión de arañar parcelas

de acción a Reigosa, por pequeñas o absurdas que fueran, y cada uno de sus

movimientos parecía diseñado sin recato para afianzar sus opciones como sucesor de

Daroca cuando este decidiera retirarse o morirse de una vez.

En esta ocasión, el golpe maestro de Ollero había sido identificar, localizar y someter a interrogatorio a la cuadrilla de albañiles que habían estado trabajando en las galerías subterráneas del convento de Santa Clara el uno de agosto.

—La historia es la misma que esas monjas le contaron a usted —había explicado

al principio de la reunión, con una expresión satisfecha en la cara que a Reigosa le

hubiera encantado borrarle de una bofetada—. El obispado encargó algunas reformas

en las galerías que recorren el subsuelo del convento. Querían acondicionarlas como

bodegas, así que les ordenaron picar suelos, tirar paredes y abrir pasadizos. En una de

esas fue cuando se toparon con el sarcófago. Dieron parte a la madre superiora, y al

cabo de un par de horas, el obispado les ordenó parar las obras y abandonar el convento. No han vuelto a llamarlos desde entonces.

—Interesante.

—Lo interesante es lo que luego me ha contado en confianza uno de los albañiles

—había replicado Ollero, mirando a Reigosa con expresión de dueño del secreto—. El

primero que dio con el sarcófago. Dice que al apartar las piedras que lo escondían,

tuvo la sensación de que allí había algo extraño.

—Por supuesto que lo había. El sarcófago había sido descubierto semanas antes.

Las dos monedas que alguien trató de vender a mediados de julio, idénticas a las que

cubrían los ojos y la boca de la muchacha fallecida, lo habían demostrado ya. Lo que su

albañil protagonizó fue un falso hallazgo que alguien había preparado cuidadosamente

para justificar la veracidad del supuesto milagro.

—Las monedas, inspector, eran solo un indicio. La palabra de este albañil es una

prueba. —Los ojos de Ollero habían sostenido con arrogancia la mirada despectiva de

Reigosa—. Porque él asegura que el ataúd había sido abierto recientemente. La piedra

de la tapa no estaba sellada, como quien dice, a la del resto del ataúd, tal y como

hubiera debido suceder si nadie la hubiera tocado en todo ese tiempo. Para él era

evidente que alguien había manipulado aquella tapa hacía poco, y afirma que estaría

dispuesto a jurarlo delante de un tribunal. No solo eso, también asegura que esta misma

observación la hizo ante la madre superiora y ante el hombre que la acompañó a ver el

hallazgo.

Llegados a este punto, Reigosa no había tenido problema en adivinar la siguiente

revelación de su colega.

—¿Un hombre embozado y vestido de negro?

Tres horas más tarde, el inspector seguía teniendo clavadas en el bajo vientre la

expresión satisfecha de Ollero y el tono de voz con que el mallorquín había repetido la

descripción que el albañil le había hecho del Hombre de Negro. Una descripción vaga

e inútil que el jefe Daroca, por supuesto, no había dejado de celebrar con senil

entusiasmo.

Y ahora Daroca, Ollero y el propio Reigosa se hallaban en mitad de otra reunión

incómoda en compañía, esta vez, de la plana mayor de las autoridades militares, civiles

y eclesiásticas de la ciudad.

Estaba haciendo uso de la palabra el capitán Alcaraz, máximo representante del

Ejército en Barcelona. Y ni el tono de su voz ni su cara ceñuda ofrecían duda alguna de

su estado de ánimo.

—Una ciudad asediada, caballeros. Una ciudad sometida al fuego y a la violencia,

a la amenaza y al chantaje. Una ciudad en las puertas de la revolución. ¿Y cuál es la

solución que se les ocurre a nuestros gobernantes? —Los ojos del capitán Alcaraz se

abrieron desmesuradamente—. ¡Echar abajo las murallas! ¡Entregar la ciudad a los

enemigos que trabajan por su destrucción! ¿Y de verdad esperan ustedes que el Ejército

se quede de brazos cruzados?

El mismo representante municipal que había leído hacía tres minutos la orden de

derribo de las murallas de Barcelona se puso ahora en pie y recogió al vuelo la

pregunta del militar.

—Este Consistorio no espera que el Ejército se quede de brazos cruzados, capitán

Alcaraz —afirmó con voz severa—. Lo que este Consistorio espera, al igual que lo

esperan el Gobierno de Madrid y Su Majestad la Reina, es que el Ejército ponga toda

su experiencia y su buen hacer al servicio de este proceso histórico que hoy se inicia.

Un proceso que no solo liberará de una vez por todas a Barcelona del pernicioso

círculo de murallas que la mantiene constreñida de manera absurda y anacrónica, sino

que ofrecerá también una solución a los problemas más acuciantes que la ciudad hoy

padece.

—Poner a los obreros en huelga a picar piedra. Esa es su gran solución. —
Las

narices del capitán Alcaraz emitieron un resoplido que hizo sonreír a Reigosa
—. Armar

de picos y palas a los mismos insurgentes que llevan semanas quemando
barcos y

telares e impidiendo el normal funcionamiento de la ciudad. Retirar el toque
de queda,

ponerles en las manos picos y palas y decirles que derriben las murallas.

—Las murallas y los baluartes —matizó el hombre del Consistorio—. Lo
pone

bien claro en la orden que les he leído. Y por supuesto que esa es nuestra
solución. Dar

trabajo a quienes lo han perdido por culpa de las huelgas. Implicar a la
ciudadanía en

un proyecto comunal que a todos beneficia. Liberar a Barcelona de un yugo
medieval

que solo nos ha traído hacinamiento, epidemias y agitación social. No
esperamos que

los huelguistas depongan necesariamente su actitud; lo que queremos, lo que
vamos a

lograr, es que aquellos trabajadores de buena voluntad que ahora están desempleados a

causa del cierre de las fábricas no se dejen arrastrar también por los cantos de sirena

de los radicales.

El capitán agitó la cabeza con incredulidad.

—Y esperan que nosotros supervisemos el proceso.

—Esperamos que el Ejército, el Cuerpo de Vigilancia y el Cuerpo de Seguridad

velen porque el orden prevalezca en todo momento.

Reigosa volvió la cabeza hacia Ollero y vio que el inspector tenía los labios

sellados en una suerte de beso al aire cuyo sentido no trató de imaginar. A su lado,

Daroca lo observaba todo con ese aire atónito que no se desprendía de su cara desde

que había cumplido los setenta años.

—Y todo empezará mañana —masculló el capitán Alcaraz.

—Esta noche se hará el anuncio oficial y se abrirán las listas de voluntarios —

confirmó el hombre del Consistorio—. Ya se han empezado a confiscar los picos, las

palas y el resto del material necesario para empezar, y Madrid enviará repuestos en los

próximos días. Si hacemos bien las cosas, mañana por la mañana podemos

tener ya a

las primeras cuadrillas trabajando en Canaletas.

—En Canaletas —repitió el militar.

—Abrir la Rambla hacia el llano es la primera prioridad.

—¿Y el portal? ¿Y las torres?

—El portal dejará de ser necesario en cuanto las piquetas empiecen a actuar.
Y las

torres, por supuesto, deberán caer también.

Por primera vez en lo que iba de reunión, Reigosa empezó a entender realmente la

enormidad de lo que estaba a punto de suceder. Derribar las murallas medievales.

Eliminar los baluartes que custodiaban cada esquina de la ciudad. Tirar a tierra las

torres de Canaletas, cuyas siluetas llevaban siglos entenebreciendo la parte alta de la

Rambla. Liberar a Barcelona de su condición de ciudad sitiada y dejarla abrirse de una

vez por todas hacia el llano, los ríos y las montañas que la rodeaban.

El mismo vértigo que sin duda sentía el capitán Alcaraz al pensar en el nuevo

futuro que se les echaba encima se apoderó también del inspector Reigosa.

—Disculpen, caballeros —intervino, poniéndose en pie y viendo de reojo cómo el

rostro de Ollero se volvía hacia él—. Solo una pregunta. A esos voluntarios, ¿se les va

a pagar?

—Por supuesto que se les va a pagar —respondió el hombre del Consistorio—. Si

no se les pagara, ¿qué solución estaríamos dando al desempleo?

—Y el dinero de esos sueldos, ¿quién lo va a poner?

—El Consistorio, por supuesto. Con ayuda del Gobierno y quizá también de la

Corona. No olviden, además, que las toneladas de piedra que liberarán las

demoliciones tienen un valor. Si nuestros cálculos son correctos, el derribo de las

murallas será una operación que acabará financiándose a sí misma, y que tal vez incluso

deje beneficios para las arcas del Consistorio.

Por no hablar, por supuesto, de los gigantescos terrenos disponibles para la

construcción que comenzarían a subastarse al día siguiente de haber caído los muros

que separaban la ciudad del llano, pensó el inspector.

—Entiendo su punto de vista —dijo en cambio—. Pero también entiendo las reticencias del capitán Alcaraz. Con un ambiente tan caldeado como el que ahora

mismo se respira en esta ciudad, incluso un chorro de agua puede convertirse en

combustible para un nuevo incendio.

Acaso por primera vez desde que ambos se trataban, el militar miró a su colega

del Cuerpo de Vigilancia con expresión complacida.

—Usted también lo ve, entonces.

—Si de mí dependiera, yo aguardaría unos días a que las aguas volvieran por sí

solas a su cauce. Los obreros no pueden mantenerse en huelga indefinidamente, de igual

modo que los industriales no pueden mantener sus fábricas cerradas todo el verano.

Más pronto que tarde ha de llegar un acuerdo que remanse la situación. —
Reigosa

paseó su mirada por las quince o veinte personas que estaban reunidas en el salón de

juntas de la Casa de la Ciudad—. Y entonces, caballeros, podrán derribar ustedes las

murallas sin riesgo a que la situación se nos vaya de las manos irreparablemente.

El rostro del capitán Alcaraz recuperó su expresión de siempre.

—Sin murallas, inspector, Barcelona está condenada al desgobierno y a la revolución. Y usted lo sabe tan bien como yo.

Reigosa no tuvo ocasión de replicar.

—Tal vez no han entendido ustedes el sentido de esta reunión, caballeros —

dijo el

hombre del Consistorio, alzando la voz y dando un paso al frente—. No estamos aquí

para escuchar sus opiniones sobre el derribo de las murallas. La orden ya ha sido

sancionada, así que no hay nada que opinar al respecto. Estamos aquí para acordar la

manera de que el derribo se produzca ordenadamente y sin poner en riesgo el buen

gobierno de la ciudad. ¿Me han entendido?

Se hizo un silencio tenso en la sala. Lo habían entendido, sí.

—¿Y la Ciudadela? —preguntó por fin el capitán Alcaraz, con el tono

inconfundible de quien está apretando las mandíbulas—. ¿Y el castillo de Montjuich?

—La Ciudadela y el castillo de Montjuich son propiedad del Ejército. Ni la una ni

el otro se tocarán hasta que las autoridades no alcancen un acuerdo para restituir su uso

a la ciudad. —El hombre agitó su papada con insolencia—. Por ese lado no sufra,

capitán. La Ciudadela y Montjuich caerán también, pero no será este verano.

La reunión se alargó aún durante otra hora, y el inspector Reigosa, como de

costumbre en estos casos, salió de ella con un dolor de cabeza palpitante y un mal sabor

de boca que ni siquiera la infelicidad evidente del capitán Alcaraz logró atenuar.

Cuando se despidieron en el centro de la plaza de San Jaime, el rostro del militar

estaba tan enrojecido que Reigosa lamentó la suerte de los subordinados que aquella

noche se cruzaran en su camino por los pasillos de la Capitanía General.

El inspector apenas acababa de emprender su camino de regreso hacia San Pedro

cuando un coche se detuvo a su lado. Uno de sus hombres se bajó de él con una sonrisa

prometedora en la boca.

—La hemos encontrado, inspector.

Era uno de los agentes que llevaba todo el día revolviendo papeles en el registro

parroquial. Y lo que ahora tenía en la mano y agitaba alegremente ante el rostro de

Reigosa era un legajo de aspecto anticuado.

—¿Felicia Dedéu?

El agente agitó la cabeza con entusiasmo.

—No se lo va a creer.

Así que Reigosa cogió el legajo, lo desplegó y comenzó a leer.

Andreu Palafox llegó a la casa familiar de la calle del Regomir cuando las campanas de

San Justo y San Pastor acababan de tocar las seis, y se pasó el resto de la tarde

encerrado en el taller con sus relojes y sus autómatas. No dedicó más de cinco minutos

a escuchar el relato entusiasta que Adela le hizo de su encuentro con un joven buscón en

la plaza de San Sebastián, ni se permitió ningún comentario acerca de los nuevos datos

que este había ofrecido sobre la Dama del Pozo y el Hombre de Negro. La criada, por

supuesto, omitió en su narración las referencias a la vida pasada del anatomista que

Boris había dejado caer durante su encuentro, y Palafox, por su parte, no entró tampoco

en detalles innecesarios al resumirle a Adela lo esencial de su propia jornada.

Cuando bajó a cenar a las nueve, la mesa del salón estaba dispuesta con inusual

esmero y en su plato, en lugar del surtido habitual de embutidos, había una montañita

humeante de arroz con pollo y verduras.

—Me he pasado toda la tarde cocinando para usted —anunció Adela, apareciendo

por la puerta del pasillo con el delantal lleno de lamparones y con la cara iluminada

por una gran sonrisa de satisfacción—. Lo he probado y está bueno.

Palafox observó alternativamente el plato de arroz y el rostro de su criada, que le

estaba sirviendo ahora una copa de vino sin quitarle ojo.

—¿Tanto me has echado de menos a la hora del almuerzo?

La muchacha chasqueó la lengua con aire divertido.

—Más que usted a mí, seguro. ¿Se va a sentar o no?

Palafox tomó asiento y acercó el tenedor a la masa de arroz con tropezones que

tenía delante. Su olor, de primeras, no resultaba alarmante, y la consistencia del arroz

parecía también correcta. Palafox se llevó el tenedor a la boca y procedió a masticar

con curiosidad.

—Sabes que no tengo intención de despedirte, ¿verdad?

—Claro. Pero he pensado que a partir de ahora me voy a esforzar un poco más en

la cocina. —Adela se sentó en una esquina de la mesa y compuso una expresión de

adulta seriedad—. Se está quedando usted muy delgado, jefe, y creo que el inspector

me echa a mí la culpa.

Palafox sonrió.

—No creo que el inspector tenga mucho interés en mi peso, ni tampoco en tus

dotes como cocinera —dijo—. Pero este arroz está excelente. Enhorabuena.

La muchacha enrojació de manera encantadora.

—Todo esto me ha hecho pensar, ¿sabe? —murmuró—. La historia de la Dama del

Pozo. La monjita que hemos visto esta mañana, la hermana Martina, y ese muchacho al

que Patricio me ha presentado. Boris. Si no fuera por usted...

Palafox interrumpió a su criada con un movimiento aéreo de su tenedor.

—Esto ya lo hemos hablado.

—Pero es verdad. Si no fuera por usted, yo misma podría haber acabado dentro de

un sarcófago de piedra. O poniéndome un hábito de monja para escapar de Trentaclus.

O rondando por la plaza de San Sebastián en busca de... —La muchacha no terminó la

frase.

Palafox se llevó el tenedor a la boca y masticó lentamente sin mirarla.

—No pienses en lo que pudo haber sido —dijo por fin—. Lo que pudo haber sido

y no fue, simplemente no existe. La única Adela que importa es la que eres ahora

mismo.

La criada esbozó una mínima sonrisa triste y asintió con la cabeza. No dijo nada

más. Aguardó en silencio a que su amo terminara de comer, y entonces fue a la cocina y

regresó con una jarra de leche azucarada, un cuenco vacío y un plato de fresas que

había comprado aquella mañana en el Borne. Cortó las fresas en rodajas, las puso en el

cuenco y les echó un chorro de leche por encima. Luego le tendió el cuenco a Palafox y

volvió a sentarse en su rincón de la mesa.

—¿Ha oído lo de lasocas? —preguntó entonces.

El anatomista pescó el primer pedazo de fresa y masticó con agrado.

—Excelente —aseguró—. ¿Dónde lo has oído tú?

—He bajado a afilar unos cuchillos después de comer y he oído a unas mujeres

que lo estaban comentando. Unas decían que era culpa del cólera, y otras que era cosa

del demonio.

Palafox agitó la cabeza, sorprendido.

—Las noticias vuelan en esta ciudad. Nosotros estábamos allí cuando ha sucedido,

y debían de ser ya cerca de las dos. ¿A qué hora has bajado a afilar los cuchillos?

—¿Ustedes estaban allí cuando han encontrado las ocas? —preguntó Adela a su

vez, arqueando las cejas—. ¿Y qué hacían a las dos en la catedral?

Palafox depuso el tenedor y miró a su criada con rostro serio.

—Cuéntame qué has oído.

—He oído que las trece ocas de la catedral han aparecido muertas este mediodía.

Las que viven en el claustro. Por la mañana estaban vivas, y a mediodía, alguien las ha

encontrado todas muertas. ¿Qué es lo que decía usted?

Palafox le refirió a su criada la escena que habían presenciado en el Salón Royal.

Otras trece ocas muertas en un claustro medieval, también sin causa aparente.

—Mañana leeremos sobre ello en los diarios —concluyó, llevándose el cuenco a

la boca y apurando un último sorbo de leche azucarada.

Entonces acudió a su memoria el grupito de curiosos que rodeaba a aquel anciano

gesticulante en la rampa de acceso al paseo de la Muralla. Había llegado el tiempo de

los predicadores, comprendió. Crímenes y prodigios, milagros y señales: terreno

abonado para tantos charlatanes que rondaban por Barcelona en busca de su pequeño

momento de gloria.

—¿Usted cree que el Hombre de Negro ha tenido algo que ver en esto? —
preguntó

Adela con voz ahogada.

Palafox pensó en las palabras que la muchacha había utilizado al relatarle su
encuentro con el joven buscón de la plaza de San Sebastián. Un ángel de la
muerte. Un

heraldo de la destrucción. La imagen fantasmal que rondaba los lugares
donde estaba a

punto de ocurrir una desgracia.

—El Hombre de Negro no es un fantasma —respondió—. Es un hombre real.

Estoy seguro de que esas ocas muertas tienen tan poco que ver con él como la
epidemia

de cólera.

Adela no replicó. Lo que hizo fue ponerse en pie, recoger el cuenco vacío que

Palafox acababa de dejar sobre la mesa y llevárselo de vuelta a la cocina
junto al plato

y la jarra de leche.

Eran ya casi las diez cuando Reigosa logró por fin ser recibido en el palacio
episcopal.

El toque de queda había vaciado las calles del centro de la ciudad, y las
inmediaciones

del palacio estaban tan desiertas que los pasos del inspector resonaban como
redobles

de tambor sobre los adoquines de la calle del Obispo. Cuando el custodio de la entrada

le hizo una señal con la cabeza, Reigosa abandonó su refugio en el portal de la capilla

de Santa Lucía y cruzó a toda prisa la calle con cara de pocos amigos.

Sentado en su despacho con las ropas mal compuestas, el obispo Riera tampoco

parecía sentirse feliz ante la perspectiva de aquel encuentro intempestivo.

—¿Y bien?

El anciano no le invitó a tomar asiento, así que Reigosa permaneció de pie en mitad de la sala.

—Disculpe las horas, Su Excelencia, pero esto es importante —comenzó—. Como

sabe, un caballero inglés apareció ayer asesinado en una pensión del paseo de la

Aduana. El fallecido tenía en su poder una tarjeta de visita, y en ella había tres nombres

anotados. Uno era el de Andreu Palafox, otro era el del sanatorio Neothermas, y el

tercero era un nombre de mujer. Felicia Dedéu. —El inspector hizo una pausa antes de

preguntar—: ¿Le resulta a usted familiar este tercer nombre, Su Excelencia?

El obispo Riera no varió su expresión malhumorada.

—¿Debería?

—Tal vez sí —respondió Reigosa—. En un principio pensamos que podía tratarse

del nombre de la joven que yacía en el sarcófago de Santa Clara. Esa joven cuyo

cuerpo ustedes enterraron ayer, y de la que hoy, por alguna razón, ya han tenido noticia

los diarios. Todo el mundo, por cierto, parece extremadamente satisfecho con la idea

de que esa pobre muchacha muerta pudiera ser realmente una doncella romana

incorrupta. Enhorabuena.

El rostro del obispo se endureció un poco más todavía.

—Si ha venido a reprocharme algo, inspector...

—En absoluto, Su Excelencia. Ha hecho usted bien su trabajo. Nada que objetar

por mi parte. —Reigosa ensayó una sonrisa conciliadora—. Le decía que en un

principio pensamos que esa joven podía ser Felicia Dedéu. Luego supimos de la

existencia de una paciente ingresada en Neothermas, una mujer que apareció hace un

par de semanas en el convento de Santa Teresa, y pensamos que tal vez Felicia Dedéu

fuera ella. Pero hoy, consultando los registros parroquiales, mis hombres han dado

finalmente con el nombre.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo el obispo Riera.

—Felicja Dedéu ha resultado estar siempre muy cerca de nosotros, Su Excelencia.

De usted y de mí. Aunque nosotros la conocíamos por otro nombre.

El anciano frunció el ceño, pero esta vez sus ojos dejaron entrever también algo de

curiosidad.

—Yo no conozco a ninguna Felicia Dedéu —aseguró.

—En realidad, sí la conoce. Aunque usted la llama de otra manera. Tengo

entendido que algunas personas religiosas, cuando toman sus hábitos, renuncian a su

nombre seglar para señalar simbólicamente el inicio de una nueva vida. ¿Me equivoco?

El obispo Riera asintió lentamente.

—¿Quiere decir que Felicia Dedéu es una monja?

—Usted, Su Excelencia, la conoce como la madre Piedad. La madre superiora del

convento de Santa Clara. —Reigosa se sacó del bolsillo interior de la levita el legajo

que sus hombres habían desenterrado en el registro provincial—. El nombre de Felicia

Dedéu quedó en su pasado cuando se convirtió en clarisa, pero estos papeles lo

conservan. Y ahora yo me pregunto, Su Excelencia... ¿qué hacía el nombre de la madre

superiora del convento de Santa Clara anotado en la tarjeta de un caballero inglés

asesinado?

El anciano guardó unos segundos de silencio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó al fin.

—Quiero hablar con la madre Piedad lo antes posible.

—Hablará con ella mañana.

—Preferiría...

—Ni hablar —interrumpió el obispo Riera—. No va a entrar usted en un convento

femenino a estas horas de la noche para hacer preguntas inconvenientes. Venga usted

aquí mañana a las nueve, e iremos los dos juntos a hablar con la madre Piedad.

Reigosa se guardó el legajo otra vez en el bolsillo y asintió resignadamente, pero

con íntima satisfacción. No había esperado sacar nada mejor de aquel perro viejo.

—A las nueve en punto, Su Excelencia. Descanse.

El inspector salió del despacho y abandonó el palacio episcopal disfrutando de la

sensación de que por fin comenzaba a tener algún control sobre la situación

que se traía

entre manos. Por un momento pensó en acercarse a la calle del Regomir e informar de

sus novedades a Palafox, pero finalmente desistió. El anatomista, pese a su juventud,

era un hombre de rutinas y horarios casi tan regulares como los de las monjas de Santa

Clara; tampoco él agradecería una intrusión a aquellas alturas de la noche, aunque fuera

para hacerle saber que el misterio de la Dama del Pozo comenzaba por fin a aclararse

o, mejor dicho, a espesarse de una manera extrañamente iluminadora.

Mañana sería otro día, pensó Reigosa, y echó a caminar con paso ligero hacia su

casa sin sospechar lo que estaba a punto de suceder.

24

Esa noche, Andreu Palafox soñó que la Dama del Pozo volvía por fin a la vida.

La muchacha estaba tendida en el interior del sarcófago de piedra y vestía, como

aquella primera noche, su túnica de doncella romana. También lucía las sandalias y los

abalorios que entonces habían adornado su cuerpo; pero las tres monedas de oro ya no

le sellaban los ojos ni los labios, y la guirnalda de flores de su frente

conservaba los

pétalos intactos. Sus ojos estaban ahora abiertos, y no eran azules, sino negros.

También su cabello era negro. Y en sus labios había una sonrisa que se parecía

absurdamente a la sonrisa de Teresa Urbach.

Que era la sonrisa de Teresa Urbach.

Cuando la Dama del Pozo habló, su voz también era la voz de Teresa Urbach.

«Por fin empiezas a entenderlo», fue lo que dijo.

La Dama del Pozo se incorporó en el interior de su sarcófago y extendió hacia

Palafox dos brazos desnudos del color de la cal viva. El joven respondió al abrazo

como un autómatas sin voluntad, e inclinó también la cabeza hacia el rostro de la mujer

cuando los labios de esta se entreabrieron y dejaron asomar una doble hilera de dientes

blancos y húmedos y la punta de una lengua azulada. El beso que siguió fue el mismo

que Palafox no se había atrevido a darle a Teresa aquella tarde en el paseo de la

Muralla. El mismo que ambos sí se habían dado tres años atrás, en Londres, durante los

primeros días de aquel verano extraordinario cuya memoria Palafox a duras penas

podía recobrar ya en sueños y alucinaciones. La piel de la mujer estaba helada, pero su

aliento era cálido y su saliva tenía el sabor de algo a la vez vivo y profundamente

condenado.

El beso se prolongó durante diez, quince, veinte segundos, y el abrazo de la Dama

del Pozo —de Teresa Urbach— retrotrajo también a Palafox a un pasado ilusorio cuyos

detalles comenzaban a perderse para siempre en la confusión de luces muertas y de

rostros apagados que su enfermedad convocaba cada día frente a él. La carne fría de la

mujer, el calor de su aliento, la dureza familiar de sus dientes y de sus labios: el

anatomista registraba cada sensación, cada amago de recuerdo recobrado, y los iba

almacenando en el mismo lugar recóndito de su cerebro en el que vivían todos los

fantasmas.

«Por fin empiezas a entenderlo.»

Sus manos se hundieron en el cabello negro de Teresa, y en ese instante, un olor

químico impregnó su nariz y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Entonces se despertó.

Una niebla extraña emborronaba los contornos del dormitorio de Andreu Palafox

cuando el anatomista abrió los ojos y trató de recordar dónde estaba. El tenue resplandor de la ventana proyectaba sombras confusas contra las paredes desnudas de

la habitación, y al pie de la cama, enmarcada por el rectángulo de la puerta, una sombra

mayor y más definida se alzaba, inmóvil, frente a él. Palafox trató de incorporarse y

descubrió que su cuerpo resultaba inusitadamente pesado, como si se hallara bajo el

agua y su presión le impidiera maniobrar con naturalidad. También su mente parecía

lenta y pesada. Cuando reparó en la silueta recortada ante el rectángulo de la puerta,

tardó varios segundos en comprender que aquella puerta debería estar cerrada, como

cada noche. Y todavía tardó unos segundos más en advertir que la silueta no estaba

inmóvil.

Alguien o algo estaba en su puerta, y se movía hacia él.

Palafox acabó de incorporarse en la cama y apartó la única sábana que lo cubría.

Y de repente, el dormitorio comenzó a girar a su alrededor a toda velocidad.

Como en los peores episodios de aquello que el doctor Carrera le había

enseñado

a llamar su «afección», el tiempo y el espacio se replegaron sobre sí mismos y la

realidad entera se fundió en una sola masa viscosa, indistinta, imposible de aprehender

o de compartimentar. Luz y oscuridad, ruido y silencio, realidad y fantasía: la danza

infinita del tiempo desplegándose sobre el espacio como una lluvia de arena disparada

en todas direcciones.

La linterna mágica de su cerebro comenzó a proyectar fantasmas a su alrededor,

pero esta vez los rostros de los fantasmas eran todos conocidos. La Dama del Pozo y

Teresa Urbach. Oliver Manning, Leandro Moreira y la mujer desenterrada en el patio

de Trentaclus. Adela. El inspector Reigosa y su difunta esposa. El obispo Riera y

Eliseo Urbach. El doctor Carrera. Aquella novicia de Santa Clara con la cicatriz en el

rostro y Alicia Ferrer, la mujer cuya vida su escalpelo había arruinado para siempre

hacía tres años. Sus propios padres fallecidos y de nuevo, una vez más, la Dama del

Pozo y Teresa Urbach.

Fantasmas próximos y familiares que brotaban de la nada, pervivían un segundo y

se desvanecían al instante ante sus ojos, como fogonazos inútiles de luz en mitad de la

niebla.

«Andreu», dijo entonces una voz que tal vez proviniera de la sombra recortada en

la puerta o tal vez solo existiera en su imaginación.

«No tengas miedo.»

Y también: «Por fin empiezas a entenderlo.»

Palafox afirmó los pies en el suelo y el dormitorio dejó de girar a su alrededor;

pero las imágenes no cesaron. La esposa del inspector Reigosa le sonrió desde el vacío

que acababa de dejar en el aire el rostro de Adela, y también aquella mujer muerta se

esfumó al instante para dejar paso a su padre, Martín Palafox, el ilustre anatomista cuyo

legado su hijo había sido incapaz de continuar. El mismo olor químico que había notado

en el sueño al hundir las manos en el cabello de Teresa persistía todavía en la nariz de

Palafox. Una parte de su cerebro creyó reconocerlo. Cogiéndose del cabezal de la

cama, cerró los ojos con fuerza y contó hasta diez.

Cuando volvió a abrirlos, todos los rostros habían desaparecido y la sombra de la

puerta había adquirido definitivamente la forma de una silueta humana.

—Andreu —escuchó Palafox de nuevo; y esta vez supo que la voz que acababa de

articular su nombre no existía solo dentro de su cerebro.

La silueta dio un paso hacia atrás y desapareció entre las sombras. Palafox trató de

pronunciar el nombre de Teresa, pero sus labios solo consiguieron emitir un gemido

inarticulado. Al primer paso que trató de dar, el dormitorio empezó a girar de nuevo en

el sentido de las agujas del reloj y sus piernas estuvieron a punto de vencerse bajo su

peso. El anatomista pensó entonces en los autómatas que aguardaban a ser reparados en

su taller. Imaginó los engranajes que había dentro de cada uno de ellos, sus complejas

maquinarias de metal y de plata, el ingenio humano que alentaba sus vidas artificiales.

Y luego se imaginó a sí mismo como una de esas criaturas: una precisa obra de

relojería compuesta por miles de piezas perfectamente coordinadas para alcanzar el

milagro del movimiento.

Cuando logró alcanzar la puerta del dormitorio, su cuerpo funcionaba ya como un

verdadero autómeta: rígidamente, con movimientos bruscos y secos, pero sin pausa ni

vacilación.

La silueta de su visitante había desaparecido del rellano que anteceda a la puerta

del dormitorio, pero el rastro de su olor guió a Palafox escaleras abajo. Una luna

amarillenta colgaba del pedazo de cielo negro que cubría el patio interior, y su claridad

iluminaba tenuemente la galería cubierta y la escalinata que unía la planta noble del

edificio con el portalón exterior. La niebla fantasmagórica se había dispersado un poco,

pero el cerebro de Palafox seguía proyectando sombras a su alrededor.

De nuevo trató de pronunciar el nombre de Teresa, y de nuevo no lo consiguió.

Al llegar al pie de la escalinata, dos hechos atrajeron sucesivamente su atención.

El primero fue que el portalón de la calle estaba entreabierto. Y el segundo fue que en

el suelo del patio, junto a la puerta que conducía a la zona de servicio de la casa, un

cuerpo yacía envuelto en una tela oscura.

El cuerpo de una mujer.

Palafox dio un par de pasos al frente y vio el charco de sangre en torno al cuerpo,

que estaba tendido boca abajo sobre las losas del patio y tenía la cabeza vuelta hacia el

muro de piedra. A la luz de la luna, la sangre que todavía manaba de su cuello parecía

tan negra y espesa como la tinta de un frasco derramado. Tenía la cabeza descubierta, y

sus cabellos negros dibujaban también un borrón de tinta espesa sobre el lienzo de tela

oscura que la cubría.

A su lado había un cuchillo con el mango labrado en forma de serpientes y con la

hoja ensangrentada.

—Teresa —logró murmurar por fin Palafox.

Y en ese instante, una confusión de sombras y de rostros y de olores familiares se

cernió de nuevo sobre él y sus piernas, ahora sí, fueron incapaces de seguir sosteniendo

por más tiempo el peso de su cuerpo.

Adela se despertó de su propio sueño sin sueños cuando *Bigotes* se revolvió a su lado

en la cama y emitió un gruñido nervioso. La muchacha palpó a ciegas el lomo del gato y

se dio media vuelta entre las sábanas, pero el animal volvió a gruñir e hizo rodar su

cuerpo sobre el colchón. Sorprendida, Adela alargó otra vez la mano y notó ahora el

temblor de la carne del animal, así que abrió los ojos y aguardó a que su vista se

habituara a la penumbra.

—¿Qué pasa, *Bigotes*?

El gato emitió un maullido breve y arqueó su lomo bajo la mano de su dueña.

Adela se incorporó en la cama y buscó con la mirada la puerta del dormitorio. Y

entonces lo escuchó.

Dos juegos de pisadas que bajaban por la escalinata del patio. Primero unas pisadas veloces, ligeras, y luego otras más lentas y pesadas.

Adela se quedó sentada en la cama unos instantes. No sabía qué hora era, pero la

oscuridad del dormitorio indicaba que no había amanecido. Y la idea de dos personas

bajando a aquellas horas por la escalera de la casa era tan absurda que la criada no

supo cómo reaccionar. Pensó primero que tal vez el inspector Reigosa hubiera venido

para llevarse a su amo a inspeccionar un nuevo cadáver; pero enseguida comprendió

que no había oído sus golpes en el portalón del patio y que si bien la cerradura llevaba

semanas estropeada y el candado podía forzarse sin dificultades, el inspector no se

colaría en la casa sin accionar antes el llamador. Pensó entonces en la posibilidad de

que el señor Palafox hubiera invitado a alguien a su casa en mitad de la noche. A la

señorita Urbach, tal vez. La idea parecía absurda, desde luego; pero resultaba

preferible a cualquiera de las otras posibilidades que la mente de Adela empezaba a

conjeturar.

El sonido de las pisadas se apagó del todo, y durante unos segundos, la criada no

escuchó otra cosa que su propia respiración.

Y entonces la voz de su amo pronunció en la lejanía el nombre de pila de la señorita Urbach.

Cada vez más confusa, Adela encendió su lámpara de aceite y se levantó de la

cama. Salió con precaución del dormitorio, que lindaba con el vestíbulo de la planta de

servicio, y aguzó el oído en vano. Descalza y en camisón, con la lámpara en una mano y

con *Bigotes* abrazado contra el pecho, la criada se acercó a la puerta que daba al patio

y pegó una oreja a la madera. Al principio no escuchó nada, pero luego un ruido seco le

hizo dar un respingo.

—Teresa —repitió entonces la voz de su amo, en un tono que a Adela le encogió

el corazón.

La muchacha dejó la lámpara en el suelo y respiró hondo un par de veces. Luego le

dio un beso en la cabeza a *Bigotes*, agarró el picaporte y lo hizo girar con decisión.

Cuando logró abrazarse por fin al cuerpo sin vida de Teresa Urbach, Palafox sintió de

nuevo cómo aquel olor intenso se infiltraba en sus sentidos y en su conciencia y volvía

a remover en su interior un recuerdo de contornos poco definidos. Era un olor químico,

penetrante, que conjuraba a la vez en su imaginación la mesa de mármol de un teatro de

operaciones y la penumbra de una noche de amor. Sus manos se mancharon con la

sangre que brotaba del cuello abierto de la mujer, como antes se habían manchado las

perneras de su traje de dormir y las plantas de sus pies al acercarse y caer junto a ella.

No buscó su respiración ni intentó maniobra alguna de auxilio. El cuerpo de Teresa

estaba todavía caliente, pero la cantidad de sangre que había en el suelo y la relajación

de sus músculos no dejaban lugar a dudas sobre su estado. Incluso entre las brumas que

seguían empañando su cerebro, Palafox era consciente de que aquello que sus brazos

sostenían era el cuerpo de una mujer que se encontraba más allá de cualquier posibilidad de ayuda por parte de la ciencia médica.

Una nube solitaria cubrió durante unos instantes la luna y oscureció el patio por

completo. Palafox cerró los ojos, respiró el olor familiar del cabello de Teresa Urbach

y el mundo empezó a girar de nuevo a su alrededor con la velocidad y la precisión de

los ingenios bien ajustados. El espectáculo de linterna mágica se puso en marcha otra

vez. El rostro de su madre muerta se fundió ante sus ojos con el de la Dama del Pozo, y

este con el de Teresa Urbach, y este con el de la novicia que custodiaba el convento de

Santa Clara. Y una voz conocida le dijo entonces a Palafox que tal vez la magia sí

pudiera conseguir el milagro que su pobre ciencia ya no estaba en condiciones de

ejecutar.

Que tal vez los cuentos de hadas no mintieran.

Que tal vez un beso podía despertar de su sueño a una bella dama ensangrentada.

«Por fin empiezas a entenderlo.»

Andreu Palafox volvió hacia sí el cuerpo que tenía entre sus brazos y se inclinó

hacia el rostro sin vida de Teresa Urbach. Los labios de la mujer se le ofrecieron como

una rosa de pétalos ajados y sin color. No había rastro de aliento en ellos, pero el

anatomista los besó con la convicción de quien ejecuta un ritual sagrado.

El ritual definitivo.

El ritual para traer a los muertos de vuelta a la vida.

Como en el sueño que había estado soñando antes de despertar a aquella

pesadilla, Palafox cerró los ojos con fuerza y besó los labios de Teresa Urbach durante

diez, quince, veinte segundos, mientras el mundo giraba velozmente a su alrededor y en

el interior de sus párpados se proyectaba el espectáculo sin fin de su locura.

Y entonces una voz conocida pronunció a su espalda su apellido y el hechizo se

quebró en mil pedazos.

—¡Señor Palafox!

Adela gritó el nombre de su amo al tiempo que veía cerrarse el portalón del patio,

y por un instante no supo a cuál de aquellos dos misterios atender primero: el de qué

hacía el señor Palafox en el suelo con un cuerpo ensangrentado entre sus brazos, o el de

la sombra negra que acababa de salir huyendo al verla aparecer por la puerta de

servicio.

La cabeza del anatomista se volvió hacia ella y la miró como si tuviera delante a

un fantasma.

No llevaba puestos los anteojos, y sus labios temblaban como los de un niño que

está a punto de romper a llorar.

—Teresa —murmuró, con una voz que a Adela le sonó como si llegara de un lugar

muy lejano.

La criada dejó a *Bigotes* en el suelo y echó a correr hacia el portalón. Salió a la

calle y alcanzó a ver todavía la silueta de un carro que circulaba en dirección a la plaza

de San Jaime. Un carro bajo, descubierto, tirado por un único caballo y guiado por un

solo conductor, en cuya parte trasera Adela creyó distinguir —habría podido

jurarlo—

la forma de un ataúd. No trató de seguirlo. Dar la alarma a aquellas horas, comprendió,

no serviría más que para atraer a la casa del señor Palafox a los soldados que guardaban el toque de queda, y ninguna historia sobre un misterioso Hombre de Negro

iba a interesar más a aquellos tipos que la imagen del famoso anatomista caído en

desgracia aferrado a un cadáver. El único hombre de uniforme que entraría en casa

aquella noche, decidió Adela, sería el inspector Reigosa. Y para conseguirlo, ella

misma iba a tener que hacerse cargo de la situación.

La muchacha volvió al patio, cerró el portalón con el pasador forzado y miró a su

amo con un nudo de tristeza en el estómago.

—Está bien, jefe —dijo, acercándose a él con precaución y registrando de un solo

vistazo los elementos principales de la escena: el cuerpo sin vida que el señor Palafox

abrazaba en el suelo, el charco enorme de sangre que se extendía por el patio, las dos

sandalias caídas junto a los pies del cadáver y la lámpara de aceite solitaria que ella

misma había dejado junto a la puerta de servicio, cuya luz vacilante reflejaba

ahora las

lágrimas que llenaban los ojos del anatomista—. Ya puede dejarla. No hay nada que

hacer.

El señor Palafox agitó la cabeza de izquierda a derecha y se aferró todavía con

más fuerza al cadáver que tenía entre los brazos.

—Teresa —repitió.

Adela rodeó los dos cuerpos enlazados y fijó la vista en el enorme tajo que había

seccionado de parte a parte el cuello de la mujer. Un escalofrío le recorrió la espalda

por entero, desde la nuca hasta los riñones, y una primera arcada le devolvió a la

garganta el sabor del arroz que había cenado. Apartó la mirada de la herida y la paseó

por el hábito ensangrentado, por la piel descolorida, por las arrugas y las manchas que

salpicaban el rostro de aquella pobre mujer.

—No es la señorita Urbach, jefe.

El señor Palafox volvió a mirar a su criada como si no estuviera viéndola a ella,

sino a una de esas visiones que le llegaban desde el fondo del pozo del tiempo o desde

las brumas de su imaginación enferma. Así que Adela se secó con el puño las lágrimas

que acababan de aflorar también a sus ojos y repitió:

—No es la señorita Urbach, jefe. Es una monja. —La criada reparó entonces en la

cruz que colgaba sobre el pecho de la fallecida, y se persignó instintivamente —. Creo

que es la madre superiora de Santa Clara.

Andreu Palafox no pronunció una sola palabra ante aquella revelación. Lo único

que hizo fue seguir mirando en silencio el rostro de la monja muerta que tenía entre los

brazos y esbozar finalmente, al cabo de un par de minutos, algo parecido a una sonrisa.

Una sonrisa tan triste, tan desorientada, tan dolida y aliviada a la vez que Adela, llena

de vergüenza, se obligó a apartar la mirada del hombre y concentrarla en *Bigotes*, que

empezaba a olisquear el charco de sangre fresca con el pelaje todavía erizado y el lomo

arqueado como la collera de una bestia de carga.

En los segundos de silencio que siguieron, el sonido de unos pasos marciales que

bajaban por la calle se escuchó al otro lado del portalón cerrado, y enseguida se fundió

con la perfecta quietud de la noche veraniega.

En el cielo, una luna amarilla asomó y se ocultó un par de veces entre las nubes

que empezaban a cubrir el cielo de Barcelona.

Cuando Adela volvió a mirar a su amo, este estaba deshaciendo por fin el abrazo

que lo unía con la madre superiora del convento de Santa Clara. Lo hacía con precaución, casi con ternura; pero al dejar reposar en el suelo la cabeza de la mujer, la

herida de su cuello se abrió un poco más y expulsó una súbita emisión de sangre negra y

espesa.

Adela cerró los ojos, se volvió hacia la izquierda y vomitó violentamente la cena

contra el muro del patio.

cuarta parte

NEOTHERMAS

25

Cuando Teresa Urbach abandonó aquella mañana el sanatorio Neothermas, una espesa

cortina de agua difuminaba los perfiles de la calle de la Canuda. Apenas un par de

pasos la separaban del coche que aguardaba detenido ante la puerta, pero, aun así, la

novelista montó en la cabina del vehículo con la ropa y el sombrero empapados. No le

importó; ni siquiera llegó a notarlo. Lo único que Teresa Urbach notaba aquella mañana

era la rabia abrasadora que sentía, y la impotencia, y la pura desesperación de no saber

qué hacer a continuación.

—Volvemos a casa —le anunció al cochero, descubriéndose la cabeza y

pasándose una mano distraída por la frente empapada—. Pero antes tengo que encontrar

al inspector Reigosa.

El hombre no hizo preguntas. Con una orden gutural hizo arrancar a los caballos, y

el coche comenzó a avanzar camino de la Rambla bajo la lluvia caliente que no cesaba

de caer desde primera hora de la mañana.

Andaban ya cerca del llano de la Boquería cuando Teresa reparó en los dos

diarios que había doblados en un rincón de su asiento. Mecánicamente, tomó el primero

de ellos y miró su portada. Se trataba del *Diario de Barcelona*, el mismo que

veinticuatro horas antes había hecho públicas las primeras noticias sobre el hallazgo de

la Dama del Pozo y los asesinatos de Oliver Manning y de Leandro Moreira.

«¡ABAJO

LAS MURALLAS!», proclamaba con gran alarde tipográfico su titular principal de aquella

mañana, y debajo, tres apretadas columnas daban cuenta del inicio de las demoliciones,

del plan de actuación previsto para las próximas jornadas y del lugar al que debían

acudir los voluntarios que quisieran apuntarse a la «heroica tarea» de liberar por fin a

Barcelona de sus muros medievales.

El segundo diario que había sobre el asiento de la cabina era *La voz de la ciudad*,

una publicación que Teresa nunca había hojeado con anterioridad y que más bien

parecía, atendiendo a sus escasas páginas, una hoja parroquial con ínfulas de diario

urbano. La portada no hacía ninguna referencia al derribo de las murallas; lo que en ella

se leía era un resumen de todas las informaciones sensacionalistas publicadas el día

anterior por el *Diario de Barcelona*, con dos añadidos que le provocaron a la novelista

un suspiro de incomodidad. «LA PROFECÍA DE LAS OCAS», rezaba una de las entradillas

inferiores, y a su pie se relataba el misterio de las veintiséis ocas muertas el día

anterior en el claustro de la catedral y en el Salón Royal de la Rambla; unas

muertes

inexplicadas cuyo sentido estaba claro para quien había escrito la nota: se
avicinaba un

tiempo de desgracias para Barcelona, e incluso los animales sagrados trataban
de

hacérselo saber a sus descreídos habitantes. Otra entradilla hablaba del
«negro heraldo

de la muerte» que se paseaba por la ciudad anunciando desgracias
inminentes, y el

redactor citaba la autoridad de varias personalidades callejeras que habían
sido

testigos de su aparición momentos antes de que algún hecho terrible
sucediera. Una niña

atropellada delante de Santa María del Mar; el hundimiento de un bloque de
vecinos en

el Portal Nuevo; las muertes de un procurador de prostitutas en Trentaclus y
de un

mendigo en la acequia del Riego Condal...

—Las Atarazanas, señorita Urbach —anunció entonces la voz amable del
cochero,

colándose por la rejilla que comunicaba la cabina con el pescante y obligando
a Teresa

a retirar su atención de las informaciones del diario—. ¿Empezamos a buscar
al

inspector Reigosa aquí?

La novelista miró por la ventanilla y comprobó que la lluvia seguía entelando las

formas y los colores del mundo exterior. Los imponentes muros medievales de las

Atarazanas eran apenas una mancha oscura recortada sobre la muralla de Mar, y los

militares que controlaban el acceso al recinto parecían aquella mañana particularmente

borrosos e infelices.

—Una idea excelente —dijo, doblando en cuatro partes el diario y arrojándolo

con desdén al otro extremo del asiento. Y buscando la mirada del cochero, que la

observaba ahora desde su pescante con expresión dubitativa, añadió—: Si esos

soldados nos dan el alto, déjeme hablar a mí.

Aquilino Carrera levantó la vista del abanico de expedientes que tenía desplegado

sobre la mesa y miró a Octavio Reigosa con expresión compungida.

—Estaba esperando su visita, inspector —dijo, poniendo en pie con alguna

torpeza su corpachón de viejo prematuro y acudiendo al encuentro de Reigosa con la

mano tendida al frente.

Una luz crepuscular iluminaba el despacho del director de Neothermas. La lluvia

formaba una cortina traslúcida al otro lado de la ventana, y su sonido era tan triste

como el propio aspecto del alienista. Reigosa registró de un solo vistazo la raya mal

trazada en el pelo, las mejillas sin afeitar, el cuello de la camisa mal ajustado, y la

suma de aquellos descuidos, en un hombre de natural tan atildado como Carrera, le

reveló la hondura del problema que tenían delante.

—He venido lo antes posible, doctor —contestó, estrechando la mano blanda y

húmeda de su anfitrión—. Me han retrasado algunos asuntos relacionados con los

sucesos de anoche.

El doctor Carrera asintió con gravedad.

—La señorita Urbach ha estado aquí hace apenas una hora —le informó—. Me ha

hecho saber que estaba usted ocupándose del destino de esa desventurada. ¿Quiere tal

vez...?

El inspector Reigosa rechazó con la cabeza la invitación del alienista, que estaba

señalando con su diestra una de las butacas del despacho y también, oblicuamente, el

servicio de licores que había junto a la pared.

—Prefiero ver cuanto antes al señor Palafox.

El doctor Carrera apartó la vista de Reigosa y la repartió entre los dos empleados

del sanatorio que habían acompañado al inspector hasta su despacho.

—Gracias, señora Daudí —dijo, dirigiéndose con tono respetuoso a la gobernanta

de Neothermas—. Puede regresar a sus tareas. Y usted puede volver también a su

puesto, señor Morel. Si alguien pregunta por mí en recepción durante la próxima hora,

dígale que no estoy disponible.

El aludido inclinó la cabeza y desapareció al instante por el pasillo en compañía

de la señora Daudí. Era un hombre de mediana edad, barbado y circunspecto, que había

recibido aquella mañana al inspector en el vestíbulo de Neothermas con una actitud

muy distinta a la del día anterior, cuando había tratado por todos los medios de

impedirle la entrada al sanatorio. También la señora Benedicta Daudí había sido más

amable con él en esta ocasión. Al parecer, el reingreso de urgencia de Andreu Palafox

la noche pasada en Neothermas había variado de forma notable el estatus de Reigosa

dentro de aquella institución.

Cuando se hubieron quedado los dos a solas, el doctor Carrera cerró la puerta del

despacho y miró al inspector con la cabeza ligeramente ladeada.

—No sé si es una buena idea que vea ahora al señor Palafox —dijo—. Me temo

que su estado no es todavía el adecuado para empezar a recibir visitas.

Reigosa asintió con impaciencia.

—Eso le ha dicho a la señorita Urbach, sí. Ha venido a buscarme al salir de aquí y

me ha hecho saber que el señor Palafox se encuentra incomunicado hasta nueva orden.

—El inspector sostuvo con firmeza la mirada del alienista—. Pero la mía no es una

visita de cortesía, doctor. Yo no estoy aquí en calidad de amigo del señor Palafox. Yo

necesito hablar con él de lo que sucedió anoche.

—Eso es precisamente lo que debemos evitar —replicó de inmediato el doctor

Carrera—. No creo que el señor Palafox esté en condiciones de hablar con usted de los

sucesos de anoche.

—¿Qué quiere decir?

—El señor Palafox se encuentra muy confuso. Confuso y alterado. Estos

últimos

días han supuesto una prueba extremadamente dura para él. —El alienista miró a

Reigosa con expresión equívoca—. Usted, inspector, está habituado a tratar a diario

con cadáveres y con asesinos. Su oficio le ha preparado para no inmutarse ante visiones

como la de un caballero inglés degollado o la de una joven enterrada en un sarcófago

de piedra. Para el común de los mortales, sin embargo, presenciar este tipo de escenas

o verse implicado en esta clase de violencias genera una tensión que se va acumulando

en la mente, y que en ocasiones acaba por estallar de formas insospechadas.

El inspector Reigosa se concedió unos instantes de reflexión antes de afirmar:

—Con el debido respeto, doctor, el señor Palafox no forma parte del común de los

mortales. Él es un anatomista. Si alguien está más habituado que yo a lidiar con cuerpos

sin vida, ese es él.

El doctor Carrera negó tristemente con la cabeza.

—El señor Palafox no es un anatomista, inspector. Lo fue una vez, pero ya no lo

es. Y ese es precisamente el problema.

—¿Ese es el problema?

—Todo esto ha removido aguas muy profundas en la mente de su amigo —
explicó

el alienista—. Hace tres años, el señor Palafox abandonó Neothermas en
contra de mi

consejo profesional. Su tratamiento, según les dije entonces una y otra vez,
no había

llegado a su fin. El señor Palafox no era un hombre sano cuando abandonó el
sanatorio,

y los sucesos de estos días han reabierto la cicatriz que entonces no tuvimos
ocasión de

cerrar completamente.

El inspector apartó la vista del rostro de su interlocutor y la paseó por las
butacas,

la mesa y el servicio de licores del despacho. Ahora sí que se hubiera tomado
un trago.

—Lo que sucedió hace tres años no tiene nada que ver con la situación actual
del

señor Palafox —dijo sin convicción alguna.

—No es eso lo que me parece a mí. Usted es el policía, por supuesto; pero yo

diría que no parece descabellado aventurar que todos los sucesos de los
últimos tres

días apuntan en una misma dirección. Y esa dirección es la dolencia del señor
Palafox.

Reigosa recibió aquellas palabras con un gruñido de impaciencia. «La

dolencia

del señor Palafox.» Sin moverse de su lugar en mitad del despacho, sostuvo la mirada

firme del alienista y repuso:

—A mí, en cambio, relacionar la salud del señor Palafox con los cinco cadáveres

que llevo investigados en lo que va de agosto sí me parece descabellado. Me parece tan

descabellado que, de hecho, ni siquiera voy a preguntarle en qué se basa para afirmar

tal disparate.

Aquilino Carrera esbozó en este punto una media sonrisa desagradable.

—¿De verdad, inspector? Pensaba que había hablado usted con el obispo Riera...

—Está usted bien informado.

—Sabrá entonces lo que Su Excelencia opina de la dolencia del señor Palafox. Y

conocerá también sus ideas un tanto... particulares, sobre los hechos de los últimos

días. Signos y señales, inspector.

Reigosa agitó la cabeza con incredulidad.

—No creerá usted también en esas tonterías, doctor.

—Lo que yo creo, inspector, es que alguien se ha tomado muchas molestias para

situar al señor Palafox en el centro de una red de signos y señales tan tupida como esta

alfombra —afirmó el alienista, golpeando con sus tacones el suelo del despacho—. El

cadáver incorrupto de una doncella romana, un heraldo del progreso asesinado en una

pensión del puerto, un fantasma embozado paseándose por la ciudad y esparciendo a su

alrededor muerte y destrucción... El nombre del señor Palafox escrito en esa tarjeta de

visita, junto al nombre de Neothermas y al de la clarisa que hace unas horas murió entre

sus brazos. —El doctor Carrera se acarició brevemente la papada que colgaba sobre el

cuello de su camisa—. La señorita Urbach me lo ha contado esta mañana. Felicia

Dedéu ha resultado ser la madre superiora del convento de Santa Clara, y no la paciente

que vino usted a visitar aquí ayer. ¿Es cierto?

El inspector asintió de forma casi imperceptible.

—La misma paciente que el señor Manning vino aquí a visitar horas antes de ser

también degollado —puntualizó—. ¿Qué papel tiene ella dentro del sistema de signos y

señales del obispo Riera?

El alienista sonrió de nuevo.

—Yo no soy teólogo, inspector. Ni tampoco soy detective. Yo solo digo que el

señor Palafox lleva tres días viviendo en una realidad que se parece demasiado a las

fantasías que su dolencia genera en su cerebro enfermo. Y lo que sucedió anoche en su

propia casa, fuera lo que fuese, resultó tan traumático para él como el incidente de hace

tres años.

Reigosa sintió aquella última frase como un puñetazo en el estómago.

—No relacione lo que sucedió anoche con aquel incidente, doctor.

—No digo que anoche sucediera algo parecido a lo de hace tres años, inspector —

se apresuró a matizar el alienista—. Solo digo que el efecto de lo sucedido en la mente

del señor Palafox ha sido parecido. Pero también voy a permitirme señalar que la

similitud entre ambos sucesos sugiere, a mi modo de ver, una clara intención de colocar

al señor Palafox en una posición extremadamente delicada. ¿Va a decirme que usted no

lo ve también así?

El inspector Reigosa tardó varios segundos en contestar.

—Hace tres años, el señor Palafox sufrió lo que usted mismo calificó como un acceso de locura temporal —dijo por fin—. Se disponía a ejecutar su primera operación quirúrgica como anatomista titulado, y acabó practicándole a su paciente una suerte de lobotomía involuntaria de consecuencias irreversibles. Lo hizo mientras experimentaba una de esas visiones suyas que el obispo Riera considera milagrosas o sobrenaturales, y que usted califica de alucinaciones causadas por su condición mental.

¿Qué relación hay entre esto y lo que sucedió anoche?

—No hay ninguna relación, por supuesto —respondió el doctor Carrera sin dudar. Y al momento añadió—: Salvo que usted y yo sabemos que no es eso lo que el mundo va a pensar.

—El mundo —repitió Reigosa.

—El mundo. La ciudad. Llámelo usted como quiera. —El alienista se encogió de hombros—. Otra mujer ensangrentada en brazos de Andreu Palafox, su reingreso en Neothermas...

Reigosa tragó saliva y trató de refutar sus propios pensamientos. No lo consiguió.

El doctor Carrera tenía razón, volvían a estar en 1851. Y esta vez, la mujer ensangrentada había amanecido sobre una mesa de piedra en la morgue de las Atarazanas.

—Nadie sabe que el señor Palafox ha ingresado en Neothermas —dijo—. Y nadie

lo debe saber.

—Por supuesto que no. Y tenga la seguridad de que ninguno de mis empleados

dará noticia de lo sucedido. Pero usted y yo conocemos bien esta ciudad.

El inspector Reigosa agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Esto no me vale, doctor.

—Ya sabe a lo que me refiero. ¿Cuánto tiempo va a poder ocultarles a las autoridades las circunstancias del asesinato de anoche? Y una vez las conozcan, ¿cuánto

van a tardar en querer interrogar al señor Palafox?

«Las autoridades», pensó Reigosa.

—La autoridad soy yo, doctor —dijo.

—Ojalá fuera cierto, inspector. Pero en Barcelona, por mucho que a usted y a mí

nos desagrade, solo hay dos clases de autoridades. Unas visten sotana y las otras llevan

sable militar.

El silencio que se hizo en ese punto en el despacho le permitió a Reigosa reparar

en el sonido de la lluvia que caía aquella mañana sobre Barcelona. Una lluvia monótona, pertinaz, lenta y caliente como la orina de una bestia moribunda.

—Los militares tienen mejores cosas de las que ocuparse —afirmó por fin—.

Como esa huelga obrera que no termina, o como las murallas que hoy mismo empezarán

a caer. Y en cuanto a las sotanas... —Reigosa no supo cómo continuar la frase, así que

se limitó a decir—: Usted cuide de que nadie de aquí dentro levante la liebre, que ya

me ocuparé yo de lo de fuera.

—No tema por nuestra discreción, inspector.

Reigosa comprendió que no tenía sentido seguir alargando aquella conversación.

Desde el momento en que él mismo había sugerido su reingreso en Neothermas, Palafox

había pasado a ser responsabilidad del doctor Carrera. De nada serviría discutir con él

la manera de tratar a su paciente o de gestionar su régimen de visitas.

—¿Cuándo podré ver al señor Palafox? —preguntó.

El alienista posó ambas manos en su panza prominente y frunció los labios.

—Podríamos intentarlo esta tarde —contestó en tono dubitativo—. Si la

medicación que le estoy administrando actúa de forma adecuada, su mente debería

empezar a despejarse en las próximas horas.

—Vendré a las seis, entonces.

—Vendrá acompañado, imagino.

El doctor Carrera no necesitó pronunciar el nombre de Teresa Urbach para que

Reigosa lo escuchara claramente.

—¿Le parece una buena idea?

—Me parece una idea inevitable. —El hombre esbozó una sonrisa—. Yo también

conozco a la hija del señor Urbach.

—Estaremos aquí los dos a las seis. Gracias por todo.

Reigosa estrechó la mano del doctor Carrera, abandonó a solas su despacho y se

condujo a sí mismo por el complejo laberinto de pasillos, rellanos y escaleras que

llevaba hasta el vestíbulo principal del sanatorio. Allí se despidió del señor Morel con

una inclinación de cabeza.

Ya estaba a punto de salir a la calle de la Canuda cuando una voz a su espalda lo

obligó a detenerse.

—¡Inspector Reigosa!

Una joven enfermera, la misma que la mañana anterior le había acompañado en su

visita a la habitación de la paciente sin memoria, llegó a su lado con la respiración

alterada.

—Laura, ¿verdad?

La muchacha asintió con un cierto aire sorprendido.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó en voz baja.

—La señorita Urbach me lo dijo. Hablaste con ella y con el señor Palafox hace un

par de días, ¿verdad?

Laura asintió con seriedad.

—Les conté lo de la visita del caballero inglés a la paciente que vino a ver usted

ayer.

—¿Y bien?

—Solo quería... —La muchacha volvió la cabeza hacia el vestíbulo y miró al

señor Morel, que los observaba desde el mostrador de recepción con el ceño

ligeramente fruncido. Luego se dirigió a Reigosa en voz baja—: Solo quería decirle

que pienso vigilar al amigo de la señorita Urbach.

El inspector no supo qué responder a esto, así que se limitó a decir:

—Te lo agradezco.

—Dígale a la señorita Urbach que no le quitaré ojo. Y que si veo algo raro, se lo

haré saber. —La enfermera agachó un instante la cabeza y pareció inspeccionar su

propio uniforme blanquísimo. Luego miró de nuevo a Reigosa y añadió—: Soy una gran

admiradora de sus libros.

El inspector sonrió amablemente.

—¿Y quién no?

—Ha estado aquí esta mañana. No la han dejado ver a su amigo y se ha marchado

muy enfadada. Yo estaba en la habitación de la Dama del Pozo y la he visto salir desde

la ventana.

Reigosa sintió un cosquilleo en el estómago al escuchar a la muchacha referirse

con aquel apelativo a su paciente.

—Volveremos los dos esta tarde —dijo—. Visitaremos juntos al señor Palafox.

El rostro de la muchacha se iluminó hermosamente.

—Tengo que volver al trabajo —anunció—. Dígale a la señorita Urbach que

puede estar tranquila.

La enfermera echó a caminar hacia el interior del vestíbulo, inclinó la cabeza al

pasar junto al mostrador que ocupaba el señor Morel y desapareció apresuradamente

por el pasillo que conducía a la zona de las habitaciones. Solo entonces abandonó

Reigosa el sanatorio y se enfrentó por fin a la lluvia torrencial que ahora caía sobre la

calle de la Canuda.

26

Anclado como un viejo navío al pie de la bajada de los Leones, el caserón de los

Urbach ofrecía aquella mañana el aspecto de una fortaleza habitada por espectros y por

damas encantadas. Sus torres erizadas de almenas y merlones, sus ventanas enrejadas,

la piedra oscura de sus muros centenarios... Bajo la intensa lluvia que caía desde

primera hora de la madrugada, la estampa imponente del edificio conjuraba toda clase

de imágenes siniestras que Adela, sin embargo, no estaba segura de querer ahuyentar de

su mente. Al fin y al cabo, mejor pensar en castillos encantados que en clarisas

degolladas, o que en asesinos embozados y sin rostro, o que en hombres buenos con la

razón perdida.

Resguardada bajo los aleros de la galería cubierta, la criada de Andreu Palafox

veía caer la lluvia sobre las losas del patio y trataba de no pensar en los sucesos de la

noche anterior. Hacía poco más de seis horas que la señorita Urbach la había llevado

de la mano hasta aquel caserón y la había dejado al cuidado de Esteban, el criado

principal de la familia, un hombre afable y laborioso que en apenas un par de minutos

había acondicionado para ella un dormitorio situado en la planta noble del edificio.

Para entonces, el inspector Reigosa se había hecho cargo ya de la situación en la calle

del Regomir y había comenzado a impartir órdenes al señor y a la señorita Urbach con

una autoridad que a Adela, de algún modo, la había reconfortado casi tanto como la

calma con que padre e hija se habían conducido desde su llegada al patio del señor

Palafox.

Lo que había sucedido hasta ese momento, sin embargo, estaba casi tan brumoso

en su memoria como el cielo que ahora cubría el caserón de los Urbach.
Después de su

encuentro con el Hombre de Negro, Adela recordaba vagamente haber
alejado a su amo

del cadáver de la madre superiora del convento de Santa Clara y haberlo
tendido en su

cama. También recordaba haber encerrado a *Bigotes* en su propio dormitorio
antes de

salir corriendo por las calles desiertas del barrio del Regomir en busca de
Teresa

Urbach. Esteban había tardado varios minutos en abrirle la puerta de la verja,
pero a la

novelista le había bastado con escuchar el inicio del atropellado relato de
Adela para

regresar al interior del edificio, despertar a su padre y arrastrarlo con ellas
hasta la

casa del anatomista. Allí la señorita Urbach se había ocupado de atender con

desarmante dulzura a su amigo, y Eliseo Urbach se había quedado en el patio,
velando

el cadáver de la clarisa, mientras Adela salía en busca del inspector Reigosa.

El policía había escuchado los balbuceos de la criada con menos paciencia
que la

señorita Urbach. Pero media hora más tarde, cuando ya había organizado el
traslado del

anatomista a Neothermas y había sugerido también que Adela se instalara
aquella noche

en el caserón de la bajada de los Leones, había tomado a la muchacha de las manos y le

había dicho:

—Palafox tiene suerte de tener una criada como tú, Adela. Cuando vuelva a ser él

mismo, estará orgulloso de ti.

Adela rememoró ahora esas palabras del inspector y recordó también, con un nudo

en la garganta, la sonrisa triste que la señorita Urbach le había dedicado antes de

regresar con su carruaje a la casa de la calle del Regomir para recoger al señor Palafox

y llevarlo a Neothermas.

—Todo se va a solucionar —había dicho la mujer—. Ahora intenta dormir un poco. Mañana vas a tener que ayudarme.

Y eso era lo que Adela estaba decidida a hacer ahora. Ayudar a la señorita

Urbach. Aclarar junto a ella lo sucedido la noche anterior en casa del señor Palafox y

solucionar cuanto antes aquel embrollo perverso que había acabado con su amo

encerrado otra vez en un asilo para alienados.

—¿Señorita Adela?

Sobresaltada, la muchacha se volvió hacia el interior de la galería y vio a Esteban,

el criado de los Urbach, mirándola con curiosidad.

—Me ha asustado —dijo tímidamente—. Es la primera vez que alguien me llama

señorita...

Esteban sonrió amablemente.

—La señorita Urbach la está esperando —anunció—. El coche está en la puerta.

Si hace el favor de acompañarme...

Adela siguió al criado por una sucesión de pasillos y escaleras hasta el patio del

casarón. Allí el hombre abrió un paraguas y cubrió con él a la muchacha mientras esta

salía a la calle y montaba en el coche familiar de los Urbach.

—Gracias, Esteban —dijo Teresa Urbach, desplazándose hacia el interior de la

cabina para hacer sitio a Adela—. Si mi padre pregunta por nosotras, estaremos en

Santa Clara.

—Entendido, señorita.

El criado cerró de un golpe la portezuela del coche y se retiró hacia el muro del

casarón. Teresa le dio la orden de arranque al cochero, y solo entonces se volvió hacia

Adela y le dedicó una mirada reconfortante.

—¿Has podido dormir algo?

La muchacha negó con la cabeza.

—¿Le ha visto? —preguntó a su vez.

—No me lo han permitido. Tal vez el inspector tenga más suerte. —Teresa Urbach

le refirió a Adela su inútil visita a Neothermas y su posterior conversación con Octavio

Reigosa en las Atarazanas, y concluyó—: El doctor Carrera sabe lo que se hace,

imagino.

—El doctor Carrera no tiene ni idea de nada —replicó Adela al instante—. Según

él, lo que el señor Palafox ve no son más que alucinaciones. Lo trata como a un loco.

Teresa sonrió ante la expresión vehemente de la criada.

—El doctor Carrera es un alienista. Para él, todo se reduce a salud y enfermedad.

—El señor Palafox no es un enfermo. Y usted lo sabe.

—El señor Palafox no es un enfermo —coincidió la novelista—. Pero ahora mismo, tal como están las cosas, Neothermas no es un mal lugar para él. Y por irritante

que pueda resultar en ocasiones, el celo del doctor Carrera también nos será de

utilidad.

Adela pensó en ello unos instantes.

—Usted también cree que el señor Palafox corre peligro —dijo por fin.

—Eso me temo.

—Alguien quiere hacerle daño, y el inspector y usted piensan que en ese sanatorio

está más protegido. Por eso decidieron llevarlo allí anoche.

Teresa Urbach tomó la mano derecha de la muchacha y ejerció sobre ella una ligera presión.

—Y por eso ahora tenemos que descubrir quién quiere hacerle daño, y por qué.

Adela asintió con la cabeza y, tras una breve vacilación, se decidió a convertir en

palabras la idea que había estado rondando por su mente durante aquellas últimas horas

de insomnio.

—Creo que yo sé quién está detrás de todo esto —dijo—. Creo que sé quién quiere hacerle daño al señor Palafox.

Teresa miró a Adela con expresión menos sorprendida de lo que la criada había

previsto.

—¿De verdad?

—Creo que todo tiene que ver con lo que pasó hace tres años. La paciente a la que

el señor Palafox estuvo a punto de matar cuando era anatomista.

—¿Por qué piensas eso?

—Ayer conocí a alguien que la había tratado antes de aquello. No era un familiar

de esa mujer, pero le guardaba un gran rencor al señor Palafox por lo sucedido. Dijo

que la pobre no puede valerse por sí sola y que su cabeza no ha vuelto a ser la misma

desde aquel día. —Adela hizo una pequeña pausa antes de preguntar—: Esa mujer

tendría padres y hermanos, ¿verdad? O un novio, o un pretendiente, o alguien que la

quería y que no ha sido capaz de perdonar lo que le hizo el señor Palafox.

Teresa Urbach apartó la vista de Adela y miró por la ventanilla de su portezuela.

Ya abandonaban la plaza de San Miguel, comprobó, y parecía que la lluvia comenzaba

a remitir. Dos minutos más y estarían en la plaza del Rey.

—No creo que los tiros vayan por ahí —dijo, enfrentando de nuevo la mirada de

la criada de Palafox.

—Si alguien le hiciera daño a alguien a quien yo quiero, yo tendría deseos de vengarme. ¿Usted no?

La novelista no respondió a esta pregunta.

—Esa mujer se llama Alicia —dijo en cambio—. Alicia Ferrer. Cuando sucedió

aquello, tenía veinticinco años y era maestra voluntaria en una escuela para niñas del

barrio de Santa Catalina. No estaba casada ni tenía hermanos, y de sus padres se ocupó

el mío con suficiente generosidad. Había un prometido, un hombre al que la familia no

tenía gran aprecio, pero desapareció cuando se hizo evidente que las secuelas del

incidente no iban a ser temporales. —Teresa agitó la cabeza—. Ni el señor Ferrer ni su

esposa están detrás de todo esto. Estoy segura de ello.

—¿Siguen en contacto con ellos?

—Mi padre dio trabajo al señor Ferrer. Desde entonces ocupa un puesto de escasa

responsabilidad en el departamento de contabilidad de su fábrica. Le diré que hable

con él, pero sé que ese pobre hombre no está detrás de todo esto. Le guarda rencor al

señor Palafox, sin duda, y no sería humano si no lo hiciera; pero de ahí a imaginarlo

buscando venganza hay un gran trecho. Y menos una venganza como esta, tan

absurdamente elaborada y con tantas víctimas de por medio.

El coche detuvo en ese instante su marcha, y la voz del cochero anunciando que

habían llegado al convento de Santa Clara impidió que Adela tratara de defender su

teoría; una teoría en la que, en el fondo, ella misma tampoco estaba segura de creer. A

fin de cuentas, ¿cómo encajaban en aquella supuesta venganza paterna los asesinatos de

un ingeniero inglés y de un procurador de prostitutas, por no hablar de las dos Damas

del Pozo? ¿Y por qué degollar a una clarisa en el patio de la casa del señor Palafox y

no degollarlo directamente a él? Quien fuera que estuviera detrás de todo aquello, no

quería ver muerto a su amo; solo quería enloquecerlo y convertirlo en sospechoso de

asesinato.

—Puede que tenga razón —concedió—. Era solo una idea.

—Era una buena idea —aseguró Teresa Urbach—. Y creo que no andas

desencaminada. Yo también pienso que detrás de todo esto se esconde alguien que

siente un interés perverso por nuestro amigo.

«Nuestro amigo.» A Adela le gustó escuchar a la señorita Urbach referirse así a su

amo.

—Tal vez aquí tengamos más suerte —dijo, bajando del coche tras ella y mirando

con súbita aprensión los sucios muros del convento de Santa Clara.

También Teresa observó el antiguo palacio real con rostro serio y ojos brillantes.

—Algo me dice que así será.

Adela se volvió hacia ella con sorpresa.

—¿Quiere decir...? —No terminó su pregunta.

La novelista la tomó del brazo, y las dos echaron a caminar hacia la escalinata de

acceso al portalón del convento con el cochero siguiéndolas, paraguas en alto, a una

mínima distancia prudencial.

—Todo empezó aquí, al fin y al cabo. Con un milagro. —Teresa Urbach se

recogió las faldas y empezó a subir peldaños—. Y ahora creo que no atendimos lo

suficiente a lo que la Dama del Pozo trataba de decirle al señor Palafox.

27

El inspector Reigosa se apeó de su coche oficial al pie de las torres de la plaza Nueva

y enfiló una vez más la cuesta de la calle del Obispo. En esta ocasión, sin embargo, no

tuvo ocasión de alcanzar la verja que cerraba el patio del palacio episcopal. Al llegar a

la boca de la calle de Santa Lucía, una silueta familiar guió su atención hacia la

pequeña capilla románica adosada a la catedral y lo obligó a variar el plan que lo había

llevado hasta allí.

Eran las diez y media de la mañana. Hacía escasos minutos que había dejado de

llover, y los adoquines que empedraban las calles del centro comenzaban a cubrirse del

característico barro rojizo que afloraba sin falta después de cada chaparrón. El

inspector se restregó cuidadosamente los zapatos en el umbral de la puerta del templo,

descubrió su cabeza y entró en la capilla de Santa Lucía con el sombrero debajo del

brazo. Hacía tal vez un lustro que no pisaba aquel lugar, pensó mientras se acercaba a

la única figura que estaba arrodillada en el interior de la nave. Un lugar tranquilo: no

había muchos rincones en Barcelona que un miembro del Cuerpo de Vigilancia no

acabara visitando regularmente en el desempeño de su oficio, y ni siquiera los templos

del Monte Táber se libraban de su cuota generosa de crímenes y fechorías.

—Buenos días, Su Excelencia.

El obispo Riera concluyó la oración que estaba musitando antes de levantar la cabeza y mirar al inspector Reigosa, que se había detenido un par de pasos a su espalda.

En la sobria penumbra de la capilla, la cara del anciano se veía tan pálida y ajada

que Reigosa, por un instante, creyó hallarse en presencia de un nuevo cadáver.

—Le estaba esperando, inspector —dijo por fin, alzando penosamente su cuerpo y

tomando asiento en la primera bancada.

Reigosa se sentó a su lado y resistió el impulso instintivo de santiguarse antes de

empezar a hablar.

—Mi más sentido pésame —murmuró—. Imagino que mantenía usted una estrecha

relación con la madre Piedad. Su muerte ha debido de ser un golpe especialmente duro

para usted.

El obispo Riera no se molestó en asentir ni en darle las gracias al inspector.

—¿Ha sido ese hombre del que me habló ayer el señor Palafox? —preguntó —.

¿Ese hombre embozado que vieron ustedes la noche que acudieron a inspeccionar el

cadáver incorrupto?

Reigosa fingió no haber escuchado esta última palabra y se limitó a asentir con

gravedad.

—Eso parece.

—¿No están seguros?

—La criada del señor Palafox vio salir huyendo de su casa a alguien que encaja

con nuestro hombre. Entendemos que fue él quien llevó allí a la madre Piedad.

—¿Y aún no saben quién es?

Reigosa dejó su sombrero sobre el banco y buscó sin éxito la mirada del anciano,

que estaba perdida en sus propias manos entrelazadas.

—¿Lo sabe usted, Su Excelencia?

El obispo Riera no movió la cabeza.

—La madre Piedad no habría tolerado la presencia de un hombre en el convento

sin mi consentimiento —dijo—. Fuera de las emergencias médicas y de los servicios

de reparto regulares, las únicas visitas masculinas permitidas en los conventos

femeninos de esta ciudad son las que yo mismo apruebo.

—¿Entonces?

—Saque usted sus propias conclusiones.

Reigosa emitió un gruñido de impaciencia.

—Mi conclusión es sencilla, Su Excelencia. Por alguna razón que se nos escapa,

la madre Piedad permitió el acceso al convento a ese caballero sin informarlo a usted.

Los hombros del religioso se encogieron desganadamente.

—Piense lo que guste.

—Debemos suponer que lo conocía bien. Una madre superiora con su experiencia

no se hubiera dejado engañar por alguien que pretendiera venir de parte del obispado, y

menos con esa indumentaria. Tal vez aquella no era su primera visita. Tal vez la madre

Piedad y ese Hombre de Negro se traían algo entre manos.

El obispo Riera levantó, ahora sí, la cabeza.

—¿Qué está insinuando, inspector?

—No insinúo nada. Solo señalo lo evidente.

—Lo evidente para usted.

—A la madre Piedad la asesinó anoche un hombre al que yo vi en su compañía

hace tres noches. Y ese mismo hombre ha asesinado ya, por lo que sabemos,

a otros dos

hombres y puede que también a una pobre infortunada. El nombre seglar de la madre

Piedad aparecía en la tarjeta que encontramos en poder de uno de esos hombres, junto

al nombre del propietario de la casa en la que anoche fue asesinada. — Reigosa hizo

una pausa antes de preguntar—: ¿Qué le sugiere a usted todo esto?

La boca desdentada del obispo Riera se abrió y se cerró un par de veces antes de

expeler a su vez la siguiente pregunta:

—¿De verdad quiere saberlo?

—Para eso estoy aquí.

—En ese caso, le diré lo que me sugiere. Me sugiere que las ramas no le
dejan ver

a usted el bosque.

El inspector se concedió algunos segundos de reflexión antes de replicar:

—Me parece, Su Excelencia, que el bosque que usted ve no está al alcance de
los

ojos de este humilde policía.

—Lo estaría si dejara de negarse a ver la realidad.

—La realidad —repitió Reigosa—. Sospecho que usted y yo manejamos
definiciones diferentes de esa palabra.

—Ha oído lo que sucedió ayer con las ocas de la catedral y con las del
convento

desamortizado de la Boquería, ¿verdad? Ha escuchado los relatos sobre ese
Hombre de

Negro que circulan por la ciudad. Ha visto los cadáveres infestados que ya
empiezan a

apilarse en Santa Ana. —Los labios del anciano temblaron antes de añadir—:
Ha sido

usted testigo de cómo todos los focos alumbran por fin al señor Palafox.

—De lo único que estoy siendo testigo, Su Excelencia, es de cómo alguien
trata de

destruir la cordura del señor Palafox mientras siembra un rastro de cadáveres a su

alrededor. Esas son las ramas que yo trato de desembrozar.

—Pierde el tiempo, entonces.

—Por supuesto. —El inspector Reigosa sintió que su paciencia para con aquel

viejo charlatán estaba a punto de agotarse por completo—. Porque usted sigue

pensando que el hallazgo de esa pobre cría enterrada en los sótanos de Santa Clara fue

realmente un milagro. Un primer aviso del final de los tiempos. Y que todo lo que ha

sucedido desde entonces es parte de un mismo sistema de signos y señales.

—Incendios y revoluciones. Epidemias, corrupción y milagros. Piense cuáles son

las víctimas de los asesinatos que tiene usted sobre la mesa, inspector. Un instrumento

del progreso extranjero, un corruptor de la moral divina y una sierva de Dios entregada

al sacrificio en nombre de... —El obispo Riera no terminó su frase. Lo que hizo fue

tragar saliva y reprimir lo que sonó como un amago de sollozo senil—. Y en el centro

de todo ello, un hombre ungido con el don único de habitar en el tiempo sagrado.

Reigosa se obligó a esbozar una sonrisa sardónica. Allí estaban otra vez aquellas

tres palabras.

«El tiempo sagrado.»

—El doctor Carrera estará encantado de conocer por fin el diagnóstico exacto de

su paciente —dijo—. El don de habitar en el tiempo sagrado.

—El doctor Carrera es un hombre más sabio de lo que usted sospecha, inspector.

Más sabio y menos ciego. Una vez estuvo ciego, pero ahora ya ve la realidad.

Reigosa no trató de interpretar tampoco estas palabras del anciano. Lo que hizo

fue revolverse incómodamente en el banco y observar:

—Y sin embargo, Su Excelencia, yo creo que por fin empieza usted a comprender

que detrás de estas muertes no hay milagros ni señales que valgan, sino solo la mano de

un hombre manchada de sangre.

El obispo Riera alzó la cabeza y miró a Reigosa con dos ojos que brillaban como

ascuas sumergidas en aceite.

—¿Está usted convencido de que la mano que busca es realmente la de un hombre,

inspector?

El policía sonrió de nuevo.

—A la madre Piedad la degolló un demonio, entonces —dijo con audible desdén

—. O mejor, un ángel de la muerte. Un ángel de la muerte al que ella misma, casualmente, le había abierto las puertas de su convento el día en que todo esto

comenzó.

El obispo Riera le ofreció a su interlocutor una mirada igualmente desdeñosa.

—No se equivoque, inspector. Todo esto comenzó hace dos mil años —replicó

con voz fatigada, poniéndose en pie—. Y solo terminará cuando esta ciudad nuestra

entregue finalmente su alma bajo la piqueta del liquidador.

Eso fue todo. El anciano atravesó la única nave de la capilla de Santa Lucía y se

reintegró con paso vacilante al mundo exterior, y Octavio Reigosa hizo lo propio un par

de minutos más tarde, con su sombrero en la mano, su pistolón descargado en el

bolsillo y el corazón absurdamente encogido por las últimas palabras de aquel hombre

extraño, fanático, extraviado ya sin duda en las honduras de su teología personal,

acerca de cuya cordura, sin embargo, el inspector no se sentía capaz de emitir un

veredicto definitivo.

Un largo minuto después de que el último aldabonazo hubiera terminado de reverberar

entre los edificios de la plaza del Rey, la hermana Martina abrió el portalón de Santa

Clara y observó a sus visitantes con expresión asustada. Ni el rostro familiar de Adela

ni la sonrisa amable de Teresa Urbach bastaron para aligerar la tensión que afeaba

aquella mañana las facciones de la novicia. Incluso la cicatriz que recorría su mejilla

izquierda parecía más profunda que la mañana anterior, observó Adela, y también más

blanca y sinuosa. Como si la hoja del cuchillo que había degollado a la madre Piedad

hubiera recorrido también el rostro ya marcado de la novicia.

—Ahora no hay nadie aquí que pueda atenderla, señorita —anunció secamente tras

escuchar el nombre de Teresa Urbach.

—Mejor así —replicó la novelista—. Porque venimos a verte a ti.

La hermana Martina ladeó la cabeza y miró alternativamente a la mujer y a la niña

que tenía delante. Luego se hizo a un lado y las dejó entrar en el convento.

—El obispo tiene que estar a punto de llegar —anunció, cerrando el portalón y

conduciéndolas hacia el fondo del salón de ceremonias del antiguo palacio real—. Ya

saben lo que ha pasado esta noche.

—Desde luego que lo sabemos. —Teresa Urbach se detuvo allí donde lo hizo la

novicia, a los pies del altar mayor de la iglesia que hoy ocupaba el salón de ceremonias, y miró a su alrededor con la nariz instintivamente arrugada. Las paredes

ennegrecidas por el humo y la humedad, el olor de la cera y del incienso, las imágenes

de vírgenes llorosas y de Cristos torturados... Incluso las losas del suelo venerable que

pisaban parecían vencidas por el peso de todos aquellos horrores barrocos—. ¿Puedo

preguntarte cuándo os lo han anunciado a vosotras?

—La hermana Olivia nos ha reunido después de maitines. La hermana Olivia está

al cargo de la intendencia del convento —explicó la muchacha en respuesta a las cejas

arqueadas de su interlocutora—. Ella era la mano derecha de la madre Piedad.

—¿La hermana Olivia está en el convento?

La novicia agitó negativamente la cabeza.

—La han reclamado hace una hora del obispado. Al irse, me ha dicho que cuidara

de que nadie tratara de colarse en el convento para cotillear. —Y
mordiéndose el labio

inferior, añadió—: No debería haberlas dejado entrar.

—Nosotras no hemos venido a cotillear —intervino Adela—. Nosotras
venimos a

descubrir qué le ha sucedido a la madre Piedad.

—Como si no lo supierais ya.

Sorprendida, la criada de Andreu Palafox sostuvo la mirada repentinamente
dura

de la hermana Martina.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu amo mató anoche a la madre Piedad. Eso es lo que ha
sucedido, ¿no?

Adela miró a Teresa Urbach con el ceño fruncido y con la lengua ya
dispuesta a

replicar debidamente a aquel insulto. La mujer la tranquilizó con un mínimo
gesto de su

mano derecha y afirmó:

—El señor Palafox no tiene nada que ver con el asesinato de la madre Piedad,
que

en paz descanse.

—La encontraron muerta en el patio de su casa —objetó la hermana Martina
—. Él

estaba todo cubierto de sangre cuando llegó la policía. Y ahora han vuelto a encerrarlo

en ese asilo para locos del que nunca debieron dejarlo salir.

Teresa sintió que las palabras de la novicia le arañaban la carne. No por lo que

decían, sino por lo que aquello significaba.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nos lo ha dicho la hermana Olivia.

—¿Y cómo demonios sabe la hermana Olivia cómo encontró anoche la policía al

señor Palafox? —preguntó Adela—. ¿Cómo sabe que han vuelto a internarlo?

Excelentes preguntas, pensó Teresa. Excelentes e inquietantes, también.

—¿El obispo Riera ha estado aquí esta mañana?

La hermana Martina se volvió otra vez hacia la novelista y negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

—¿Y quién ha traído la noticia de la muerte de la madre Piedad?

—La hermana Olivia ha salido temprano del convento. Al volver, después de las

oraciones comunes, nos lo ha dicho.

—¿Y sabes adónde ha ido?

La novicia se encogió de hombros.

—La hermana Olivia sale cada mañana a hacer recados. Es su trabajo. —Y tras

una breve pausa preguntó—: ¿Ha dicho alguna mentira?

Teresa Urbach cerró su mano sobre la muñeca de Adela e impidió que la joven

respondiera por ella.

—La madre Piedad murió degollada en casa del señor Palafox —confirmó—.

Adela los encontró a ambos en el patio y llamó inmediatamente a la policía. El señor

Palafox vuelve a estar ingresado en un sanatorio. Todo eso es cierto. Lo que no es

cierto es que él asesinara a la madre Piedad.

La hermana Martina esbozó una mueca de desdén.

—Qué van a decir ustedes.

—Yo vi al asesino —intervino entonces Adela—. No fue mi amo. Fue el Hombre

de Negro.

Se hizo un silencio en la nave. La novicia miró a Adela, luego a Teresa Urbach y

luego a Adela de nuevo.

—El Hombre de Negro —repitió.

—Lo vi tan claramente como te estoy viendo a ti ahora. Un hombre alto, más bien

delgado, embozado por completo y con una capa tan negra como el resto de sus ropas.

—Adela bajó la voz y se acercó un poco más a su interlocutora, que había depuesto por

fin la actitud defensiva con que las había recibido y volvía a parecer, como la mañana

anterior, una sencilla muchacha del Raval dispuesta a entenderse con una paisana—. El

mismo hombre al que el señor Palafox vio aquí dentro la noche que vino a inspeccionar

el cadáver del sarcófago.

La hermana Martina se pasó la mano por la toca que le cubría la cabeza y volvió a

morderse el labio inferior.

—Entiendo.

—Ayer mi amo te preguntó por él, y tú nos dijiste que no sabías quién era. Que se

había presentado aquella tarde en el convento y había preguntado por la madre Piedad.

—Así fue.

—Pero tú no lo habías visto nunca antes.

La novicia vaciló un momento.

—Eso creo —dijo por fin, repartiendo una mirada asustada entre Adela y Teresa

Urbach.

—Ahora puedes hablar con libertad, Martina —la tranquilizó esta última—.

Si

tienes alguna sospecha de quién puede ser ese hombre, aunque no estés realmente

segura o te parezca una locura, puedes decírnoslo.

El sonido de las campanas de la vecina catedral se coló en ese instante en la sala,

amortiguado e irreal con un mal sueño pasado. Los ojos negros de la hermana Martina

se desviaron una vez más hacia el altar mayor, donde una talla de madera reproducía el

martirio y la resurrección del Hijo de Dios. Un solitario rayo de luz polvorienta entraba

por la ventana más oriental de la nave, atravesaba en diagonal su único cuerpo e iba a

morir sobre una losa cualquiera.

—No sé quién era ese hombre. Nunca lo había visto antes, y no lo he vuelto a ver

desde entonces.

—Pero...

—Pero aquella tarde, la madre Piedad había tenido otra visita. Después de que los

albañiles encontraran el sarcófago, pero antes de que se diera el aviso al obispado.

—¿La visita de un hombre? —preguntó Adela.

La hermana Martina asintió con un movimiento fugaz de su barbilla.

—Y a ese hombre sí lo conocías, ¿verdad? —afirmó Teresa, tomando con suavidad la mano derecha de la novicia y provocando en esta un instintivo retraimiento

—. ¿Era un visitante habitual del convento?

—Viene... venía al menos una vez por semana. A lo mejor ahora ya no volverá a

venir.

—Porque venía a ver a la madre Piedad —tradujo la novelista—. ¿Y piensas que

ese hombre es el Hombre de Negro?

La hermana Martina negó con la cabeza.

—El Hombre de Negro era alto y fuerte —dijo—. El amigo de la madre Piedad,

que en paz descanse, es bajo y gordo.

Teresa Urbach se apartó de la frente un mechón de pelo ondulado y miró a Adela

con ojos brillantes. Algo parecido a una sonrisa acababa de aflorar a sus labios.

—Yo lo conozco, ¿verdad? —preguntó. Y acto seguido, sin aguardar a la respuesta de la novicia, pronunció un nombre que hizo que Adela emitiera un grito de

sorpresa.

La hermana Martina volvió la espalda a la talla del altar mayor y enfrentó ahora su

cicatriz a la desnuda nave medieval.

—Es el único hombre que viene regularmente al convento —reveló—. El único

que tiene permiso del obispado para visitar a las hermanas. Aunque últimamente se

pasaba todas sus visitas en compañía de la madre Piedad.

—Y piensas que el Hombre de Negro está relacionado con él porque...

La novicia se encogió de hombros y completó con una pregunta retórica la frase

que Teresa Urbach había dejado en el aire.

—¿Con quién más podía estar relacionado? —Y luego, mirando a Adela, preguntó

también—: Dijiste que esa muchacha trabajaba en un burdel de Trentaclus, ¿verdad?

La criada de Andreu Palafox asintió con el rostro todavía pálido por la sorpresa

del nombre que había escuchado pronunciar a Teresa Urbach.

—¿Por qué?

—¿Tú nunca lo has visto rondando por ahí? —La hermana Martina forzó una triste

sonrisa de desprecio—. Las monjas no son las únicas mujeres a las que le

gusta visitar.

Sin saber qué decir, Adela miró a Teresa y aguardó a que fuera esta la que preguntara:

—¿Quieres decir que...?

—No, nada de eso —la interrumpió la novicia al instante—. Él solo hace preguntas. Lo único que le interesa de nosotras son nuestras enfermedades.

Teresa tomó de nuevo la mano de la hermana Martina y la apretó entre las suyas

con una calidez que a Adela, absurdamente, le provocó una ligera punzada de envidia.

—Dinos todo lo que sepas de ese hombre, Martina. Lo que hayas visto, todo lo

que hayas oído comentar sobre él, aquí o en las calles. Cualquier cosa.

La novicia se mordió una vez más el labio inferior y agachó la cabeza. Pero esta

vez sí destensó su mano entre las manos de Teresa Urbach.

—Debería hablar con el obispo —murmuró.

—Él estaba al tanto de sus visitas al convento —asintió Teresa con naturalidad—.

Luego hablaré con él. Ahora quiero hablar contigo.

Así que la hermana Martina levantó por fin la cabeza, miró a los ojos a la mujer

que tenía delante y comenzó a explicarle lo que ella sabía del doctor Aquilino

Carrera.

28

El doctor Carrera cerró tras de sí la puerta de la habitación número doce y echó a

caminar hacia el distribuidor de la tercera planta con la vista fija en el cuaderno que

llevaba en la mano. No alzó la mirada cuando pasó ante la puerta cerrada del despacho

de Benedicta Daudí, la gobernanta de Neothermas, ni reparó tampoco en la presencia

de la enfermera que espiaba sus movimientos desde el fondo del pasillo.

Pasaban algunos minutos de las once de la mañana. El alienista había estado una

hora encerrado con el último paciente confiado a los cuidados del sanatorio, y Laura se

había pasado todo ese tiempo rondando furtivamente por el pasillo con sus aparejos de

enfermería en la mano y con los oídos bien abiertos. Lo que hubieran podido decirse

los dos hombres en la intimidad de aquella habitación, sin embargo, era algo que

quedaba entre ellos; por más que había acercado la oreja a la cerradura de la puerta en

varias ocasiones, la enfermera había sido incapaz de descifrar una sola palabra de lo

que el doctor Carrera había hablado allí dentro con Andreu Palafox.

—¿Señor Palafox?

Con la mano todavía en el pomo de la puerta, Laura se asomó tímidamente al interior de la habitación y contempló una escena lastimosa.

El amigo de la señorita Urbach estaba tendido en un diván de cuero rojo idéntico a

los que había en todas las habitaciones del sanatorio. Iba vestido con un camisón mal

abotonado, llevaba los pies desnudos y tenía la mirada perdida en el techo. Sus labios

estaban entreabiertos, y brillaban como los labios de un niño que aún no ha aprendido a

controlar sus fluidos corporales. Como los labios de la Dama del Pozo, pensó Laura

con tristeza; o como los labios de cualquier paciente de Neothermas hundido para

siempre en el babeante estupor de la idiocia. Un olor extraño impregnaba la habitación:

un olor penetrante, ácido, antinatural, que parecía emanar de los dos viales abiertos que

había junto al diván y que a Laura, por alguna razón, le hizo pensar también en la Dama

del Pozo. La única ventana de la habitación estaba cerrada, y tras su cristal, tendido

como una lona sobre los tejados vecinos, el cielo tenía un lúgubre color de

ceniza.

—¿Señor Palafox?

Los ojos del amigo de la señorita Urbach parpadearon un par de veces, y su mano

derecha se alzó fugazmente antes de caer de nuevo sobre su regazo.

Un hilillo de saliva resbaló por la comisura de sus labios y surcó su mandíbula

hasta ir a derramarse sobre el cuero del diván.

—Soy Laura, señor Palafox —lo intentó de nuevo la muchacha, acercándose a él y

sintiendo ahora como una agresión a sus sentidos aquel olor extraño—. La enfermera

con la que estuvo hablando el otro día. Estoy aquí para ayudarle.

Los ojos del hombre parpadearon de nuevo, y esta vez parecieron buscar a ciegas

el origen de la voz que acababa de hablarle. Laura se inclinó sobre él y esbozó una

sonrisa que no obtuvo respuesta. Luego tomó su mano derecha y la apretó con suavidad.

El hombre entreabrió los labios y emitió un sonido que la enfermera fue incapaz de

interpretar.

—¿Cómo ha dicho?

El hombre cerró los ojos, los abrió de nuevo y pronunció, apenas en un

susurro, lo

que ahora sí pareció una palabra ininteligible.

—Inténtelo de nuevo.

El hombre obedeció. Y esta vez Laura sí fue capaz de entenderlo.

—Teresa.

La enfermera apretó de nuevo la mano de Andreu Palafox y sonrió con dulzura.

—La señorita Urbach ha estado aquí esta mañana —dijo—. No la han dejado subir a verle, y se ha marchado muy enfadada. Luego ha venido su amigo, el inspector

Reigosa, y ha estado hablando también con el doctor Carrera. Cuando se iba, me he

acercado a él y le he pedido que le dijera a la señorita Urbach que yo iba a cuidar de

usted. Se lo he prometido. Y eso es lo que voy a hacer.

Andreu Palafox volvió la cabeza con dificultad hacia la mesita baja de roble que

había junto al diván. Laura siguió la dirección de su mirada y frunció el ceño. Alargó

entonces la mano hasta los dos viales abiertos, tomó uno de ellos y se lo acercó a la

nariz.

Aquel olor repugnante golpeó sus sentidos como una bofetada, y a punto estuvo de

hacerla derramar el líquido en el suelo.

—Teresa —repitió el hombre, todavía en un susurro apenas audible. En su rostro

había ahora una expresión de terror que a Laura le partió el corazón.

—Vamos a abrir esta ventana, señor Palafox —dijo, dejando el vial sobre la mesita y alejando esta del diván. Luego se acercó a la ventana y abrió de par en par sus

dos hojas.

Una volada de aire húmedo y caliente penetró en la habitación y aligeró un poco el

olor del extraño líquido, que tenía un color parecido al de la orina humana y desprendía

una especie de efluvios químicos que Laura no fue capaz de reconocer. Comenzaba a

sentirse mareada. A duras penas contuvo el impulso de coger los dos viales y vaciar su

contenido en la pila que había en un rincón de la habitación. ¿Cómo podría explicarle al

doctor Carrera que ella, una simple enfermera, había decidido deshacerse por su cuenta

de uno de los famosos compuestos medicinales que preparaba el director de

Neothermas? Y sin embargo, ¿cómo permitir que el amigo de la señorita Urbach

continuara sometido a los efectos de aquella sustancia maloliente?

—Teresa —repitió entonces Andreu Palafox.

Laura decidió que aquello era una señal.

—No se preocupe, señor Palafox. Yo cuidaré de usted.

La enfermera cogió los viales y vació en la pila hasta la última gota de su líquido

amarillento. Luego tomó una de las jarras de agua que había debajo del mármol y vertió

también la mitad de su contenido por el desagüe. Solo entonces se atrevió a respirar

con normalidad. Sacó una gasa que llevaba en el bolsillo del delantal, la metió en el

agua y se dedicó a humedecer con ella durante unos minutos la frente y los labios del

hombre. No le dio de beber hasta que no comprobó que su pulso y su respiración

comenzaban a normalizarse. Entonces deslizó la mano bajo su nuca, le alzó cuidadosamente la cabeza y vertió los primeros sorbos de agua en su boca.

Cinco minutos más tarde, Palafox ya había logrado incorporarse por sus propios

medios en el diván y miraba a Laura con un rostro que comenzaba a parecerse al que la

muchacha le había conocido en su visita de hacía dos días.

—Laura, ¿verdad? —preguntó entonces. Las primeras palabras coherentes que

pronunciaba tras el fárrago de frases sin sentido que había acompañado a su progresivo

despertar.

Laura sonrió hermosamente.

—¿Cómo se encuentra?

El hombre volvió la cabeza hacia la ventana abierta y contempló durante unos segundos el paisaje de nubes grises y rojos tejados que se abría tras ella. Luego miró de

nuevo a la enfermera.

—¿En qué planta...? —comenzó a preguntar, antes de quedarse sin fuerza en los

pulmones.

—En la tercera. Es la planta en la que están internados los pacientes que merecen

una atención especial. Llegó usted aquí anoche, ¿recuerda? Vino con la señorita Urbach

y con el inspector Reigosa.

Los labios de Palafox se curvaron ligeramente hacia abajo, provocando que sus

mejillas sin afeitar adoptaran la expresión de un hombre de edad mucho más avanzada

que la suya.

—¿Y esa mujer...?

Laura tardó solo un instante en comprender el sentido de aquella nueva pregunta

inconclusa.

—¿La Dama del Pozo? Su habitación está al fondo de este mismo pasillo. Yo me

sigo ocupando de ella. —Y acto seguido, repentinamente excitada, la enfermera

preguntó a su vez—: ¿Quiere ir a verla?

En lugar de responder, el amigo de la señorita Urbach plantó por primera vez sus

pies desnudos en el suelo y se levantó con evidentes dificultades del diván.

—El doctor Carrera... —lo intentó de nuevo.

—Ha estado aquí con usted hasta hace diez minutos. No sé dónde está ahora, pero

puede volver en cualquier momento. Él se ocupa personalmente de su caso.

Andreu Palafox se alejó un par de pasos del diván y sintió que todo comenzaba a

dar vueltas a su alrededor. Asustado ante su propia debilidad, se detuvo junto a la

ventana y aceptó el brazo que Laura le ofrecía. Y entonces el contacto con la piel cálida

de la muchacha desencadenó una avalancha de recuerdos que a punto estuvo de aflojar

definitivamente las rodillas del anatomista.

El cadáver de Teresa Urbach entre sus brazos la noche pasada.

Los labios muertos que sus labios habían besado en busca del milagro.

El rostro de la monja degollada que se había superpuesto mágicamente al rostro de

Teresa, cuando Adela pronunció su nombre y quebró por un instante su delirio.

Y aquel olor en su nariz. El olor familiar de la locura.

Un olor muy parecido al que ahora perduraba todavía en aquella habitación.

—Vamos a ver a esa mujer —logró decir, pronunciando cada palabra como si lo

hiciera por primera vez. Y acto seguido añadió—: Gracias, Laura.

Las mejillas generosas de la enfermera se ruborizaron al instante.

—Déjeme comprobar antes que no hay moros en la costa —dijo, liberando con

delicadeza su brazo del de Palafox y dirigiéndose a la puerta.

El pasillo estaba desierto, pero la puerta del despacho de la señora Daudí estaba

ahora entreabierta. Laura se acercó de puntillas y asomó la cabeza lo justo para

comprobar que la gobernanta seguía allí dentro, inclinada sobre las pilas de facturas y

correspondencia que cada mañana se ocupaba de despachar a aquellas horas. Luego fue

hasta el otro extremo del pasillo y abrió con idéntica precaución la puerta del

cuarto de

la Dama del Pozo. No había ninguna enfermera con ella; la pobre mujer estaba sentada

a solas en su silla de siempre, con las manos cruzadas sobre el regazo y enfrentada a la

ventana en el mismo ángulo exacto en el que Laura la había dejado media hora atrás.

Cuando volvió a la habitación del señor Palafox, la enfermera se encontró a su

nuevo amigo inclinado sobre los dos viales de cristal que habían contenido aquel

líquido maloliente.

—¿Qué sustancia era esta?

Laura hizo una mueca pesarosa y le tendió el brazo a Palafox.

—Nunca la había visto antes —aseguró—. A veces, cuando tenemos que calmar a

un paciente o hay que practicarle una pequeña intervención, le damos a respirar un poco

de cloroformo; una nueva sustancia alemana que adormece a quien la inhala y lo hace

insensible al dolor. Este líquido olía diferente y tenía distinto color, pero sus efectos,

por lo que he visto, no parecían alejarse mucho de los del cloroformo.

Palafox dejó los viales sobre la mesa y echó a caminar hacia la puerta al lado de

Laura.

—Estoy familiarizado con el cloroformo —dijo, sintiendo que su lengua volvía al

fin a pertenecerle—. El cloroformo adormece los sentidos y anula la conciencia, pero

no tiene efectos alucinatorios.

—¿Usted ha sufrido alucinaciones?

Palafox no respondió a la pregunta de Laura.

—¿Tenemos el camino libre? —inquirió en su lugar.

La enfermera asintió con la cabeza y asumió de nuevo su expresión de esforzada

profesionalidad. Abrió con cuidado la puerta de la habitación, se asomó al pasillo y,

tras comprobar que todo seguía en calma, tomó del brazo a Palafox y lo llevó rápidamente hasta el cuarto de la Dama del Pozo.

—Continúa sin recuperar la conciencia —le informó en un susurro mientras abría

la puerta—. Nadie la ha reclamado todavía, ni ha aparecido una sola pista útil sobre su

identidad. Si no estuviera tan familiarizada con sus funciones corporales, incluso yo

pensaría que de verdad es un fantasma.

Palafox apenas reparó en las palabras de la muchacha, ni en la incómoda sonrisa

que las coronó, ni tampoco en el lejano rumor de voces, gritos y relinchos que se

colaba por la ventana abierta de la habitación.

Acababa de ver a la segunda Dama del Pozo.

Y por fin todo empezó a cobrar sentido.

—Volvamos a mi habitación —solicitó, sin acercarse a la mujer ni dedicarle, para

sorpresa de Laura, más que una rápida mirada—. Voy a necesitar que hagas algo más

por mí.

29

El hallazgo lo hizo un muchacho de quince años al que todos llamaban el Ciempiés. El

Ciempiés formaba parte del primer retén de obreros sin trabajo a los que el Consistorio

había provisto aquella mañana de pico, pala y azadón y había trasladado hasta la parte

alta de la Rambla con una única tarea por cumplir: tirar las murallas. El lugar escogido

para iniciar las demoliciones había sido el lienzo de muro que discurría entre las torres

de Canaletas, al oeste del viejo portal de Santa Ana. En cuanto había parado de llover,

el improvisado batallón de picapedreros se había puesto a trabajar bajo la atenta

mirada de un círculo creciente de ociosos y de militares, de curas y de policías, de

políticos locales y de obreros en huelga que aún no habían decidido cómo reaccionar

ante aquel giro de los acontecimientos. Echar abajo las murallas era una antigua

reivindicación compartida por todos los estamentos civiles de Barcelona, y no había un

obrero en la ciudad que no viera con alegría la desaparición de aquellos muros

asfixiantes que mantenían hacinada a la población en un limbo medieval; pero hacerlo

en plena huelga contra los telares autónomos, con el Ejército y la policía de por medio

y sirviéndose de la misma mano de obra que la huelga había logrado paralizar eran una

burla y una agresión que no podían consentirse.

Diez minutos después de que el metal de los picos hubiera comenzado a resonar

contra la piedra de las murallas, el círculo de curiosos que se había reunido en

Canaletas superaba ya las trescientas personas. Y en sus rostros, la excitación y la

alegría iniciales por el prodigio que parecía estar sucediendo por fin —las murallas de

Barcelona cayendo de verdad— habían dado paso a una furia creciente contra aquel

uso interesado del viejo sueño comunal de abrir la ciudad al llano. Los cascotes habían

comenzado a volar sobre las cabezas de los militares y de los picapedreros. Los gritos

de «¡esquiroles!», «¡alta traición!», «¡viva la huelga!» y «¡mueran los telares!» se

mezclaban con el sonido de los silbatos de emergencia que los soldados comenzaban a

soplar con inquietud. Un pequeño incendio comenzaba a humear a los pies de la torre

meridional de Canaletas, y en el portal de Isabel II, en la frontera oficial entre la ciudad

y el mundo exterior, varios hombres armados con hoces y cayados habían ahuyentado al

retén de militares que custodiaba la barrera y proclamaban desde lo alto de un carro,

con fuertes acentos rurales, la liberación de Barcelona.

Y entonces aquel muchacho, el Ciempiés, había hundido su pico en un hueco ya

existente en la base de la muralla y un montón de piedras se había derrumbado a su

alrededor.

—¿Qué demonios...? —había comenzado a decir, asomándose al gran agujero que

se había abierto bajo el lienzo.

Y entonces lo vio.

También el militar que estaba a su lado dejó de preocuparse por los cascos que

volaban sobre su cabeza y frunció el ceño con incredulidad.

—¿Eso es...?

Sin pensar en lo que estaba haciendo, el Ciempiés tanteó con la punta de su pico la

caja de madera que había dentro del agujero y acabó introduciéndola en la primera

juntura que encontró. La tapa cedió con facilidad: primero algunas pulgadas, luego un

palmo entero, y por fin lo suficiente como para poder mirar en su interior.

El militar hizo sonar varias veces su silbato, apartó al muchacho de un empujón y,

sin pensárselo dos veces, se asomó a lo que parecía ser realmente un moderno ataúd de

roble enterrado al pie de la muralla.

—Dios bendito —murmuró, santiguándose de inmediato—. Es casi una niña.

El Ciempiés se hizo un sitio al lado del militar y contempló, con la respiración

contenida, lo que su pico acababa de desenterrar. Primero vio la piel blanca y azulada,

las dos trenzas rubias recogidas sobre las sienes, la túnica deshecha que apenas cubría

el cuerpo. Luego vio las monedas de oro que le cerraban los ojos y la boca y el rosario

que tenía sobre el hombro derecho. Y entonces empezó a comprender.

Nadie en el Raval había considerado nunca al Ciempiés un muchacho espabilado.

No era tampoco rápido de reflejos, ni particularmente piadoso. Pero cuando alguien por

las calles le contaba una buena historia truculenta, no solía olvidarse de los detalles

más sabrosos.

—No es una niña —anunció, levantando la cabeza del ataúd y mirando al militar

con ojos brillantes—. Es un milagro.

Y así fue como Barcelona descubrió aquella mañana que la doncella incorrupta de

Santa Clara había vuelto a emerger a la superficie de la ciudad.

Veinte minutos después de que esto sucediera, Juan Carlos Ollero salió de la morgue de

las Atarazanas con el rostro pálido como el papel y las narices saturadas de olor a

muerto. El inspector se había aventurado allí abajo con la intención de inspeccionar el

cadáver de la última víctima del caso que su colega Octavio Reigosa y él compartían a

regañadientes; pero no había tenido ocasión de echarle ni una triste ojeada.

La

epidemia de cólera del barrio de Santa Ana había excedido ya definitivamente las

posibilidades de la morgue del hospital de la Santa Cruz y de los depósitos

parroquiales de la ciudad, y una primera remesa de cadáveres contaminados acababa

de llegar al complejo militar de las Atarazanas aquella misma mañana.

Cuando Ollero había preguntado por el cuerpo de la monja degollada la noche

pasada en el patio de Andreu Palafox, el celador de la morgue había señalado con un

dedo la vasta colección de fardos oscuros que cubrían las mesas de la sala y había

dicho:

—Búsquela usted mismo, inspector. Y si quiere llevársela, favor que me hace.

El mallorquín había desistido en su empeño al cabo de cinco minutos de levantar

trapos malolientes y toparse bajo ellos con los cadáveres descoloridos de hombres,

mujeres y niños de toda clase y condición. Incluso un policía de estómago fuerte como

él tenía sus límites; y a fin de cuentas, si bien lo pensaba, el cuerpo de una monja

muerta poco iba a decirle que no supiera ya.

Cuando se vio de nuevo al aire libre, Ollero cerró los ojos y dejó que sus pulmones se llenaran de un aire no corrompido por la podredumbre de la muerte y la

enfermedad. Por primera vez en los seis años que llevaba destinado en aquella ciudad

del demonio, la pesada atmósfera que la lluvia había dejado tras su paso se le antojó

una bendición del cielo, y no un insulto personal de Barcelona hacia él. Las nubes bajas

y grises, la humedad suspendida en el aire, la sal y el hollín que todo lo cubrían:

cualquier cosa era mejor que aquel reino de sombras y gusanos que era la morgue del

complejo militar.

—Buenos días, inspector —dijo entonces a su lado una voz conocida—. Siento

molestarle, pero...

Ollero abrió los ojos y se encontró con el rostro del agente Lafita situado a un palmo escaso de su hombro derecho.

—Pero va a hacerlo de todos modos.

El agente Lafita sonrió incómodo.

—El jefe Daroca reclama su presencia, inspector. Hay un... problema.

—Un problema.

—En Canaletas. Con el derribo de las murallas. El Ejército pide nuestra colaboración.

Ollero aspiró una última ración de aire húmedo y caliente y giró su cuerpo hacia

su subordinado.

—¿Han comenzado ya?

—Lo han intentado. Pero parece que de momento no lo están consiguiendo.

El rostro del mallorquín se iluminó con una sonrisa torcida.

—¿Los obreros otra vez? —preguntó.

—Los obreros, sus mujeres, los predicadores del fin de los tiempos... — enumeró

el agente Lafita, haciendo bailar de forma característica la punta de su nariz. Y añadió

—: Y los milagros.

Ollero depuso al instante su sonrisa.

—Los milagros.

—Eso parece, inspector. No dispongo de detalles.

—Pero Daroca quiere que vayamos a echarle un capote a los militares.

—Parece que hay riesgo de que al capitán Alcaraz se le vaya la situación de las

manos. Así que... —El agente Lafita señaló la hilera de coches oficiales que aguardaban junto al portal de Santa Madrona e hizo bailar de nuevo la punta

de su nariz.

Con su metro y medio escaso de estatura, sus mejillas picadas de viruela y su bigotillo vergonzante, el aspecto del agente Lafita era, en opinión de Ollero, el más

indigno de toda la sección barcelonesa del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad. Y sin

embargo, no era un mal policía. Si un día Daroca se moría por fin y Ollero heredaba su

cargo de jefe superior, Lafita tenía todas las opciones de convertirse en su mano

derecha provisional.

—¿Has avisado ya a Reigosa? —le preguntó, echando a caminar a su lado hacia el

primer vehículo de la hilera.

Lafita negó con la cabeza.

—El inspector Reigosa está dedicado en exclusiva al asesinato de anoche —dijo

—. El obispado ha pedido que se le dé prioridad absoluta al asunto, y que Reigosa sea

quien se ocupe de él.

Excelente, pensó Ollero.

—Y Daroca ha accedido a ello.

—Eso parece. —El agente Lafita hizo una breve pausa antes de añadir—: Esa

mujer, la escritora, ha estado aquí esta mañana hablando con el inspector. Y tengo

entendido que Eliseo Urbach lo ha visitado también.

El inspector Ollero se reservó la opinión mientras montaban en el coche oficial e

iniciaban la salida del complejo de las Atarazanas. Solo cuando se vieron ya en la

Rambla de Santa Mónica preguntó:

—Entre nosotros, Lafita, ¿a usted también le repatea que ese chiflado de Palafox

vaya a acabar sus días viviendo a cuerpo de rey en un sanatorio para locos adinerados,

en lugar de pudrirse en una celda de la prisión de Amalia?

El agente Lafita contuvo en esta ocasión los músculos de su rostro. En lugar de

responder a su superior, preguntó a su vez:

—¿Usted piensa que él mató a esa monja, inspector?

No era una mala pregunta, se dijo Ollero. ¿Lo pensaba realmente? ¿O solo le gustaría pensarlo?

—Lo que pienso es que ese joven anda metido últimamente en todos los fregados.

Y que si no fuera por Reigosa, ni siquiera todo el dinero de los Urbach iba a salvarle

otra vez de pagar por sus pecados.

No volvieron a hablar hasta que alcanzaron el tramo superior de la Rambla.
Una

pequeña columna de humo negro se elevaba hacia el cielo a la altura de una
de las

torres de Canaletas, y a sus pies, en la explanada que ocupaba el espacio del
antiguo

cuartel militar, una muchedumbre considerable vociferaba como si estuviera

presenciando una corrida en la plaza del Torín. El coche se abrió paso a
latigazos por

entre una confusión de obreros, verduleras, viejos con sotana y pilluelos
callejeros, y

cuando ya no pudo seguir avanzando, a la altura de la calle del Buensuceso,
Ollero y

Lafita desmontaron con sus pistolones en la mano y se hicieron conducir
hasta el centro

de la acción.

Lo que allí se encontraron fue, entre otras cosas, al capitán Alcaraz rodeado
de

uniformes y sotanas y de varios hombres de paisano que debían de ser,
dedujo Ollero,

pequeñas autoridades del Consistorio municipal.

—¿Problemas, capitán?

El militar miró a los dos recién llegados con cara de pocos amigos.

—¿No viene Reigosa? —preguntó, tal vez para provocarle.

—Vengo yo. ¿Qué diablos sucede? ¿Tanto miedo les tienen a esos obreros que no

son capaces de ahuyentarlos de aquí a garrotazos?

El capitán Alcaraz alzó su mano diestra y la orientó hacia el lienzo de muralla que

tenían detrás.

—Eche un vistazo usted mismo.

Ollero miró a Lafita, y este le devolvió la mirada con una seriedad que al

inspector, por algún motivo, le hizo recordar aquella palabra que el policía había

pronunciado en las Atarazanas. «Milagros.» Por primera vez pensó que tal vez aquellos

curas no estuvieran allí de manera gratuita. Miró sus rostros y vio lo que solía ver cada

vez que miraba a un hombre con alzacuellos: hipocresía y superstición. Y también algo

de miedo, quizá.

—La han encontrado hace media hora —comenzó a decir uno de los hombres de

paisano, acercándose a Ollero mientras este seguía la dirección que le había indicado

la mano del capitán Alcaraz—. Había un espacio removido al pie del lienzo, como si

alguien hubiera picado la piedra y luego la hubiera vuelto a colocar en su sitio.

Absurdo, ¿verdad? —El hombre sonrió con incomodidad—. Pues espérese a mirar ahí

adentro.

Ollero vio el ataúd antes de acabar de escuchar aquella última frase, y sintió que

el estómago se le revolvía de inmediato. No abrió la boca ni hizo preguntas. Se asomó

al agujero excavado al pie de la muralla, inclinó la cabeza sobre el ataúd y se topó cara

a cara con esa famosa doncella romana de la que hablaban todos los diarios desde el

día anterior. La doncella incorrupta de Santa Clara. La joven cuyo cadáver el inspector

Reigosa y su amigo, el anatomista chiflado, habían sido llamados a estudiar al convento

de la plaza del Rey la noche del incendio en los muelles.

La misma joven a la que el obispo Riera había dado orden de enterrar hacía dos

días en el camposanto del propio convento.

Y allí estaba otra vez.

—Búscame a Reigosa —le ordenó al agente Lafita, sin apartar la vista del absurdo

cadáver que tenía delante—. Lo quiero aquí ahora mismo. Y también quiero ver ya al

obispo Riera.

—El obispo viene de camino —intervino el capitán Alcaraz, haciéndose un hueco

junto a Ollero y mirando él también a la muchacha azulada con expresión incómoda—.

Y Reigosa no tardará en llegar tampoco. A la velocidad con la que se está corriendo

por ahí la voz del milagro, no me extrañaría que tuviéramos aquí a la reina antes de la

hora del almuerzo.

Ollero levantó por fin la cabeza del ataúd y miró al militar con cara de pocos amigos.

—Esto no es un milagro. Esto es una burla.

—Llámelo como quiera. —El hombre esbozó una sonrisa desagradable—. Pero

algo bueno tiene todo esto, Ollero. Ya no nos hemos de preocupar por los obreros en

huelga, ni tampoco por las demoliciones. Me apuesto lo que quiera a que nadie vuelve a

levantar un pico ni a quemar un telar en esta ciudad durante unos cuantos días.

El inspector Ollero no se molestó en replicar al capitán. Los dos sabían que tenía

razón. Y también sabían que más valía una turba excitada por un falso milagro que por

una justa reivindicación laboral.

—Vigíleme a esos charlatanes —dijo en cualquier caso, alternando la mirada entre el ataúd encajado al pie de la muralla y la masa de curiosos que se amontonaban

al otro lado del cordón de seguridad. Ya comenzaban a formarse los primeros corros en

torno a ciertos hombres barbados y vociferantes a los que Ollero, para su disgusto,

conocía bien; algunos iban provistos de sotana y alzacuellos, otros vestían apenas los

harapos de los viejos profetas, pero todos despertaban idéntico fervor entre quienes

escuchaban sus arengas—. Se empieza predicando milagros por las esquinas, capitán, y

se acaba confundiendo a Dios con la autoridad.

El capitán Alcaraz sonrió de nuevo.

—No se preocupe, inspector. Si los de las sotanas se nos vienen demasiado arriba

con su milagro, les recordaremos quién tiene aquí los sables y las pistolas. Y ahora, si

me disculpa...

El militar se reintegró al círculo de uniformes y corbatas que hacía guardia junto al

muro de la torre septentrional y comenzó a repartir órdenes entre sus subordinados.

Ollero se concedió un último vistazo a la muchacha muerta y volvió a

preguntarse quién

diablos habría tenido las santas narices de hacer aquello. Sacar un cadáver del convento de Santa Clara y trasladarlo hasta la Rambla de Canaletas, abrir una zanja en

la base de la muralla, enterrar allí el ataúd y desvanecerse acto seguido sin llamar la

atención de nadie ni dejar, al parecer, otro rastro de su presencia que aquel mensaje

incomprensible.

¿Cómo se hacía aquello?

El toque de queda había ayudado, supuso el inspector, y la legendaria tendencia de

los barceloneses a mirar hacia otro lado habría sido útil también. Pero aun así, a Ollero

no le entraba en la cabeza que alguien hubiera podido pasearse con un ataúd por las

inmediaciones del portal de Isabel II, excavar un hueco como aquel en la base de la

muralla y luego cubrirlo otra vez sin que ningún militar se hubiera molestado en

acercarse a preguntar qué estaba sucediendo.

Todo ello, además, en el lugar preciso de la muralla donde habían de iniciarse los

derribos.

Un dato que hasta aquella misma mañana solo conocían las autoridades civiles,

militares y religiosas de la ciudad, y que se había mantenido en secreto para evitar los

posibles sabotajes de esa misma chusma obrera que tenía secuestrada a Barcelona

desde mediados de julio.

—Hubiera sido aún mejor si hubiera aparecido dentro del sarcófago de piedra que

vio el inspector Reigosa, ¿verdad, inspector? —opinó a su espalda la voz del agente

Antúnez—. Aunque eso hubiera sido pedir demasiado... En esta ciudad, hasta los

milagros se quedan siempre a medio camino.

Ollero se volvió con desgana y contempló el rostro del policía, que traía a un crío

agarrado del brazo y ofrecía más que nunca el aspecto de un insecto quebradizo y

pelirrojo.

—No estoy para tonterías, Antúnez.

El aragonés agachó la cabeza con sumisión claramente impostada.

—Entonces iré al grano, inspector. Este jovencito lo vio todo.

—Lo vi todo, señor —confirmó el crío, que no contaría más de once años—.

Todo, todo.

Ollero reprimió un suspiro.

—A ver.

—Fue anoche, a eso de la una. Lo sé porque acababa de oír las campanas de Santa

María del Pino. Yo volvía a casa y...

—Volvías a casa a la una de la madrugada —le interrumpió el inspector—. Con el

toque de queda declarado desde las nueve. Y a tu edad.

El crío se encogió de hombros.

—Hay que ganarse el pan, ¿no? Mi padre trabaja en la fábrica del señor Urbach,

pero lleva tres semanas sin cobrar el jornal. Por culpa de esos vagos de allí.

—El crío

señaló a ciegas hacia uno de los grupos de obreros que seguían vigilando, desde el otro

lado del cordón de seguridad, que los esquiroles no reanudaran las obras de demolición

de la muralla—. El caso, señor, es que iba a entrar en la calle de los Talleres cuando vi

algo raro. Primero me pareció un coche de muertos. Luego vi que era solo una carreta,

pero una carreta con un ataúd encima. Estaba saliendo de la calle de Santa Ana y se

dirigía hacia las torres. Pensé que igual tenía algo que ver con la epidemia de cólera,

pero igualmente me acerqué a mirar.

—Dile lo que viste —lo apremió el agente Antúnez.

—A eso voy. Vi a un hombre vestido todo de negro, con capa y sombrero ancho,

completamente embozado y tan silencioso como un fantasma. Estaba aquí mismo, junto

a la muralla, con el carro parado a su lado, y arrancaba piedras con las manos como si

fueran granos de arena. Así. —El crío escenificó la acción para Ollero—. En menos de

un minuto había abierto un gran agujero. Entonces bajó el ataúd del carro y lo metió

aquí. Primero pensé que el ataúd estaba vacío, por lo fácil que lo manejó, pero luego

entendí que era un fantasma y que los fantasmas no sienten el peso de las cosas.

Ollero asintió gravemente. Los fantasmas eran así.

—¿Y luego?

—Luego volvió a tapar el agujero, se montó en el carro y desapareció por donde

había venido. Por la calle de Santa Ana. Así que yo me fui a casa y les conté a mis

padres lo que había visto.

—Les contaste que habías visto a un fantasma enterrando un ataúd dentro de la

muralla.

El crío esbozó una sonrisa despectiva.

—No me creyeron —dijo—. Hasta que hace un rato le han oído decir a un pregonero que la Ahogada del pozo de Santa Clara ha vuelto a aparecer otra vez para

anunciarnos el final de los tiempos. Entonces me han ordenado que viniera a hablar con

ustedes.

—Y han hecho muy bien —opinó el agente Antúnez, palmeando la cabeza del crío

y mirando a su superior con rostro expectante—. ¿Qué le parece, inspector?

Ollero se concedió cinco segundos antes de responder:

—Me parece que empiezo a desear haber dejado que Reigosa se ocupara solo de

este asunto. —Y tendiéndole al crío una moneda de poco valor, añadió—: Busca por

ahí a algunos periodistas y cuéntales tu historia. Con un poco de suerte, esta noche no

tendrás que salir a mendigar.

El crío inclinó la cabeza, murmuró un agradecimiento y se marchó corriendo con

su moneda en la mano.

Ollero miró al agente Antúnez y aguardó a que este dijera lo que el inspector ya

estaba esperando oír:

—La criada de Palafox vio escapar anoche a ese Hombre de Negro en un carro

como el que el chaval nos ha descrito, inspector. Y la hora coincide. El tipo mata a la

monja y deja su cuerpo en la calle del Regomir, y luego viene aquí y entierra el ataúd al

pie de la muralla. Y luego desaparece otra vez.

—Por la calle de Santa Ana.

—Directo al corazón de la epidemia de cólera —asintió el agente, mirando a

Ollero con los ojos muy abiertos—. Tal vez haya algo de cierto en todas esas historias,

al fin y al cabo. Tal vez ese Hombre de Negro sea de verdad un ángel de la muerte.

Cosas más raras se están viendo últimamente, ¿no le parece?

Ollero no se molestó en responder a su subordinado.

—Lafita y tú tenéis cinco minutos para traerme aquí a Reigosa o al obispo Riera

—dijo—. A cualquiera de los dos. Si no lo hacéis, estáis despedidos.

El agente Antúnez borró inmediatamente aquella expresión soñadora de su cara, se

cuadró con torpeza y desapareció de la vista de Ollero a todo correr.

El almacén que la fábrica de Eliseo Urbach poseía en la calle de Montcada ocupaba

uno de los viejos palacios que se alineaban en aquella antigua avenida señorial. Desde

los días de los condes catalanes, cuando Barcelona era el centro de un imperio

comercial que se extendía por toda la cuenca del Mediterráneo, y hasta fechas tan

recientes como el último cambio de siglo, la calle de Montcada había sido uno de los

lugares de residencia favoritos de la nobleza local, y los edificios que durante

generaciones habían albergado a esas familias principales mostraban todavía, pese al

abandono de los últimos años, un cierto esplendor melancólico que ni siquiera lo

prosaico de sus desempeños actuales lograba empañar del todo. El orgullo de los

patios descubiertos y de las altas galerías, de las escaleras ceremoniales, de los

blasones de piedra y las ventanas con parteluz convivía en el moderno siglo XIX con el

trajín de las carretas que atravesaban sus umbrales camino del puerto, cargadas con

mercancías más valiosas hoy en día que cualquier apellido sonoro y polvoriento o que

cualquier linaje enraizado en las brumosas glorias de la Barcelona medieval.

De los seis palacios que se mantenían en pie en la calle de Montcada, solo uno

seguía sirviendo como residencia de la familia que lo había construido. Los otros cinco

habían caído en manos de otras tantas fábricas textiles afincadas en los barrios del

Raval y de San Pedro; y el más oriental de todos ellos, el más próximo al Borne y a la

zona portuaria, era el que pertenecía a Eliseo Urbach.

—Muy buenos días, señorita Urbach —la saludó a pie de carruaje uno de los

cinco hombres que aquella mañana custodiaban la entrada al palacio, en previsión,

supuso Teresa, de lo que pudiera pasar cuando los huelguistas descubrieran que las

autoridades habían dado la orden de demoler las murallas sirviéndose de la misma

mano de obra que ellos habían logrado paralizar durante las dos últimas semanas—. Su

padre y el inspector la están esperando. El... cargamento ha llegado ya.

Teresa Urbach cerró la portezuela del coche y agradeció la información. Esta vez

no se detuvo a admirar la fachada gótica del venerable edificio que los negocios de su

padre profanaban a diario, ni echó tampoco un vistazo a la hermosa curva que la calle

de Montcada dibujaba en su ascenso hacia la capilla de Marcús. La jornada no invitaba

a distracciones. La novelista atravesó el portalón del palacio, rodeó su patio principal

y ascendió por una escalinata de peldaños desgastados hasta la galería de la planta

noble, donde los hombres de Eliseo Urbach habían instalado las oficinas del almacén.

El «cargamento», como lo había llamado el centinela, habría quedado sin duda

consignado en la gran sala de carga y descarga que ocupaba la planta baja del edificio;

pero Teresa Urbach no se imaginaba a su padre y al inspector Reigosa aguardando su

llegada al pie del mismo, entre fardos de tela inmovilizados y piezas de maquinaria

inglesa resguardadas de la furia sindical.

No se equivocaba. Los dos hombres estaban sentados en un despacho con vistas al

patio, el industrial con una copa de algún líquido rojizo en la mano, el policía con un

cigarro en la boca y un aire reconcentrado en la mirada que a Teresa, por alguna razón,

le transmitió una inmediata sensación de tranquilidad. Aquel hombre, Octavio Reigosa,

tal vez tuviera todos los defectos propios de alguien que se había pasado

media vida

sirviendo a las fuerzas del orden de un país como España, comenzando por la falta de

imaginación y terminando por el autoritarismo instintivo de quien lleva un pistolón al

cinto y tiene carta libre para utilizarlo; pero también era un hombre inteligente y leal, de

pulso firme y temple contrastado, y en la situación en la que ahora se encontraban, con

Palafox encerrado en Neothermas y con la ciudad definitivamente trastornada, Teresa

no podía pensar en un mejor socio con el que tratar de desenredar la tupida madeja que

alguien —o algo— había tejido en torno a su amigo.

—¿Hace mucho que me esperan? —preguntó, sin molestarse en tenderle la mano al

inspector pero ofreciéndole, a cambio, lo más próximo a una sonrisa amable que fue

capaz de componer.

—Acabamos de llegar —respondió Reigosa, mirando a Eliseo Urbach—. ¿No se

ha cruzado con el coche fúnebre?

Teresa tomó asiento en la silla que su padre le indicaba y arqueó ligeramente las

cejas.

—¿Han utilizado un coche fúnebre?

—Uno convenientemente disimulado. No era cuestión de utilizar un coche regular,

¿no le parece? Ni tampoco una carreta descubierta.

—El señor Manning se merecía ese mínimo gesto de respeto —intervino Eliseo

Urbach—. En cuanto el barco esté listo y las turbas dejen de acechar, volveremos a

recurrir a él.

Teresa miró a su padre con seriedad.

—Es un detalle por tu parte hacerte cargo de la repatriación —dijo—. ¿Ya se ha

informado a la familia de lo sucedido?

En lugar de responder, el industrial apartó el tema con un ademán algo brusco y se

llevó la copa de licor a los labios. La suerte de Oliver Manning y el destino final de su

cadáver, entendió Teresa, eran temas dolorosos para él. Al fin y al cabo, si el inglés

había acabado muerto en una pensión de Barcelona había sido, en último lugar, porque

la codicia insaciable de Eliseo Urbach lo había llevado a requerir su presencia en la

ciudad en el momento menos adecuado.

—Vienes de Santa Clara —observó por fin el hombre, dejando su copa vacía sobre la mesa y cruzando los brazos sobre la panza generosa—. ¿Algo interesante?

—Interesante, sí. Pertinente para el problema que nos ocupa, no estoy segura.

—Veamos.

Teresa les resumió a su padre y al inspector todo lo que Adela y ella habían descubierto durante su charla con la hermana Martina. Comenzó por la extraña rapidez

con la que los detalles de lo sucedido aquella noche habían llegado hasta el convento,

prosiguió con los nuevos datos que la novicia les había dado sobre la visita del

Hombre de Negro el día del hallazgo del sarcófago romano, y culminó su relato con la

relación inesperada que Aquilino Carrera, el director de Neothermas, había resultado

mantener con la difunta madre Piedad y con el resto de las hermanas de Santa Clara.

—¿Dice que el doctor estuvo en el convento la tarde del uno de agosto? —resumió

el inspector Reigosa, terminando de anotar en su cuaderno lo que fuera que las palabras

de Teresa le habían movido a escribir.

—Llegó y se marchó antes de que apareciera el Hombre de Negro —asintió ella

—. Solo habló con la madre Piedad. La hermana Martina no sabía si había llegado a

ver el sarcófago. Tal vez lo sepa la hermana Olivia, la responsable de intendencia de la

orden. Por lo que parece, ella se ha hecho cargo de la dirección del convento en

ausencia de la madre superiora.

El inspector Reigosa cerró su cuaderno y se lo guardó en el bolsillo de la levita.

—El doctor Carrera ha olvidado mencionarnos su relación con las monjas de Santa Clara —observó—. ¿No les parece interesante?

—Desde luego que sí. Aunque los tres sabemos cuál será su explicación cuando le

hagamos las preguntas pertinentes.

Reigosa agitó la cabeza y esbozó una sonrisa irónica.

—La famosa confidencialidad de Neothermas.

—Si visitaba a las monjas en calidad de alienista, como parece que así era, estaba

obligado a guardar el mismo secreto que cuando se trata de los pacientes ingresados en

su sanatorio. —Teresa sonrió también—. Los alienistas son los curas de la edad

moderna. Y en más de un sentido.

—Tonterías —intervino Eliseo Urbach—. Una cosa es no revelar lo que

hablara

con esas monjas o con la madre superiora, y otra muy distinta es ocultarle a usted,

inspector, el hecho de que la mujer por cuyo asesinato anoche le entregamos en custodia

al señor Palafox no era una desconocida para él. Me cuesta creer que esta omisión sea

inocente.

—¿No ha mencionado nada durante su visita? —preguntó Teresa.

Reigosa compartió con la mujer el mismo resumen de su visita al doctor Carrera

que ya había ensayado para Eliseo Urbach.

—Coincido con usted —concluyó, dirigiéndose al industrial—. No mencionar que

la madre Piedad y él mantenían una relación profesional me parece un exceso de celo

por su parte. Lo que el doctor Carrera hablara con esas monjas es cosa suya, desde

luego. No seré yo quien vuelva a discutir la conveniencia de reconocer legalmente el

beneficio del secreto profesional a un mero alienista, y menos cuando en este caso anda

también de por medio la inviolabilidad de un convento acogido a la autoridad

episcopal. Pero si yo le confío el cuidado de un paciente y pongo en su conocimiento

informaciones que obran solo en poder de la policía, lo mínimo que espero por su parte

es alguna mención a las implicaciones personales que la situación pueda tener para él.

—Completamente de acuerdo —afirmó Teresa—. Pero hay algo más. ¿No le parece que el doctor Carrera y Andreu comienzan a tener demasiado en común?

—¿Qué quiere decir?

—Usted y yo sospechábamos que alguien quería colocar a Andreu en el centro de

la diana, como quien dice, relacionándolo de un modo u otro con todos los misterios

que se vienen sucediendo desde el martes. Que fuera llamado a inspeccionar junto a

usted el supuesto cadáver incorrupto de Santa Clara. Que su nombre apareciera en la

tarjeta de visita del señor Manning, junto al nombre del sanatorio en el que todo el

mundo sabía que había estado internado. Que ese Hombre de Negro al que ustedes

habían visto en Santa Clara lo condujera hasta la puerta del procurador asesinado en

Trentaclus. Y anoche, por fin, que la madre Piedad, o Felicia Dedéu, muriera entre sus

brazos en el patio de su propia casa. —Teresa completó su enumeración con un gruñido

—. ¿No lo ve, inspector?

Fue su padre quien se adelantó a responder.

—El doctor Carrera tuvo contacto con esas mismas personas y estuvo en esos mismos lugares.

—Él estuvo en Santa Clara la tarde del martes, poco después de que apareciera el

cadáver incorrupto y poco antes de que ustedes llegaran a investigarlo —
convino

Teresa—. Él recibió esa misma tarde al señor Manning en Neothermas, horas antes de

que alguien lo asesinara en su pensión. Él frecuentaba los prostíbulos de Trentaclus y

conocía, muy probablemente, al procurador asesinado.

—Deberemos confirmar eso —interrumpió Reigosa.

—Tengo a Adela trabajando en ello, inspector. En cualquier caso, el doctor conocía también a la madre Piedad, y su muerte en el patio de la casa de Andreu ha

provocado, de manera bastante previsible, que su antiguo paciente vuelva a estar ahora

bajo su supervisión.

El inspector Reigosa pensó en ello unos instantes.

—¿Quiere decir que Palafox tal vez no sea el objetivo que alguien quiere situar en

el centro de la diana?

—Quiero decir que todos los caminos conducen también al doctor Carrera, y no

solo a Andreu —respondió Teresa—. Y me pregunto por qué.

—Alguien se ha tomado muchas molestias para reunir de nuevo al doctor Carrera

y a Andreu Palafox —resumió entonces Eliseo Urbach—. O para atraer sobre ellos la

atención de la policía y de toda la ciudad.

El inspector Reigosa alternó su mirada entre el industrial y su hija, que lo miraba a

su vez con aire expectante. Dando una calada a su cigarro, expelió el humo hacia el

ventanal abierto de la sala y dijo:

—Al salir de Neothermas, he ido a visitar al obispo Riera. Lo he encontrado en la

capilla de Santa Lucía, particularmente meditabundo y aún más críptico que de

costumbre. Ha vuelto a hablarme de signos y señales, y del apocalipsis que se nos

avecina. Su charlatanería habitual. Pero también ha dicho algo a lo que entonces no le

he dado importancia, y que ahora me inquieta. —Reigosa hizo una pequeña pausa para

recordar las palabras exactas del obispo—. Hablábamos de la dolencia de

Palafox, de

sus alucinaciones. Como siempre, él las trataba de visiones y les concedía valor

milagroso. Ha definido a Palafox como «un hombre ungido con el don único de habitar

el tiempo sagrado». Yo he observado que al doctor Carrera le gustaría conocer ese

diagnóstico de la enfermedad de su paciente, y entonces él ha dicho que el doctor era un

hombre más sabio de lo que yo sospechaba. Más sabio y menos ciego. «Una vez estuvo

ciego, pero ahora ya ve la realidad.» Esas han sido sus palabras exactas.

Los ojos de Teresa Urbach adquirieron un brillo intenso al escuchar aquello.

—¿No le ha preguntado qué quería decir con eso?

—En ese momento he pensado que era solo una frase sonora más de un fanático

que cree estar viviendo el final de los tiempos. ¿Usted cree...?

Teresa no dio ocasión a que el inspector completara su pregunta. Levantándose de

su silla, hizo chocar con cierta violencia las palmas de las manos y miró a los dos

hombres con rostro muy serio.

—Tenemos que volver a Neothermas —anunció—. Y esta vez va a imponer usted

su autoridad, inspector. Lleva encima su pistolón, ¿verdad?

El inspector Reigosa se puso en pie y se palpó el bolsillo de la levita.

—Siempre lo llevo encima, señorita Urbach. Pero...

—Pero lo lleva descargado, por supuesto —completó la novelista—. No se preocupe. Un pistolón descargado será suficiente para mantener a raya al personal de

un sanatorio para enajenados. ¿Vienes tú también, papá?

Eliseo Urbach no hizo preguntas. Conocía demasiado bien a su hija como para

tratar de extraerle alguna información que pudiera comprometer el efecto dramático de

sus acciones.

—Será un placer ver otra vez al inspector empuñando un arma de fuego —dijo tan

solo, levantándose de su silla y recogiendo el sombrero que había dejado sobre la mesa

al llegar de las Atarazanas.

Estaban montando los tres en el coche oficial del Cuerpo de Vigilancia que el inspector

había hecho aparecer a golpe de silbato, cuando un segundo carruaje irrumpió a toda

velocidad por la parte alta de la calle de Montcada. Reigosa reconoció al instante la

planta del agente que viajaba en su interior. Con el pie todavía en el estribo,

dio orden

de aguardar al cochero y se dispuso a descubrir qué sucedía.

El agente Lafita saltó de la cabina de su vehículo y venció en seis zancadas la distancia que los separaba. Se llevó entonces una mano al sombrero y miró a su

superior con expresión inquietante.

—¿Ya se ha enterado, inspector?

Reigosa reprimió un suspiro.

—Trate de ser más específico, agente.

—La Ahogada del pozo de Santa Clara. El cadáver incorrupto que su amigo y usted inspeccionaron la noche del incendio en el puerto. —El agente Lafita hizo una

pausa antes de añadir—: Ha vuelto a aparecer.

Reigosa miró hacia el interior del coche y comprobó que Eliseo Urbach y su hija

observaban al recién llegado con expresión boquiabierta.

—Ha vuelto a aparecer —repitió entonces.

Lafita agitó vehementemente la cabeza.

—Estaba enterrada al pie de la muralla. En la base del lienzo que une las torres de

Canaletas. Dentro de un ataúd de madera.

—¿Y dice usted que era el mismo cadáver? —preguntó Teresa Urbach,

asomando

la cabeza por la portezuela de la cabina—. ¿Quién lo ha identificado?

El agente miró a la mujer con cara de sorpresa.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que yo no lo he identificado —respondió el inspector, impaciente

—. Ni el señor Palafox tampoco. ¿Quién lo ha hecho entonces? ¿Las monjas de Santa

Clara? ¿El obispo Riera? ¿Quién?

—Nadie lo ha identificado. No hace falta. Es la doncella incorrupta de la que todo

el mundo habla. No hay duda.

—No hay duda —repitió Reigosa.

—Va vestida con la túnica romana que ustedes vieron. Es rubia y muy pálida, y su

piel tiene el tono azulado que usted mismo describió en su informe. Conserva incluso

las monedas en los ojos y la boca.

El inspector Reigosa se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó tres monedas

de oro.

—Las monedas que yo me guardé aquella noche en la bodega del convento —dijo

—. Estas monedas.

El agente Lafita ladeó de nuevo la cabeza. Esta vez fue su boca la que se entreabrió con asombro.

—¿Quiere decir...?

Reigosa le interrumpió con gesto autoritario.

—¿Cuál es la situación?

Lafita se recompuso con admirable presteza.

—Se ha dado la orden de interrumpir inmediatamente los trabajos en la muralla,

inspector —anunció—. Los militares han recuperado el control del portal de Isabel II,

que había caído en manos de un grupo de huelguistas, y lo han cerrado hasta nueva

orden. Ahora están tratando de crear un perímetro de seguridad en torno a Canaletas.

Pero no será tarea fácil: al correrse la voz del inicio de los derribos ya empezaron a

juntarse las primeras turbas, y luego apareció el cadáver y todo se salió de madre...

—¿Dónde está ahora?

—Sigue ahí, inspector. El inspector Ollero ha dado orden de no tocar nada hasta

que no lleguen el obispo y usted.

Reigosa no permitió que su rostro acusara el disgusto que le causó escuchar el

nombre de su colega.

—¿Ollero está a cargo de la situación?

—El capitán Alcaraz está también allí. Y la plana mayor del Consistorio. Incluso

el jefe Daroca está de camino... —El agente Lafita esbozó una sonrisilla de mofeta al

pronunciar el nombre de su común superior. Luego se puso serio de nuevo—. Pero todo

el mundo los está esperando a ustedes, inspector.

Reigosa se volvió hacia los Urbach y buscó en sus rostros la confirmación de lo

que él mismo llevaba pensando desde que el agente Lafita había comenzado a hablar.

El obispo Riera no andaba tan desencaminado, después de todo.

Tal vez aquella ciudad del diablo no estuviera condenada a desaparecer para

siempre entre un confusión de signos y señales con olor a azufre. Pero sí se había vuelto

loca de atar.

—No les hagamos esperar, entonces —dijo, y montó por fin en el coche.

31

Adela divisó esta vez a Boris mucho antes de que Patricio le señalara su posición con

el dedo. La pluma de ganso que el muchacho llevaba prendida aquella mañana en la

gorra hacía inconfundible su estampa entre el gentío que volvía a abarrotar la plaza, y

el resto de su vestuario no se quedaba atrás en impudicia ni obviedad. Una blusa de

color verde, un pantalón corto amarillo, un par de sandalias de pescador y un cinturón

de cuero descordado completaban una facha inconfundible de buscón que no pasaba

desapercibida entre los ociosos que rondaban las paradas de los encantos de San

Sebastián.

—Bonita pluma —lo saludó Patricio, acercándose al muchacho con una mano en

alto—. ¿Funciona?

Boris miró a los dos recién llegados sin mostrar sorpresa.

—Una mañana tranquila —respondió—. Hoy la gente no tiene la cabeza para estos

negocios. —Y fijando la vista en Adela, preguntó—: ¿Es verdad lo que cuentan?

Después de lo visto en Santa Clara, a la criada de Palafox no le sorprendió que lo

ocurrido aquella noche en el patio de la casa de su amo fuera ya de dominio público.

—¿Qué es lo que cuentan exactamente?

—Que tu amo degolló anoche a una monja, y que ahora han vuelto a encerrarlo en

un sanatorio para evitar que acabe en la prisión de Amalia. Y que su criada lo vio todo.

Adela sintió que el rostro se le encendía de rabia al escuchar aquello.

—Eso no es cierto —masculló.

—¿No lo viste todo?

—Lo vi todo, pero eso no fue lo que sucedió. Mi amo no ha degollado a nadie.

—Fue el Hombre de Negro —intervino Patricio—. Adela lo vio.

Boris forzó un gesto de desprecio.

—Ya. ¿Viste cómo el Hombre de Negro degollaba a la monja?

Adela se mordió el labio inferior y miró a Boris con el ceño fruncido.

—Lo vi abandonar la casa y huir calle arriba en un carro.

—No te he preguntado eso.

—Vi cómo salía corriendo en cuanto yo aparecí en el patio.

—Pero ¿lo viste degollar a la monja? ¿Lo viste de verdad?

La criada no se permitió vacilar ante aquella pregunta horrible que ella misma,

para su vergüenza, había llegado a hacerse también durante las largas horas de

insomnio en el caserón de los Urbach.

—Fue el Hombre de Negro —afirmó—. El señor Palafox no hizo nada.

—Ya —repitió Boris, otra vez con ese gesto en la cara—. Y hace tres años tampoco hizo nada. Por eso ahora han vuelto a encerrarlo como entonces.

Llegados a este punto, Adela no pudo seguir controlándose por más tiempo. Con el

rostro demudado por la rabia, alzó la mano derecha y le propinó a Boris una bofetada

que resonó como un disparo de trabuco bajo los arcos de la plaza de San Sebastián.

—Mi amo es un buen hombre —afirmó, acercando mucho su rostro al del joven—.

No es un asesino. Y tampoco está loco. Hace tres años cometió un error por el que no

ha dejado de pagar desde entonces. Pero ahora alguien quiere convertirlo en un loco y

en un asesino a ojos de toda la ciudad, y ni la señorita Urbach ni yo vamos a permitirlo.

Boris se llevó la mano a la mejilla que Adela le había abofeteado y miró a la muchacha con curiosidad.

—Me has dado un bofetón —observó.

—Tú te lo has buscado.

Patricio escogió ese instante para soltar la carcajada que llevaba reprimiendo

desde que Adela había comenzado a poner su cara de las grandes ocasiones.

—¡Hacía años que no te veía abofetear a nadie! —exclamó, poniendo los brazos

en jarras y riéndose a mandíbula batiente—. ¡Lo echaba de menos!

Tras una breve vacilación, Adela sonrió también.

—Lo siento —se disculpó, acercando de nuevo la mano a la cara de Boris y acariciándole ahora la mejilla enrojecida—. No tendría que haberte pegado.

El joven agradeció el gesto de Adela con una tímida sonrisa; la primera sonrisa

sincera que Patricio y ella le veían desde su encuentro de la mañana anterior.

—No pasa nada. Me lo he buscado yo solo. —Y palpándose la pluma de ganso

que coronaba su gorra, preguntó—: ¿Para qué habéis venido?

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué quieres?

—Información. Sobre un hombre al que puede que conozcas.

—Conozco a muchos hombres.

—Este es un hombre especial.

Boris tomó a Adela del brazo y la alejó consigo de la creciente atención que los

tres muchachos habían comenzado a concitar en la plaza. Como el día anterior,

rodearon el convento de San Sebastián por la calle del Consulado y tomaron la

callejuela que separaba aquel edificio de la Lonja. Una vez allí, se cobijaron bajo el

mismo portón tapiado en el que habían estado charlando veinticuatro horas antes.

—Un hombre especial —repitió entonces el muchacho—. ¿Cómo de especial?

—Un médico. Un alienista. Bajo, gordo, mayor... Dicen que frecuenta desde hace

tiempo a las prostitutas de Trentaclus. No para lo que tú ya sabes, sino para estudiarlas.

Boris soltó una risita procaz.

—Para estudiarlas... Eso es lo que dicen todos los buenos samaritanos que visitan

cada noche Trentaclus.

—¿Hay más de uno? —preguntó Adela.

—Los hay a montones. Médicos, curas, reformadores... Esta ciudad está llena de

hombres preocupados por la salud de las prostitutas y por su bienestar espiritual. Pero

al final todos buscan lo mismo que cualquier marinero con tres cuartos en el bolsillo.

—El joven volvió la cabeza y escupió una flema amarillenta sobre el suelo adoquinado

de la calle—. Aunque tu hombre es diferente.

—¿Lo conoces?

—Has dicho que es loquero, ¿no? De esos yo solo conozco a uno, y encaja con tu

descripción. Bajo, tripudo y de unos cincuenta años.

Adela sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Así pues, la historia de

la hermana Martina era cierta. El doctor Carrera, el hombre en cuyas manos estaban la

seguridad y la cordura del señor Palafox, no era solo un visitante habitual del convento

de Santa Clara: también era alguien conocido en la calle de Trentaclus.

—¿Qué sabes de él?

—Lo que todo el mundo —respondió Boris—. Que paga a las chicas por sentarse

en una habitación con ellas y hacerles preguntas. Y que no se baja los pantalones al

final de su inspección. ¿Por qué te interesa?

—Ese tipo es el jefe del sanatorio en el que han encerrado al amo de Adela —se

adelantó a responder Patricio.

Boris miró a Adela con las cejas arqueadas. La muchacha asintió con seriedad.

—Es el doctor Carrera —explicó—. El director de Neothermas. Esta mañana

nos

ha hablado de él una monja de Santa Clara que en su día había frecuentado la parte baja

del Raval. El doctor también visita a las monjas en el convento, y hace con ellas lo

mismo que tú nos acabas de decir: se sienta con ellas y les hace preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntas extrañas. Si son felices con la vida que llevan, si se sienten tristes o

nerviosas, si a veces tienen dudas o se arrepienten de haber tomado los hábitos... Y

otras cosas como por qué creen en Dios, cómo hablan con Él, qué sienten al ayunar o al

hacer penitencia... —Adela hizo aquí una mínima pausa—. Si han tenido alguna vez

visiones o han creído escuchar cosas extrañas...

—Si han oído llorar al fantasma del pozo —tradujo Boris. Y añadió—: Preguntas

de loquero.

Adela se mordió nuevamente el labio inferior.

«Preguntas de loquero.»

Eso mismo había observado Teresa Urbach al salir de Santa Clara, cuando Adela

la había instado a regresar de inmediato a Neothermas y sacar de allí al señor

Palafox

antes de que ese doctor tuviera ocasión de hacerle algo malo a su amigo.

Preguntas de

alienista, nada más. En opinión de la escritora, no había nada extraño en que un médico

del alma se interesara por la salud mental de un grupo de mujeres que vivían encerradas

entre cuatro paredes insalubres, sometidas a una rutina estricta de oración, ayuno y

penitencia, y respirando a todas horas un ambiente de credulidad y superstición. Si

había algún lugar donde un alienista podía encontrar pacientes de interés, ese era un

convento femenino de un país como España.

Y sin embargo...

—También les da medicinas —prosiguió Adela—. Siempre lleva consigo un maletín cargado de bebedizos, y los reparte entre las monjas al terminar sus entrevistas.

Según la hermana Martina, las ayudan a calmar los nervios y a dormir mejor. Todas las

monjas de Santa Clara los toman. ¿Se comenta algo de eso por Trentaclus?

Boris asintió vigorosamente con la cabeza.

—Dicen que las muchachas se pelean por sus medicinas. Si las cobrara, el tipo se

haría de oro. Pero sabiendo ahora quién es en realidad, ya debe de tener dinero más que

suficiente... ¿Cuánto debe de costar pasar una noche en ese sanatorio?

—¿A ellas también les hace preguntas de loquero? —inquirió a su vez Patricio—.

A las prostitutas no les mentará demasiado a Dios, ¿no?

—A ellas les pregunta lo que sienten cuando... —Boris hizo aquí un gesto gráfico

que incomodó incluso a Patricio—. Por lo visto, le interesa mucho el asunto, aunque

nunca se moleste en practicarlo con ellas. —Y entonces, poniéndose serio de repente,

el muchacho le formuló a Adela la gran pregunta—: ¿Tú crees que ese loquero conocía

a la niña del sarcófago?

Tras pensárselo un momento, Adela enunció la respuesta que llevaba meditando

desde que Teresa Urbach y ella se habían despedido en la plaza del Rey.

—No lo sé. Pero si la conocía, me parece que todo empieza a cobrar sentido.

Ni Boris ni Patricio tuvieron ocasión de preguntarle a Adela qué quería decir con

aquello. Porque justo en ese instante, un crío entró corriendo en la calle y gritó al pasar

junto a ellos:

—¿Ya te has enterado, Boris? ¡La Ahogada de Santa Clara ha vuelto a resucitar!

¡Y acaba de hacer otro milagro!

El crío soltó una risita alegre y repitió las dos últimas palabras, «¡otro milagro!»,

antes de proseguir su carrera en dirección al paseo de Isabel II.

Adela fue la primera en reaccionar.

—Luego veremos qué milagro es ese —dijo. Y cogiendo a Boris del brazo con

inesperada calidez, añadió—: Pero ahora necesito que me cuentes todo lo que sabes

sobre la señorita Alicia Ferrer. Sobre ella y sobre su familia. Y también necesito que

me digas dónde vive.

Boris miró durante unos segundos los ojos castaños de Adela. Sintiendo el roce

áspero de su mano posada en su antebrazo, recordó el bofetón que la criada le había

propinado hacía apenas diez minutos. Y el muchacho, entonces, esbozó su segunda

sonrisa de la mañana y comenzó a hablar sin hacer más preguntas.

32

El señor Morel estaba apostado a la entrada del palacete de Neothermas con un cigarro

en la mano y una sonrisa torcida en la boca. Las pequeñas calvas que jalonaban su

barba oscura brillaban al reflejo de los primeros rayos de sol que empezaban a colarse

entre las nubes, y su cabeza descubierta parecía relucir también de una manera que a

Laura se le antojó curiosa y repelente a la vez.

El recepcionista de Neothermas nunca había sido santo de la devoción de la joven

enfermera; y aquellos cabellos grasientos no ayudaban a mejorar la impresión que

Laura tenía de él.

—¿Tomándose un respiro, señor Morel?

El hombre volvió la cabeza hacia Laura y borró inmediatamente la sonrisa de su

cara.

—¿Qué haces tú aquí abajo?

—La señora Daudí me manda a hacer un recado. Tengo que ir a reclamar un fardo

de ropas de cama a una lavandería de la Puerta Ferrisa. —Laura se encogió de hombros

con aire despreocupado—. No nos las trajeron en el reparto de anoche, y las necesitamos sin falta esta mañana.

El señor Morel arrugó la nariz a su manera habitual, pero no opuso los

reparos que

Laura había previsto.

—No te acerques a la Rambla —le aconsejó tan solo—. Baja mejor por la plaza

de Santa Ana.

—¿Ya han empezado las demoliciones?

—Han empezado y han terminado. Dicen que ha ocurrido un milagro...

Laura miró al señor Morel con expresión sorprendida, y solo entonces cayó en la

cuenta de la cantidad desusada de gente que circulaba hacia la Rambla por la calle de

la Canuda. También reparó ahora en el intenso rumor de voces lejanas que el aire traía

consigo desde la zona de Canaletas.

—¿Un milagro? —preguntó—. ¿Qué clase de milagro?

—Un ciego que ha recuperado la vista. O un cojo que ha vuelto a caminar, no sé.

Cualquier cosa. —El recepcionista volvió a adoptar aquella sonrisa desdeñosa que

Laura le había visto al llegar a la puerta del sanatorio—. Ha aparecido un ataúd

emparedado en la muralla, y dicen que dentro estaba ese cadáver incorrupto del que

ayer hablaban los diarios.

Laura se llevó una mano a la boca y contuvo apenas un gemido de emoción.

—¿La Ahogada de Santa Clara?

—Eso dicen. Han parado las demoliciones, han llegado los charlatanes y un ciego

ha vuelto a ver. O un cojo ha vuelto a caminar. En cualquier caso, ya tenemos otra santa

a la que adorar en esta bendita ciudad. —El señor Morel dio una calada a su cigarro y

expulsó hacia el cielo una columna de humo maloliente. Luego clavó la vista en Laura y

arrugó otra vez la nariz—. Seguro que tú también crees en milagros.

Laura sostuvo la mirada del hombre y procuró no enrojecer al replicar:

—Y seguro que usted solo cree en lo que el doctor Carrera le dice que crea.

La muchacha se dio media vuelta y echó a caminar a toda prisa hacia el extremo

norte de la calle de la Canuda, antes de que el señor Morel tuviera ocasión de

responder a su desplante. Sentía el corazón agitado por todas las emociones

acumuladas a lo largo de la mañana: misiones secretas, espionajes, milagros en la

misma puerta de su lugar de trabajo... Su vida, pensó mientras divisaba el portal del

Ángel, comenzaba a parecerse realmente a una novela de Teresa Urbach. Una novela

extraña y complicada, llena de giros imprevistos, en la que la enfermera

regordeta vivía

por fin algo interesante de verdad.

Ya en la plaza de Santa Ana, Laura se llevó la mano al bolsillo del uniforme y

comprobó que la nota del señor Palafox seguía allí, doblada en cuatro partes y lista

para llegar a las manos de su destinataria. La idea de volver a ver a la señorita Urbach

aligeró aún más los pies de la muchacha, y anuló también cualquier tentación de

detenerse para indagar los detalles de aquel suceso imposible que el señor Morel

acababa de referirle, y del que todo el mundo, en efecto, parecía estar hablando en cada

esquina.

Cuando llegó a la calle de los Arcos, una muchedumbre reunida junto a la fuente

medieval le cortó el paso durante unos instantes. Un viejo con alzacuellos y tricornio se

había subido al murete de la alberca y anunciaba a grandes gritos, en un cerrado catalán

del campo de Tarragona, el regreso de los muertos a la vida y la purificación de los

pecados por el fuego y por la peste. Solo cuando dos curas auténticos se abrieron paso

hasta la fuente y desalojaron al viejo a garrotazos de su púlpito improvisado, la

multitud se dispersó lo suficiente como para que Laura pudiera proseguir su ruta hacia

el centro de la ciudad.

También en la plaza Nueva había formados un par de corrillos generosos en torno

a sendos hombres vociferantes, y en la calle del Obispo, frente a las puertas del

claustro de la Catedral, un grupo de mujeres se habían cogido de las manos y oraban al

unísono con las cabezas agachadas. «TRECE OCAS MUERTAS EN NOMBRE DEL SEÑOR »,

había escrito alguien con tiza en el muro del templo; y debajo de esta inscripción, con

una caligrafía diferente, podía leerse también: «CONDENACIÓN».

En la plaza de San Jaime, en cambio, la presencia del Ejército había vaciado casi

por completo el paisaje de civiles. Laura no recordaba haber visto nunca aquella plaza

así de silenciosa, y fue esa tranquilidad, más que toda la agitación que había

presenciado en su trayecto desde Santa Ana, lo que la llevó a hacerse una idea

realmente ajustada de la situación en la que se hallaba Barcelona aquella mañana.

—¿Laura?

La enfermera estaba a punto de tomar la calle de la Ciudad cuando el sonido de su

nombre la hizo detenerse en seco. Se dio media vuelta y vio ante sí un coche negro

detenido en la boca de la calle de Fernando VII. Por un instante sintió miedo; pero

entonces un rostro conocido asomó por la portezuela de la cabina y las mejillas de

Laura enrojecieron de placer.

—¡Señorita Urbach!

Dos minutos más tarde, la enfermera estaba sentada junto a Teresa Urbach en el

interior de un coche de caballos que circulaba a toda velocidad camino de la Rambla

mientras la novelista, mortalmente seria, procedía a leerles a sus acompañantes la nota

que Andreu Palafox había escrito para ella.

—«Nada fue un accidente. Carrera es la clave. Debéis sacarme de aquí.»

El inspector Reigosa fue el primero en recoger el silencio que siguió a estas tres

frases.

—¿Eso es todo?

Teresa Urbach le tendió la nota al policía.

—Eso es todo lo que pone —dijo. Y mirando de nuevo a Laura, preguntó—:
¿El

señor Palafox no te ha dicho nada más?

La muchacha agitó la cabeza.

—Solo me ha dicho lo que acabo de contarles. Que tenía que entregarle esta
nota a

usted lo antes posible. Y que antes de abandonar el sanatorio debía buscar al
doctor

Carrera y decirle que el señor Palafox preguntaba por él.

—Y de eso hace...

—Lo que he tardado en bajar desde allí arriba —dijo Laura—. Diez o doce
minutos. Tal vez quince, porque el señor Morel me ha entretenido en la
puerta. El

doctor Carrera estaba visitando a un paciente en otra planta, así que a lo
mejor todavía

no ha acudido a la llamada del señor Palafox.

El inspector Reigosa echó su cuerpo hacia delante y acercó mucho su rostro
al de

la enfermera.

—Repíteme lo de esos viales.

—No sé qué es lo que contenían —aseguró Laura—. El doctor Carrera
prepara

sus propios compuestos para los pacientes del sanatorio, y en ocasiones nos
manda

aplicar también ungüentos y cataplasmas de su invención, todos bastante malolientes.

Pero esto era diferente. Por su efecto parecía una especie de cloroformo, un sedante

químico que se inhala y provoca la pérdida de la conciencia; pero el color y el olor de

este líquido eran distintos. Y el señor Palafox ha dado a entender que le había causado

alucinaciones. —La enfermera agitó firmemente con la cabeza—. El cloroformo solo

adormece, no tiene efectos alucinógenos.

El policía se mordió el labio inferior y volvió la cabeza hacia el cuarto ocupante

de la cabina, un anciano de aspecto imponente cuya identidad Laura había adivinado sin

necesidad de que Teresa Urbach hiciera las presentaciones pertinentes.

—Nada fue un accidente —dijo Eliseo Urbach con voz pensativa, repitiendo la

primera frase de la nota que el señor Palafox había escrito para su hija—. ¿Qué es lo

que no fue un accidente?

—El asesinato de la madre Piedad anoche en el patio de su casa, tal vez —propuso el inspector Reigosa—. Que su nombre y el de Neothermas aparecieran en la

tarjeta del señor Manning. Que el obispado recurriera a él para atestiguar el

falso

milagro de Santa Clara.

Teresa Urbach se pasó una mano nerviosa por la cabeza y desordenó aún más su

negra cabellera.

—Creo que Andreu no habla de hechos recientes —murmuró.

Y en ese instante, el coche detuvo su marcha en las inmediaciones del llano de la

Boquería. Los dos caballos que tiraban de él se pusieron a relinchar frenéticamente y a

patear el suelo con sus herraduras, haciendo que el vehículo comenzara a agitarse entre

violentos espasmos. Un escándalo de vítores, aplausos y cánticos se coló en el interior

de la cabina, y a lo lejos se escuchó el sonido de una explosión.

Para deleite de Laura, el inspector Reigosa se llevó la mano al bolsillo de la levita y extrajo de él un pistolón.

—No se muevan de aquí —ordenó, y bajó de un salto de la cabina, cerrando tras

de sí la portezuela.

Laura buscó la mano de Teresa Urbach y la estrechó con fuerza, al tiempo que se

volvía hacia la parte delantera del coche y procuraba descubrir, a través del parapeto

del pescante, qué era lo que había interrumpido su viaje hacia Neothermas.
Solo

consiguió entrever la espalda del cochero recortada sobre una masa imprecisa
de

cuerpos oscuros. Una segunda explosión, esta más cercana, provocó nuevos
relinchos y

un bamboleo ya inquietante del vehículo. La voz del inspector gritó una serie
de

órdenes monosilábicas que fueron respondidas de inmediato por un coro de
voces

agresivas, y varias manos se pusieron a golpear los portones y a tratar de
descorrer las

cortinas del coche. Y entonces Laura comprendió que estaba en lo cierto: su
vida,

definitivamente, había pasado a regirse aquella mañana por la lógica
sensacional de las

novelas de Teresa Urbach.

Así que la enfermera abrió bien los ojos y se dispuso a descubrir qué estaba a
punto de ocurrir a continuación.

33

Cada vez que Andreu Palafox trataba de recordar lo sucedido aquella tarde de
marzo de

1851 en la que su carrera de anatomista había naufragado para siempre, su
memoria era

incapaz de avanzar más allá de cierto punto en el que sus recuerdos,

invariablemente,

se disolvían como un terrón de azúcar en absenta. Todo cuanto antecedió a ese momento

seguía fresco en su memoria: el teatro de operaciones del hospital de la Santa Cruz en

el que iba a realizarse la intervención, los preparativos de la misma, las pequeñas

observaciones que su asistente y él habían intercambiado con la joven paciente cuyas

amígdalas Palafox debía extirpar aquella tarde. La intervención en sí era puramente

rutinaria; lo que la convertía en especial era el hecho de que aquella iba a ser la

primera vez que Palafox empuñara el bisturí sin la supervisión de alguno de sus

profesores del Real Colegio de Cirujanos. El hijo de Martín Palafox acababa de recibir

su título oficial aquella misma semana, en una ceremonia que los diarios de la ciudad

habían cubierto con cortesía exquisita. Un nuevo eslabón se añadía a la cadena de

anatomistas más antigua y respetada de Barcelona, y nadie tenía el menor motivo para

sospechar que la ocasión fuera a acabar en tragedia.

Palafox recordaba el rostro inquieto de la mujer a la que estaba a punto de operar,

sus ojos pesados por efecto del láudano que su asistente le había administrado y ya, por

fin, el plácido sueño artificial que habría de permitirle trabajar sin dolor sobre su

carne. El instrumental quirúrgico estaba dispuesto ordenadamente en la bandeja

auxiliar, todas las lámparas estaban encendidas y la enfermera, una eficiente muchacha

con la que Palafox había trabajado en más de una ocasión, acababa de abandonar el

teatro de operaciones tras dejar una jarra de agua y un frasco de alcohol al alcance de

su mano.

Tampoco su asistente era un desconocido para él. Se apellidaba Carcasona, tenía

unos cincuenta años y había sido el asistente de su padre durante una larga temporada,

antes de que un problema de salud le hubiera obligado a abandonar temporalmente el

ejercicio de su profesión. Él mismo se había ofrecido para asistir a Palafox en aquella

primera intervención oficial del joven anatomista, a manera de homenaje a su antiguo

patrón fallecido.

Palafox se recordaba tomando el bisturí de la bandeja y acercándolo a la boca de

su paciente, la cual el señor Carcasona mantenía abierta con unas tenazas de plata. Se

recordaba luego procediendo a hundir cuidadosamente su filo en el tejido inflamado de

la laringe, muy despacio, con el mismo pulso y la misma seguridad naturales que le

habían ganado hasta la fecha las alabanzas de todos sus profesores. Y también

recordaba haber pensado que algo extraño sucedía.

Y entonces llegaba la oscuridad.

Una oscuridad poblada de rostros muertos y de voces extinguidas.

En la memoria de Palafox, la luz de gas que había iluminado el teatro de operaciones se desvanecía en ese instante por completo, y las tinieblas que se apoderaban de la sala se poblaban de inmediato con los mismos fantasmas que llevaban

rondando su vida desde aquella mañana inicial en la bajada de la Prisión. Los

habitantes perdidos de Barcelona. Sus desahuciados inquilinos temporales.

Los hijos

muertos de aquella ciudad en la que el tiempo, como el trazado de sus calles, como la

piedra y el mortero de sus edificios, se acumulaba y se superponía y acaba

confundiéndose en un todo indistinguible en el que nada, nunca, llegaba a desaparecer.

Palafox se recordaba cerrando los ojos y tratando de ahuyentar aquellas

visiones

con la letanía habitual que había aprendido a repetirse en tales situaciones:
«Me llamo

Andreu Palafox. Estoy en 1851. Lo que veo no es real; yo sí lo soy. Ellos no
están

vivos; yo sí lo estoy». Y luego se recordaba abriendo de nuevo los ojos y
descubriendo

que su paciente había cedido su lugar en la mesa de operaciones a un cadáver

desconocido. Un cadáver que sangraba y aullaba como un animal lanceado.
Un cadáver

que tenía los ojos abiertos y la boca inundada de sangre y miraba a Palafox
con el

mismo pánico que él ahora empezaba a sentir.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha hecho? —decía entonces una voz a su lado
—.

¿Qué ha hecho, señor Palafox?

Palafox recordaba los rostros horrorizados del señor Carcasona y de la
enfermera

confundiéndose con los rostros de todos los fantasmas que giraban a su
alrededor como

un violento remolino de almas en pena, y que parecían crecer en número con
cada

nueva revolución. Y también recordaba alzar las manos y verlas manchadas
de sangre.

La misma sangre que manaba del rostro del cadáver que aullaba en la mesa

de

operaciones.

Eso era todo.

La oscuridad se volvía entonces absoluta, y su siguiente recuerdo era despertar en

una habitación desconocida junto a un hombre calvo y barbudo que lo observaba con

cara de profundo interés.

—Me alegra ver que por fin se ha despertado, señor Palafox —había dicho entonces el hombre, esbozando una sonrisa amable y tendiéndole una mano blanda y

regordeta que a Palafox, absurdamente, le había hecho pensar en las manos de su

difunta madre—. Me llamo Aquilino Carrera. Es un placer saludarle por fin.

—No esperaba que se despertara usted tan pronto, señor Palafox —dijo en esta ocasión

el doctor Carrera, cerrando tras de sí la puerta de la habitación y observando con

seriedad a su paciente—. ¿Cómo se encuentra?

Palafox se volvió hacia el recién llegado y contempló, por primera vez en más de

tres años, el rostro familiar del alienista. El joven estaba en pie junto a la única ventana

de la habitación, y se había pasado los diez últimos minutos observando a los

pacientes

y a las enfermeras que pululaban por el patio interior del sanatorio. El recuerdo de los

días en los que él mismo había pasado sus mañanas en aquel patio, varado en una silla

de enfermo y acompañado casi siempre por Teresa Urbach, había vuelto a despertar en

Palafox toda clase de inquietudes antiguas; pero también le había ayudado a despejar la

mente y a recobrar el control perdido sobre sí mismo.

—Mejor que cuando me trajeron aquí anoche, supongo —dijo, estrechando la mano que el alienista le tendía—. ¿Qué hora es?

El doctor Carrera echó un vistazo a su reloj de bolsillo y agitó la cabeza con desagrado.

—Pasan veinte minutos de las once de la mañana —respondió—. No tendría que

haberse despertado usted antes de las tres de la tarde, señor Palafox. Con toda la

tensión a la que se ha visto sometida en las últimas horas, su mente necesita reposo

absoluto. —El hombre miró a su alrededor y localizó por fin lo que andaba buscando:

los dos viales vacíos que estaban debajo de la pila—. No debería haber hecho eso —

dijo, endureciendo el gesto.

Palafox sostuvo su mirada sin parpadear.

—Si hay algo que precisamente no necesito, doctor, son alucinógenos.

—Esos viales no contenían ningún alucinógeno, señor Palafox —replicó al instante el doctor Carrera—. Lo que contenían era un sedante. Un sedante de mi propia invención.

Una volada de aire húmedo y caliente se coló por la ventana abierta y dejó en la habitación un ligero olor a madera quemada.

El médico se agachó a recoger los viales, los olfateó brevemente y se los tendió a su paciente.

Palafox no hizo gesto de recogerlos.

—Un sedante —repitió en cambio.

—Menos adictivo que el láudano y no tan agresivo como el cloroformo, pero más potente que cualquier combinación corriente de hierbas medicinales. —El doctor

Carrera abrió el maletín que traía consigo y extrajo de él un nuevo vial lleno de aquel

líquido de color amarillento. Lo destapó ligeramente y volvió a cerrarlo de inmediato

—. Su olor, como corresponde a esta clase de sustancias, no es agradable, pero tanto la

bondad de sus efectos como su inocuidad están sobradamente contrastadas.

—Y lo están desde hace al menos tres años —asintió Palafox, tomando, ahora sí,

el vial lleno que el alienista le tendía—. ¿Me equivoco?

El doctor Carrera pareció sorprendido ante aquella observación.

—Vengo usando este compuesto desde hace algo más de un lustro —dijo—. Usted

mismo gozó de sus beneficios en su anterior estancia en Neothermas.

Palafox agitó la cabeza.

—Si le dijera que anoche recordé algo nuevo sobre el incidente que me trajo aquí

hace tres años, ¿qué me diría?

—Le diría que la mente humana es un almacén excelente y que su contenido, por

inaccesible que a veces nos resulte, no llega nunca a extraviarse por completo. ¿Qué es

lo que ha recordado?

—Un olor.

El doctor Carrera asintió con aire satisfecho.

—Cada sentido tiene su propia memoria, y la del olfato es aún la más desatendida

—observó—. Una de las técnicas que estamos desarrollando ahora en Neothermas

consiste precisamente en potenciar la memoria sensorial. ¿Qué olor ha recordado?

Palafox le devolvió al alienista el vial lleno de líquido amarillento.

—Este olor. El olor de su sedante, doctor.

Aquilino Carrera torció nuevamente el gesto.

—En ese caso, señor Palafox, me temo que no estamos ante ningún progreso —

dijo—. No hay nada extraño en que recuerde usted el olor de este sedante, ni en que lo

asocie con el incidente que lo trajo a Neothermas. Como le he dicho, yo mismo se lo di

a inhalar durante sus primeros días de estancia aquí, cuando necesitábamos mantenerlo

a usted en reposo absoluto para que su mente pudiera recobrase de la impresión

sufrida.

Palafox agitó de nuevo la cabeza.

—Si anoche recordé este olor, doctor, fue porque volví a olerlo en mi propia casa.

En mi propio dormitorio. Instantes antes de experimentar los delirios que me han traído

otra vez aquí.

—Eso es imposible —protestó el doctor Carrera.

—Y lo que anoche recordé no fue haberlo olido hace tres años en Neothermas —

prosiguió Palafox—. Recordé haberlo olido en el teatro de operaciones del hospital de

la Santa Cruz. Justo antes de experimentar también los delirios que acabaron con la

salud de la señorita Alicia Ferrer.

—Eso es imposible —repitió el doctor Carrera—. Se confunde usted.

—No me confundo, doctor. —Palafox se volvió hacia la ventana y contempló

distraídamente la pequeña nube de humo que comenzaba a asomar sobre los tejados de

poniente. Luego se giró de nuevo y devolvió su atención al alienista, que lo observaba

desde el centro de la habitación con cara de genuino estupor—. Pese a sus intentos por

mantenerme otra vez confuso y adormecido, tengo la cabeza más clara que nunca. Y

estoy empezando a comprender.

—Le digo que es imposible que oliera usted mi sedante anoche, señor Palafox, ni

tampoco el día de su incidente en el hospital de la Santa Cruz. Yo soy el único que tiene

acceso al contenido de estos viales. Nunca preparo más del que voy a necesitar en cada

ocasión, y yo mismo lo administro cuidadosamente. —El hombre negó vigorosamente

con la cabeza—. Nadie tiene acceso a estos viales. Ni siquiera mis enfermeras están

autorizadas a tocarlos.

—En ese caso, no me deja más opción que pensar lo impensable.

Palafox dio un par de pasos al frente y se situó casi a tocar de su interlocutor.

Y en ese instante, la puerta de la habitación se abrió con brusquedad y por ella

asomó el rostro del recepcionista de Neothermas.

—¿Algún problema, doctor? —preguntó el señor Morel, mirando inquisitivamente

a los dos hombres que ahora se observaban en el centro de la habitación.

El alienista hizo un gesto apaciguador con su mano derecha.

—Ningún problema, señor Morel. Puede marcharse.

—Lo impensable, doctor —repitió entonces Palafox—. Que fue usted quien me

trajo aquí en primer lugar. Que fueron sus malas artes las que provocaron mi delirio

durante aquella intervención hace tres años, del mismo modo que lo provocaron anoche

en mi propio hogar.

El rostro del doctor Carrera palideció visiblemente.

—¿Qué tonterías está diciendo, señor Palafox? —preguntó, alternando la mirada

entre su paciente y el señor Morel, que seguía plantado en el umbral de la puerta—.

¿Por qué habría de hacer yo algo así?

—Eso me pregunto yo, doctor. ¿Por qué haría usted algo así?

El doctor Carrera sostuvo durante algunos segundos la mirada del anatomista.

—Sigue usted bajo los efectos de la impresión de anoche, señor Palafox —

contestó al fin, agitando la cabeza—. Ya le he advertido que necesitaba reposo

absoluto. Tal vez deberíamos...

Palafox alargó su brazo derecho y apresó la muñeca del hombre, que acababa de

empezar a destapar el vial con el líquido amarillento.

—Ni se le ocurra, doctor. Yo ya no soy su paciente. —Con su mano libre, el joven

le arrebató el vial al doctor Carrera y lo arrojó por la ventana—. Porque de eso se

trataba, ¿verdad? De que yo fuera su paciente.

El recepcionista de Neothermas abandonó su posición en el umbral de la puerta e

hizo amago de abalanzarse sobre Palafox. El doctor Carrera lo detuvo con gesto firme.

—Déjenos solos, señor Morel.

—Pero...

—Le digo que se marche, señor Morel. Yo me ocupo de esto.

El hombre miró a Palafox con rostro amenazante, pero no opuso más resistencia.

—Como quiera, doctor —dijo. Y saliendo por fin de la habitación, cerró la puerta

a su espalda y dejó a los dos hombres de nuevo a solas.

El doctor Carrera se acercó entonces a la ventana y asomó la cabeza hacia el

patio, donde una de sus enfermeras parecía estar recogiendo los pedazos de cristal del

vial destrozado.

El aire que entraba por la ventana seguía trayendo un aroma inconfundible a

madera quemada.

—Dice que se trataba de que usted fuera mi paciente —murmuró, sin mirar a Palafox.

—Mi caso, al fin y al cabo, era digno del estudio del mejor alienista de Barcelona.

Para un hombre de su profesión, poder estudiar a alguien que afirmaba tener visiones de

sucesos pasados era una oportunidad irrepetible. Un anatomista, además; alguien a

quien se suponía cuerdo y sin interés alguno en publicitar su condición. — Palafox

esbozó una sonrisa—. ¿Cómo lo llamaba usted entonces? Cronestesia. Sensibilidad

temporal. Un término más científico que los que solía utilizar nuestro común amigo, el

obispo Riera. Él prefería hablar de don o de milagro. Fue Su Excelencia quien le habló

a usted de mí, ¿verdad?

El doctor Carrera se volvió, ahora sí, hacia su interlocutor.

—El obispo Riera me había hablado en confianza de su caso antes de que usted se

convirtiera en mi paciente, en efecto. Y no negaré que los particulares del mismo me

intrigaban.

—Así que se preguntó usted cómo podría llegar a estudiarlo debidamente.
Por

supuesto, sabía que yo nunca me prestaría a ingresar en Neothermas, ni a someterme

siquiera a una entrevista que pudiera perjudicar mis perspectivas como anatomista.

Solo mis más íntimos amigos estaban al tanto de mi condición, y yo jamás hubiera

hecho nada que pudiera hacerla pública. De modo que si quería estudiarme, no tenía

usted más remedio que forzar mi ingreso en su sanatorio.

El alienista agitó la cabeza de izquierda a derecha. Su rostro seguía ostentando una

expresión de asombro e incredulidad; pero ahora había algo en él que se parecía

también al miedo.

—¿Habla usted en serio? —preguntó—. ¿Realmente piensa que yo fui el responsable de lo que usted le hizo a esa pobre mujer?

—Lo que sucedió aquella tarde en el hospital de la Santa Cruz, como lo que sucedió anoche en mi casa, no tuvo nada que ver con mi condición —afirmó Palafox—.

Cuando irrumpen las visiones, yo me convierto en un mero espectador de lo que sucede

a mi alrededor. Veo rostros y escenas, escucho conversaciones, percibo olores y tactos,

pero no interactúo con mis visiones ni pierdo la conciencia de mi yo verdadero. No

padezco delirios. Nunca dejo de saber dónde me encuentro, quién soy, qué me está

sucediendo. Solo dos veces no ha sido así. En esas dos ocasiones he percibido, antes

de que todo comenzara, un olor cuyo origen usted mismo ha reconocido como propio. Y

las dos veces he acabado ingresado en su sanatorio y sometido a su autoridad de

alienista.

—Lo que está diciendo es absurdo, señor Palafox.

—Usted me drogó de alguna manera hace tres años con ese alucinógeno de su

invención, y por culpa de ello, la vida de una mujer inocente quedó arruinada para

siempre. Y anoche volvió a drogarme y me lanzó en brazos de una monja degollada.

Pero en esta ocasión todo formaba parte de un plan mucho más terrible que hace tres

años.

El doctor Carrera agitó la cabeza de nuevo.

—No es usted el que habla, señor Palafox —dijo—. Es la impresión que su cerebro sufrió anoche.

—La misma impresión que sufrió su otra paciente milagrosa, ¿verdad? — preguntó

Palafox—. Esa pobre mujer que tiene encerrada en otra habitación de este mismo

pasillo. La catatonía es un diagnóstico tan conveniente como la historia maravillosa que

se sacó usted de la manga para justificar su presencia en Neothermas. Una dama sin voz

ni memoria aparecida al pie de un pozo encantado. —Palafox metió entonces la mano

bajo su camión y recuperó las tijeras que tenía escondidas dentro de los calzones: unas

tijeras de enfermera, largas y afiladas, que Laura le había entregado antes de marcharse

con su nota en busca de Teresa Urbach—. Una historia casi idéntica a la de esa otra

muchacha enterrada en el convento de Santa Clara. ¿También ella fue víctima de sus

experimentos con algún alucinógeno de su propia invención, doctor? ¿Se le fue la mano

con la dosis y tuvo que buscar la manera de deshacerse de un cadáver inconveniente?

Al ver las tijeras que su paciente empuñaba, el doctor Carrera dio un paso atrás y

gritó el apellido del recepcionista de Neothermas. La puerta no tardó ni un segundo en

abrirse, y el señor Morel irrumpió en la habitación con una agilidad felina que a

Palafox, por un instante, le resultó vagamente familiar. No tuvo ocasión de pensar en

ello: antes de poder blandir siquiera sus tijeras contra el recién llegado, este se

abalanzó sobre él y le cubrió las narices y la boca con un trapo empapado en algo que

olía, esta vez sí, a cloroformo.

—Esto es por su propio bien, señor Palafox —escuchó aún que le decía la voz del

doctor Carrera, mientras su rostro barbudo pasaba a ocupar todo su campo de visión—.

Ya le he dicho que su cerebro necesita reposo absoluto.

Palafox sintió cómo sus piernas se vencían de repente y su cuerpo, sostenido por

el señor Morel, empezaba a deslizarse hacia el suelo. Trató de protestar, pero el único

sonido que salió de su boca fue un gemido inaudible bajo el trapo que la cubría. Esta

vez no hubo visiones ni delirios. Esta vez no hubo fantasmas que acudieran a burlarse

de él. La cabeza de Andreu Palafox entró en contacto delicadamente con el suelo de la

habitación, sus ojos se cerraron, y todo desapareció por fin.

quinta parte

UN VIAJERO EN EL TIEMPO

34

Las dependencias abandonadas de la antigua prisión de Canaletas, en lo alto de la

Rambla, ofrecían aquella mañana todo el aspecto de lo que realmente eran: unas

caballerizas mal cuidadas. Las celdas comunales que durante siglos habían ocupado el

interior de las tres torres habían quedado vacías unos años antes, cuando las

autoridades habían repartido a sus últimos inquilinos entre el monasterio de San Pedro

de las Puellas y la nueva cárcel de la Reina Amalia. Montones de balas de paja se

apiñaban ahora en la planta baja de la torre oriental, la única que mantenía intacta su

estructura. Un largo abrevadero recorría su pared curvada, y el olor de los orines y las

bostas de los caballos se mezclaba con el de los propios animales, que andarían tirando

ahora de coches y carretas militares por cualquier rincón de la ciudad, pero cuyo rastro,

ácido y penetrante, seguía flotando en el aire muerto que encerraba el edificio.

Respirando solo por la boca, empuñando aún su pistolón descargado y

tratando

inútilmente de no pisar las deposiciones que alfombraban el suelo, el inspector Reigosa

rodeó la antigua celda comunal y se adentró resignadamente en un pasillo infestado de

telarañas, guano de murciélago y partículas de polvo en suspensión. No se permitió

imaginar las cosas que Andreu Palafox podría haber visto en un lugar como aquel, ni se

martirizó tampoco pensando en los posibles peligros a los que estaba exponiendo a su

amigo en aquel preciso instante. Al fin y al cabo, sus obligaciones como inspector del

Cuerpo de Vigilancia estaban por encima de cualquier consideración personal. Y

aunque el instinto le aconsejara a Reigosa salir corriendo inmediatamente hacia

Neothermas y liberar cuanto antes a Palafox de la tutela del doctor Carrera, el peso de

su uniforme le imponía permanecer en su puesto y atender a las amenazas que se

acumulaban contra la seguridad de la ciudad que tenía bajo su jurisdicción.

—Cuidado con las arañas —aconsejó el inspector Ollero, que abría la marcha con

un candil en la mano y parecía, también él, abrumado por la mezcla de olores intensos y

noticias absurdas que ahora mismo los cercaba—. Y procuren no pisar ninguna rata.

Las de este barrio tienen fama de tener los dientes más afilados de toda la ciudad.

—Es bueno saberlo —agradeció Teresa Urbach—. Aunque, según pude ver ayer,

las ratas de las Atarazanas no andan tampoco escasas de dentadura.

La novelista caminaba detrás de Reigosa con una mano posada sobre su espalda, y

aquel ligero contacto, de algún modo, reconfortaba al inspector. Un rato antes, cuando

tres carretas del Ejército habían acudido a su rescate en el llano de la Boquería y

habían escoltado su coche hasta Canaletas, la señorita Urbach había profetizado que

Reigosa solo podía terminar aquella semana de dos maneras posibles: o convertido en

el nuevo jefe superior del Cuerpo de Vigilancia, o degradado a limpiabotas del cuartel.

Y luego, cuando el inspector Ollero los había recibido con las últimas novedades en la

puerta de la torre, la mujer había añadido una tercera opción para su futuro: la de

mayordomo personal del obispo Riera.

—No era mal plan comenzar los derribos por estas torres, después de todo —

opinó ahora Reigosa, viendo cómo la claridad de una ventana enrejada comenzaba a

perfilarse sobre el hombro de Ollero—. Los caballos agradecerán que los trasladen a

cualquier otro lugar. Aunque sea al matadero.

El pasillo que seguían culminó por fin en tres pequeños escalones desgastados, y

tras ellos, al otro lado de una reja que a Reigosa le hizo pensar oscuramente en la

capilla de una iglesia barroca, les aguardaban los dos primeros objetos de aquella

expedición.

El ataúd estaba colocado en el centro de lo que en su día debió de haber sido una

celda de confinamiento de la vieja cárcel medieval. Lo iluminaban la luz residual del

pasillo y el vacilante resplandor de una decena de velas, que añadían un fondo de cera

quemada a la intensa mezcla de olores que flotaba en el aire. El sentido de las velas no

se le escapó al inspector: tal vez aquello no fuera realmente una capilla, pero la actitud

que se esperaba de ellos al cruzar aquella reja era la del fiel que acude a humillarse

ante su Dios.

El obispo Riera, por su parte, estaba sentado en una pequeña banqueta de madera

a los pies del ataúd. Vestía su fajín, su solideo y su sotana de diario, y sostenía entre las

manos un rosario de cuentas plateadas. Su mirada, le pareció a Reigosa, tenía la

expresión de quien ha perdido definitivamente todo contacto con la realidad.

—Siento no haberme equivocado, inspector —lo saludó, clavando en él sus ojos

claros y húmedos—. Lo siento de verdad.

Reigosa se acercó al ataúd y echó un rápido vistazo al cuerpo que contenía.

Sin lugar a dudas, se trataba de la misma muchacha que Andreu Palafox y él habían

visto en Santa Clara.

—No se lamente tan pronto, Su Excelencia.

El obispo Riera se puso en pie sin dejar de manosear su rosario.

—¿Tampoco ahora cree en la realidad de lo que tiene delante? —preguntó—.

¿Tan ciego está usted, inspector?

En lugar de responderle, Reigosa se hizo a un lado y dejó que Teresa Urbach viera

por primera vez a la Dama del Pozo.

La mujer se acercó al ataúd y se dispuso a contemplar el cadáver con la

respiración contenida. No pronunció una sola palabra. Inclinandose sobre el

féretro de

madera, hizo abstracción inmediata de todo cuanto la rodeaba en aquella celda y

comenzó a registrar en su cerebro, uno por uno, cada uno de los rasgos de la Dama del

Pozo que Palafox y Reigosa ya le habían descrito al inicio de aquella aventura: la piel

tan pálida que parecía azulada; la túnica casi deshecha; el pelo rubio recogido en dos

trenzas a los lados de su cara; las tres monedas de oro que cerraban sus ojos y sus

labios, y que ahora, a aquellas alturas de la historia, parecían cobrar de repente un

nuevo sentido.

—Creo en la realidad de lo que tengo delante —dijo entonces Reigosa, apartando

la vista del perfil reconcentrado de Teresa Urbach y mirando de nuevo al obispo Riera

—. Y también creo en la realidad de lo que tengo en el bolsillo.

El inspector abrió la mano y le mostró al religioso las tres monedas romanas que

guardaba desde su visita a Santa Clara.

—Estas son las monedas que el martes cubrían los ojos y los labios de esta joven

—anunció—. Yo me las guardé esa noche para investigar su procedencia,

antes de que

sus hombres procedieran a enterrarlas otra vez con ella. Descubrí que a mediados de

julio alguien había estado moviendo por ahí varias piezas idénticas a estas, igual de

brillantes y bien conservadas, lo que me pareció interesante. Sobre todo teniendo en

cuenta que el sarcófago en el que estas monedas aparecieron no se desenterró,

supuestamente, hasta el uno de agosto. —El inspector hizo bailar en la palma de su

mano las tres piezas de oro—. Y ahora resulta, Su Excelencia, que esta joven regresa

de su tumba dentro de una caja de madera y trae consigo tres monedas nuevas.

El silencio que siguió a las palabras de Reigosa lo acabó rompiendo el inspector

Ollero, que había permanecido hasta entonces junto a la puerta de la celda con el ceño

fruncido, los labios curvados y toda su atención puesta en la persona de Teresa Urbach.

—Extraño milagro, desde luego. ¿No le parece, señorita Urbach?

La mujer alzó por fin la vista del ataúd y miró al colega de Reigosa con cara de

tener la cabeza llena de ideas interesantes.

—Yo no entiendo de milagros, inspector —dijo—. Pero sí me gustaría

preguntarle

algo a Su Excelencia, si Su Excelencia me lo permite...

El obispo Riera se volvió hacia Teresa Urbach y emitió, por toda respuesta, un

gruñido inarticulado.

—Todos tenemos preguntas para Su Excelencia, señorita Urbach —intervino Reigosa—. Comience usted, por favor.

La hija de Eliseo Urbach inclinó levemente la cabeza en dirección al inspector y,

mientras lo hacía, rozó con una mano el borde del ataúd en el que reposaba la Dama del

Pozo. Luego miró al obispo Riera y dijo con voz suave:

—Yo solo quiero saber, Su Excelencia, si se hallaba usted presente la mañana que

inhumaron el cuerpo de esta joven.

El obispo no varió la expresión de su rostro.

—Por supuesto que sí.

—¿Usted vio cómo esta joven recibía sepultura en el camposanto del convento de

Santa Clara?

—Eso es lo que acabo de decirle.

—¿Y el ataúd en el que la enterraron era el mismo que ahora tenemos aquí?

El inspector Reigosa sonrió complacido.

—Excelente pregunta —murmuró.

—Era el mismo, en efecto —respondió el anciano—. Un sencillo féretro de madera de pino, como los que por norma se utilizan en los enterramientos conventuales.

No pretendería que volviéramos a enterrarla en su sarcófago de piedra, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Su Excelencia. —Teresa Urbach acarició de nuevo el borde del ataúd—. ¿Inspector?

Reigosa no tuvo ocasión de formularle ninguna pregunta al obispo. La cabeza del

agente Antúnez asomó en ese instante por la puerta de la celda, y la luz de las velas

comenzó a arrancar toda clase de brillos rojizos de su pelo.

—Disculpen, inspectores. Los caballeros del Consistorio han llegado por fin. Y el

capitán Alcaraz está empezando a impacientarse.

Reigosa aceptó aquella interrupción con un gesto resignado.

—No les hagamos esperar, entonces. ¿Dónde...?

—En la última planta de la torre —se adelantó a responder el inspector Ollero—.

En la sala de vigilancia, como corresponde, y con vistas espléndidas a la Rambla, para

que no olvidemos lo que tenemos entre manos. Pero me temo —añadió, dirigiéndose a

Teresa Urbach— que usted no está invitada a la reunión. Tal vez quiera esperarnos aquí

abajo.

La novelista agitó la cabeza y dio un par de pasos al frente.

—Preferiría que alguien me acompañara a Neothermas —dijo—. Mi padre y

Laura nos estarán esperando allí con el agente Lafita. Tal vez este agente tan amable...

El agente Antúnez enrojeció visiblemente a la luz de las velas.

Reigosa se adelantó a lo que fuera que estuviera a punto de objetar el inspector

Ollero y dijo:

—Excelente idea. Agente, busque un coche y una escolta adecuada y lleve a su

destino a la señorita Urbach. Y luego quédese allí con Lafita hasta que yo llegue.

El agente Antúnez se aclaró la garganta y miró a Teresa Urbach con un aire entre

sumiso y acobardado. Luego se cuadró debidamente y afirmó que así lo haría.

—Excelente —murmuró el inspector Ollero—. Utilizando a nuestros hombres

como cocheros particulares en tiempo de revolución.

Sin acusar las palabras de su colega, Reigosa tomó del codo al obispo Riera y

echó a caminar junto a él hacia el pasillo que se abría ante la celda en la que estaban.

Lo mismo hizo al cabo de un par de segundos Teresa Urbach, después de echarle un

último vistazo a la Dama del Pozo.

Cuando se separaron al pie de la escalera de caracol, las campanas de la iglesia

de Belén comenzaban a tocar las doce del mediodía. Su sonido llegaba hasta el interior

de la torre amortiguado por la piedra de sus gruesos muros, y también por el rugido de

las voces de los miles de barceloneses que seguían reunidos en la Rambla.

Reigosa posó entonces brevemente su mano en el brazo desnudo de la novelista y

murmuró:

—Tenga cuidado, por favor.

Y Teresa le ofreció una sonrisa distraída que no logró tranquilizarle.

35

El viento que soplaba del este arrastró el sonido de las campanas de Belén hasta la

calle de la Canuda y lo introdujo impetuosamente en las habitaciones, los pasillos y los

patios desiertos de Neothermas. El doctor Carrera contó mecánicamente los doce

repiques, y luego cubrió con una sábana el cuerpo inerte de Andreu Palafox y fue a

cerrar la ventana de la habitación. No miró al exterior: ya sabía lo que estaba sucediendo allí afuera. Diez minutos antes había dado orden de desalojar el patio

central, recluir a todos los pacientes en sus habitaciones y cerrar hasta nueva orden las puertas del sanatorio.

La confusión de la Rambla comenzaba a extenderse por las calles del barrio de

Santa Ana. Uno de los celadores había llegado con la noticia de que varios exaltados

habían tratado de asaltar el vecino convento de Santa Teresa, y solo sería cuestión de

tiempo que alguien decidiera que un sanatorio para alienados de bolsillo bien cubierto

era un objetivo igualmente digno de sus iras sin objeto ni razón. O peor aún, que alguien

se acordara de esa misteriosa Dama del Pozo que habitaba en Neothermas desde

mediados de julio y cuya propia leyenda sobrenatural, difundida por toda Barcelona

gracias a la incontinencia verbal de sus enfermeras, tanto se parecía — Andreu Palafox

estaba en lo cierto— a la de la joven milagrosa de Santa Clara que aquella mañana

había aparecido emparedada en la muralla de Canaletas.

El doctor Carrera guardó su cuaderno de notas y su bolsa de las medicinas en el

maletín que tenía abierto sobre la mesa. Posó entonces una mano en la frente sudorosa

de su paciente y comprobó, una vez más, que las correas de seguridad que lo mantenían

sujeto al diván estaban bien atadas. Luego salió de la habitación.

—Asegúrese de que todo va bien —le ordenó al hombre que hacía guardia junto a

la puerta—. Si se despierta, adminístrele un poco más de cloroformo.

El señor Morel asintió con la cabeza e hizo amago de entrar en la habitación. Se

detuvo, sin embargo, en el umbral de la puerta.

La cara con que miró entonces al doctor Carrera le gustó tan poco a este como el

temblor que había advertido en las manos del recepcionista mientras ambos se

ocupaban de acomodar al paciente en el diván de cuero.

—Eso que ha dicho... —comenzó a decir, antes de que el alienista lo interrumpiera con un gesto desdeñoso.

—La mente del señor Palafox busca maneras de sanarse a sí misma. Imaginar que

el origen de sus males está fuera de su persona es una manera de atenuar el

sentimiento

de culpa.

El señor Morel emitió un gruñido valorativo.

—No es verdad, entonces —afirmó más que preguntó—. Nadie drogó hace tres

años al señor Palafox para que cometiera aquel crimen. Usted no... —El hombre no

terminó la frase.

El doctor Carrera clavó sus ojos en los ojos de su empleado y vio en ellos, ahora,

algo que le gustó todavía menos que su expresión anterior. Vio la sombra de una duda.

O peor: el principio de una convicción.

—Por supuesto que no.

—Y esa otra mujer, la paciente catatónica... —El señor Morel orientó su barbilla

hacia el fondo del pasillo—. ¿Tampoco eso es cierto?

El doctor Carrera decidió que no tenía tiempo para aquello.

—Esta tarde, cuando todo haya terminado, hablaremos con más calma usted y yo,

señor Morel —dijo—. Pero ahora haga lo que le he dicho. Yo tengo que ocuparme de

unos últimos preparativos, pero volveré dentro de media hora para mi entrevista con el

señor Palafox.

El señor Morel inclinó sumisamente la cabeza y entró por fin en la habitación de

Andreu Palafox.

El doctor Carrera atravesó el pasillo, se asomó al despacho de la señora Daudí y

comprobó que la gobernanta de Neothermas no estaba allí dentro. Desanduvo entonces

sus pasos y prosiguió hasta el extremo opuesto del pasillo. Abrió la puerta sin llamar.

La única persona que había en la habitación era la paciente que reposaba, boquiabierta

e inmóvil, en su sillón enfrente a la ventana.

El doctor Carrera cogió una toalla de la mesita auxiliar y le limpió a la mujer el

rastro de babas que tenía en la barbilla. Luego le tomó el pulso y confirmó que no había

variaciones. Observó durante un minuto sus pupilas dilatadas, su frente perlada de

sudor, sus labios reseco y descoloridos. Y entonces acercó la cara a su oreja y

susurró:

—Perdóneme.

Adela entró en el cuarto de Alicia Ferrer como si lo hiciera en una iglesia, con la

cabeza inclinada y las manos enlazadas a la altura del regazo. Era una habitación de

aspecto y proporciones humildes, pero se hallaba bien aireada y parecía, como el resto

de la casa, ordenada e impoluta. El único elemento decorativo que había a la vista era

el ramillete de margaritas que daba color a la mesita de noche, dentro de un jarrón de

porcelana. Por lo demás, todo lo que aquellas paredes contenían respondía a las

necesidades especiales de quien vivía allí. La cama baja e inclinada, la silla de cuero

con correas y respaldo alto, el sillón profusamente acolchado... Cada mueble de aquel

dormitorio aludía crudamente a la desgracia que su inquilina había padecido tres años

atrás.

—¿Y dice usted que es amiga de la señorita? —preguntó por tercera vez la anciana, mirando a Adela con sus dos ojillos aguados desde la puerta de la habitación.

—Soy amiga de un amigo de la señorita —repitió pacientemente la muchacha—. Y

soy criada de alguien que también la conoció hace tiempo.

La vieja emitió un gruñido de comprensión.

—La señorita ya no tiene muchos amigos —dijo—. A la gente no le gusta

acercarse a los enfermos que no tienen cura. Al final se cansan y desaparecen.

Adela giró sobre sí misma y memorizó los detalles de aquel cuarto que, sabía, no

iba a volver a ver nunca más.

—Es una lástima —murmuró.

—Es una vergüenza. La gente no conoce ya la fidelidad ni el respeto. Tú eres muy

joven para saberlo, pero antes las cosas no eran así. —La anciana chasqueó la lengua

con expresión asqueada—. Antes, cuando querías a alguien, seguías a su lado por muy

feas que se pusieran las cosas.

Adela se acercó a la mesita de noche y contó trece margaritas en el jarrón de

porcelana. A su lado había una palmatoria sin su vela y dos pañuelos de algodón. Los

pañuelos eran blancos, estaban cuidadosamente doblados y tenían dos iniciales

bordadas con hilo azul. Una *A* y una *F*. Alicia Ferrer.

Adela se alejó de la mesita de noche y evitó mirar de nuevo las correas de la silla

que había junto a la ventana. Entonces recordó algo que Teresa Urbach había

mencionado aquella mañana, cuando Adela le había confiado sus sospechas de que tras

todo lo que estaba sucediendo pudiera hallarse alguien del entorno de la

mujer cuya

vida su amo había arruinado hacía tres años.

—Habla usted del prometido de la señorita Alicia, ¿verdad?

La anciana redobló su cara de desprecio.

—Ese fue el peor. Aunque no fue el único.

—¿Ya no ha vuelto por aquí?

—Medio año aguantó, si es que llegó. Hubo amigas que esperaron más antes de

desaparecer.

—¿Y no han vuelto a saber de él?

—Los señores se lo han encontrado alguna vez por la calle. En esta ciudad, todo el

mundo acaba encontrándose antes o después. Al menos parece que ha tenido la

decencia de no casarse todavía, el muy... —La anciana pronunció una mala palabra que

hizo sonreír a Adela—. ¿Por qué te interesa ese tipo?

En lugar de responder, la criada de Palafox preguntó a su vez:

—¿Y no hay ningún otro amigo varón que visite todavía a la señorita Alicia?

La mujer frunció el ceño al escuchar la palabra «varón».

—¿Qué estás sugiriendo, jovencita?

—Nada inapropiado —se apresuró a señalar Adela—. Es solo que imagino

que

una mujer como la señorita Alicia debía de tener muchos amigos cuando estaba sana. Y

no quiero pensar que todos desaparecieran después del accidente.

—Pues ya puedes pensarlo. El único varón que hoy en día entra en esta casa es el

señor Ferrer.

Adela no siguió insistiendo. La paciencia de la anciana, comprendió, empezaba a

agotarse, y ni siquiera el soberano aburrimento que la había llevado a abrirle las

puertas de la casa a una completa desconocida iba a bastar para alargar mucho más

aquella visita.

—¿Y cuándo dice que se fue la familia?

—Hará unas tres semanas. Lo sé porque fue cuando empezó esa maldita huelga.

Los señores y la señorita se marchan cada año a la costa cuando llega el mes de agosto,

pero este año adelantaron el viaje.

—¿Por culpa de la huelga?

La anciana se encogió de hombros.

—Tú también eres criada. Nosotras no hacemos preguntas. Pero supongo que con

la fábrica cerrada, el señor Ferrer no tenía motivos para hacer sufrir a la familia el

calor de Barcelona.

—El señor Ferrer trabaja en la fábrica de Eliseo Urbach, ¿verdad? Tengo entendido que consiguió el trabajo poco después del accidente de la señorita Alicia...

Al menos es una suerte que su situación económica sea buena, ¿verdad?

El ceño de la sirvienta de los Ferrer se frunció definitivamente.

—Haces muchas preguntas, jovencita. Me parece que será mejor que te marches

ya.

Adela no protestó. Le dio las gracias a la anciana por su amabilidad, echó un último vistazo al dormitorio y se dejó conducir dócilmente hasta la puerta de la casa.

Patricio la estaba esperando al otro lado de la plaza de Santa Catalina, junto al

muro de hierro forjado del nuevo mercado que habían construido sobre las ruinas de un

convento medieval.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, acercándose a ella con cara de expectación.

Adela compuso una mueca resignada y echó a caminar hacia la riera de San Juan.

Solo cuando se encontraban ya a cierta distancia de la casa que acababa de abandonar,

respondió:

—Podemos descartar al padre. Lleva tres semanas fuera de Barcelona con el resto

de la familia, veraneando en un pueblo de la costa.

—Qué suerte.

—Y según la criada, no hay otros hombres que frecuenten la casa. La pobre mujer

tenía un prometido, pero se esfumó pocos meses después del accidente. No parece que

la quisiera demasiado.

Patricio le dio a su amiga una palmada en la espalda.

—Te has quedado sin candidatos a Hombre de Negro. Aunque a lo mejor el padre

ha contratado a alguien para que haga todo esto mientras él está fuera de la ciudad.

Podría ser, ¿no?

Adela agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—La señorita Urbach tiene razón —afirmó—. Aunque alguien cercano a la señorita Ferrer quisiera vengarse del señor Palafox, ¿para qué iban a hacerlo de una

manera tan complicada? No tiene ningún sentido.

Patricio emitió un resoplido.

—Eso te lo he dicho yo antes de venir aquí. Y Boris me ha dado la razón.

Pero tú

querías conocer a esa mujer.

Adela miró de reojo a Patricio y se maravilló, una vez más, de la perspicacia que

el muchacho mostraba en todo lo que tenía que ver con sus propios sentimientos.

—Siempre me he preguntado cómo sería —murmuró, fijando la vista en el suelo

—. Si ella no hubiera sufrido aquella desgracia, yo nunca habría conocido al señor

Palafox.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. De no ser por lo que sucedió aquel día, el señor Palafox sería hoy

un anatomista famoso. Seguramente estaría casado con la señorita Urbach. Tendría

hijos, sería rico y viviría de manera adecuada a su situación. Tendría a su servicio

cocineras y doncellas de verdad, y no...

—Y no una niña del Raval como tú —completó Patricio, al tiempo que sujetaba a

Adela del brazo y le impedía cruzar a ciegas la riera de San Juan justo en el momento

en el que una carreta del Ejército pasaba a toda velocidad camino del cuartel de

Junqueras—. ¿Lo ves? —preguntó entonces—. Si yo no te hubiera cogido ahora, tú

estarías muerta o lisiada y el señor Palafox habría tenido que buscarse a otra criada. La

vida es así todo el rato. —Patricio soltó el brazo de Adela, que había emitido un grito

al ver cómo la carreta pasaba rozándole la pierna derecha, y le guiñó el ojo sano—. No

vale la pena pensar en lo que alguna vez pudo o no pudo haber sucedido, porque

siempre están pasando cosas. Todo el rato. Y cada vez que pasa algo, otras cosas dejan

de pasar.

Con la respiración todavía agitada, Adela dio un paso atrás y se quedó mirando a

Patricio. Entonces se puso de puntillas y le plantó un rápido beso en los labios.

—Gracias —murmuró.

Una segunda carreta del Ejército pasó traqueteando furiosamente en dirección al

barrio de San Pedro, cargada de soldados con los sables en la mano y los rostros

inflamados de espíritu marcial. Tras ella iban una carreta de bomberos y dos coches del

Cuerpo de Vigilancia. El aire, advirtió Adela mientras volvía a plantar los talones en el

suelo, olía a incendio lejano y traía consigo el rumor inconfundible de una buena

bullanga barcelonesa.

Como si le hubiera leído la mente otra vez, Patricio anunció entonces:

—Hay jaleo en la Rambla. Mientras te esperaba, he estado hablando con un par de

viejos que venían de allí. —El muchacho sustituyó la expresión cohibida que el beso de

Adela le había dejado en el rostro por su sonrisa de siempre—. Parece que el plan de

tirar la muralla no ha durado ni diez minutos. El Ejército ya ha dado orden de pararlo

todo, y ahora dicen que están a punto de ampliar el toque de queda.

Adela dirigió la mirada hacia el otro lado de la ciudad y divisó una columna de

humo que empezaba a elevarse sobre la torre de San Juan de Jerusalén.

—¿Lo de la Dama del Pozo era cierto? —preguntó con voz algo estremecida—.

¿De verdad ha aparecido enterrada al pie de la muralla?

—Eso dicen. Y también dicen que ya lleva hechos por lo menos tres milagros. Un

ciego ha vuelto a ver, un cojo ha vuelto a caminar, y ha vuelto a brotar agua de la fuente

de Canaletas. —Patricio echó a caminar de nuevo hacia el interior de la ciudad—.

Ahora están esperando que haga algo con la epidemia de cólera...

Adela se apresuró a seguir a su amigo, atendiendo, ahora sí, al tráfico que circulaba entre Junqueras y la plaza del Ángel.

—¿Y ese fuego?

—A saber. Pero sea lo que sea lo que está ardiendo, me apuesto lo que quieras a

que no es lo último que arde hoy en Barcelona.

Un viejo rodeado de perros sarnosos estaba sentado en un taburete en la boca de la

calle del Infierno. Proclamaba a gritos la llegada inminente del final de los tiempos, y

nadie le prestaba ninguna atención. Un grupo de monjas caminaba en fila de a dos por la

calle de la Corribia, y al final de la misma, en la plaza Nueva, una variada multitud de

curiosos alzaba la vista al cielo y olisqueaba el humo que empezaba a confundirse con

la niebla de siempre.

Adela esquivó a un militar que avanzaba por la plaza con su sable en la mano y los

ojos cargados de miedo, y comprendió que Patricio tenía razón.

Aquel día, en Barcelona, cualquier cosa podía suceder.

Apenas diez minutos después de que Teresa Urbach hubiera partido hacia Neothermas

en compañía del agente Antúnez, la reunión improvisada en lo alto de la torre oriental

de Canaletas había concluido y sus protagonistas —los inspectores Reigosa y Ollero, el

obispo Riera, el capitán Alcaraz y una pareja de representantes del Consistorio

municipal— empezaban a dispersarse para ir a transmitir a sus respectivos subordinados las decisiones acordadas durante el encuentro.

La primera decisión, adoptada por unanimidad de todos los presentes, había sido

suspender la orden de demolición de las murallas y disolver de inmediato los batallones de picapedreros que se habían reclutado para tal fin.

La segunda decisión, adoptada por mayoría absoluta, había sido decretar un nuevo

toque de queda de cuarenta y ocho horas que habría de entrar de vigor tan pronto como

las campanas de la catedral pudieran hacer pública la orden de aviso.

La tercera decisión, adoptada por mayoría simple tras una agria discusión entre el

capitán Alcaraz y los representantes del Consistorio, había sido proceder al cierre de

las puertas de la muralla y a la anulación inmediata de los derechos de paso por tierra,

mar y vía férrea a la ciudad.

Y la cuarta decisión, adoptada ya puramente por la fuerza de los testículos del capitán Alcaraz, había sido conceder al Ejército la potestad de disolver a su manera

todo disturbio que se produjera a partir de aquel momento en el territorio sometido a

toque de queda.

—No queremos muertos —había acabado suplicando el representante principal

del Consistorio, después de que Alcaraz colocara su sable encima de la mesa y pusiera

fin a la disputa a la manera de los viejos militares españoles: retando a los presentes a

ofrecer un argumento mejor que su acero—. Bastante tenemos ya con la epidemia de

cólera.

—Nosotros tampoco queremos muertos, caballero. Pero si tiene que haberlos, mejor que sean del bando de ahí afuera.

El capitán Alcaraz abandonó ahora la sala en compañía del inspector Ollero, que

solo había abierto la boca durante la reunión para matizar cada una de las

observaciones de su colega Reigosa. También el obispo Riera se puso en pie e hizo

amago de marcharse junto a los representantes del Consistorio. Fue entonces

cuando el

inspector Reigosa se acercó al religioso.

—Concédame tres minutos, Su Excelencia.

El obispo Riera tomó asiento de nuevo y miró a Reigosa con expresión cansada.

—¿Y bien?

—Solo quiero preguntarle sobre algo que me ha dicho esta mañana en Santa Lucía,

cuando hablábamos de la condición del señor Palafox —dijo el inspector—. Ha dicho

entonces que el doctor Carrera era un hombre más sabio de lo que yo sospechaba. Más

sabio y menos ciego. Y también ha dicho que una vez estuvo ciego, pero que ya ve la

realidad.

El obispo Riera no varió su gesto serio, pero a sus ojos pareció asomar un fugaz

brillo complacido.

—Eso he dicho —asintió—. Y así es.

—¿Podría explicarme, entonces, qué quiere decir exactamente con ello?

El religioso echó hacia delante su espalda encorvada y depositó sobre la mesa el

rosario que había estado manoseando desde su llegada a la torre.

—El doctor Carrera era como todos ustedes —dijo—. Un hombre sin ninguna fe, o

con una fe desplazada y errónea. Él escuchaba el relato de las visiones del señor

Palafox y pensaba solo en desajustes mentales. Tildaba sus experiencias de alucinaciones, y las atribuía a un funcionamiento peculiar de su cerebro, a una dolencia

desconocida del alma o incluso, sencillamente, a una imaginación excitada en exceso.

El inspector Reigosa asintió gravemente.

«Un hombre sin ninguna fe, o con una fe desplazada y errónea.»

—¿Ya no es así? —preguntó.

—Por supuesto que no. El doctor Carrera es un auténtico hombre de ciencia. Uno

que no teme reconocer hasta dónde llegan los límites de su disciplina y dónde empiezan

los dominios de otra disciplina superior.

Reigosa no preguntó cuál era esa disciplina superior. Ya lo sabía.

—El doctor Carrera piensa ahora, pues, que lo que el señor Palafox ve cuando

padece sus... episodios son realmente imágenes llegadas de otro tiempo.

—¿Le sorprende?

—Enormemente. Porque esta mañana he estado hablando con él del señor Palafox

y no ha mencionado nada por el estilo.

El anciano esbozó algo parecido a una sonrisa. Una sonrisa de labios caídos y mejillas arrugadas.

—Tal vez el doctor haya intuido que no se iba a mostrar usted abierto a escuchar

sin prejuicios sus nuevas teorías.

—Que son...

—Las mismas que yo vengo compartiendo con usted desde que esto comenzó. —El

religioso abarcó con un gesto la gran sala circular en la que se encontraban y también,

entendió Reigosa, la ciudad que se agitaba al otro lado de sus muros—. El señor

Palafox tiene acceso al tiempo sagrado. Su alma vive en contacto con una continuidad

temporal que es propia de Dios, no de los hombres, y sus sentidos perciben de forma

directa lo que el resto de nosotros solo somos capaces de vislumbrar a través del

pensamiento y de la imaginación. El tiempo, para el señor Palafox, no es una línea

recta: es una circunferencia. Una circunferencia cuyo centro está en todas partes y en

ninguna a la vez. —El obispo Riera hizo una pausa retórica antes de rematar —: Una

circunferencia cuyo centro, a todos los efectos, es él.

El inspector Reigosa no se sonrió esta vez ante las fantásticas teorías del anciano.

—¿Por eso ha permitido que el doctor Carrera frecuente a su antojo el convento de

Santa Clara durante los últimos meses? —preguntó—. ¿Por eso la madre Piedad y usted

le dejaban acercarse a las monjas y tratarlas como si fueran pacientes de su sanatorio?

¿Porque esperaba que su trato con esas clarisas le ayudara de algún modo a entender lo

que, según usted, explica la condición del señor Palafox?

—El doctor Carrera no hace ningún daño ofreciendo sus servicios a nuestras

comunidades de clausura. Sus visitas profesionales a los conventos de la ciudad no son

ningún secreto.

—No visitaba solo el convento de Santa Clara —tradujo Reigosa, y el rostro de la

paciente sin memoria de Neothermas se dibujó al instante en su imaginación —.

También visitaría el convento de Santa Teresa. Al fin y al cabo, lo tiene casi puerta con

puerta de su sanatorio.

—El de Santa Teresa fue el primer convento cuyas puertas se le abrieron al doctor

Carrera —confirmó el obispo Riera con naturalidad—. Y la utilidad de sus visitas

quedó probada en seguida. La experiencia médica del doctor ayuda a las monjas en su

día a día de cien maneras evidentes, y la experiencia mística de las monjas, a su vez, lo

ayuda a él en su búsqueda de la Verdad.

El inspector Reigosa escuchó claramente la mayúscula en aquella última palabra.

La Verdad.

En su imaginación, el rostro de la paciente de Neothermas se fundió ahora con el

de la muchacha que aguardaba su tercera sepultura varios pisos por debajo de sus pies.

—Un acuerdo justo —dijo—. Experiencia médica a cambio de experiencia mística.

—No espero que lo entienda, inspector.

—Sí que lo entiendo, Su Excelencia. Lo entiendo perfectamente. Pero también me

pregunto qué tipo de experiencia es la que le ofrecen al doctor las prostitutas del Raval

a las que igualmente frecuenta.

El rostro del obispo Riera permaneció imperturbable.

Por encima de su hombro, tras la ventana enrejada de la torre, Reigosa pudo

ver la

columna de humo que se elevaba hacia el cielo desde la plaza del Buensuceso, en el

interior del Raval, donde unos obreros habían prendido fuego a una pila de tablones

almacenados junto al cuartel militar.

—No sé de qué me habla —dijo el anciano.

—En cualquier caso, Su Excelencia, voy a necesitar que me dé usted libre acceso

a los conventos de Santa Clara y de Santa Teresa.

El obispo Riera miró a Reigosa con expresión cansada.

—Tiene usted libre acceso adonde desee, inspector —contestó—. Poco importa

ya nada. Pero debo preguntar por qué quiere visitar esos dos conventos.

—Necesitaré hablar con la encargada de intendencia de Santa Clara. La hermana

Olivia. Y en cuanto a Santa Teresa, debo confirmar algo. —Reigosa le resumió al

obispo la historia de la aparición de la otra Dama del Pozo en el claustro del convento

vecino a Neothermas—. ¿Estaba usted al tanto de este hecho?

El anciano asintió lentamente.

—Yo mismo di la orden de anunciar en las parroquias la aparición de esa mujer

—explicó—. El doctor Carrera ha tratado en vano de identificarla desde entonces. ¿Por

qué le interesa a usted?

—¿No ve la relación con la joven de Santa Clara?

—Las leyendas de pozos encantados están a la orden del día en esta ciudad. Cada

convento tiene la suya, del mismo modo que cada foso parroquial dispone de su propia

colección de aparecidos. —El religioso se encogió de hombros—. La superstición no

anda nunca muy lejos de la fe verdadera.

Reigosa reprimió una sonrisa irónica. No sería él quien discutiera aquello.

—Oliver Manning, el inglés degollado en el hostel del paseo de la Aduana, visitó

a esa mujer en Neothermas horas antes de morir —dijo en cualquier caso—. No sé qué

le movió a hacerlo, ni soy capaz de imaginar qué relación podía tener con ella. Pero

estoy decidido a descubrirlo.

Los dos hombres se quedaron en silencio frente a la ventana de la torre.

Al otro lado de la reja, la suave curva de la Rambla hacía pensar, más que nunca,

en una gran serpiente de colores que avanzara plácidamente hacia el mar Mediterráneo.

—¿Puedo irme ya? —preguntó el obispo Riera, cambiándose de mano el rosario

de cuentas plateadas—. ¿O quiere que lo acompañe a ver al doctor?

—No será necesario. Tiene usted obligaciones que atender, y ya le he robado mucho tiempo. Pero sí quiero advertirle de algo antes de despedirnos. Cuando he ido a

verle al sanatorio esta mañana, el doctor ha observado algo que creo que es cierto: todo

lo que ha sucedido esta semana ha tenido por objetivo situar al señor Palafox en el

centro de todas las miradas. Convertirlo de nuevo en un personaje célebre en la ciudad,

como sucedió hace tres años, y rodearlo esta vez de pruebas aparentes de la realidad de

sus delirios. —Reigosa pronunció esta última palabra sin vacilar—. Monjas degolladas, cadáveres incorruptos, demonios embozados... Signos y señales.

Los labios del obispo Riera desaparecieron casi por completo en el interior de su

boca desdentada.

—Signos y señales —repitió.

—Esas han sido las palabras que ha utilizado el doctor. Las mismas que usted ha

repetido a menudo durante nuestras últimas charlas. Según la teoría de Carrera, el

objeto de todas esas señales acumuladas en torno a nuestro amigo es reforzar en la

imaginación de la gente las ideas que usted, Su Excelencia, defiende cada domingo

desde el púlpito de la catedral, y que muchos de sus curas y sus feligreses repiten a

diario. El inminente final de los tiempos para esta ciudad nuestra entregada al progreso

extranjero, olvidada de su propia tradición y desviada del camino que sus dos mil años

de historia le señalan. —Reigosa tomó aire y dejó asomar a su rostro, ahora sí, una

sonrisa maliciosa—. ¿Lo he dicho bien?

El anciano no respondió. Lo que hizo fue echar a caminar hacia la escalera con

paso vacilante.

El inspector Reigosa fue tras él.

—No digo que esté de acuerdo con la teoría del doctor Carrera —prosiguió—.

Pero puestos a buscar a un beneficiario de todo lo sucedido hasta ahora, no se me

ocurre uno mejor que alguien convencido de que la única manera de salvar el alma y el

futuro de esta ciudad es impedir que se derriben sus murallas, detener el avance de sus

fábricas, imbuir a su población de ideas místicas y de miedos sobrenaturales y

convertir a Andreu Palafox, el vidente del pasado de la ciudad, en una especie de

profeta o de intérprete del espíritu de Barcelona.

El obispo Riera detuvo su marcha en el tercer peldaño de la escalera y se volvió

hacia Reigosa con expresión desdeñosa.

—Tiene razón, inspector. Yo soy su hombre embozado. Deténgame de una vez.

Reigosa sonrió de nuevo.

—No creo que tenga usted nada que ver con lo sucedido, Su Excelencia —dijo—.

Al menos activamente. Pero sí sospecho que sus ideas han prendido lo suficiente en

esta ciudad como para que alguien haya podido convencerse de que lo que acabo de

decir no es una estupidez absurda.

Se hizo otra vez el silencio entre los dos hombres.

El rostro arrugado del obispo Riera había adquirido una tonalidad cerúlea que se

asemejaba inquietantemente, pensó Reigosa, a la de todos los cadáveres que el

inspector llevaba vistos en sus quince años de desempeño policial.

Y entonces el sonido de unos pasos ascendió rápidamente por la escalera y un cuerpecillo familiar estuvo a punto de arrollar al anciano.

—Disculpe, Su Excelencia —murmuró el agente Lafita, inclinando la cabeza ante

el obispo Riera y mirando también de reojo a Reigosa, que había torcido el gesto en

cuanto había visto aparecer a un subordinado al que hacía en Neothermas en compañía

de los Urbach—. Siento interrumpirles, inspector. Pero esto no le va a gustar.

37

El doctor Carrera abandonó la habitación de la Dama del Pozo y atravesó el ala de los

pacientes especiales con el rostro convertido en una máscara de cera. No se detuvo ante

la puerta de la habitación número doce, la que ocupaba Andreu Palafox, ni tampoco

ante la del despacho de la señora Daudí, que habría terminado ya de revisar sus cuentas

y estaría repartiendo instrucciones y regañinas por cualquier rincón del sanatorio.

Alcanzó la escalera principal y comenzó a descender las tres plantas del edificio sin

prestar mayor atención a la agitación inusual que animaba los pasillos. Se cambió de

mano el maletín y esquivó de malos modos los requerimientos de un par de

enfermeras

que lo abordaron con sendos problemas de disciplina derivados, según llegó a entender, de su orden de recluir a todos los pacientes en sus habitaciones. Ya en el

rellano de la planta baja, un celador con cara de niño se puso a decirle algo de un

policía que llevaba diez minutos reclamando que le franquearan el acceso a

Neothermas y lo llevaran de inmediato ante su director. También a él lo despachó con

cajas destempladas.

—Una de las enfermeras está fuera con él —insistió el celador, persiguiendo al

alienista por el pasillo que conducía a su despacho privado—. Laura. La gordita del ala

de especiales. Había salido a hacer un recado antes del cierre del portón, y ahora pide

que la dejemos entrar.

El doctor Carrera detuvo su marcha y miró al joven con el ceño fruncido.

—¿El policía es un inspector? —preguntó.

El celador agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Es un agente del Cuerpo de Vigilancia, señor. Pero dice que viene en nombre de

la autoridad.

—Que se vaya al infierno. Neothermas no se halla bajo la jurisdicción del
Cuerpo

de Vigilancia. Dile que a las seis recibiré al inspector Reigosa, como hemos
acordado,

y que hasta entonces no quiero ver aquí a ningún policía. Que se ocupen de
los

problemas que tienen ahí afuera.

—Como usted diga, señor —dijo el celador sin convicción alguna—. Y en
cuanto

a la enfermera...

—Dile que está despedida.

El doctor Carrera no se quedó a escuchar las tímidas objeciones que su
empleado

comenzó a oponer a esta última decisión. Reanudó la marcha hacia su
despacho con

paso ligero y, una vez allí, cerró la puerta con llave y tomó asiento ante su
escritorio.

Dejó el maletín sobre el montón de viejos informes que había estado
revisando la noche

anterior, abrió el primer cajón del escritorio y extrajo de él un pequeño
paquete

envuelto en un pedazo de felpa.

Al retirar la tela, aparecieron un pequeño cuaderno de notas, una ampolla de
cristal esmerilado y un estuche de cuero con dos iniciales grabadas en su
cubierta.

El alienista estuvo un par de minutos observando esos tres objetos. El cuaderno

tenía las tapas forradas en tela roja, y una cinta negra cerraba sus páginas por el corte

superior. Su aspecto fatigado era el mismo que solía verse en los libritos de oraciones

o en los cuadernos de contabilidad. La ampolla, por su parte, era de tamaño mediano,

mayor que un vial corriente y menor que un frasco de medicinas, y contenía un líquido

rojizo cuya textura, vista a través del vidrio labrado, se asemejaba a la de la sangre

ligeramente aguada. El estuche, por último, era estrecho y alargado, y tenía también un

aspecto desgastado que sugería a la vez antigüedad, uso frecuente y un cierto descuido.

Cuando lo abrió, su interior reveló un único objeto: una aguja hipodérmica.

El doctor Carrera tomó la aguja en su mano y sintió la doble frialdad del metal y

del vidrio. La sostuvo un rato entre los dedos, sopesando con aprobación su ligereza, su

simple diseño y la elegancia de sus formas funcionales, y luego la guardó otra vez en el

estuche. Envolvió entonces la ampolla, el estuche y el cuaderno en el pedazo de felpa y

metió el paquete en el interior del maletín. Cerró luego este, lo retiró hacia un

extremo

del escritorio y consultó su reloj de bolsillo. Disponía aún de veinte minutos, calculó.

Pensó entonces en el rostro pálido de Andreu Palafox, en sus mejillas hundidas, en la

expresión que habían adoptado sus ojos al creer entender al fin. Al creer haber dotado

finalmente de sentido a los tres últimos años de su vida. Sintió lástima por él. Y

también sintió miedo.

—¿Era verdad lo que decía, doctor? —había preguntado el señor Morel, retirando

su pañuelo empapado en cloroformo del rostro de Palafox segundos después de que

este le hubiera atacado con aquellas tijeras—. ¿Lo que sucedió aquella tarde no fue por

causa de su locura?

El doctor Carrera se sirvió un vaso de ajeno y comenzó a revisar distraídamente

los informes que tenía esparcidos sobre la mesa. Nombres y fechas que abarcaban

varias décadas de profesión. Síntomas, diagnósticos y tratamientos de pacientes cuyos

rostros ya no recordaba. Historiales clínicos redactados de su puño y letra en cuatro

idiomas diferentes. Hojas de ingreso y actas de defunción. Memorias minuciosamente

detalladas que ningún otro alienista había llegado nunca a leer... Los jalones principales de una carrera médica sin parangón en toda Europa que solo ahora, al cabo

de tantos años, al cabo de tantos desvelos, alcanzaba por fin su momento de la verdad.

Su vida entera condensada en un único experimento cuyo resultado, de ajustarse a

las previsiones del doctor Carrera, podría hacer variar para siempre algo más que una

disciplina médica o un destino personal.

—¿Qué está sucediendo, doctor? —le había preguntado también aquel hombre,

Mauricio Morel, una vez aseguradas las correas que amarraban al señor Palafox—.

¿Qué sucedió aquella tarde?

El doctor Carrera bebió un trago de ajeno y sintió cómo el licor le calentaba el

espíritu y le devolvía la templanza necesaria para afrontar lo que vendría a continuación.

Teresa Urbach vio cómo el agente Antúnez golpeaba en vano por enésima vez el portón

cerrado de Neothermas y comprendió que algo tenía que hacer. La imagen de aquella

niña disfrazada de doncella romana no se borraba de su memoria, como tampoco lo

hacían los ojos desnortados del obispo Riera ni el rostro imperturbable con que el

doctor Carrera la había despachado aquella mañana sin dejarla ver a Andreu Palafox.

En la intersección de aquellas tres imágenes se hallaba cifrada de algún modo la

solución al misterio; Teresa empezaba a estar segura de ello. Y la terca negativa de los

hombres de Carrera a franquearles ahora el acceso al sanatorio no hacía sino confirmarla en aquella convicción.

—Tiene que haber otra forma de acceder al edificio —dijo finalmente,

volviéndose hacia Laura—. Estos palacetes antiguos disponen siempre de varias

entradas secundarias.

La enfermera asintió pensativa.

—Hay una carbonera. Da a una especie de patio trasero que hay entre los edificios

de la manzana. Pero la puerta siempre está cerrada por dentro.

—¿Dónde está ese patio?

—Se entra por ahí. —Laura señaló a una pequeña bocacalle vecina—. La puerta

de la carbonera no debe de ser tan recia como este portón —añadió con tono

dubitativo.

Teresa asintió complacida.

—Vamos a echar un vistazo —propuso. Y acercándose a su padre y al agente

Antúnez, que seguían plantados inútilmente ante el portón del sanatorio, ordenó—:

Espere usted aquí al inspector, agente. Puede que a él le hagan más caso que a usted. Y

tú quédate con él, papá. Laura y yo vamos a buscar otra entrada.

Eliseo Urbach no protestó. El agente Antúnez, por su parte, ensayó un tímido reparo que la novelista no se molestó en considerar.

—Tal vez deberían esperar ustedes a que llegue el inspector —le oyó decir todavía con voz suplicante, mientras Laura y ella se alejaban del portón clausurado—.

Lafita y él tienen que estar al caer.

La estrecha bocacalle que la enfermera había señalado discurría junto al muro trasero del convento de Santa Teresa. Varias carretas del Ejército cortaban la calzada

ante el edificio, y una decena de soldados controlaban sable en mano su perímetro; pero

ni siquiera aquel despliegue de autoridad militar lograba persuadir a los curiosos de

que se marcharan de allí. Antes de doblar la bocacalle, Teresa alzó la vista hacia la

fachada de Neothermas y buscó una vez más el rostro de algún paciente
asomado a sus

ventanas. No lo encontró. Se imaginó a Palafox allí dentro, sentado en una
silla o

tendido en un diván, asumiendo cualquiera de aquellas posturas de enfermo
que Teresa

había tenido que contemplar durante la primavera de 1851. Y se imaginó
también al

doctor Carrera sentado frente a él, tratándole con sus compuestos y sus
bebedizos,

haciéndole preguntas mil veces formuladas y buscando extraer de ellas...
¿qué

exactamente?

La novelista sintió náuseas. Y también supo con certeza que algo irreparable
estaba a punto de suceder.

Más o menos en aquel instante, Andreu Palafox abrió los ojos y vio un rostro
barbado

inclinado sobre él. Sintió una humedad extraña que le resbalaba por el rostro
y se le

metía en la boca, y notó también que las sienes le palpitaban como un
segundo corazón

desbocado. El rostro se apartó un poco y cobró una forma definida. Palafox
distinguió

un trapo mojado en su mano izquierda y una palangana en la derecha, pero no
supo qué

hacer con aquella información. El cerebro también le latía como un corazón desbocado.

Desbocado y enfermo. Cada latido era una cuchillada que le atravesaba el cuerpo

entero y le causaba una pequeña convulsión incontrolable. Trató de incorporarse, pero

no fue capaz de hacerlo. Pensó primero que había perdido el control de su cuerpo, que

sus nervios o sus músculos ya no le respondían. Luego comprendió que estaba atado.

—Señor Palafox —dijo entonces el rostro barbado—. Soy Mauricio Morel.

Trabajo para el doctor Carrera. Necesito saber algo.

Palafox cerró los ojos y volvió a abrirlos trabajosamente.

El rostro barbado seguía allí.

—Me han atado —murmuró con lengua de trapo.

—No se preocupe por eso. Tiene otras cosas más urgentes de las que preocuparse.

Ahora escúcheme. —El empleado del doctor Carrera se puso en cuclillas junto al diván

en el que Palafox estaba tendido y miró al anatomista con dos ojos familiares —. Eso

que ha dicho antes, que alguien le drogó hace tres años... ¿Está convencido de ello?

Palafox movió pesadamente la cabeza de arriba abajo.

—Lo que sucedió no fue un accidente —aseguró—. Solo ahora lo he comprendido.

El doctor Carrera...

—Olvídese del doctor Carrera —lo interrumpió el hombre—. Él no estaba aquella

tarde en el teatro de operaciones. Allí solo estaban la señorita Ferrer, usted mismo y su

ayudante. ¿No es cierto?

Palafox asintió de nuevo.

Los efluvios del cloroformo seguían circulando por su organismo, pero su mente

comenzaba a despejarse a marchas forzadas.

—¿Quiere decir...?

El señor Morel lo interrumpió de nuevo.

—¿Quién era ese ayudante? ¿Cómo se llama? ¿Qué sabe de él?

Palafox se dio unos segundos antes de responder.

—Fue durante muchos años el ayudante mi padre. Él mismo se ofreció a servirme

como ayudante en mi primera intervención. Se apellida Carcasona. Daniel Carcasona.

—¿Dónde vive?

Palafox trató de mover los brazos y comprobó que estaban atados al diván.

—Apenas he vuelto a tratarlo desde que salí de Neothermas —dijo,

evaluando a

un tiempo la situación en la que se hallaba—. Testificó a mi favor en la vista que tuvo

lugar en la Audiencia, y luego yo me marché a Londres y no volví a saber de él en

meses. La última vez que tuve noticias tuyas fue hace más de un año.

—¿Dónde vive? —preguntó de nuevo el señor Morel, con la mirada ahora

brillante de algo que a Palafox, en su confusión, se le antojó muy parecido a la alegría.

—Entonces vivía muy cerca de aquí. En la calle de Santa Ana. En la casa que está

sobre el arco que lleva al monasterio.

El señor Morel se incorporó con un movimiento felino y miró a Palafox desde la

desigual perspectiva que le otorgaba su figura imponente. Su bata blanca de empleado

de Neothermas relucía bajo el sol intenso que entraba por la ventana de la habitación, y

su barba poco poblada se antojaba ahora, de algún modo, un accesorio triste y un tanto

incongruente.

—¿No se ha quitado usted un peso de encima, señor Palafox? —preguntó—. ¿No

le alivia pensar que usted no fue el responsable de lo que sucedió aquella tarde?

Palafox no supo qué contestar. Así que imploró:

—Suélteme, por favor. Ya no tiene por qué seguir obedeciendo al doctor Carrera,

ahora que sabe...

El señor Morel cortó sus palabras con un gesto impaciente.

—Tiene razón —convino—. Ya no tengo que seguir obedeciendo al doctor Carrera. Ni usted tiene que seguir sintiéndose culpable por algo que pudo evitar. —El

repcionista se cambió de mano el trapo con el que había estado humedeciendo la

frente de Palafox—. Tal vez todo haya sido para bien, al fin y al cabo. Dicen que los

caminos del Señor son inescrutables.

Palafox aguardó en vano a que el señor Morel siguiera hablando.

De algún lugar situado en el interior del sanatorio llegó el sonido amortiguado de

unas voces ininteligibles y también, le pareció al anatomista, el rumor de unos pasos a

la carrera.

—Había alguien más aquella tarde en el teatro de operaciones —dijo entonces, sin

saber por qué—. El señor Carcasona y yo no estábamos solos con la señorita Ferrer.

También había con nosotros una enfermera.

El señor Morel agitó de arriba abajo la cabeza, muy lentamente, y a sus labios afloró una sonrisa que Palafox no trató de interpretar.

—Le debo una disculpa, señor Palafox —murmuró—. El doctor Carrera no tardará en venir a visitarle.

El hombre se guardó el trapo en un bolsillo de la bata, se dio media vuelta y abandonó la habitación.

38

El inspector Reigosa llegó ante el portón cerrado de Neothermas justo en el momento

en el que las campanas de las iglesias vecinas comenzaban a anunciar la entrada en

vigor del nuevo toque de queda. El efecto real que esta medida pudiera tener en las

calles, sin embargo, comenzaba a resultarle cada vez más dudoso al policía: por lo que

había visto en el breve camino desde Canaletas, el desorden y la agitación que reinaban

por doquier habían rebasado ya sobradamente el nivel de bullanga ordinaria y empezaban a merecer la consideración de revuelta popular con todas las de la ley.

Las noticias que Lafita le había ido transmitiendo durante el trayecto no hacían

sino confirmar que la situación se les estaba escapando de las manos. Dos barcos

ardían desde las once en el muelle internacional; una fábrica de San Pedro había sido

asaltada a esa misma hora por un escuadrón nutrido de huelguistas, y todos los telares

autónomos habían quedado destruidos; en la parte baja del Raval, un malentendido

entre un retén de militares y unas cuantas prostitutas había desencadenado un amago de

asalto al cuartel de las Atarazanas... No había aún noticia de muertos ni de heridos

graves; pero era solo cuestión de tiempo que algún sable se agitara en la dirección

equivocada y un primer mártir civil encendiera la mecha que precipitara el desastre.

En la calle de la Canuda, los militares protegían el convento de Santa Teresa con

un llamativo despliegue de caballos y carretas que a nadie parecía impresionar, y un

par de jóvenes agentes del Cuerpo de Vigilancia, ambos visiblemente nerviosos,

guardaban la entrada de Neothermas sin perder tampoco de vista al inquietante número

de curiosos que colapsaban la calle.

—El toque de queda anula los privilegios de cualquier institución civil —le

estaba diciendo el agente Lafita cuando alcanzaron el portón del sanatorio—. Se lo he

intentado meter en la mollera a esos celadores del demonio, pero no ha habido manera.

Le tienen tanto miedo a su jefe, por lo que parece, que prefieren enfrentarse a la

autoridad armada antes que desobedecer una orden suya.

El inspector Reigosa apenas escuchó las palabras de su subordinado. Acababa de

ver a un cura subido a la cubierta de un carruaje detenido en el extremo norte de la

calle, y aquella visión inesperada le había traído a la memoria las palabras que el

obispo Riera había pronunciado antes de despedirse de él en Canaletas.

—Esta es una ciudad sagrada, inspector —había dicho el anciano, plantado frente

a la ventana de la torre con su solideo en la cabeza y su rosario en la mano y

observando serenamente el paisaje que se abría ante él—. Se lo dije hace unos días, y

usted se rió de mí. Pero ahora empieza a sospechar que estoy en lo cierto.

Reigosa había seguido la mirada del obispo Riera a través de la ventana enrejada,

y no había visto nada allí afuera que no llevara viendo a diario desde que tenía uso de

razón.

—Una ciudad sagrada —había repetido.

—Barcelona es una ciudad sagrada, y su mapa es un mapa del mundo interior. Un

plano cifrado de la realidad. Una clave de acceso a los territorios que nos están

vetados por las limitaciones de nuestros sentidos. —El obispo se había vuelto hacia

Reigosa y lo había mirado con una expresión en los ojos que el policía habría de

recordar durante mucho tiempo—. Barcelona es una ciudad sagrada, inspector, porque

sus calles y sus plazas, sus edificios, sus leyendas y su historia aluden directamente a

otra ciudad. A una ciudad que no es de este mundo. Una ciudad cuyas puertas solo están

abiertas para unos pocos elegidos.

El inspector había sostenido la mirada del anciano con la respiración contenida.

—¿Qué ciudad es esa, Su Excelencia? —había preguntado.

Y el obispo Riera había respondido:

—La ciudad interior.

Y luego, al cabo de un silencio que a Reigosa se le había hecho interminable, el

anciano había añadido algo que el policía tampoco habría de olvidar:

—Sucedá lo que sucedá durante el día de hoy, recuerde que todo tiene un sentido.

Todo lo que sucede en esta ciudad lo tiene... aunque nuestro pobre entendimiento no

siempre alcance a comprenderlo.

El cura seguía gesticulando y lanzando proclamas inaudibles desde su púlpito improvisado en la cubierta del coche, que estaba detenido en la confluencia de la calle

de la Canuda con la plaza de Santa Ana. Un nutrido círculo de hombres, mujeres y niños

atendían al espectáculo con la misma atención fascinada con que el propio Reigosa

había escuchado las divagaciones del obispo Riera. Sin apartar la vista de la sotana del

charlatán, el policía se sacó el pistolón del bolsillo y lo agitó encima de su cabeza lo

suficiente para crear un vacío razonable en torno al portón de Neothermas.

—¿Una mañana interesante, señor Urbach? —preguntó entonces, pronunciando en

voz baja el apellido del industrial y cayendo en la cuenta, solo en ese instante, de que

tener a aquel hombre en la calle aquella mañana era una imprudencia. Tal como estaban

los ánimos, el patrono de una fábrica textil era una pieza de caza mayor para cualquier

exaltado de aquella ciudad.

—No tanto como la suya, inspector. Pero no me puedo quejar.

Reigosa se guardó el pistolón en el bolsillo de la levita y miró a su alrededor con

el ceño fruncido.

—¿Y la señorita Urbach?

El agente Lafita se encogió de hombros y miró al padre de la novelista, que tenía

un cigarro en la boca y parecía sentirse, pese a todo, razonablemente cómodo en

aquella acera sitiada.

—Se ha marchado hace un par de minutos con Laura y con el agente pelirrojo —

explicó Eliseo Urbach—. Han ido a buscar otra entrada al sanatorio.

El inspector Reigosa no hizo más preguntas. Acercándose al portón cerrado, dio

un par de golpes de puño en él y aguardó en vano a que alguien se asomara a la rejilla.

—Hace veinte minutos que nadie responde —dijo uno de los dos agentes rasos.

—La última que se ha asomado ha sido una vieja enana —añadió su compañero—.

Nos ha dicho que nos fuéramos a un sitio muy feo.

Una sonrisa incómoda aleteó brevemente en los rostros de los dos muchachos,

pero desapareció en cuanto las cejas de Reigosa dibujaron un triángulo invertido.

—La señora Daudí, inspector —aclaró Lafita—. Ha dicho que solo hablaría con

usted. Pero que se olvidara de entrar en el sanatorio antes de las seis de la tarde.

Reigosa repartió un gruñido entre sus tres subordinados y golpeó otra vez el portón, que era de una madera lo bastante recia como para que nadie hubiera propuesto

todavía echarla abajo sin más.

—¡Inspector Reigosa! —gritó—. ¡Abran inmediatamente!

Veinte segundos más tarde, la placa metálica que cerraba la rejilla se descorrió

parcialmente y tras ella apareció el rostro de la gobernanta de Neothermas.

—Órdenes del doctor Carrera —dijo la señora Daudí, sin aguardar a que Reigosa

le dirigiera la palabra—. La integridad del sanatorio se ha visto comprometida, y

nuestro deber es velar por la seguridad de nuestros pacientes.

El inspector se sacó nuevamente el pistolón del bolsillo y lo blandió ante la rejilla.

—Si lo que les preocupa es la seguridad de sus pacientes, yo tengo la solución.

La mujer no se dejó impresionar por aquel argumento.

—La misma solución que tiene para los desórdenes de ahí afuera, sin duda —

replicó—. Sus pistolas, inspector, tienen hoy el mismo valor que su autoridad. Ninguno.

La rejilla se cerró con un sonido tan humillante como el coro de risotadas que las

últimas palabras de la gobernanta provocaron entre la multitud que llenaba la calle; una

multitud que había vuelto a reducir el espacio de seguridad que rodeaba el portón hasta

echarse ahora casi encima de los policías y de Eliseo Urbach. Su integridad comenzaba

a peligrar allí, comprendió el inspector. Y también comprendió que algo tenía que

hacer.

—¿Hacia dónde ha ido su hija?

El señor Urbach señaló con su cigarro el callejón que separaba el muro del

convento de Santa Teresa y la manzana de Neothermas. Un militar estaba plantado allí

con su sable en la mano.

—He visto hablar al agente pelirrojo con ese caballero. No parecía convencido de

dejarles pasar.

Reigosa se volvió hacia el agente Lafita.

—Quédese aquí —ordenó—. Pero no insista más con el portón. A partir de ahora,

su deber es solamente proteger la integridad del sanatorio. Que nadie trate de entrar.

¿Me ha entendido?

Lafita puso cara de sorpresa, pero no protestó.

—Como usted diga, inspector.

Reigosa tomó entonces del brazo a Eliseo Urbach y tiró de él hacia la boca del

callejón.

—Lo mandaré a usted a un lugar seguro, señor Urbach —murmuró a su oído —.

Pero dudo que ya exista tal cosa en esta ciudad. Así que vamos a ver si alcanzamos a su

hija antes de que también ella se meta en problemas.

El militar que custodiaba el callejón no opuso mayores reparos a que el inspector

y su acompañante accedieran a él. Era un pasaje estrecho y mal aireado, flanqueado a

un lado por el muro del convento y, al otro, por la pared lateral del único edificio que

había adosado al palacete de Neothermas. Una cancela cerraba el pasaje por su

extremo inferior, y junto a ella, en la pared del edificio, un arco de piedra daba acceso

a un patio trasero.

Octavio Reigosa y Eliseo Urbach estaban a punto de atravesar el arco cuando una

voz familiar los obligó a detenerse.

—¡Inspector! ¡Señor Urbach!

El rostro de Adela apareció entre los barrotes de la cancela y repartió una sonrisa

feliz entre los dos hombres.

Tras ella, un muchacho con un ojo hinchado y amarillento los observaba también

con alguna reticencia.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Reigosa.

—No nos han dejado entrar en la calle de la Canuda —se adelantó a responder la

criada de Palafox—. Hay carretas del Ejército por todas partes, y no dejan pasar a

nadie desde la Rambla ni desde Santa Ana. Así que se nos ha ocurrido intentarlo por

detrás. —La muchacha zarandeo la cancela y comprobó que estaba cerrada —. ¿El

señor Palafox está bien?

—Eso intentamos descubrir. Han cerrado el portón del sanatorio, así que vamos a

buscar una entrada alternativa. —Reigosa frunció el ceño—. ¿Qué demonios...?

Adela había comenzado a trepar por los barrotes de la cancela con la agilidad de

una auténtica raterilla del Raval, y al cabo de diez segundos había colado ya su menudo

cuerpo por el hueco que había en la parte superior del muro. Lo mismo hizo entonces su

acompañante, al que el inspector reconoció como el crío que había salido huyendo de

Trentaclaus la tarde del hallazgo del cadáver del procurador.

—¿Vamos? —preguntó Adela, recolocándose las faldas con un par de manotazos y

mirando a Reigosa con impaciencia.

Atravesaron, pues, el arco de acceso al interior de la manzana y se encontraron

siguiendo un nuevo muro que los condujo, al cabo de un par de revueltas, hasta un patio

lleno de cubos de basura y de depósitos de carbón. Varias puertas de servicio se abrían

en él, al pie de otras tantas escaleras que se hundían en el suelo junto a los muros

traseros de los edificios que cerraban el patio.

Las cabezas de cuatro personas asomaban del hueco de una de esas escaleras.

—Es la puerta de la carbonera del sanatorio —anunció Teresa Urbach, saliendo al

encuentro de los recién llegados con una expresión desusadamente nerviosa

en la cara

—. Está cerrada. Y su hombre no nos deja abrirla.

El agente Antúnez levantó la vista de la cerradura que estaba manipulando con la

punta de una navaja y miró a su superior con el rostro casi tan rojo como su propio

pelo.

—La señorita Urbach quiere que descerraje la puerta de un disparo, inspector. Yo

he intentado hacerle entender que el uniforme nos obliga a atenernos a la ley.

Reigosa bajó los cinco peldaños que llevaban a la puerta de la carbonera y metió

la mano en el bolsillo de su subordinado. Sacó de él su pistolón reglamentario y apuntó

el cañón hacia la cerradura.

—Hay toque de queda —dijo—. La ley, ahora mismo, es la que nos salga a nosotros de las narices. Retírense, por favor.

El disparo resonó como una explosión en el patio y provocó una estampida de

palomas y gaviotas. La cerradura se reventó al instante. Adela, Patricio y Laura

prorrumpieron en un aplauso alborozado, e incluso Eliseo Urbach sonrió por debajo de

su blanco bigote.

—Es la primera vez que lo veo disparar un arma de fuego, inspector —
observó

Teresa Urbach, mirando a Reigosa con simpatía—. Me alegro de que haya
sido contra

una cerradura y no contra algo más animado. —Y volviéndose hacia Laura,
preguntó—:

¿Nos guías?

Reigosa le devolvió el pistolón al agente Antúnez y abrió de par en par la
puerta

de una patada. Dejó pasar primero a la enfermera, y por un instante dudó si
prohibirles

la entrada a los dos niños y a la señorita Urbach; pero enseguida comprendió
que sería

inútil intentarlo siquiera.

—Ahí dentro van a obedecerme todos —dijo, en cualquier caso—. Nadie va
a

hacer nada que yo no haya ordenado. Y si ven u oyen algo extraño, me lo
harán saber

antes de lanzarse a actuar por su cuenta. ¿De acuerdo?

Las cabezas de todos los presentes asintieron con renovada seriedad,
incluyendo

las de Adela y Patricio, que habían asumido ahora una expresión adulta casi
entrañable,

y también la del agente Antúnez, cuyo gesto se había torcido
perceptiblemente al ver

cómo Reigosa le arrebatava el pistolón del bolsillo. Así que el inspector emitió un

gruñido satisfecho, posó su mano en el hombro de Laura y se adentró tras ella en la

carbonera, dispuesto a descubrir, de una vez por todas, qué demonios estaba sucediendo aquella mañana en el interior de Neothermas.

39

Aquilino Carrera acababa de guardar en su maletín los últimos papeles que había

estado revisando mientras esperaba la hora de su entrevista con el señor Palafox

cuando tres golpes secos resonaron en la puerta de su despacho. No tuvo ocasión de

preguntar quién era; la puerta se abrió al instante, y por ella asomó una figura que le

ahorró la necesidad de ensayar ninguna protesta.

La señora Daudí vestía aquella mañana, como de costumbre, el mismo uniforme de

viuda perpetua que llevaba luciendo desde el día de la inauguración de Neothermas:

falda negra hasta los pies, blusón azul marino, mantilla negra de encaje y una redecilla

también negra que cubría su abundante pelo plateado. Un atuendo severo e invariable

que en invierno ya resultaba algo siniestro, pero que a aquellas alturas del

año, en

pleno agosto barcelonés, provocaba además una instintiva compasión hacia la mujer

que lo sobrellevaba.

Alguna vez, años atrás, el doctor Carrera había tratado de indagar las razones de

aquel luto estricto que la gobernanta de Neothermas guardaba desde la década de 1820,

cuando había enviudado de un calderero de la Ribera cuyo nombre nadie en el

sanatorio parecía conocer. Pero lo único que había sacado en claro de aquellos intentos

era que la señora Daudí tenía tan poca fe en los alienistas como en los confesores con

sotana, y que desde luego no estaba dispuesta a cambiar sus ropas de viuda por la bata

blanca que vestían las demás empleadas de la institución.

—Ha estado aquí el inspector Reigosa —anunció ahora, pronunciando el apellido

y el rango del policía con una mezcla característica de obsequiosidad y de burla que

Aquilino Carrera le conocía también desde el inicio de su relación—. He pensado que

querría saberlo.

—¿Aquí?

—En la puerta. Por supuesto, no lo he dejado entrar.

—Se lo agradezco, señora Daudí.

—Pero hágase a la idea de que en una hora los tendrá a todos aquí dentro —
añadió la mujer—. Y si no es la policía, serán los descontrolados que han
tomado las

calles. ¿Ha oído las campanas?

—Toque de queda —asintió el alienista, poniéndose en pie y recogiendo el
maletín de encima de la mesa—. No se preocupe, la sangre no llegará al río.
En esta

ciudad, mal que nos pese, todos los fuegos acaban siendo de artificio.

La gobernanta de Neothermas ladeó la cabeza y esbozó un amago de sonrisa
que,

por infrecuente, pareció modificar completamente los rasgos de su rostro.

—¿Va a ver al señor Palafox? —preguntó—. Hablando de fuegos de
artificio...

El doctor Carrera no pretendió entender la frase de su empleada.

—Que nadie nos interrumpa durante la próxima hora, por favor. Me bastará
con la

ayuda del señor Morel.

La señora Daudí arrugó la nariz al escuchar el apellido del recepcionista.

—Me temo que el señor Morel ha abandonado el barco, doctor —informó—.
Las

ratas suelen hacerlo cuando huelen a naufragio. No será una gran pérdida, en

cualquier

caso...

El doctor Carrera no dejó que su rostro reflejara el asombro y la inquietud que le

había causado aquella noticia. Que el señor Morel, su único hombre de confianza en los

últimos tiempos, hiciera dejación de sus funciones precisamente ahora... Con el maletín

en la mano, el alienista llegó hasta la puerta del despacho e invitó a la mujer a salir con

él al pasillo.

—¿Quiere decir que se ha marchado? —preguntó entonces.

—Lo he visto hace un rato bajando a la carbonera. Con el portón cerrado, ahí está

la única salida del edificio. Y por la cara que llevaba, no creo que haya salido a dar un

paseo...

—Pero no ha hablado con él.

—Tenía cosas mejores que hacer que hablar con un recepcionista incapaz —

replicó la mujer con dignidad—. ¿Sabe que el señor Morel ha estado faltando

últimamente a su trabajo de manera injustificada?

—He sido informado de ello, sí.

—Y en lugar de despedirlo, espera a que sea él mismo quien desaparezca

cuando

la cosas se ponen feas. —La señora Daudí chasqueó la lengua con audible desprecio—.

Yo ya se lo advertí, ¿recuerda? Le dije que no debía contratar a un hombre como ese.

El doctor Carrera respiró hondo y se preguntó, no por primera vez, qué sería de

aquella mujer a partir de mañana.

Qué sería de todos ellos a partir de mañana.

—Tenía usted razón, señora Daudí. No debería haber confiado en el señor Morel.

—Y sin embargo, tenía pensado contar con él para su experimento con el señor

Palafox. Como si no dispusiera usted aquí de enfermeras y doctores entre los que

escoger. ¿Quiere que...?

—No será necesario —se adelantó a responder el alienista—. El señor Palafox y

yo solo vamos a tener una charla. Pero no quiero que nadie nos interrumpa. Y cuando

digo nadie, quiero decir...

—Entendido, doctor —le interrumpió la mujer. Habían llegado al vestíbulo principal del sanatorio—. Cuente usted conmigo.

Al pie de la escalera, el doctor Carrera le agradeció a la señora Daudí su

lealtad y

su trabajo y la vio alejarse con paso desigual hacia la entrada.

Dos celadores seguían haciendo guardia junto al portón cerrado, y una enfermera

solitaria lo observaba con expresión preocupada desde la boca del pasillo de ingresos.

El alienista rehuyó su mirada, y evitó también atender al rugido perfectamente audible

de la multitud que había tomado la calle de la Canuda. Echó un último vistazo al

vestíbulo desierto y respiró el olor familiar del aire de su propio sanatorio. Luego puso

un pie en el primer peldaño de la escalera e inició el ascenso final hasta la tercera

planta de Neothermas con la cabeza llena de dudas y de interrogantes que solo un

hombre, a estas alturas, podría ser ya capaz de resolver.

Mauricio Morel acababa de deshacerse de su bata de empleado de Neothermas cuando

oyó el disparo. Estaba en los sótanos del edificio, en una de las celdas en desuso que se

alineaban a lo largo del corredor de servicio principal. La puerta de la carbonera se

hallaba a pocos pasos de distancia, de modo que el disparo lo sobresaltó casi con tanta

violencia como el descubrimiento que había hecho aquella mañana en la habitación de

Andreu Palafox. Al oír el estallido, dejó caer al suelo la bolsa de lona que tenía en la

mano y salió inmediatamente al corredor.

Lo que vio fue una extraña comitiva de siete personas encabezada, aún más

extrañamente, por una de las enfermeras del sanatorio. Laura. La jovencita parlanchina

y descarada a la que el doctor Carrera había puesto, Dios sabría por qué, a cargo del

ala de pacientes especiales.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Laura detuvo su marcha ante él y lo miró con parecida sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí abajo, señor Morel?

—He preguntado yo primero, jovencita. —El recepcionista apartó la vista de

Laura y recorrió, uno por uno, los rostros que se alineaban tras ella.

Reconoció a tres

de ellos—. Inspector —murmuró con voz dubitativa. Y volviéndose hacia la celda de la

que había salido, dijo—: Si buscan al señor Palafox, el doctor Carrera acaba de

llevárselo a su despacho.

Laura echó a caminar inmediatamente por el corredor en dirección a la escalera y

el inspector, tras una pequeña vacilación, la siguió con paso ligero. Lo mismo hicieron

los dos muchachos y el policía pelirrojo que iban tras él, a los que Morel no había visto

nunca.

—¿Nos acompaña, señor Morel? —preguntó entonces Teresa Urbach, parándose

con su padre junto a la puerta de la celda—. Puede que el doctor Carrera se sienta

menos disgustado por nuestra visita si nos ve llegar en compañía de un empleado de

confianza.

El señor Morel agitó la cabeza sin mirarla.

—Yo ya no trabajo aquí, señorita —dijo, recogiendo la bolsa de lona del suelo y

cargándosela al hombro con un pequeño gruñido al tiempo que caía en la cuenta, con

alguna sorpresa, de que era cierto: él ya no trabajaba allí—. Y si quiere volver a hablar

con el señor Palafox, yo no perdería el tiempo conmigo.

La novelista endureció el rostro al escuchar aquello, y salió a toda prisa detrás de

sus acompañantes. Su padre, en cambio, siguió plantado en la puerta de la celda con

una expresión extraña en el rostro.

—Nos conocemos, ¿verdad? —preguntó por fin.

El señor Morel se volvió hacia la puerta y miró al hombre con tranquilidad.

—Yo lo conozco a usted, señor Urbach. Pero dudo que usted me conozca a mí.

Eliseo Urbach se mordió el labio inferior y sostuvo la mirada de su interlocutor

durante algunos segundos. Luego agitó la cabeza.

—Disculpe —murmuró, y desapareció por el corredor con sorprendente ligereza.

El señor Morel aguardó a que el sonido de sus pasos se desvaneciera en el silencio de la carbonera, y entonces contó hasta diez y salió de la celda con la bolsa al

hombro.

40

Aquilino Carrera llegó al ala de los pacientes especiales con la respiración agitada por

el esfuerzo del ascenso. Las puertas del pasillo estaban cerradas, y no había celadores

ni enfermeras a la vista. Las ventanas difundían por doquier una luz cálida y reconfortante, la luz del mediodía mediterráneo, y el único sonido que se escuchaba allí

arriba era el de sus propios pasos sobre el suelo de piedra del corredor.

Cuando entró en la habitación número doce, comprobó lo que ya daba por seguro.

La señora Daudí no le había mentido: el señor Morel había abandonado realmente su

puesto al pie del diván de Andreu Palafox, y el único rastro suyo que quedaba allí

dentro era un ligero olor característico a tabaco de mala calidad.

El doctor Carrera no quiso preguntarse lo que aquello significaba.

Sabía lo que significaba.

Y ya le importaba tan poco como su propio destino personal.

—¿Se encuentra más tranquilo ahora, señor Palafox? —le preguntó a su paciente,

situándose a los pies del diván y comprobando que sus correas seguían atadas.

Palafox lo miró con el rostro convertido en una máscara sin expresión.

—¿Qué quiere de mí?

El alienista dejó su maletín sobre la mesa auxiliar, lo abrió y sacó de él el paquete

envuelto en un trozo de felpa.

—Ayudarle, señor Palafox. Eso es lo único que quiero. Eso es lo que siempre he

querido. —El doctor Carrera desenvolvió el paquete y dejó sobre la mesa la ampolla

de cristal esmerilado, el estuche de cuero y el cuaderno de notas—. Solo que ahora por

fin sé cómo hacerlo.

Palafox no varió la expresión de su rostro.

—Está usted loco —dijo.

—El loco es usted, señor Palafox. Eso es lo que dice todo el mundo. Eso es lo que

usted mismo ha pensado siempre, desde que su particularidad se manifestó por primera

vez. —El alienista abrió el estuche de cuero, sacó la aguja hipodérmica y se la mostró a

su paciente—. Lo único que yo pretendo es hacerle ver que se equivoca.

—Pretende hacerme ver que no estoy loco —tradujo Palafox.

—No está loco, señor Palafox. Y puede confiar en mi diagnóstico. He estudiado su

caso con todo detalle. No se imagina usted las molestias que me he tomado para

hacerlo.

—Empiezo a imaginarlas.

El doctor Carrera negó con la cabeza.

—No hablo de lo ocurrido durante los últimos días. Los sucesos que lo han traído

de vuelta a este sanatorio han sido algo tan ajeno a mi voluntad como a la suya propia.

Pero, como diría nuestro amigo el obispo, los caminos del Señor son inescrutables. —

El alienista cogió la ampolla y la destapó cuidadosamente—. Hablo, señor

Palafox, de

los años que llevo estudiando su caso desde la distancia. A través de terceras personas.

O teóricamente, si lo prefiere: asimilando los conocimientos que pude reunir durante

los meses que tuve la fortuna de tenerlo como paciente, y dando forma poco a poco, a

partir de ellos, a la increíble teoría que ahora usted y yo estamos a punto de poner a

prueba.

Palafox observó en silencio cómo el doctor Carrera llenaba la aguja hipodérmica

con el líquido rojizo que había en la ampolla. No trató de liberarse de las correas que

lo amarraban al diván: ya había comprobado sobradamente, en los diez minutos que

hacía que se había marchado el señor Morel, que no había manera ni siquiera de

aflojarlas. Lo que hizo fue mirar con desesperada atención al médico y buscar en su

expresión, en sus movimientos, en su manera de operar sobre aquella aguja

grotescamente grande y anticuada, cualquier cosa que pudiera servirle para postergar lo

que fuera que estaba a punto de suceder.

—Así que el obispo Riera logró convencerle por fin de que su ciencia no

tenía

nada que hacer en un caso como el mío —fue lo mejor que encontré—. ¿Esa es su

increíble teoría? ¿Que mis alucinaciones son realmente visitas a eso que Su Excelencia

llama el tiempo sagrado?

El doctor Carrera sonrió casi con dulzura.

—El obispo Riera es un hombre entrañable, ¿verdad? Todos los católicos lo son,

a su manera. Adultos que creen en cuentos de hadas, y que se jactan de vivir sus vidas

de acuerdo con las páginas de un viejo novelón mal redactado.

—¿No hay milagro en mi afección, entonces?

—¿Se siente decepcionado?

Palafox sonrió también. O lo intentó, al menos.

—Verme amarrado a este diván me había hecho sentirme especial. Eso que está a

punto de inyectarme, entonces, no es vino sacramental. Ni agua bendita con colorante.

—Usted es especial, señor Palafox. No lo dude ni un segundo. —El doctor

Carrera se inclinó sobre su paciente y posó la mano izquierda sobre su frente sudorosa.

En la derecha sostenía la aguja ya cargada—. Usted es, hasta donde yo sé, un caso

único en el mundo.

—¿De verdad?

—¿Conoce usted a otros viajeros en el tiempo, señor Palafox?

El anatomista sintió la presión de la mano del doctor Carrera sobre su frente y comprendió que no había manera de resistirse a la voluntad de aquel hombre, que ahora

le observaba, le pareció, con auténtica devoción.

—Yo no soy ningún viajero en el tiempo, doctor —dijo en cualquier caso—. Yo

solo soy un hombre enfermo.

—Se equivoca, señor Palafox. Usted es un hombre enfermo, ciertamente; pero

también es un viajero en el tiempo. Esa es su enfermedad.

La mano del alienista acarició la frente de Palafox con una delicadeza que a este le

resultó casi tan turbadora como las palabras que acababa de escuchar.

—Soy un viajero en el tiempo —repitió.

—Su mente lo es, por lo menos. Su cuerpo, por supuesto, vive confinado entre los

mismos límites temporales que nos afligen al resto de los mortales. Sometido a la

tiranía humillante del aquí y el ahora que todos padecemos. Pero su mente, por alguna

razón que hasta hace muy poco se me escapaba, no se halla sujeta a esos límites

universales. —El doctor Carrera hizo una mínima pausa antes de afirmar—: Su cuerpo,

señor Palafox, habita en el presente, pero su mente deambula por el tiempo con la

misma libertad que un viajero sin rumbo ni destino.

Palafox cerró los ojos y escuchó durante unos segundos el latido de sus sienes.

Volvió a abrirlos y vio otra vez el rostro rubicundo del hombre que lo tenía a su

merced.

—Acaba de decir usted que la idea del tiempo sagrado es absurda...

—La idea del tiempo sagrado es tan absurda como la idea de la eternidad —

replicó al instante el doctor Carrera—. Ambas nociones son cuentos de hadas para

niños sin imaginación. Intentos de comprender, con la muleta inútil de la religión, algo

tan abstracto y a la vez tan humano como es el tiempo. El tiempo no es la sustancia de

Dios, señor Palafox, porque Dios no existe. El tiempo es nuestra sustancia. El tiempo es

la materia de la que estamos hechos los hombres. Y sin embargo, por alguna razón, el

acceso a esa materia nos está vedado casi por completo. ¿Entiende lo que le

digo?

Palafox cerró de nuevo los ojos.

—Creo que no —murmuró.

—Vivimos en el tiempo, señor Palafox. Pensamos en el tiempo. Soñamos y morimos en el tiempo. Incluso viajamos en el tiempo; a eso lo llamamos recordar. Pero

hay un límite temporal que somos incapaces de traspasar, y es el de nuestra propia

existencia física. No podemos recordar aquello que no hemos vivido físicamente. No

podemos soñar con ningún tiempo exterior al que nuestro cuerpo ha experimentado.

Somos viajeros encerrados en un corral tan angosto como la cuenta de los años de

nuestras propias vidas. —El doctor Carrera acarició de nuevo la frente de Palafox—.

Imagine la emoción que sentí al descubrir que existía un hombre que tenía la llave de

ese corral.

—Yo no tengo ninguna llave, doctor. Yo solo...

—Usted, señor Palafox —le interrumpió el alienista—, vive en el tiempo. Todos

los tiempos son el suyo. Dispone usted de acceso a recuerdos desligados de su propia

experiencia. Eso es lo realmente asombroso: no que vea escenas del tiempo de los

romanos o rostros que murieron siglos antes de que usted y yo nacióramos, sino,

sencillamente, que su mente sea capaz de generar recuerdos que su cuerpo físico no ha

podido procesar. ¿Lo entiende, señor Palafox? Usted también es médico. Usted sabe

cómo funciona el cerebro. ¿No ve lo que quiero decir?

Palafox sintió un escalofrío. Comenzaba a comprender.

—El prodigio no es que yo vea escenas de otro tiempo —murmuró—. El prodigio

es que mi cerebro genere los recuerdos de esas escenas.

El doctor Carrera asintió complacido.

—Recordar es viajar en el tiempo —dijo de nuevo—. Hacer planes de futuro es

viajar en el tiempo. Soñar es viajar en el tiempo, desordenadamente. Todos lo hacemos

de continuo. Todos vivimos en una perpetua oscilación entre el presente, el pasado y el

futuro. Así es como funciona nuestro cerebro. Y así funciona también el suyo, en

general. Pero en ocasiones...

—En ocasiones, mi cerebro rompe los límites de mi propia memoria y genera

recuerdos que no le pertenecen a mi cuerpo —completó Palafox.

—Recuerdos tan potentes y tan ajenos a usted que se manifiestan en forma de visiones. Recuerdos que no le pertenecen, pero que de algún modo su cerebro es capaz

de conjurar para usted. ¿No cree que era mi deber descubrir por qué?

Palafox trató de reevaluar rápidamente la situación.

—Así que ya lo ha descubierto —respondió con voz cansada.

—No sé si he descubierto por qué. Pero sí creo haber descubierto el cómo. Cómo

la química de su cerebro le permite acceder a ese espacio hasta ahora vedado para

todos nosotros, señor Palafox, que es la memoria de la especie.

—La memoria de la especie —repitió el anatomista.

—La memoria acumulada por todos los hombres que nos precedieron sobre la

Tierra. Cada recuerdo generado por cada cerebro que alguna vez ha animado un cuerpo

humano. El registro minucioso de todo cuanto nuestra especie ha visto y ha soñado

desde el inicio de los tiempos. —El hombre pronunció esas frases como si las hubiera

ensayado muchas veces delante de un espejo—. ¿No se siente emocionado, señor

Palafox? Si hoy todo sale bien, su cerebro será la llave que permita que la

humanidad

acceda a la mayor riqueza que quepa imaginar.

El doctor Carrera retiró la mano de la frente de Palafox y la cerró con fuerza, casi

con violencia, sobre su antebrazo izquierdo.

El anatomista emitió un gemido y tensó todos los músculos de su cuerpo.

—Usted no me quiere mal, doctor —imploró—. Usted no va a hacerme daño.

—Por supuesto que no voy a hacerle daño. Solo voy a liberar su alma. Y también

voy a hacerle ingresar en los libros de historia, señor Palafox, con todos los honores

que usted se merece.

Palafox sintió que dos lágrimas de impotencia afloraban a sus ojos. No era miedo

lo que sentía ahora: era incredulidad.

—¿Esa mujer del otro lado del pasillo fue una de esas terceras personas a las que

ha mencionado? —preguntó, sin saber ya para qué—. ¿También estudió mi cerebro a

través de ella?

El doctor Carrera acercó la aguja hipodérmica al entramado de venas azuladas que

recorría el antebrazo de Palafox y rozó con su punta la piel del joven.

—Llegar hasta aquí no ha sido un camino sencillo, señor Palafox. Usted fue médico también. Ya sabe que no todos los ensayos necesarios para el avance de nuestra ciencia tienen un final feliz.

—Y esa niña, la prostituta de Trentaclus que enterraron en el sarcófago de Santa

Clara... Su final fue más infeliz todavía. ¿Fue este mismo líquido el que le inyectó?

El doctor Carrera no respondió. Lo que hizo fue inclinar la cabeza hacia Palafox y

murmurar a su oído:

—Buen viaje, señor Palafox.

El anatomista sintió cómo la aguja se clavaba en su carne e introducía en sus venas

aquel líquido del color de la sangre enferma. No protestó. Su suerte, comprendió, ya

estaba echada. Lo había estado desde aquella tarde de 1851 en el hospital de la Santa

Cruz. Trató de decir algo, pero ningún sonido salió de su garganta: ni una palabra, ni un

quejido, nada. Trató de mover sus piernas amarradas y sus músculos tampoco

respondieron. Era un viajero en el tiempo sin voz ni fuerza motriz. Un viajero en el

tiempo cuyos ojos se cerraban, y cuyo cerebro comenzaba a apagarse también.

—No perderá usted la conciencia, señor Palafox —escuchó que le decía el doctor

Carrera—. Al contrario, su conciencia se expandirá de un modo que nunca antes ha

soñado. Y podrá usted hablar conmigo. Hablará usted conmigo y me explicará lo que

ve. No podrá escucharme, pero sabrá que estoy aquí. Usted será un viajero por un

mundo nuevo, el primer explorador de unas tierras que ningún hombre ha visitado antes,

y yo seré su cuaderno de bitácora. Accederá usted a todos los tiempos, compartirá

conmigo los recuerdos de todos los hombres, y yo sabré que la porción exacta de su

cerebro que he estimulado con este compuesto es, definitivamente, la que esconde la

llave del corral. La llave de la memoria de la especie.

La voz del doctor Carrera se apagó como la llama de una vela a un soplo de aire.

En un rincón de su cerebro, una mínima luz se encendió y alumbró por un segundo

la imagen de un muro de piedra.

Y entonces una puerta se abrió detrás del diván y una sombra negra penetró en la

habitación.

No escuchó nada. Sus oídos habían dejado de funcionar. Pero antes de sumirse por

completo en la oscuridad, Palafox pudo intuir todavía el brillo acerado de la hoja de un

cuchillo rasgando el aire a su lado, y el rojo estallido de una emulsión de sangre

manando del cuello del doctor Carrera, y la enorme mancha negra que todo lo devoró

acto seguido, un segundo antes del final.

41

Por primera vez en su vida, el inspector Reigosa se sintió tentado de coger por el cuello

a una mujer y aplicarle alguna de las técnicas de interrogatorio que a menudo tenía que

ensayar con los delincuentes de aquella ciudad. Lo contuvieron la presencia de Teresa

Urbach y la seguridad, también, de que de nada le hubiera servido hacerlo. Desde que

lo había visto aparecer en el vestíbulo de Neothermas con su pistolón en la mano y

aquel séquito variopinto que lo acompañaba, Benedicta Daudí tenía congelada en el

rostro una expresión que a Reigosa empezaba a resultarle familiar. A su manera,

comprendió, aquella mujercita menuda y enlutada era tan fanática como el mismo

obispo Riera; solo que el objeto del fanatismo de la gobernanta de Neothermas era la

fidelidad a su patrón.

—No nos deja más remedio, señora Daudí —dijo por fin, apartándola por la fuerza de delante de la puerta cerrada del despacho del doctor Carrera—. Agente, por

favor.

El agente Antúnez avanzó con gesto resuelto hacia la puerta y dio un par de patadas tentativas a su superficie de roble macizo. A la tercera hizo saltar la cerradura.

—Tendrán que responder por esto —masculló la señora Daudí, con el rostro enrojecido por la rabia—. Este atropello a la inviolabilidad de Neothermas no quedará

impune.

El inspector dejó ir el brazo de la mujer y entró en el despacho detrás del agente

Antúnez. Teresa Urbach se había precipitado ya a su interior con visible ansiedad.

—Nadie —anunció, mirándole con el ceño fruncido.

Reigosa rodeó el escritorio vacío y se acercó al diván que estaba situado junto a

la ventana. Posó la mano en su superficie de cuero y comprobó que estaba fría. Luego

volvió al escritorio e hizo lo propio con la silla: tibia.

—Ya les había dicho que el doctor no está aquí —señaló la señora Daudí desde la

puerta—. El doctor se ha marchado hace media hora con el señor Palafox.

—No es cierto —dijo Teresa—. El señor Morel ya nos ha engañado con sus falsas

indicaciones. No trate de hacerlo ahora usted también. ¿Cuál es su habitación?

Fue Laura quien respondió, asomando la cabeza por un costado de la gobernanta.

—Tercera planta, habitación doce. Yo lo he dejado allí cuando he salido a entregarle su mensaje.

Teresa Urbach salió del despacho llevándose por delante, casi literalmente, a la

señora Daudí y al agente Antúnez. Tomó del brazo a Laura y echó a correr con ella por

el pasillo de dirección.

—Quédese aquí abajo y no deje que esta señora vuelva a tocarnos las narices —le

ordenó Reigosa al joven policía, saliendo a su vez del despacho—. Usted vaya a

abrirle el portón al agente Lafita y dígame dónde estamos, por favor —añadió,

dirigiéndose a Eliseo Urbach. Y mirando a Adela y a su amigo, dijo también —:

Vosotros quedaos aquí abajo y no os separéis del señor Urbach. ¿Entendido?

La criada de Palafox no pareció complacida con aquellas instrucciones, pero no

protestó. Ella y Patricio siguieron a Eliseo Urbach hacia el vestíbulo, y Reigosa, por su

parte, se apresuró a dar alcance a Teresa y a Laura, que habían desaparecido ya por la

escalera principal.

En el trayecto hasta la habitación de Andreu Palafox, el inspector comprobó con

alivio que las puertas de todas las demás habitaciones estaban cerradas y que los pocos

empleados que rondaban por los pasillos no mostraban la menor intención de interponerse en el camino de un policía armado.

Estaban doblando un recodo en la segunda planta cuando escucharon el grito.

Reigosa no reconoció la voz que lo profirió, pero sí supo que aquellos pulmones

no volverían a gritar nunca más.

—Dios mío —murmuró Teresa, mirándolo con expresión consternada—. Ha sonado allí arriba, ¿verdad?

Laura respondió por él.

—El ala de los pacientes especiales. —La enfermera señaló otro tramo de escaleras que asomaba al final del corredor y añadió—: Ya casi estamos.

Tardaron menos de un minuto en alcanzar su destino. El pasillo estaba

desierto, y

la luz natural que lo iluminaba le otorgaba a la escena un aire incongruente de serena

placidez. Solo una de las puertas que flanqueaban el pasillo estaba abierta: la de la

habitación número doce.

—No se muevan —ordenó el inspector en un susurro—. A partir de aquí, esto es

asunto mío.

Teresa Urbach y Laura detuvieron su marcha en la boca del pasillo. La novelista

estaba pálida como un cadáver, pero mantenía en el rostro una mueca decidida que no

le gustó un pelo a Reigosa.

—No me va a excluir usted de esto, inspector.

—Su seguridad...

—Mi seguridad me importa tan poco como a usted la suya.

Reigosa sostuvo la mirada de la mujer y sintió, no por primera vez, una mezcla de

admiración y temor hacia ella.

—Baje al vestíbulo y traiga a los agentes Lafita y Antúnez —ordenó, dirigiéndose

a Laura también en un susurro—. Que no olviden sus pistolones.

La enfermera asintió vigorosamente con la cabeza y desapareció escaleras abajo,

después de apretar fugazmente el antebrazo de Teresa.

La novelista no apartó la vista de Reigosa.

—No vamos a esperar a nadie, inspector.

—No vamos a esperar a nadie —confirmó él—. Pero, por el amor de Dios, déjeme actuar a mí.

El inspector Reigosa aguardó a que la cabeza de la mujer se inclinara levemente, y

solo entonces echó a caminar hacia la puerta de la habitación. Teresa lo siguió con una

mano apoyada de nuevo en su espalda, pero esta vez aquel contacto solo le transmitió la

incómoda seguridad de estar cometiendo un error terrible. Por un instante, justo antes

de alcanzar el umbral de la puerta, se preguntó cuántas muertes tendría que cargar sobre

su conciencia cuando aquel día terminara.

Y entonces vio el cadáver degollado de Aquilino Carrera tendido en el suelo de la

habitación.

—¡Andreu!

Todo sucedió en cuestión de segundos. Teresa vio a Andreu Palafox tendido en el

diván y, rodeando el cuerpo de Reigosa, se abalanzó hacia él. El inspector trató de

detenerla, y al hacerlo dejó de atender a lo que sucedía dentro de la habitación. No vio,

así, cómo la hoja de la puerta abierta se movía a su lado, ni escuchó tampoco un sonido

que Reigosa conocía bien: el sonido característico de una bestia que se apresta a salir

de su guarida.

Cuando la puerta se cerró de repente y le golpeó con violencia, tirándolo al suelo,

todo cuanto pudo hacer fue tratar de caer en posición defensiva y disponerse a pelear

por su vida contra lo que fuera que estaba a punto de atacarle.

Lo que vio entonces, sin embargo, hizo que al inspector se le helara la sangre en

las venas.

El Hombre de Negro emergió como una centella de detrás de la puerta y blandió

un cuchillo ensangrentado en dirección a Teresa Urbach. La mujer acababa de caer de

rodillas junto al diván que ocupaba Andreu Palafox, y lo único que pudo hacer al ver

aparecer al intruso fue protegerse el rostro con el brazo y lanzar un grito. Reigosa gritó

también. Tras completar su caída, trató de ponerse en pie de inmediato, pero el Hombre

de Negro le lanzó una patada que impactó de lleno en su costillar y lo dejó sin resuello.

Desde el suelo, impotente, vio cómo su atacante se volvía hacia la mujer arrodillada y

alzaba de nuevo su cuchillo contra ella.

Y fue entonces cuando una figura menuda irrumpió a la carrera en la habitación y

se lanzó sobre la espalda de aquella criatura infernal.

Adela había aguantado exactamente un minuto en el vestíbulo principal de Neothermas.

Allí había visto cómo el padre de la señorita Urbach se acercaba al portón y le

ordenaba al celador que lo custodiaba que lo abriera inmediatamente, si no quería

conocer de primera mano lo que era un apaleamiento al estilo de la vieja escuela.

El celador tenía treinta años menos y medía un palmo más que el señor Urbach,

pero no había opuesto resistencia. Las maneras imponentes del industrial no invitaban a

tomar sus amenazas a la ligera.

Cuando había visto aparecer por la puerta al agente Lafita, Adela había decidido

que no pintaba nada allí abajo. Su amo estaba encerrado en alguna habitación de aquel

maldito sanatorio; la señorita Urbach iba en su búsqueda junto al inspector Reigosa; su

lugar, si es que algún lugar tenía en el mundo, estaba con ellos.

—Vamos —le había ordenado a Patricio.

Y el muchacho había obedecido sin rechistar.

Ellos habían oído el primer grito cuando trataban de encontrar su camino hasta la

segunda planta. Adela se había convencido de que la voz que lo había proferido era la

del señor Palafox, y el resto del trayecto lo había hecho con el corazón encogido y los

ojos, para su vergüenza, llenos de lágrimas pertinaces.

Ya en la escalera de la segunda planta, la enfermera había estado a punto de atropellarlos en su propia carrera hacia el vestíbulo principal.

—El inspector pide refuerzos —les había explicado, con el rostro encarnado como un farolillo de Navidad—. Creo que ha sucedido una desgracia...

El grito de la señorita Urbach los había sorprendido a solo unos pasos de la única

puerta entreabierta en el pasillo de la tercera planta. Cuando el inspector Reigosa había

gritado a su vez, Adela estaba ya a punto de alcanzar la habitación.

Y entonces, mágicamente, el tiempo se había detenido.

Adela había visto frente a ella la espalda negra de la misma criatura que la noche

anterior había huido en un carro de la calle del Regomir. Había visto su brazo extendido sobre su cabeza embozada y, en la mano, un cuchillo con la hoja empapada

de sangre. Había visto al inspector Reigosa encogido en el suelo y a la señorita Urbach

arrodillada a los pies del Hombre de Negro. Y también había visto las piernas de su

amo en un lado de la habitación, tumbadas e inertes.

Adela había visto todo aquello y el tiempo se había detenido. Se había detenido

literalmente. Sus ojos habían registrado en unas pocas décimas de segundo cada detalle

de la situación, y en ese mismo espacio de tiempo, mientras la mente de la muchacha se

quedaba paralizada también por el horror de lo que estaba presenciando, su cuerpo

había comenzado a actuar por propia iniciativa.

Las piernas de Adela habían cubierto en tres zancadas el espacio que la separaba

del Hombre de Negro. Sus rodillas se habían flexionado como las bielas de uno de esos

autómatas con los que el señor Palafox trabajaba en su taller. Los brazos de la

criada se

habían abierto ciento ochenta grados y habían asumido, por un instante, la postura de un

Cristo crucificado, al tiempo que sus pies tomaban impulso sobre la piedra pulida del

suelo de la habitación.

Y entonces su cuerpo había echado a volar.

Teresa Urbach sintió el frío del cuchillo penetrando en su carne. Lo sintió de verdad.

Cerró los ojos cuando la hoja descendía hacia ella y notó cómo el frío del acero se le

introducía en el cuerpo a través de una herida mortal. Sintió el dolor y el asombro, la

resignación y la rabia de saberse a punto de morir. Sintió incluso el sabor de la sangre

acudiendo a su boca, metálico e instantáneo, y pensó oscuramente que aquel era un final

extraño para una mujer como ella.

Morir a manos de un demonio embozado en un sanatorio mental. Morir como el

personaje de una de sus propias novelas.

Entonces oyó el grito de Adela.

Teresa abrió los ojos y vio a la criada de Andreu Palafox agarrada a las espaldas

de su asesino. Aferrada con violencia a su cuello. Con las uñas hundidas en la carne de

aquella criatura que no había llegado a apuñalarla, y que ahora giraba sobre sí misma

con el cuchillo todavía en la mano, dispuesta a lanzar una estocada ciega contra la

muchacha que la estaba atacando.

La novelista trató de ponerse en pie y, al hacerlo, su mano tropezó con una aguja

hipodérmica. La cogió sin pensarlo, terminó de levantarse del suelo y vio por el rabillo

del ojo que el inspector Reigosa trataba de hacer lo mismo en el otro extremo del

cuarto. También vio que otra figura menuda atravesaba en ese instante el umbral de la

puerta y se lanzaba contra el cuerpo doble que ahora formaban Adela y el Hombre de

Negro. El cuchillo de este acababa de lanzar su primer ataque contra la criada de

Palafox, pero no había llegado a alcanzarle.

—¡Adela! —gritó el recién llegado, embistiendo con la cabeza contra el cuerpo

del Hombre de Negro.

Teresa vio cómo la hoja del cuchillo volvía a dispararse en posición vertical. Oyó

su sonido al cortar el aire y comprendió, antes de poder hacer nada para evitarlo, que

esta vez sí iba a encontrar una carne en la que hundirse. Con la aguja hipodérmica en la

mano, se lanzó a su vez contra aquella confusión de cuerpos que se agitaba en el centro

de la habitación y buscó el rostro embozado del Hombre de Negro.

Dos aullidos rasgaron el aire casi al unísono. El primero, el que lanzó Patricio al

sentir cómo el cuchillo se clavaba en su costado y le abría la carne con horrible

facilidad. Y el segundo, el que emitió el Hombre de Negro al recibir en su mejilla la

intrusión de la aguja.

Lo que sucedió entonces fue tan confuso que Teresa, por un momento, sospechó

que aquel cuchillo había llegado a clavarse realmente en su cuerpo hacía unos segundos, y que aquello era lo que sucedía un instante antes de morir. Las visiones que

preceden a la última oscuridad. Las alucinaciones de un cerebro que se apaga para

siempre.

Con la aguja clavada en la mejilla y el cuchillo en la mano, el Hombre de Negro

se sacudió por fin a Adela de encima. La criada rodó por el suelo y fue a

parar al lado

de Patricio, que se había llevado una mano al costado y la observaba ahora teñida de

rojo. El Hombre de Negro se arrancó la aguja de la cara y miró a Teresa con dos ojos

febriles que la mujer reconoció por fin. Menos de un paso los separaba, y la hoja del

cuchillo chorreante de sangre volvía a apuntar hacia su persona.

—Carcasona —dijo entonces una voz.

Una voz que sonó como llegada de otro mundo.

La voz de Andreu Palafox.

El Hombre de Negro volvió la mirada hacia el lugar que ocupaba el anatomista, y

lo mismo hizo Teresa.

Palafox seguía teniendo los ojos cerrados, pero su boca estaba ahora entreabierta

y temblaba violentamente.

—Carcasona —murmuró de nuevo.

El Hombre de Negro golpeó a Teresa en el rostro con el dorso de la misma mano

que sostenía el cuchillo. La mujer se tambaleó y cayó al suelo justo cuando el inspector

Reigosa se ponía por fin en pie. Aturdida, vio cómo el pistolón del policía apuntaba a

su atacante y escuchó un grito que no llegó a entender. Por un instante pensó que todo

había terminado; luego recordó que el pistolón estaba descargado y maldijo los

prejuicios de Reigosa contra las armas de fuego.

—No se mueva —ordenó el inspector, avanzando hacia el centro de la habitación

con el pistolón en alto—. Suelte ese cuchillo y póngase de rodillas.

Teresa se llevó la mano a la boca y comprobó, ahora sí, que el sabor a cobre que

notaba era real. Oyó también a su lado la respiración pesada de Patricio y la voz de

Adela, que susurraba algo al oído del muchacho mientras le taponaba con la mano la

herida abierta en el costado. Su sangre comenzaba a mezclarse con la sangre del doctor

Carrera, que formaba un charco en torno a su cadáver abandonado a los pies del diván.

El Hombre de Negro no soltó el cuchillo ni hizo amago de retroceder. Sus ojos

enfrentaron ahora la mirada resuelta del inspector Reigosa. Un hilo de sangre brotaba

del punto donde Teresa le había clavado la aguja hipodérmica, una pulgada por debajo

del párpado izquierdo.

—Todo ha terminado —dijo el inspector—. Ya no tiene nada que hacer. Ni yo

tengo ningún motivo para no disparar.

El Hombre de Negro dio un paso atrás. También el inspector le había reconocido,

comprendió Teresa. Y tampoco él tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

—Carcasona —repitió de nuevo Palafox.

Solo entonces identificó la novelista, en aquella palabra, el apellido del médico

que había asistido a su amigo en aquella maldita operación de 1851.

—Todo ha terminado —volvió a decir el inspector—. Nosotros nos ocuparemos

de él. Usted ya ha hecho lo que tenía que hacer.

Teresa no tuvo ocasión de preguntarse qué quería decir aquello. Porque entonces

el Hombre de Negro se desembozó por fin el rostro y pronunció sus primeras palabras.

—Todavía hay algo que debo hacer yo mismo, inspector.

El hombre se dio media vuelta y observó por un instante la ventana abierta sobre

el patio interior del sanatorio. El sonido de unos pasos que se acercaban a la carrera

por el pasillo se mezcló con el de las campanas de Santa Ana, que no habían dejado de

tañer anunciando el toque de queda. Teresa supo entonces lo que estaba a punto de

suceder. Y también supo que, por lo que a ella respectaba, todo había terminado por

fin.

42

Octavio Reigosa depuso su pistolón inútil cuando vio que el Hombre de Negro alzaba

la pierna derecha y ponía el pie en el alféizar de la ventana. Con la respiración

entorpecida por las varias costillas rotas que le oprimían el pulmón izquierdo, dio un

paso al frente y trató de ignorar el panorama lamentable que lo rodeaba en la

habitación: el cadáver degollado del doctor Carrera tendido en mitad de un charco de

sangre; aquel muchacho, Patricio, sangrando por el costado y palideciendo a marchas

forzadas mientras Adela, a su lado, trataba de restañarle la herida con las manos;

Teresa Urbach sangrando también por la nariz y los labios y observando a aquel pobre

diablo con ojos alucinados, y tras ella, ciego e inerte, amarrado como un preso a su

diván de cuero, Andreu Palafox.

—No lo haga —dijo sin ninguna convicción—. Lo único que puede hacer ya

es

explicarme por qué.

El Hombre de Negro no volvió la vista atrás. Con el cuchillo aún en la mano, la

capa recogida sobre los hombros y la cara por fin al descubierto, terminó de encaramarse al alféizar de la ventana y se puso en pie en la parte exterior. Su estampa,

alta y esbelta, seguía resultando impresionante; pero ahora se antojaba también un tanto

ridícula. El disfraz del asistente a un baile de máscaras que vuelve solo a casa con las

primeras luces del amanecer.

Cuando saltó al vacío, solo Laura y el agente Antúnez emitieron sendos gritos de

sorpresa desde el umbral de la puerta.

—¿Qué demonios...? —comenzó a preguntar el agente Lafita, irrumpiendo delante

de los recién llegados con su pistolón en la mano.

Reigosa no le dejó continuar.

—Bajen al patio y comprueben que está muerto —ordenó con voz ahogada—. Si

no lo está, traten de salvarlo por todos los medios. Quiero hablar con él antes de que se

nos vaya al infierno. —Y volviéndose hacia Laura, que observaba la

carnicería

desplegada en la habitación con una mano en la boca, dijo también—: Este joven

necesita su ayuda.

Mientras hablaba, Eliseo Urbach esquivó el cuerpo sin vida del doctor Carrera y

se acercó apresuradamente a su hija, que estaba ahora en pie junto al diván y observaba

a Andreu Palafox con expresión consternada. El industrial había subido corriendo

detrás de los agentes de Reigosa tan pronto como Laura había llevado al vestíbulo la

noticia de que algo terrible estaba sucediendo en la tercera planta.

Al ver ahora el rostro ensangrentado de su hija, la habitual compostura de Eliseo

Urbach se quebró totalmente.

—Maldito demonio —masculló, posando una mano temblorosa en la mejilla herida de Teresa—. Lo mataría ahora mismo con mis propias manos.

—Ya no será necesario —murmuró la mujer, sin apartar la vista de Palafox.

—Yo no estaría tan seguro —dijo entonces el agente Antúnez—. Venga a ver esto,

inspector.

El policía estaba junto a la ventana y miraba por ella con expresión desorientada.

Reigosa llegó a su lado y asomó también la cabeza al exterior.

Lo único que vio al mirar hacia abajo fue un patio vacío.

—¡Corran! —ordenó de nuevo a sus hombres—. Y si no lo encuentran en el sanatorio, salgan a buscarlo fuera. Se dirige a la casa que hay sobre el arco de la calle

de Santa Ana. Su objetivo es un hombre llamado Daniel Carcasona —añadió, mirando

de reojo a Eliseo Urbach y viendo en el rostro del industrial la reacción instantánea que

Reigosa había esperado al pronunciar aquel nombre—. Movilicen a quien haga falta

para impedir que llegue hasta él.

Los dos agentes abandonaron a toda prisa la habitación, y a punto estuvieron de

llevarse por delante al pequeño grupo de enfermeras y celadores que se había reunido

en el pasillo al oír los gritos. Reigosa no fue tras ellos. Su lugar, decidió, estaba ahora

con Andreu Palafox. Ya le había fallado terriblemente aquella mañana, dejándolo a su

suerte en manos de Aquilino Carrera incluso cuando había empezado a sospechar que el

doctor no era lo que parecía. No volvería a abandonarlo ahora.

—Que alguien me traiga inmediatamente a la señora Daudí —ordenó, dirigiéndose

a los empleados de Neothermas—. Y quiero saber qué sustancia le han suministrado a

este paciente —añadió, recogiendo del suelo la aguja hipodérmica que Teresa Urbach

había utilizado para defenderse del Hombre de Negro.

Una de las enfermeras entró tímidamente en la habitación y se santiguó al ver el

cadáver del doctor Carrera. Luego tomó con precaución la aguja que Reigosa le tendía

y, con ella en la mano, se acercó a la mesa auxiliar que había a la izquierda del diván.

El maletín del doctor Carrera estaba abierto sobre ella, y a su lado había una ampolla

de cristal esmerilado, un estuche de cuero vacío y un cuaderno de notas.

La ampolla estaba parcialmente llena de un líquido de color rojo cuyo aspecto le

provocó al inspector un pequeño escalofrío. La enfermera la destapó con todo cuidado

y olisqueó su contenido. Luego abrió el cuaderno y pasó sus hojas hasta dar con la

última anotación que había en él.

—Es uno de los compuestos propios del doctor —dijo, mirando por fin al

inspector con expresión resignada—. Nadie conoce los ingredientes de estos

compuestos. Tampoco conocemos sus efectos o su finalidad. El doctor es... era muy

reservado con respecto a su trabajo. Pero él nunca le haría daño a ningún paciente —

añadió, mirando de nuevo el cuerpo tendido en el suelo.

—Como tampoco se lo hizo a esa pobre mujer catatónica que tienen encerrada en

este mismo pasillo, ¿verdad? —preguntó Reigosa, arrebatándole con alguna brusquedad

el cuaderno a la enfermera—. Si el señor Palafox no recobra la conciencia, todos

ustedes tendrán que rendir cuentas por lo que ha estado sucediendo en este sanatorio

durante las últimas semanas. Y si ocurre algo peor, tengan por seguro que...

La voz de Teresa Urbach interrumpió en ese punto al inspector.

—Está hablando —anunció.

Reigosa se acercó al diván y se hizo un hueco junto a la novelista y a su padre.

—Ayuden a su compañera —ordenó todavía, señalando a Laura, que había

logrado restañar la herida de Patricio con una toalla y hablaba ahora en voz baja con él

y con Adela.

La criada de Palafox se puso entonces en pie y se acercó también al diván.

—Laura dice que no es una herida profunda —murmuró con voz aliviada—.

¿Cómo está el señor Palafox?

—Está hablando —repitió Teresa Urbach, cogiendo la mano de Adela y atrayendo

a la muchacha a su lado—. Delira. O tal vez...

La novelista no completó su frase.

Reigosa escuchó durante un par de minutos la perorata casi inaudible de Palafox

con el corazón encogido. La voz del joven sonaba como surgida del fondo de un pozo,

imposiblemente gutural y lejana, y las mismas palabras que pronunciaba tenían también

una extraña cualidad subterránea. Hermética. Milenaria. Como si no brotaran de labios

humanos, pensó el inspector, sino de algo infinitamente más antiguo. Más antiguo y más

sagrado.

Como si no fuera un hombre quien hablara, sino...

Octavio Reigosa cerró los ojos y recordó las últimas palabras que el obispo Riera

le había dirigido en la torre de Canaletas. «Una ciudad que no es de este mundo —

había dicho—. Una ciudad cuyas puertas solo están abiertas para unos pocos elegidos.»

«La ciudad interior.»

El inspector abrió los ojos y acercó un poco más su rostro al de Palafox. Siguió

escuchando durante unos instantes las palabras que el joven mascullaba desde la

profundidad de su delirio. Y sintió que otro escalofrío le recorría la espalda.

Acababa de comprender dónde se hallaba su amigo.

—Salgamos un momento de aquí, inspector —dijo entonces Eliseo Urbach, dando

una palmada en el hombro de Reigosa y sacándole del encantamiento en el que le había

sumido el soniquete de la voz de Andreu Palafox—. Hay algo que quiero decirle.

Cuando se puso en pie, el inspector comprobó que apenas podía respirar y que el

dolor de su costado era más intenso que ningún otro dolor físico que hubiera sentido en

su vida. Teresa Urbach seguía a su lado, escuchando las palabras del anatomista con

una expresión arrobada que sugería que también ella comprendía lo que estaba

sucediendo, y lo mismo hacía Adela, aunque en sus ojos infantiles había también un

evidente dolor. Tras ellas, todavía en el suelo, Laura seguía atendiendo a Patricio con

la ayuda ahora de otras dos enfermeras, y un joven celador se disponía a cubrir con una

sábana blanca el cuerpo sin vida de Aquilino Carrera.

—Está usted herido —observó Eliseo Urbach cuando salieron de la habitación.

—Nada que no se solucione con un poco de descanso. Me preocupa más la suerte

de Palafox.

El industrial asintió con gravedad.

—Daniel Carcasona —dijo entonces—. El asistente que acompañó a Palafox durante la intervención de la señorita Alicia Ferrer. ¿Qué tiene él que ver con todo

esto?

Reigosa se encogió de hombros y contuvo un gemido instantáneo de dolor.

—Palafox nos lo explicará —dijo—. Él ha sido quien ha mencionado su nombre.

—El inspector le relató al padre de Teresa lo que había sucedido en los instantes

previos a su llegada a la habitación, y concluyó—: Por la reacción de ese caballero al

escuchar el apellido de Carcasona, entiendo que la nota que Palafox le ha hecho llegar

esta mañana a su hija tenía razón. Nada fue un accidente.

—Palafox no arruinó accidentalmente la vida de la señorita Ferrer —tradujo

Eliseo Urbach, y la expresión de su rostro varió al instante—. ¡Por todos los santos,

inspector! ¡Ahora recuerdo por qué me resultaba familiar su rostro! —

exclamó—. Lo vi

una sola vez en el domicilio de los Ferrer después de la tragedia, y entonces no gastaba

barba; pero podría jurar que era él. ¿Será posible que...?

Eliseo Urbach no pudo terminar su frase.

—Malas noticias, inspector —lo interrumpió el agente Antúnez, llegando al pasillo con la respiración entrecortada—. La perdiz ha volado.

—¿Ha salido del sanatorio?

—Eso parece. Pero no irá lejos con el jaleo que hay en la calle. Lafita ha salido ya

hacia el arco de Santa Ana con unos cuantos militares.

Reigosa contuvo un juramento. Miró hacia el interior de la habitación número doce, se palpó el costillar fracturado y suspiró.

—Vamos —dijo—. Usted quédese aquí con su hija.

Eliseo Urbach asintió con impaciencia.

—Como usted diga, inspector. Pero antes escúcheme. No están ustedes buscando a

un esbirro del doctor Carrera, ni tampoco a un miembro del rebaño del obispo Riera.

Están buscando a un hombre enamorado. No esperen que se les entregue con vida.

Reigosa sostuvo la mirada de su interlocutor durante un par de segundos. Y por fin

lo entendió.

Tres minutos más tarde, cuando alcanzó la claridad de la calle de la Canuda, una nube

de dolor y de rabia indefinida emborronaba la mente del inspector Reigosa. Un celador

con barbas de profeta lo detuvo en el vestíbulo de Neothermas para anunciarle que no

encontraban por ningún sitio a la señora Daudí y que el señor Morel, su mano derecha

en la regencia del sanatorio, no aparecía tampoco. Reigosa lo despachó con un bufido,

y lo mismo hizo con los dos agentes rasos que custodiaban el edificio cuando trataron

de ponerle al corriente de los disturbios que se había perdido desde el inicio de su

propia aventura.

El agente Antúnez sacó su pistolón y les abrió camino a empujones hacia Santa

Ana. La calle de la Canuda, con todo, no estaba tan abarrotada como hacía media hora,

y los ociosos que ocupaban la calzada parecían ahora más interesados en lo que fuera

que estaba sucediendo en la acera opuesta a Neothermas. Dos carretas del Ejército

seguían detenidas frente al convento de Santa Teresa, pero la actitud de los soldados

que las ocupaban evidenciaba que el peligro de asalto había pasado ya.

Los dos hombres tardaron apenas medio minuto en alcanzar la primera bocacalle

que subía hacia Santa Ana, y allí fue donde Reigosa comenzó a oír los rumores sobre la

última actuación del Hombre de Negro. Los latidos de sus sienes no le dejaron entender

qué decían, pero la expresión de los rostros de la gente que colapsaba la vía le confirmó que algo, en efecto, había sucedido muy cerca de allí.

Ya en la calle de Santa Ana, a media manzana del arco de acceso al callejón que

llevaba al patio de la iglesia, la acumulación de curiosos los obligó a recurrir a la

fuerza para seguir avanzando. El agente Antúnez se guardó el pistolón en el bolsillo,

sacó la porra y comenzó a repartir mandobles a su alrededor con eficacia y entusiasmo.

Reigosa, por su parte, se limitó a seguir la estela abierta por el policía con la vista fija

en la ventana de la casa que colgaba sobre el arco de piedra.

Reconoció el edificio en el acto. Habían pasado más de tres años desde la última

vez que había alzado la vista hacia su fachada, y el mismo tiempo hacía que no pensaba

en su ocupante; pero ahora el rostro de aquel hombre olvidado acudió a su

memoria con

la precisión y la claridad de un daguerrotipo.

Daniel Carcasona.

El testigo principal de la defensa de Andreu Palafox, al que el inspector Reigosa

había interrogado en aquella casa durante la investigación previa a la vista sobre el

incidente del hospital de la Santa Cruz.

El respetable anatomista retirado, antiguo ayudante de Martín Palafox, que había

asistido a su amigo durante aquella infausta intervención.

Y ahora también, supo Reigosa, la última víctima del Hombre de Negro.

—¿Está muerto? —preguntó cuando lograron alcanzar por fin el interior del arco y

entrevieron a lo lejos la escena que les aguardaba.

El bigotillo del agente Lafita se agitó incómodamente antes de responderle.

Varios militares lo acompañaban ante el portal de la casa, y todos tenían, como él,

cara de haberse pasado una mañana entera trajinando cadáveres en la morgue de las

Atarazanas.

—Lo han apaleado, señor. Y no les culpo.

Reigosa frunció el ceño. Miró a su alrededor y advirtió entonces que la

multitud

que cercaba el arco estaba en silencio. No era que los latidos de sus sienas taponaran el

rugido habitual de las turbas barcelonesas: no había tal rugido. Solo había una multitud

silenciosa que observaba a los policías y a los militares con el mismo desconcierto con

que estos observaban al gentío.

—¿A quién han apaleado? —preguntó, ya innecesariamente.

En lugar de responder, el agente Lafita se hizo a un lado y le franqueó a Reigosa el

acceso al patio que se abría detrás del arco.

El cuerpo estaba tendido a solo unos pasos de la puerta de la casa. Ya no llevaba

encima la capa, la bufanda ni el sombrero, pero su estampa, le pareció al inspector, aún

seguía conservando una cierta dignidad inútil. Varios rastros de sangre convergían en el

cadáver, como si lo hubieran arrastrado por todo el patio antes de abandonarlo en el

lugar que ahora ocupaba. Uno de esos rastros llegaba hasta el portal del edificio de

Carcasona; otro se acercaba a la portada de la pequeña iglesia medieval de Santa Ana;

un tercero, el más abundante, dibujaba una suerte de tirabuzón cuyo centro

era el propio

cadáver.

Desde un lateral de la iglesia, dos hombres con sotana observaban la escena en

silencio.

Reigosa se agachó junto al cuerpo y le dio la vuelta con precaución.

El rostro deshecho del señor Morel, el recepcionista de Neothermas, enfrentó por

última vez el cielo de Barcelona con la mirada ciega de todos los muertos.

—Ha conseguido llegar hasta el portal —estaba diciéndole Lafita cuando empezó

a atender a sus palabras—. Al principio todo el mundo se apartaba de él. Pero luego se

han acordado de la epidemia.

Reigosa asintió mecánicamente. La epidemia de cólera de Santa Ana.

El heraldo de la destrucción.

El castigo de todos los pecados, y el origen de todos los miedos, y la causa de todos los males de aquella estúpida ciudad.

Signos y señales.

—¿Tienen a Carasona?

—Está retenido allí arriba —asintió Lafita, señalando la casa colgada del arco. Y

al cabo de un breve silencio, preguntó—: ¿De qué se le acusa, inspector?

Reigosa miró de nuevo el rostro casi irreconocible de Mauricio Morel y pensó,

con alguna tristeza, que Eliseo Urbach estaba en lo cierto.

Llegados a un punto, no había modo de cazar con vida a un hombre enamorado.

—Se le acusa de iniciar todo esto —dijo sin apartar la vista del cadáver—.

Llévenlo a las Atarazanas y enciérrenlo hasta nueva orden. Sobre todo, no le dejen

saber que el doctor Carrera ha muerto. Que nadie hable con él hasta que no lo haga yo

primero. Y ahora hagan el favor de dispersar a toda esta gente.

El agente Lafita vaciló antes de preguntar:

—¿No vamos a detener a nadie por el asesinato de este... caballero?

Reigosa no respondió. Lo que hizo fue ponerse en pie, santiguarse rápidamente e

iniciar el camino de vuelta hacia Neothermas.

43

Teresa Urbach solo se separó del diván de Palafox cuando el anatomista dejó por fin de

hablar y cayó en una especie de sopor tranquilo. Ni sus ojos ni sus labios temblaban ya,

pero su piel seguía helada y un sudor espeso le recorría la frente en grandes surcos

traslúcidos. Teresa se inclinó sobre él y depositó un beso en su mejilla. Luego sacó un

pañuelo y limpió la huella de sangre que sus labios partidos habían dejado sobre la piel

mal afeitada.

—Déjeme que le mire esas heridas —dijo entonces Adela—. Tiene usted un aspecto terrible.

Teresa se esforzó en devolverle a la muchacha una mínima sonrisa.

—Tú tampoco estás para irte a pasear por los Campos Elíseos —apuntó, señalando las manchas de sangre que cubrían su vestido.

Adela tomó una jarra de agua de la pila que había en un rincón de la habitación y

la dejó sobre la mesa auxiliar, junto al maletín y los demás objetos del doctor Carrera.

El cuerpo del alienista ya no estaba allí: dos celadores lo habían trasladado hacía un

rato a un cuarto vecino. También Patricio, Laura y las otras enfermeras se habían

marchado en busca de un lugar más adecuado donde suturar la herida del muchacho.

—El señor Palafox se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó Adela, humedeciendo

con un paño mojado los labios de Teresa y limpiando la sangre seca que manchaba su

nariz—. Despertará y volverá a ser el de siempre, ¿verdad?

La novelista no lo dudó un instante.

—Seguro que sí.

Adela sonrió de nuevo. En silencio, siguió limpiando el rostro de Teresa con una

concentración y una delicadeza que conmovieron a la mujer.

—Me has salvado la vida, Adela —murmuró—. Si no te hubieras lanzado encima

de ese...

La muchacha la interrumpió, poniéndole el paño sobre los labios.

—Usted haga que el señor Palafox sea un hombre feliz —replicó tan solo.

Algunos minutos más tarde, cuando Octavio Reigosa entró de nuevo en la habitación,

Teresa estaba hojeando las últimas páginas del cuaderno del doctor Carrera y tenía en

la cara una expresión que el inspector no trató de interpretar.

—¿Algún cambio? —preguntó.

Adela estaba sentada a los pies del diván de Palafox con las mejillas arreboladas.

Fue ella la que le respondió.

—Parece dormido. Laura le ha estado mirando las constantes hace un momento y

dice que están bien. Le ha dado a respirar no sé qué producto, pero no se

despierta.

—¿Ha seguido hablando?

—¿Después de que usted se marchara? —La criada se puso en pie y se aproximó a

Reigosa—. Ha hablado todavía un rato más. Pero no ha dicho nada que tuviera sentido,

¿verdad?

Teresa cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesa. En lugar de confirmar las palabras de Adela, se acercó también ella a Reigosa y observó:

—Tiene usted aquí lectura para varias semanas, inspector. El maletín está lleno de

informes relacionados con las investigaciones de Carrera. Y el cuaderno, por lo que he

llegado a entender, parece un diario particular del caso de Andreu. Las últimas

anotaciones son de esta misma mañana. —Luego, reparando en el aspecto del policía,

preguntó—: ¿Cuántas costillas tiene rotas?

Reigosa se encogió de hombros sin apartar la vista de Palafox.

—Las suficientes para tomarme unas vacaciones a partir de mañana —murmuró—.

Aunque todos sabemos que eso no va a suceder.

Teresa sonrió tristemente y posó una mano cálida en la mejilla del inspector. La

retiró enseguida y preguntó:

—¿Lo han atrapado con vida?

Reigosa agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—Su disfraz lo ha matado —dijo, y les explicó a Teresa y Adela lo sucedido en el

arco de Santa Ana—. Al menos tenemos a Carcasona —concluyó—. Él sí acabará

pagando su delito, aunque sea con tres años de retraso.

—El señor Urbach nos ha explicado lo que creen que sucedió —intervino Adela

—. El doctor Carrera pagó hace tres años a ese hombre, Carcasona, para que drogara al

señor Palafox y lo hiciera cometer un error durante la intervención. Así pudo convertirlo en su paciente y estudiarlo a su antojo durante meses. Fue eso lo que pasó,

¿verdad? —preguntó con cara ansiosa la muchacha—. El señor Palafox no tuvo la culpa

de la desgracia que le sucedió a la señorita Ferrer, ¿verdad?

—Eso parece —asintió Reigosa—. Palafox debió de descubrirlo esta mañana. De

ahí la nota que escribió. Y de ahí también...

—Que nos salvara la vida pronunciando el nombre de Carcasona cuando el señor

Morel estaba a punto de acuchillarnos —completó Adela, mirando a su amo

—. Incluso

en este estado, supo que él era el Hombre de Negro. Y también supo lo que buscaba.

Supo que el señor Morel era el hombre con el que Alicia Ferrer estaba prometida

cuando pasó aquello. Y le recordó que no era de nosotros de quien quería vengarse

antes de que todo terminara.

Se hizo un silencio en la habitación.

Una luz radiante iluminaba la estancia e intensificaba poderosamente los colores

de todas las cosas: el blanco de las sábanas, el azul de las paredes, el negro del cabello

y de los ojos de Teresa Urbach y el rojo espeso, reflectante, de la sangre que manchaba

el suelo de la habitación.

El viento ligero que entraba por la ventana traía un olor a incendios lejanos que al

inspector se le antojó ahora un tanto fuera de lugar.

—¿Y su padre? —preguntó por fin.

Teresa tardó un par de segundos en regresar de donde fuera que sus pensamientos

la habían llevado.

—Ha vuelto a la calle de Montcada con uno de sus agentes. Un celador ha

dicho

que están ardiendo algunos barcos en el puerto, y quiere asegurarse de que el almacén

está a salvo. El ataúd del señor Manning... —La mujer no completó la frase. En lugar

de ello, formuló la pregunta que Reigosa llevaba haciéndose a sí mismo desde que

había abandonado el arco de Santa Ana—. ¿Llegaremos a saber qué ha sucedido

durante estos últimos días, inspector?

El hombre asintió con seguridad.

El rostro desdentado del obispo Riera volvió a materializarse en su imaginación, y

su voz pronunció de nuevo las últimas palabras que Reigosa le había escuchado en la

torre de Canaletas.

«Suceda lo que suceda durante el día de hoy, recuerde que todo tiene un sentido.

Todo lo que sucede en esta ciudad lo tiene... aunque nuestro pobre entendimiento no

siempre alcance a comprenderlo.»

—Llegaremos a saberlo —aseguró—. Aunque dudo que lleguemos a entenderlo.

—Y mirando por última vez el perfil en calma de Palafox, se dio media vuelta y

murmuró—: Si me disculpan...

Teresa Urbach se limitó a inclinar la cabeza y sonreírle tristemente; pero algo en

su mirada le dijo que sabía adónde se dirigía.

Adela le sonrió también, y su rostro recobró fugazmente ese aire travieso de niña

del Raval que Reigosa llevaba lamentando desde que Palafox la había tomado a su

servicio. Esta vez, sin embargo, al inspector le reconfortó ver aquella sonrisa. Tal vez

el futuro de Adela no pasara por una celda de la prisión de Amalia, después de todo.

Tal vez el olfato y la intuición de Andreu Palafox estuvieran, para algunas cosas, mejor

afinados que los suyos propios.

—Pídale a Laura que le mire esas costillas, inspector —la oyó decirle cuando salía de la habitación—. No queremos que se nos muera usted sin habérselo explicado

todo antes bien...

El pasillo que conducía hasta la habitación de la paciente sin memoria estaba tan vacío

como la mañana anterior, cuando Reigosa había hecho ese mismo trayecto en compañía

del doctor Carrera. La puerta estaba cerrada, pero se abrió justo cuando el inspector

iba a empuñar su picaporte. Laura apareció en el umbral con un montón de trapos y

toallas en la mano y con la cabeza cubierta por una tupida redecilla negra.

Su rostro se iluminó agradablemente al ver a Reigosa.

—Menudo día, inspector...

Reigosa emitió un gruñido de asentimiento y, tras una breve vacilación, procedió a

tenderle la mano a la enfermera.

—No me has mentado esta mañana —dijo—. Has asegurado que cuidarías del señor Palafox, y así lo has hecho. La señorita Urbach y yo estamos orgullosos de ti.

Las mejillas de la muchacha se encendieron violentamente.

—Gracias, inspector —replicó con un hilo de voz, estrechando la mano de

Reigosa. Y volviendo la cabeza de inmediato hacia el interior de la habitación, dijo—:

Si quiere verla, acabo de cambiarla de ropa y de darle de comer. La pobre ha estado

abandonada toda la mañana.

Laura se hizo a un lado y dejó que Reigosa cruzara el umbral de la puerta. Luego

murmuró una despedida y desapareció por el pasillo con paso danzarín.

La mujer estaba sentada en el mismo sillón del día anterior. También su posición

era la misma: enfrentada a la ventana con las manos posadas sobre el regazo, la espalda

muy recta y la cabeza ligeramente caída hacia atrás. Tenía los labios entreabiertos, y

por ellos asomaban unos dientes que parecían apretados con fuerza. Un agradable

aroma a jabón y a colonia llenaba la estancia, y el aire que entraba por la ventana

agitaba casi imperceptiblemente sus cabellos y la tela ligera del modesto camisón que

la cubría.

Sobre la mesa que había junto al sillón, una rosa solitaria asomaba de un vaso de

agua.

Los ojos de la mujer eran tan azules y brillantes como el inspector los recordaba.

Hoy también estaban abiertos de par en par, y seguían mirando ciegamente el pedazo de

cielo sin nubes que asomaba sobre los tejados del barrio de Santa Ana. Solo que tal vez

no era eso lo que miraban, pensó ahora Reigosa, mientras se acuclillaba junto a ella

para observar más de cerca el pulso tranquilo de su respiración.

Tal vez los paisajes que esos ojos miraban pertenecían a una ciudad muy distinta

de la que sus cuerpos habitaban.

—Un día volverá —murmuró al oído de la mujer—. Un día encontrará el camino

de regreso. Yo confío en usted.

Luego se puso en pie, rodeó el sillón y dejó encima de la mesa, junto al vaso con

la rosa solitaria, las tres monedas romanas que llevaba en el bolsillo desde su visita a

Santa Clara. Y solo entonces salió en busca de alguien que le mirara de una vez

aquellas malditas costillas.

epílogo

LA CIUDAD INTERIOR

El cortejo fúnebre salió del palacio arzobispal a las cinco en punto de la tarde del

último día de agosto. Desde el ventanal de la torre de la casa del Arcediano, Octavio

Reigosa vio cómo la carroza avanzaba lentamente por la calle del Obispo al frente de

un largo séquito formado por las principales autoridades religiosas, civiles y militares

de Barcelona, y también por varios centenares de frailes, monjas, sacerdotes y

monaguillos que cerraban el cortejo con la lúgubre severidad de sus hábitos y sus

sotanas. Hileras de seglares enlutados cubrían por completo las fachadas laterales de la

catedral y del palacio de la Audiencia, y todos observaban el paso de la carroza en un

silencio tan respetuoso que Reigosa, desde lo alto de la torre, podía escuchar con

nitidez el sonido de las ruedas del vehículo avanzando sobre el empedrado y el rítmico

claqueteo de los cascos de los caballos que tiraban de él.

—Lo que me faltaba por ver —dijo el inspector Ollero, alejándose del ventanal

con cara de desprecio—. El gallito del capitán Alcaraz, sometiéndose sin pestañear a

esta humillación. No esperaba otra cosa de Daroca, pero de él...

Reigosa siguió observando el espectáculo durante unos minutos más, hasta que los

últimos miembros del cortejo desaparecieron de su campo de visión. Entonces se retiró

también él del ventanal y miró con expresión resignada a su colega, que se había

sentado en un extremo de la mesa ovalada que ocupaba el centro de la sala.

—Alcaraz sabe lo que le conviene —dijo—. La Iglesia, la Corona y el Ejército

son los tres pilares de este país. No vale la pena poner en peligro ese equilibrio a

cuenta de un obispo muerto.

Ollero se puso en pie e hizo con las manos un gesto vagamente obsceno.

—Eso ya lo sé, inspector. Pero también sé que ese viejo del diablo merecería estar colgando de una soga en el patio de los Cordeleros, en vez de ser paseado como

un santo por toda la ciudad.

Reigosa no tuvo nada que oponer a aquella observación de Ollero.

—Todo pueblo necesita modelos que admirar, inspector —dijo—. No nos hagamos mala sangre. Peor sería... —Reigosa no completó la frase; no se le ocurrió

qué podría ser peor que aquella farsa que acababan de contemplar. Así que terminó

diciendo—: Esta noche, Su Excelencia dormirá bajo tierra, y la suerte que le aguarde a

partir de ahora ya será solo cosa de su Dios.

Los dos hombres abandonaron en silencio la torre romana, salieron de la casa del

Arcediano y desviaron sus caminos frente al portón de la capilla de Santa Lucía. Ollero

se dirigió hacia la calle del Obispo, donde la verja del patio del palacio episcopal

seguía custodiada por dos militares engalanados a la manera de la guardia vaticana, y

Reigosa tomó el rumbo opuesto y encaminó sus pasos hacia la plazuela de la

catedral.

Rodeó el templo por la calle de los Condes y reprodujo por unos instantes el trayecto

que Andreu Palafox y él habían hecho la noche del uno de agosto. Al llegar a la plaza

del Rey, sin embargo, no volvió la vista hacia el convento de Santa Clara. Tomó en

cambio la calle del Veguer, cruzó la bajada de la Prisión y procedió a atravesar la

ciudad antigua en paralelo a la ruta del cortejo fúnebre.

Cuando llegó a la bajada de los Leones, la carroza que transportaba el cuerpo del

obispo Riera recorría ya el tramo final de la calle del Regomir y se aproximaba a la

casa de Andreu Palafox. El inspector Reigosa se imaginó a su amigo encerrado en su

taller de la última planta, rodeado de relojes y de autómatas, con las lentes caladas y el

rostro mal afeitado, viendo pasar por debajo de la ventana el cortejo fúnebre en honor

de aquel hombre que una vez, en otra vida, había sido un segundo padre para él. Se

alegró de que aquello no fuera a suceder. Y luego sintió una nueva opresión en el pecho

y apartó a Palafox de su imaginación.

La cancela del caserón de los Urbach estaba abierta de par en par. Reigosa entró

en el patio y subió la escalera que conducía a la galería interior. Allí salió a su encuentro Esteban, el criado del señor Urbach, que lo condujo hasta la biblioteca y le

sirvió una copa generosa de anís antes de salir en busca de su amo.

Reigosa apenas había tenido tiempo de probar su bebida cuando el industrial entró

en la biblioteca.

—Le hacía a usted recorriendo la ciudad detrás de un coche de muertos, inspector.

Eliseo Urbach iba vestido con un batín de seda verde, calzaba alpargatas de felpa

y tenía, en general, el aspecto de un enfermo resignado a un desenlace inmediato. La

mano que le tendió al inspector, sin embargo, conservaba toda la firmeza y la serenidad

que este no había dejado de admirarle a lo largo de las últimas semanas.

—No he logrado detener el funeral —se excusó—. Ni siquiera he logrado que nadie considerara realmente las conclusiones de nuestra investigación. Cuando he

confirmado que todos los asesinatos los cometieron entre Carrera y Morel, han dejado

de escuchar.

Eliseo Urbach asintió con gravedad.

—Nada que no esperáramos, en definitiva —concluyó—. Y puede que sea mejor

así. Ahora que las aguas se han remansado, no hay necesidad de removerlas otra vez.

Reigosa bebió un sorbo de anís y se dijo que probablemente el industrial tuviera

razón. Mejor honrar por unas horas la memoria de un viejo demente que arriesgar de

nuevo la paz de una ciudad que vivía al borde del incendio.

—¿Ha tenido noticias de su hija? —preguntó.

El rostro del señor Urbach se iluminó al instante.

—He recibido carta suya esta mañana —dijo, acercándose al escritorio y abriendo

uno de los cajones—. Andreu y ella están ya completamente instalados. Por lo que

cuenta, la casa no es ninguna maravilla, pero parece que las vistas del río son envidiables.

Reigosa recogió el sobre que el hombre le tendía y reconoció en él la cuidada caligrafía de Teresa Urbach. No le pasó por alto el uso inesperado que Eliseo Urbach

acababa de hacer del nombre de pila de Palafox. Con una tenue sonrisa en los labios, la

primera que esbozaba aquel día, abrió el sobre y comenzó a leer la carta de

tres

páginas que había en su interior.

Cuando terminó, miró al señor Urbach y preguntó:

—¿Usted qué opina? ¿Los tendremos pronto de vuelta por aquí?

El industrial no respondió. Se había acomodado en un sillón mientras Reigosa leía

las primeras noticias que sus amigos enviaban desde Londres, y acababa de encender

un cigarro de aroma prohibitivo.

—Siéntese un rato conmigo, inspector —ordenó, indicándole a Reigosa, con un

solo movimiento de su mano libre, la caja de los cigarros y el sillón que hacía juego

con el que él ocupaba—. Tiene usted muchas cosas que contarme.

El inspector obedeció con gusto. Tomó un cigarro, lo encendió y aspiró una larga

calada de humo de primera calidad. Luego se llevó la mano al bolsillo y sacó el

informe que había leído ante las autoridades de la ciudad durante la reunión de aquella

tarde.

—Aquí lo tiene todo por escrito —anunció, tendiéndoselo a su anfitrión—.

Cuando termine de leerlo, puede enviárselo a su hija. Que ella juzgue si conviene

compartirlo ya con Palafox, o si es mejor dejar pasar algo más de tiempo todavía.

Eliseo Urbach tomó el delgado fajo de papeles doblados que Reigosa le ofrecía e

inspeccionó someramente el encabezamiento de la página inicial; pero no hizo amago

de seguir leyendo.

—Prefiero escucharlo de sus labios —dijo—. Sé que voy a tener que hacerle

algunas preguntas. Y también sé que usted, inspector, va a tratar de respondermelas lo

mejor que pueda. —El hombre dejó el informe sobre la mesa de cristal que separaba

los dos sillones e inclinó su cuerpo hacia delante—. Juzgue usted cuál es el principio

de la historia, y empecemos por ahí.

Así que el inspector Reigosa dio una segunda calada a su cigarro, se humedeció

los labios con un poco de anís y comenzó a desgranar para el señor Urbach, hasta

donde él mismo era capaz de entenderlos, los detalles de la espesa trama de crímenes,

engaños y prodigios que se había ido tejiendo en torno a Andreu Palafox durante los

tres últimos años.

Cuando terminó de leer el informe del inspector Reigosa, Palafox dobló las

hojas que

lo componían y se las tendió a Teresa Urbach, que estaba sentada a su lado y lo

observaba con la misma expresión severa que había adoptado al anunciarle la llegada

del sobre.

—¿Lo has leído? —preguntó Palafox.

La mujer negó con la cabeza.

—Solo he leído la nota de mi padre. He creído que esto debías leerlo tú primero.

—Y tras una pausa dubitativa, preguntó—: ¿He hecho bien?

Era una tarde de octubre inusualmente cálida en Londres. Decenas de parejas

paseaban del brazo por la orilla del lago de Hyde Park, grupos de niños jugaban en la

hierba bajo la atenta mirada de sus cuidadoras, y a sus espaldas, en Rotten Row, los

caballos de la aristocracia desfilaban con elegancia por el viejo paseo real. Un viento

suave arrastraba la música de una banda militar desde los jardines de Kensington, y sus

notas alegres resultaban todavía, a oídos de Palafox, tan exóticas como el pelo pajizo

de los niños que jugaban a su alrededor.

—El informe no dice nada que no hubiéramos deducido ya —respondió—. O

que

no hubiéramos sospechado, al menos. Y sin embargo...

—Y sin embargo, leerlo de puño y letra del inspector le otorga a todo una realidad

que hasta ahora no tenía —completó Teresa—. ¿Quieres leer la nota de mi padre?

—¿Añade algo nuevo?

—Su Excelencia ha muerto.

Palafox miró a Teresa con expresión incrédula.

—¿El obispo Riera ha muerto?

—Lo encontraron en su despacho del palacio episcopal el 29 de agosto, colgando

de una viga del techo. Pero la versión oficial es que murió víctima del cólera.

—Teresa

se encogió de hombros—. Aprovecharon sus funerales para hacer una especie de

exorcismo popular contra la epidemia; y parece que ha funcionado. Dice mi padre que

no ha vuelto a haber más casos de cólera desde entonces.

La magia póstuma del viejo charlatán, pensó Palafox. Sanando a su ciudad desde

la tumba por la vía de un último sacrificio.

Condenar su alma al infierno de los suicidas para librarla de la humillación del

estrado.

—Volvamos a casa —dijo, poniéndose en pie.

Una ordenada hilera de coches de punto aguardaba a sus clientes ante la verja de

Hyde Park Corner. Palafox y Teresa tomaron el primero de ellos y le dieron al cochero

la dirección de la casa que tenían alquilada en el barrio de Chelsea. Cuando se

hubieron acomodado en la cabina, Teresa se acurrucó junto al anatomista y le dio un

rápido beso en los labios. Luego posó la cabeza en su hombro y susurró:

—Cuéntamelo.

Un solitario cabello blanco asomaba entre la negra melena de la mujer, como un

hilo de plata extendido sobre un cuenco de azabache. Palafox besó su raíz y sintió, no

por primera vez en las últimas semanas, que solo ahora el prodigio lo cercaba realmente.

—Todo empezó a principios de 1851 —inició su relato, al tiempo que el vehículo

echaba a rodar sobre el suelo de Londres—. Fue entonces cuando el doctor Carrera

conoció al obispo Riera. Carrera pretendía conseguir acceso a los conventos femeninos

de la ciudad, y en enero de ese año visitó el palacio episcopal para solicitar el permiso

del obispo. Su intención, de acuerdo con las notas que el inspector ha encontrado en sus

archivos, era estudiar los efectos de la vida monacal sobre la salud mental de las

monjas, del mismo modo que ya estaba visitando el Raval para estudiar los problemas

de las prostitutas.

—Al obispo se lo vendería de otra manera —observó Teresa.

—A él le hizo creer que buscaba la confirmación fisiológica de la realidad de las

experiencias místicas que algunas monjas dicen experimentar. Carrera estaba al tanto

de las ideas del obispo Riera, y no le costó ganarse su confianza. Tener de su parte a un

alienista de prestigio debió de parecerle a Su Excelencia una oportunidad para dotar de

mayor credibilidad a sus teorías. Le franqueó el acceso a los conventos, dio orden a las

madres superiores de que atendieran a todos sus requerimientos y, en el caso de Santa

Clara, aprovechó la relación que le unía a la madre Piedad para implicarla activamente

en su causa.

—¿Y esa relación era...?

—El inspector ha descubierto que el obispo Riera y la madre Piedad se conocían

desde niños. Ella tomó los hábitos el mismo año en que él entró en religión, y sus

caminos no se separaron mucho desde entonces.

—Así que él supo desde el principio quién era Felicia Dedéu —concluyó Teresa

—. Y si trató de ocultárselo al inspector cuando su nombre apareció en la tarjeta de

visita de Oliver Manning fue porque estaba al tanto de todo lo que estaba sucediendo.

—La mujer agitó la cabeza con tristeza—. Pero estamos en enero de 1851...

—Durante alguno de sus primeros encuentros, el obispo Riera debió de hablarle a

Carrera de mi condición. Para él, lo que me sucedía era una prueba de la existencia de

lo que él llamaba el tiempo sagrado. La continuidad perfecta de todo lo que alguna vez

ha sido y todo lo que alguna vez será. La eternidad en la que solo Dios habita, y que el

hombre puede percibir únicamente en estado de trance místico o, como era a su

entender mi caso, por efecto de un don divino. Su Excelencia creería estar ofreciéndole

al doctor Carrera un nuevo elemento de juicio para ese estudio suyo sobre la realidad

de la experiencia mística. Pero lo que hizo realmente fue despertar su curiosidad

profesional.

—Para un alienista, un caso como el tuyo tenía que resultar intrigante en grado

sumo —asintió Teresa—. Mucho más que los delirios de unas monjas mal alimentadas.

—Carrera trató de concertar una cita conmigo a través del obispo Riera, pero este

le hizo saber que yo nunca accedería a entrevistarme con él. Mi condición era un

secreto que entonces solo conocíais el inspector, el obispo y tú. Hacerla pública

equivalía a comprometer mi futura carrera de anatomista. Si Carrera quería estudiar mi

caso, tenía que buscar la manera de convertirme a la fuerza en su paciente. Y eso fue lo

que hizo.

—Sobornando a ese hombre, Daniel Carcasona.

—Carrera lo conocía con anterioridad, y estaba al tanto de algo que yo ignoraba:

que su relación con mi padre había terminado de forma un tanto abrupta. Mi padre había

prescindido de sus servicios como ayudante varios meses antes de morir, y Carcasona

estaba atravesando desde entonces una época difícil. Cuando Carrera le propuso

hacerle un servicio a cambio de una bonita cantidad de dinero, no supo negarse.

Carcasona se ofreció a servirme de ayudante en mi primera intervención, y yo lo

acepté, pensando que así honraba de algún modo la memoria de mi padre. Llegado el

momento, cuando la enfermera que nos acompañaba hubo salido del teatro de operaciones, Carcasona me hizo respirar el compuesto que el doctor Carrera le había

dado. Y así desencadenó el desastre que arruinó la vida de Alicia Ferrer.

El coche de caballos se detuvo brevemente en un cruce de calles de Belgravia, y

luego reanudó su camino hacia el río.

Teresa levantó la cabeza del hombro de Palafox, se incorporó sobre el respaldo

del asiento y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Fue algo premeditado? —preguntó.

—¿Que yo hiriera fatalmente a mi paciente? No lo creo. Quiero imaginar que

Carrera solo buscaba desencadenar un ataque de delirio que justificara mi

internamiento en Neothermas. Con Carcasona y la enfermera como testigos,

cualquier

comportamiento errático en un teatro de operaciones hubiera bastado para poner en

cuestión mi salud mental y sacar a la luz mi condición. En cualquier caso, los efectos

del compuesto del doctor Carrera resultaron mucho más potentes de lo que él mismo

había previsto, y mi bisturí terminó clavado en el lóbulo frontal de esa pobre mujer. —

Palafox se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Alicia Ferrer acabó

impedida para siempre, y yo acabé internado en Neothermas, despojado de mi título de

anatomista y convertido en el loco más famoso de Barcelona, pero libre de cargos

penales gracias a la influencia de tu padre, que indemnizó generosamente a la familia

Ferrer y evitó que se personaran contra mí en la vista de la Audiencia.

—Y entonces Mauricio Morel, el prometido de la señorita Ferrer, al que la

familia mantenía alejado y con el que solo mi padre había coincidido en una ocasión

durante aquellos días de 1851, decidió que el responsable de aquella desgracia no

podía quedar impune. Pero equivocó el objeto de su venganza.

Palafox asintió gravemente.

—Según los registros de Neothermas, el señor Morel entró a trabajar para Carrera

en diciembre de 1851. El inspector no sabe quién contactó con quién, pero poco

importa. Ambos esperaban que yo acabara ingresando de nuevo en Neothermas, antes o

después. Los tres meses que pasé bajo la supervisión del doctor Carrera lo convencieron de que mi caso era extraordinario, y de que había en él algo más que una

rara afección mental. Él se opuso en todo momento a que yo abandonara el sanatorio, y

fue solo vuestra insistencia en llevarme a Londres la que lo forzó a consentir en darme

el alta. Sin duda confiaba en tenerme de vuelta algún día en Neothermas, ya fuera de

manera natural, como consecuencia del agravamiento progresivo de mi condición, o

forzando de nuevo mi ingreso a la manera de 1851; y tener a su servicio a un aliado

como Morel podía serle de utilidad llegado el momento. En cuanto a este, sabía que si

yo ingresaba otra vez en Neothermas, quedaría a su merced. Y ese sería el momento de

llevar a cabo su venganza.

—Pero ¿por qué esperar casi tres años? —preguntó Teresa—. ¿Por qué no forzar

tu reingreso tan pronto como volvimos de Londres? ¿O en diciembre de 1851, cuando

Morel comenzó a trabajar para Carrera?

—El doctor Carrera era un hombre paciente —replicó Palafox—. Y también era,

sobre todo, un científico meticuloso. Durante los tres meses que me tuvo sometido a su

estudio comenzó a desarrollar su teoría de la memoria de la especie: una suerte de

archivo común de recuerdos de toda la humanidad al que mi cerebro, de algún modo,

tenía acceso en ciertas ocasiones y bajo determinadas circunstancias. Cuando se vio

obligado a darme el alta, siguió estudiando mi caso a través de terceras personas.

Estaba convencido de que si daba con la región exacta de mi cerebro que generaba esos

recuerdos ajenos, como él los llamaba en su cuaderno, y descubría la manera de activar

dicha región a voluntad, podría replicar luego mis experiencias en cualquier cerebro

humano.

—Todos seríamos viajeros en el tiempo —resumió Teresa, recordando el relato

de su última charla con el doctor Carrera que Palafox había hecho tras despertar de su

letargo en Neothermas—. Tu condición particular sería la llave para lograr un avance

general de la mente humana. La memoria de la especie, gracias a su descubrimiento,

pasaría a resultarnos a todos tan accesible como nuestras pequeñas memorias personales.

—Ese era el delirio privado del doctor Carrera. El único objetivo de su vida, así

como el del obispo Riera era convencernos de la verdad de su propio delirio místico.

En cualquier caso, Carrera quería estar bien preparado cuando llegara el momento de

tenerme de nuevo en su poder. Quería saber qué debía buscar exactamente en mí, y

cómo y dónde debía hacerlo. En qué parte de mi cerebro. Pero sobre todo, quería saber

qué medicina debía suministrarme para llevar a cabo su plan.

—Ese líquido rojo que te inyectó la mañana de su muerte.

—Según sus notas, durante esos tres años estuvo trabajando en el desarrollo de un

compuesto químico que desencadenara a voluntad las visiones que mi condición me

provocaba, y que me mantuviera a la vez en un estado de consciencia suficiente para

atender a sus requerimientos. Un compuesto que activara únicamente la

región concreta

del cerebro que, de acuerdo con sus descubrimientos, generaba en mí esos recuerdos

ajenos. Lo probó con toda clase de sujetos: internos de Neothermas, monjas de Santa

Clara y de Santa Teresa, prostitutas de Trentaclus... Cada vez se acercaba más al

éxito de su objetivo; pero sus experimentos eran también cada vez más osados, y al

menos en dos ocasiones concluyeron de manera desgraciada.

—Las dos Damas del Pozo —dijo Teresa.

Palafox asintió de nuevo.

—El inspector no ha logrado identificar todavía a la mujer que Carrera tenía en la

tercera planta de Neothermas, pero sí ha descubierto que llegó allí la noche anterior a

su supuesta aparición en el claustro de Santa Teresa. La señora Daudí ha confesado que

fue ella quien la recogió en la puerta del sanatorio y la condujo hasta el despacho del

doctor. Asegura que la mujer hablaba entonces con normalidad, aunque estaba muy

nerviosa y parecía desorientada. A la mañana siguiente, su estado era el que ahora

conocemos.

—Carrera le inyectó el líquido, y su efecto no fue el deseado —aventuró Teresa

—. Y para justificar su presencia en el sanatorio inventó la historia de que había

aparecido aquella mañana en el claustro de Santa Teresa. Las monjas no lo negarían; al

fin y al cabo, consideraban a Carrera su benefactor y debían obediencia al obispo

Riera. Y de no ser por las enfermeras del sanatorio, que la bautizaron de inmediato

como la Dama del Pozo y empezaron a difundir su historia por la ciudad, nadie se

habría molestado mucho en indagar sobre ella.

Palafox posó su mano sobre las de Teresa, que la acogieron con calidez.

—Eso sucedió a mediados de julio —continuó—. Unos días antes había aparecido

el ataúd romano en Santa Clara. El hallazgo se había mantenido en secreto, pero el

obispo Riera había promovido algunas gestiones para verificar su autenticidad. Tendría

ya en mente aprovechar de algún modo la ocasión para reforzar públicamente el

discurso apocalíptico que venía predicando desde hacía años, y quería asegurarse de

que el ataúd era realmente un vestigio de la antigua Barcino. Como hombre al que

consideraba de confianza e implicado en su misma cruzada, Carrera estaría al tanto del

hallazgo. El inspector cree que fue Morel quien visitó al numismático y le dio a

autenticar aquellas dos monedas. En otras circunstancias, no sabemos qué uso le

habría dado el obispo a su hallazgo. Pero entonces Carrera volvió a cometer otro error

con el compuesto que me tenía destinado, y esta vez se encontró con un cadáver entre

manos.

—La primera Dama del Pozo —dijo Teresa, al tiempo que el coche hacía un

nuevo alto y un pequeño alboroto de voces y relinchos se colaba en el interior de la

cabina.

—Carrera debió de inyectarle el líquido en la casa de Trentaclus donde ejercía

la prostitución. La casa de Leandro Moreira, el procurador asesinado.

—Pobre niña —murmuró la novelista—. ¿Han determinado ya su identidad?

—Todavía no. Pero el inspector está convencido de que la mujer de Neothermas y

ella eran madre e hija. El parecido físico entre ambas era evidente, y de acuerdo con lo

que ese buscón le dijo a Adela, la muchacha había explicado en la calle que su madre

estaba enferma y que eso era lo que la había forzado a caer en la prostitución.

—No debería ser difícil encontrar a alguien que recordara a una madre y una hija

con ese aspecto, en cualquier caso —observó Teresa, recordando con tristeza el

cabello dorado y los ojos azules de ambas—. No puedo creerme que nadie las eche en

falta.

—Tal vez no eran de Barcelona. Tal vez acababan de llegar a la ciudad cuando la

mujer cayó enferma, y el resto de la familia, si es que la hay, tampoco tiene idea de

dónde puedan estar. —Palafox se encogió de hombros—. Fueran o no madre e hija,

estoy seguro de que el inspector acabará descubriendo sus identidades. Y esa pobre

muchacha tendrá por fin un nombre inscrito en su lápida.

El coche reanudó la marcha y prosiguió su camino hacia Chelsea entre el denso

tráfico londinense. Teresa echó un vistazo por la ventanilla y reconoció el parque

central y las elegantes fachadas de las casas de Belgrave Square, con sus blancos

pórticos y sus columnatas de aire mediterráneo. Recordó por un instante la tarde del

entierro definitivo de la Dama del Pozo en el cementerio de Pueblo Nuevo, en presencia apenas de una decena de asistentes y sin ceremonia de ningún tipo, y la

sangre volvió a hervirle de rabia e impotencia. Luego centró de nuevo su atención en

Palafox.

—¿De quién fue la idea de convertir a esa niña en la protagonista de un milagro?

El anatomista agitó la cabeza.

—Ya es imposible saberlo. El doctor Carrera necesitaba deshacerse de un cadáver imprevisto, y el obispo Riera, por su parte, buscaba un golpe de efecto que

atrajera la atención popular en lo que él veía como un momento de crisis definitiva. Las

violencias de la huelga obrera, la epidemia de cólera, los rumores sobre la caída de las

murallas... Los dos tenían algo que ganar con aquel teatro; aunque yo apostaría a que

fue Carrera quien sugirió la idea, sabiendo que Su Excelencia no podría resistirse.

—El doctor debió de comprender que aquella era la ocasión que estaba esperando

para atraerte nuevamente a Neothermas —asintió Teresa—. Y debió de convencer

también al obispo Riera de que había llegado el momento de que tu don se

hiciera

público y se pusiera al servicio de sus ideas. Haciendo que el inspector y tú
visitarais

aquella noche el convento, no solo se aseguraban dos testigos de su falso
milagro:

también empezaban a instalarte a ti en el centro de la red que acabaría por
llevarte al

sanatorio. —La novelista hizo una breve pausa antes de añadir—: Y aquí,
entiendo, es

donde entra en juego el Hombre de Negro.

Absurdamente, Palafox sintió un escalofrío al escuchar de nuevo aquellas
cuatro

palabras.

«El Hombre de Negro.»

—Carrera debió de decirle a Morel que había llegado la hora de llevar a cabo
su

venganza. El inspector piensa que le había prometido dejarle disponer de mí
al final de

toda la aventura. Pero antes debía convertirse en una suerte de fantasma y
cometer tres

asesinatos; dos que me situaran en el centro de todas las miradas y prepararan
mi

ingreso en Neothermas, y un tercero que borrara las huellas de lo sucedido
hasta ese

momento. Que Morel estuviera dispuesto a hacerlo da la medida de hasta qué

punto su

rencor hacia mí había trastornado su sentido.

Guardaron los dos un pequeño silencio. Teresa buscó con su mano izquierda el

rostro de Palafox, lo volvió hacia ella y besó otra vez los labios del joven. Luego posó

la yema de un dedo en el puente de sus anteojos y los empujó hacia lo alto de su nariz.

—El amor es una fuerza poderosa —murmuró.

—Poderosa y fatal en ocasiones. —Palafox sonrió imperceptiblemente—. Tus

novelas ya nos lo habían enseñado, pero no atendimos lo suficiente a su lección.

El coche se detuvo en ese instante en otra bocacalle, y un crío asomó la cabeza por

la ventanilla y les tendió una gorra vuelta boca arriba mientras murmuraba algunas

frases incomprensibles.

El coche arrancó de nuevo, y el crío desapareció para siempre de sus vidas.

—Esa primera noche, entonces, Morel se embozó como un personaje de novela de

Teresa Urbach y dejó que el inspector y tú lo vierais en Santa Clara —dijo Teresa—. A

la mañana siguiente, sin saber que lo seguías, fue hasta Trentaclus y degolló a Leandro

Moreira dentro de su casa. Eliminaba así al único testigo de la muerte de la Dama del

Pozo.

—A uno de los dos testigos —corrigió Palafox.

—¿Cuál era el otro?

—La madre Piedad. Nada de lo que sucedió en Santa Clara pudo hacerse sin su

conocimiento.

Teresa asintió, pensativa.

—¿Por eso murió ella también?

—Eso opina el inspector. Hacía falta una víctima que muriera entre mis brazos en

mi patio y me condujera directamente a Neothermas. Escogiéndola a ella, Su

Excelencia y Carrera se libraban a la vez de la última testigo de la falsedad del milagro

que estaban a punto de reforzar con su última ocurrencia.

—Emparedar el ataúd de la Dama del Pozo en el primer lienzo de muralla que iba

a demolerse a la mañana siguiente.

—Un movimiento que confirma la implicación del obispo Riera en lo sucedido —

asintió Palafox—. Solo las principales autoridades de la ciudad conocían aquella noche

el lugar exacto donde iban a iniciarse las demoliciones a la mañana siguiente.
Quien

había escogido aquel lugar para enterrar el ataúd tenía información
privilegiada. Una

información que el doctor Carrera no habría podido conseguir por sí mismo,
pero que

el obispo Riera sí poseía.

—¿Y Oliver Manning? —preguntó entonces Teresa—. ¿Qué sentido tuvo su
muerte?

—Según el inspector, tuvo dos sentidos. El primero, el más evidente, fue
situarme

en el centro de todas las miradas a través de su tarjeta. Mi nombre, el de
Neothermas,

la dirección de Londres que remitía a nuestra estancia en esta ciudad...

—Y el nombre seglar de la madre Piedad. Felicia Dedéu.

—La muerte de la madre Piedad ya estaba decidida entonces. Poner su
nombre al

lado del mío reforzaba nuestra conexión, al tiempo que prefiguraba lo que
acabaría

sucediendo en el patio de mi casa.

El rostro de Teresa se ensombreció fugazmente, y Palafox supo que la
novelista

acababa de verlo con el cuerpo ensangrentado de la clarisa otra vez entre los
brazos.

—Parece increíble que el obispo Riera pudiera sacrificar de esta manera a una mujer a la que conocía de toda la vida...

—Si el amor es una fuerza poderosa, la fe sin razón lo es todavía más.

Teresa agitó la cabeza tristemente.

—Poderosa y fatal —murmuró, repitiendo las palabras de Palafox. Y acto seguido

añadió—: Has dicho que la muerte del señor Manning tuvo dos sentidos. ¿Cuál fue el

segundo?

—Tratar de implicar también a tu padre en lo que estaba sucediendo —respondió

Palafox—. Manchar su nombre y situarlo en el centro de las iras de los huelguistas que

ya estaban atacando las fábricas textiles de la ciudad.

Teresa no pareció sorprendida.

—Carrera sabía que la conexión entre el señor Manning y mi padre acabaría por

salir a la luz. Se sabría entonces que había venido a Barcelona para reparar sus telares

autónomos, los mismos que él había instalado por primera vez en la ciudad,

provocando el despido de centenares de obreros.

—El inspector piensa que esto no fue idea de Carrera, sino de Morel —matizó

Palafox—. El odio que sentía hacia mí se extendía también hacia quien me había

librado del castigo judicial que a sus ojos merecía, contratando como empleado e

indemnizando generosamente al padre de Alicia Ferrer para que no presentase cargos

contra mí. De ahí que se dejara ver también entrando en el almacén de la calle de

Montcada. Cuando el Hombre de Negro empezó a convertirse en una figura mítica por

las calles de Barcelona, su relación aparente con Eliseo Urbach tendría que haber

desencadenado una revuelta popular contra los intereses de tu padre. Si el final no se

hubiera precipitado como lo hizo, tal vez hoy los Urbach ya no tendríais una fábrica en

el Raval ni un caserón en la bajada de los Leones.

Se hizo un nuevo silencio entre Teresa y Palafox. Se acercaban a su destino, y el

olor peculiar del Támesis empezaba a percibirse con claridad en el interior del

carruaje. El sol declinaba pausadamente sobre los tejados occidentales, y el rojo de los

edificios entre los que circulaban hizo que Palafox fuera consciente una vez más de un

hecho asombroso.

Estaba en Londres.

Estaba en Londres, y se hallaba en compañía de Teresa Urbach.

—En relación con el señor Manning —prosiguió—, el doctor Carrera tuvo un gesto de audacia que acabó costándole muy caro. No se limitó a escribir el nombre de

su sanatorio en la tarjeta que la policía encontró en el cuarto de la pensión. También

atrajo al señor Manning realmente hasta Neothermas y lo hizo visitar a la segunda Dama

del Pozo.

Teresa arqueó las cejas.

—Es cierto. ¿Por qué hizo eso?

—La explicación que propone el inspector Reigosa es que Carrera hizo que el señor Manning visitara el sanatorio solo para que allí conociera a su recepcionista,

Morel. Luego, esa misma noche, Morel se presentó en la pensión y el señor Manning le

abrió la puerta de su cuarto, condenándose a muerte sin saberlo. De no haberse

conocido esa tarde en Neothermas, es probable que el inglés le hubiera negado la

entrada a Morel, forzándole a buscar otro modo de actuar menos limpio y, por tanto,

más peligroso para su propia seguridad. —Palafox se encogió de hombros—.

Es una

explicación razonable. Y en cuanto al subterfugio que Carrera utilizó para convocar al

señor Manning, sin duda tuvo que ver con esa pobre mujer catatónica; pero los detalles

del mismo son imposibles de recuperar.

Teresa Urbach murmuró entre dientes algo que Palafox no entendió. Luego preguntó:

—¿Por qué dices que ese movimiento acabó costándole muy caro a Carrera?

—Porque gracias a esa visita del señor Manning a Neothermas, tú y yo conocimos

a nuestra enfermera favorita.

Teresa sonrió hermosamente.

—Laura —dijo, y se imaginó a la muchacha recorriendo en aquel mismo instante

alguna de las salas del hospital de la Santa Cruz con su vestido blanco, sus mejillas

sonrosadas y la sonrisa feliz que no se había desprendido de su rostro desde que los

contactos de Eliseo Urbach le habían conseguido un nuevo trabajo en el principal

sanatorio de la ciudad.

Tal vez, pensó Teresa, Laura estuviera atendiendo justo ahora a aquella pobre

mujer sin nombre ni memoria cuya identidad el inspector Reigosa seguía rastreando con

conmovedora tenacidad, y a la que su padre también había logrado ingresar en la sala

de convalecientes del hospital de la Santa Cruz. Tal vez incluso el bueno del inspector

se hallara en aquel preciso instante con ellas.

O tal vez su imaginación de novelista estaba empezando a volar de nuevo con exagerada libertad.

—En cualquier caso, todo sucedió de acuerdo con lo previsto por el doctor y por

Su Excelencia hasta la mañana del cuatro de agosto —estaba diciendo Palafox cuando

Teresa regresó de su breve ensoñación—. Tras la muerte de la madre Piedad, vosotros

me ingresasteis en Neothermas y me confiasteis al cuidado del doctor Carrera. Por la

mañana, la aparición del ataúd de la Dama del Pozo en Canaletas provocó que se

detuviera el derribo de las murallas y que una oleada de superstición se apoderara de la

ciudad. El doctor Carrera ya tenía lo que quería, es decir, a mí, y el obispo Riera había

logrado llevar a cabo también la primera parte de su plan demencial. Un plan cuyo

objetivo era...

—Hacer que Barcelona recobrarla la conciencia de su condición de ciudad sagrada

y volviera la espalda al falso progreso que violaba su espíritu profundo —le

interrumpió Teresa, pronunciando aquellas palabras con tono declamatorio—. Eso

decía su nota de suicidio.

Palafox frunció inmediatamente el ceño.

—¿El obispo Riera dejó una nota de suicidio?

—Una nota de tres páginas —asintió Teresa—. Dice mi padre que sus asistentes la

quemaron enseguida, pero el inspector aún tuvo ocasión de leerla. No confesaba de

forma directa su implicación en lo sucedido, pero lo daba a entender con suficiente

claridad. —La mujer observó el rostro pensativo de Palafox y preguntó—: ¿Te

sorprende que dejara una nota de suicidio?

—Su Excelencia era un hombre muy débil. Tenía las articulaciones de los dedos

tan deterioradas que apenas podía sostener una pluma; hacía años que dictaba sus cartas

y sus sermones. Me cuesta imaginarlo escribiendo una carta de suicidio. Pero más me

extraña que con esas manos fuera capaz de atar una cuerda a una viga del techo y

colgarse de ella.

El silencio sorprendido de Teresa coincidió con la llegada del coche a su destino.

Los caballos aflojaron la marcha entre relinchos aliviados, y el vehículo se detuvo ante

la casa que Palafox y ella compartían desde hacía tres semanas en la riba del Támesis.

—¿Quieres decir...?

Palafox agitó la cabeza.

—No me importa cómo muriera el obispo Riera —dijo—. Ni me importa tampoco

si su reputación es a partir de ahora la de un loco o la de un santo milagrero. Lo único

que me importa es el futuro que tenemos por delante.

Teresa abrió la portezuela del coche y bajó de un salto a tierra firme. El

anatomista hizo lo propio y, tras abonarle al cochero el importe de la carrera, llegó

junto a ella con el sombrero en la mano. La mujer le rodeó entonces la cintura con un

brazo y acercó los labios a su oído.

—El final de la historia ya lo conozco —dijo—. La noche del asesinato de la madre Piedad reconociste el olor del compuesto que el Hombre de Negro

utilizó para

drogarte. Supiste entonces que el accidente de 1851 no fue tal, y también comprendiste

que el único que pudo haberte drogado aquella tarde fue Daniel Carcasona, siguiendo

órdenes y utilizando el compuesto del doctor Carrera. Le hiciste a saber a Carrera lo

que habías descubierto en presencia de Morel, y este entendió que lo habían utilizado.

La furia que sentía hacia ti se trasladó entonces al doctor. Lo degolló cuando Carrera

estaba tratando de llevar a cabo su experimento final contigo, y lo mismo pretendía

hacerle a Carcasona cuando la multitud lo interceptó en Santa Ana. —Y tras una pausa

dubitativa, añadió—: La única parte de la historia que sigo sin conocer es...

Teresa no llegó a completar su frase. La puerta frente a la que estaban detenidos se

abrió en ese instante, y un rostro enfurruñado apareció bajo el dintel.

—¡Ya pensaba que hoy no volvían a casa! —dijo Adela, mirándolos con

expresión adusta—. ¿Saben a cuántos repartidores he tenido que mandar esta tarde a

paseo porque no entendía lo que me decían?

Teresa deshizo el abrazo que la unía a Palafox y sonrió a la muchacha.

—Definitivamente, vamos a tener que hacer algo con tu inglés —dijo.

—O eso, o despedirte de una vez y contratar a una sirvienta inglesa.

Adela forzó una mueca de desdén.

—Y qué iba a hacer usted con una de esas pánfilas en casa, jefe —dijo, señalando

con el dedo a una jovencita con cofia y delantal que cruzaba en ese instante la calle en

dirección al río—. ¿Lo han pasado bien, por lo menos?

—Lo hemos pasado estupendamente, gracias.

—Eso está bien. Pasarlo bien debe de ser agradable...

Adela aguardó a que la pareja entrara por fin en casa, y entonces cerró la puerta y

recogió la levita y el sombrero que su amo le tendía. Como de costumbre, no tuvo

ocasión de hacer lo propio con las prendas de la señorita Urbach: la novelista había

desaparecido ya en el interior del edificio.

—¿Alguna noticia de las piezas que estoy esperando?

—Tiene un paquete nuevo en el taller. Pero por lo que le he entendido al recadero,

lo mismo puede ser una docena de huevos que una caja de tornillos. —Adela sonrió

hermosamente—. Ese niño de porcelana que tiene encima de la mesa es muy bonito.

¿Me dejará jugar con él cuando termine de arreglarlo?

Palafox agitó la cabeza con severidad.

—Un autómatas no es un juguete, Adela.

La criada soltó un resoplido característico.

—Por supuesto que no, jefe —replicó—. Y ahora, si me disculpa, yo sí tengo un

trabajo de verdad que hacer en la cocina...

Adela inclinó la cabeza y desapareció con dignidad por la escalera de servicio,

dejando tras de sí un intrigante aroma a pastas recién horneadas.

—Tú te lo has buscado, como siempre —opinó Teresa, apareciendo en ese instante por el pasillo con dos copas de oporto en la mano—. Recuérdame que le diga

luego que Patricio le envía recuerdos.

—¿Tu padre aún no le ha despedido?

—Le hice prometer que tendría paciencia con él. Pero parece que al muchacho no

se le da mal ejercer de recadero. Y algo tiene ganado: no debe de haber una dirección

en Barcelona que no se conozca.

—Ni una puerta que no sepa forzar si nadie atiende a su llamada...

Sonrieron los dos. Luego entrechocaron sus copas y bebieron en silencio.

Palafox fue el primero en hablar de nuevo.

—Antes de que Adela nos interrumpiera, estabas diciendo que hay una parte de la

historia que todavía no conoces.

Teresa bajó la copa y miró a Palafox. Su memoria le devolvió por un instante la

imagen del joven tendido en aquel diván de Neothermas, pálido y tembloroso como un

motor mal ajustado, y de nuevo creyó escuchar el horrible eco subterráneo de su voz

mientras describía los paisajes que sus ojos ciegos veían a su alrededor.

La ciudad interior.

La memoria de la especie.

O el puro delirio de un cerebro vencido por las drogas y el agotamiento.

—Olvídalo —dijo—. Ahora ya no importa. —Y ahuyentando también de su

memoria la imagen fugaz de trece ocas muertas en un claustro medieval, alzó su copa de

nuevo y propuso—: Por el futuro.

Palafox la imitó sin apartar sus ojos de los de la mujer.

—Por el futuro —repitió; y el tintineo del cristal al entrecrocarse se le antojó al

anatomista el más bello de los sonidos posibles.

Estaba en Londres. Tenía a su lado a Teresa Urbach. Y el pasado, para él,

parecía

haber enmudecido para siempre.

Octavio Reigosa se bajó del coche oficial y miró resignadamente los muros de la

prisión de Amalia. El edificio estaba a oscuras, y solo las lámparas de mano de los dos

hombres que aguardaban junto a su portón esparcían algo de luz entre las sombras de

aquel extremo del Raval. Sobre el tejado de la prisión empezaba a adivinarse apenas el

perfil de la montaña de Montjuich, y las torres del vecino portal de San Pablo no eran

más que dos siluetas negras dibujadas al contraluz del amanecer inminente.

—Buenos días, inspector —lo saludó el alcaide del centro, un tipo de mediana

edad con voz de mujer y papada de sexagenario, mientras le tendía una mano

temblorosa que empeoró todavía un poco más el humor del policía—. Entiendo que ya

está al tanto de lo sucedido. No entendemos cómo ha podido pasar; le aseguro que aquí

nadie...

Reigosa cortó con un gruñido los balbuceos del hombre y miró al policía que lo

acompañaba junto a la puerta.

—¿Lafita sigue en la celda?

El agente Antúnez asintió vigorosamente con la cabeza.

—La escena no es agradable, inspector —dijo también, haciéndose a un lado para

dejar que Reigosa entrara en el edificio—. Nadie ha tocado nada. Todo está tal cual se

lo ha encontrado el agente Lafita.

Reigosa gruñó de nuevo y atravesó el umbral de la prisión de Amalia delante del

alcaide y del joven policía.

Los tres hombres recorrieron en silencio varios pasillos desiertos antes de que el

tipo de la papada volviera a hablar.

—Le aseguro que hemos seguido estrictamente el protocolo, inspector —dijo—. Y

sus órdenes se han cumplido a rajatabla. El preso permaneció en su celda hasta las diez

de la noche, y entonces fue trasladado al calabozo de salidas con todas las

precauciones de rigor. Yo mismo supervisé el traslado. Nadie tuvo acceso a él durante

el trayecto. Nadie se ha acercado al calabozo durante la noche. Ninguno de mis

hombres ha abierto siquiera la puerta del corredor. El calabozo se había revisado antes

de llevar al preso, y no había en su interior ningún objeto peligroso. —El alcaide

revolvió el juego de llaves que llevaba colgado del cinturón y escogió un llavín de

aspecto particularmente herrumbroso. Con él abrió la puerta ante la que acababan de

detenerse—. Tiene usted mi palabra, inspector: nadie se ha acercado a esta puerta hasta

hace media hora, cuando su hombre ha llegado para hacerse cargo del traslado.

La luz escasa de unas cuantas lámparas de aceite iluminaba el tramo de corredor

que se abría tras la puerta, una estrecha galería abovedada en cuyo extremo final había

un único calabozo. Reigosa conocía bien aquel lugar: no era la primera vez que visitaba

el calabozo de los presos que se disponían a abandonar por unas horas la cárcel para ir

a rendir cuentas de sus actos ante el tribunal de la Real Audiencia. Pero sí era la

primera vez que tenía que ir allí a recoger un cadáver.

La puerta del calabozo estaba entreabierta, y en su interior también temblaba una

luz mortecina.

—Esperen aquí —ordenó Reigosa.

—Le digo que no sé cómo ha podido suceder, inspector —gimió todavía el alcaide, deteniendo el paso a medio corredor y adoptando ahora un tono de voz que a

Reigosa le sonó al de un niño que se sorbe los mocos justo antes de ponerse a llorar—.

Esto es cosa del diablo.

El inspector cubrió la distancia que lo separaba de la puerta del calabozo con las

sienes latiéndole a ritmo de marcha militar. Por un instante, la imagen del obispo Riera

colgando de una viga en su despacho regresó a su memoria y le provocó un ligero

escalofrío, que se mezcló casi de inmediato con las ansias con que su estómago

reconoció el olor a sangre que emanaba del calabozo.

Antes de atravesar la puerta, Reigosa tuvo la certeza de que allí dentro le aguardaba otra escena que no iba a ser capaz de olvidar.

—Buenos días, inspector.

El agente Lafita estaba sentado en el borde del pequeño camastro que ocupaba la

pared sur del calabozo. Su aspecto, pensó Reigosa al principio, no era todo lo malo que

cabía esperar en una situación como aquella. El policía se había aflojado el corbatón

del uniforme, llevaba la cabeza descubierta y tenía en el rostro una expresión reconcentrada; pero sus ojos, le pareció, no mostraban ese aire entre vacante y

derrotado que trances de aquel tipo solían provocar en hombres de temple menos

asentado. Tal vez no se había equivocado con Lafita, pensó el inspector. Tal vez aquel

hombrecillo de bigote ridículo y con el rostro picado de viruela fuera de verdad el más

válido de todos los agentes que tenía a su cargo.

Luego Reigosa reparó en las salpicaduras brillantes que moteaban la levita del

policía, y en la confusión de huellas que manchaban el suelo en torno a sus botas, y en

sus manos cruzadas sobre el regazo.

Dos manos rojas como dos vísceras recién arrancadas.

—Buenos días, agente —murmuró. Y apartando la vista de las manos de Lafita, se

volvió hacia el cadáver que se hallaba tendido en el otro extremo del calabozo.

Daniel Carcasona.

La pieza final del engranaje que tantas vidas llevaba ya consumidas en aquellos

últimos meses.

—Aún seguía con vida cuando he llegado —dijo el agente Lafita—. Tenía la navaja en la mano y el cuello rajado de lado a lado, pero aún respiraba. E intentaba

hablar.

Reigosa miró de nuevo al policía, y observó entonces que también en su cara había

salpicaduras de sangre. Pequeñas motas relucientes prendidas en los pelos de su bigote,

incrustadas en las cicatrices que horadaban sus mejillas. La luz de los candiles

arrancaba fugaces destellos rojizos del rostro de Lafita, y sus manos inmóviles

temblaban como un doble corazón palpitante.

El inspector apartó otra vez la vista de su subordinado, y su mirada fue a dar con

la navaja caída junto al muslo derecho del cadáver de Carcasona.

—He tratado de restañarle la herida con las manos —prosiguió el policía—.

Había perdido mucha sangre. Y el resto la ha vomitado encima de mí mientras intentaba

hablar. Parece increíble la cantidad de sangre que cabe en un cuerpo, ¿verdad, inspector?

Reigosa asintió con seriedad. Parecía increíble.

—No debería seguir usted aquí —afirmó—. Antúnez y yo nos ocuparemos de esto.

Vuélvase a casa y tómese el día libre. Ya no hay necesidad de...

—Al principio no entendía lo que decía —le interrumpió Lafita—. Pero entonces

ha pronunciado el nombre de Palafox, y por fin lo he comprendido.

Las manos manchadas de sangre del policía se agitaron de nuevo sobre su regazo,

y esta vez le sugirieron a Reigosa la imagen perturbadora de un niño llegando al mundo

entre espasmos de terror.

—Palafox —repitió.

—Ha dicho que el doctor no era el único interesado en Palafox. Solo eso. Que el

doctor no era el único interesado en Palafox. Lo ha repetido cuatro o cinco veces, cada

vez con menos fuerza, hasta que se ha callado por fin. —El agente Lafita alzó las manos

hasta la altura del pecho y le mostró a Reigosa sus palmas rojísimas—. Tal vez su

amigo habría sabido qué hacer para arreglar una garganta abierta. Yo no soy anatomista.

Reigosa reconoció, ahora sí, el brillo ausente en la mirada de su subordinado. No

dejó que el sentido de aquellas palabras absurdas se filtrara todavía plenamente en su

cerebro; tiempo tendría de pensar en ellas más adelante. Acercándose al camastro,

tomó a Lafita del brazo y lo obligó a ponerse en pie. El policía no protestó.

Mansamente, caminó junto al inspector hasta el exterior del calabozo y dejó que el

agente Antúnez y el alcaide de la prisión se hicieran cargo de él sin pronunciar una sola

palabra más.

Cuando se hubo quedado a solas, Reigosa regresó al calabozo y observó durante

unos instantes el cuerpo sin vida de Daniel Carcasona. Su cuello rajado de parte a

parte. Sus ojos abiertos, ciegos, que miraban inútilmente hacia el techo de piedra del

calabozo. La navaja abandonada en el suelo y la sangre, toda aquella sangre, vertida

como un licor envenenado por cada rincón de la estancia.

El recuerdo del cuerpo colgante del obispo Riera volvió a acudir a la mente del

inspector, y el ojo de su memoria se centró ahora en las manos deformadas del anciano.

Un suicidio imposible.

Dos suicidios imposibles.

Y otro juicio que ya no habría de celebrarse en el tribunal de la Real Audiencia.

Reigosa cerró por última vez los ojos de Daniel Carcasona y pensó oscuramente

que el Hombre de Negro había cumplido el objetivo de su última misión. Luego alejó

de sí aquella idea estúpida y salió a toda prisa del calabozo. Necesitaba un poco de

aire fresco. El olor de la sangre de Carcasona se le había metido hasta lo más profundo

de las tripas, y empezaba a sentirse mareado.

—¿Y ahora qué, inspector? ¿Nos llevamos el cuerpo a las Atarazanas, o prefiere

que...?

Reigosa esquivó al agente Antúnez y alcanzó, ya casi a la carrera, el portón de la

prisión de Amalia.

Allí afuera, el amanecer esparcía sobre los edificios una luz cenicienta que al inspector, por una vez, se le antojó un regalo del cielo. Incluso las nubes de polvo que

flotaban en el aire desde el inicio de las demoliciones tenían aquella mañana algo de

tranquilizador. A fin de cuentas, respirar el polvo de la piedra de las viejas murallas

era preferible a respirar los efluvios de la sangre de un cadáver inexplicable.

—¿Y bien, inspector?

Reigosa se llenó a fondo los pulmones de aquel aire cargado de historia. Un aire

denso, traslúcido, casi masticable, en cuyas partículas tal vez flotaran todavía las almas

de los fantasmas que compartían la vida de Andreu Palafox. Luego se volvió hacia el

portón de la cárcel y vio que el agente Antúnez lo observaba desde el umbral con

expresión dubitativa.

No era una mala pregunta, pensó.

¿Y bien?

—Los espero en las Atarazanas dentro de veinte minutos —fue la mejor respuesta

que encontró—. A usted, a Lafita y a lo que queda del señor Carcasona. Tenemos un

largo día por delante.

Y alzando por última vez la vista hacia el cielo, Octavio Reigosa hundió las

manos en los bolsillos de su levita y echó a caminar con parsimonia hacia el interior

del Raval.

BIOGRAFÍA

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS nació en Barcelona en 1979. Es autor de las novelas *El jardín de los curiosos* (2010), *El cuarteto de Whitechapel* (2010; Premio La Tormenta en un Vaso al autor revelación del año), *El*

gran retorno (2013) y *G, la novela de Gaudí* (2015). Este último libro se ha traducido a numerosos idiomas,

entre ellos el alemán, el francés, el italiano, el danés, el chino y el portugués, y ha sido distinguido con la

Mención de Honor del Premio Roma a la mejor novela extranjera publicada en Italia en 2016. Su novela

más reciente, *La Dama del Pozo*, es un thriller gótico ambientado en la Barcelona de 1854.

La Dama del Pozo

Daniel Sánchez Pardos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04

47

© del diseño e ilustración de la portada, Juanjo Ávila / Opalworks BCN

© del mapa, Fernando López Ayelo, 2017

© Daniel Sánchez Pardos, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-450-0475-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

NOVELA **NEGRA**



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

DAMA POZO

*1854: Barcelona sigue prisionera de sus murallas.
El hallazgo de un cadáver incorrupto puede
ser la señal del fin de los tiempos*

minotauro

Document Outline

- [SINOPSIS](#)
- [MAPA](#)
- [CITA](#)
- [PRIMERA PARTE. EL POZO DE LA AHOGADA](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
- [SEGUNDA PARTE. TIEMPO SAGRADO](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
- [TERCERA PARTE. SIGNOS Y SEÑALES](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [19](#)
 - [20](#)
 - [21](#)
 - [22](#)
 - [23](#)
 - [24](#)
- [CUARTA PARTE. NEOTHERMAS](#)
 - [25](#)
 - [26](#)

- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [QUINTA PARTE. UN VIAJERO EN EL TIEMPO](#)
 - [34](#)
 - [35](#)
 - [36](#)
 - [37](#)
 - [38](#)
 - [39](#)
 - [40](#)
 - [41](#)
 - [42](#)
 - [43](#)
- [EPÍLOGO. LA CIUDAD INTERIOR](#)
- [BIOGRAFÍA](#)
- [CRÉDITOS](#)
- [ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA](#)